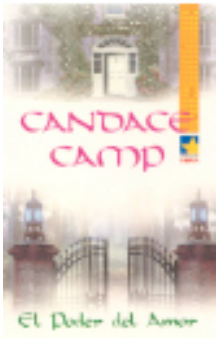
EL PODER DEL AMOR

CANDACE CAMP



Olivia Moreland llevaba toda la vida rechazando los poderes extrasensoriales que tenía; de hecho, se dedicaba a rebatir las habilidades de los médiums de Londres. Pero cuando Stephen, lord St. Leger, le pidió ayuda para investigar a un supuesto parapsicólogo, Olivia se dio cuenta de que no podía hacer caso omiso de la peligrosa presencia que percibía en su antiquísima casa... Como tampoco podía pasar por alto la increíble conexión que había entre Stephen y ella, como si se conocieran de antes...

Stephen se había marchado de Blackhope Hall cuando su hermano mayor le había arrebatado el título y a la mujer que amaba. Ahora, tras la muerte de su hermano, había regresado y se había encontrado a su familia envuelta en un escándalo. ¿Quién estaba tras la muerte de su hermano, un espíritu oscuro, o el parapsicólogo que afirmaba haberlo descubierto? Y, sobre todo, ¿quién era esa Olivia Moreland que había conseguido volver a despertar la pasión en él?

Capítulo 1

1876

El quinqué de aceite del centro del velador arrojaba una tenue luz espectral sobre el círculo de rostros, sombreados ojos y pelo oscilando por los contornos marcados de frente y pómulos. Todas las miradas se volvieron hacia el voluminoso armario de madera situado a corta distancia de la mesa, sombrío y amenazador.

De pronto, la lámpara se apagó, y una de las mujeres profirió una exclamación. La negrura los envolvió. Las manos se enfriaron, los pulsos se aceleraron. Todo el mundo aguardaba, expectante. Allí, en la sombría quietud, resultaba fácil imaginar un dedo frío fantasmal deslizándose por la piel, y pensar, con una combinación palpitante de miedo y curiosidad, que alguien podía hablar desde el otro lado del vacío negro de la muerte.

Incluso Olivia Moreland, a pesar de encontrarse allí por un propósito muy distinto, no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío. Aun así, no se arredró. Despacio, con cuidado, empleando los mismos trucos que había aprendido de los farsantes a quienes pretendía desenmascarar, se levantó de la mesa y, al amparo de la negrura, se distanció del círculo de personas.

Se detuvo un instante para acostumbrarse a la oscuridad; después, siguió avanzando, despacio. Veía muy poco, pues solo contaba con la escasa luz que, desde el pasillo, se filtraba por las rendijas de la puerta. No quería que nadie advirtiera que se había levantado y que estaba caminando. Quería sorprender a todos cuando llegara al armario de la médium. Temblando de expectación, se concentró en la caja oscura que se erguía ante ella. Ya casi había llegado...

Una mano salió disparada y se cerró con fuerza en torno al brazo de Olivia. Olivia profirió un grito de dolor y se sobresaltó. Una voz grave masculina exclamó:

—¡Ya la tengo!

Las mujeres chillaron, varias sillas cayeron al suelo, y se produjo un revuelo generalizado de voces y movimiento.

El temor instintivo y primitivo que había invadido a Olivia al sentir que alguien le agarraba el brazo remitió al oír aquella voz muy humana y real.

—¡Suélteme! —le espetó, tratando de desasirse.

—Primero tendrá que explicarnos lo que hacía.

Olivia siguió forcejeando mientras hablaba en voz baja y enérgica.

—¡Suélteme! Lo está echando todo a perder.

—Ya lo creo —repuso el hombre con leve regocijo—. A nadie le gusta que descubran su duplicidad.

—¿Duplicidad?

Mientras hablaban, se oyó un golpe seco, seguido de una blasfemia entrecortada y, por fin, alguien prendió una cerilla. Un momento después, el quinqué de aceite volvió a bañar de luz la habitación. Lo primero que vio Olivia fueron los ojos grises y serenos de su captor.

Sintió una leve conmoción, una sensación casi de familiaridad, aunque no conocía de nada a aquel hombre. De haberlo visto alguna vez, sin duda, se habría acordado de él.

Estaba sentado ante el velador, con la silla un poco apartada de las dos personas que lo flanqueaban, con el cuerpo medio vuelto e inclinado hacia atrás para poder retener el brazo de Olivia. Tenía los hombros anchos y robustos, y Olivia podía dar fe de la fuerza de sus manos y brazos. Su rostro, delgado, estaba presidido por unos pómulos altos, amplios y tan afilados que parecían capaces de cortar el papel. Era un rostro duro, y la fría intensidad de su mirada reforzaba esa dureza. Solo su boca, amplia, con un generoso borde inferior, habría suavizado su rostro, pero en aquellos momentos apretaba los labios con desaprobación. El pelo, grueso y moreno, casi negro, tenía un aspecto descuidado, como si alguien se lo hubiera cortado con tijeras o, quizá, un cuchillo. El desaliño de sus cabellos se repetía en sus prendas que, aunque hechas de tela fina, no habían sido confeccionadas por los célebres sastres londinenses y estaban un poco pasadas de moda. Olivia lo habría tomado por un extranjero si su acento no hubiese proclamado su condición de aristócrata inglés.

Se produjo un momento de silencio mientras los demás presentes contemplaban la escena.

—¡Yo no tengo nada que explicar! —replicó Olivia, mientras buscaba desesperadamente una excusa para justificar el haber

abandonado la mesa. Tiró de las faldas de su vestido, que se le habían enroscado en un costado, dejando al descubierto los volantes de sus enaguas. Se le había escapado un mechón de pelo de su sencillo recogido; lo notaba rizándosele a un lado de la cara. Para colmo, aquella firme mirada plateada la incomodaba terriblemente.

Pero Olivia se negaba a dejarse intimidar. Sabía que era menuda y poco llamativa, como un gorrión, en comparación con otros miembros de su familia, más parecidos a pavos reales. Pero había aprendido a contrarrestar esa impresión con coraje y obstinación.

Lanzó una mirada desdeñosa a la mano del desconocido, todavía cerrada en torno a su brazo.

—Le exijo que me suelte de inmediato.

—Antes nos debe una explicación —replicó el hombre, pero relajó la presión de sus dedos lo justo para que no resultara dolorosa—. ¿Qué hacía caminando furtivamente por la habitación? ¿Estaba a punto de manifestarse como un "visitante del más allá"? —su voz grave destilaba cinismo.

—¡Por supuesto que no! —a Olivia le ardían las mejillas, y sentía la mirada intensa de los presentes—. ¿Cómo se atreve?

—Señor, su comportamiento dista de ser el de un caballero —dijo uno de los presentes, un hombre rechoncho de bigote rizado y abundantes patillas, una exuberancia hirsuta con la que pretendía compensar una lustrosa calva.

El torturador de Olivia ni siquiera volvió la cabeza; seguía traspasándola con la mirada.

—¿Y bien? ¿Por qué caminaba de puntillas por la habitación?

Intervino otro invitado.

—Sí que es extraño, señorita... mmm... Lo siento, pero no recuerdo su nombre.

Por desgracia, Olivia tampoco lo recordaba, al menos, el nombre que había empleado aquella noche, a su llegada. Sabía que su aspecto corriente era una bendición en ese sentido, ya que podía pasar desapercibida en aquellas reuniones usando un apellido falso. Por desgracia, con el sobresalto de los últimos minutos, se le había ido de la cabeza.

—Cormstock —barbotó por fín , cuando le vino a la memoria, pero su vacilación había durado demasiado. A juzgar por los semblantes de los presentes, ninguno la creía.

—¡Qué convincente! —se burló su captor—. Ahora, señorita

“Cormstock”, ¿por qué no confiesa cuáles eran sus intenciones? ¿Iba a cubrirse la cabeza con una sábana, o solo quería proferir unos gemidos lastimeros?

—¡Válgame Dios! —exclamó uno de los hombres con voz atronadora, al tiempo que se incorporaba—. ¿Qué diablos insinúa? ¡Jamás permitiría trapacerías en mi propia casa!

—Saint Leger... —dijo con angustia el hombre que estaba sentado junto al captor de Olivia—. ¿Se puede saber qué haces? —se volvió hacia su anfitrión—. Coronel, le pido disculpas. Lord Saint Leger no pretendía faltarle al respeto, estoy seguro.

—Por supuesto que no —dijo lord Saint Leger con aspereza, lanzando una mirada al coronel—. No hay duda de que a usted también lo estaban timando.

—¡Timando! —graznó la esposa del coronel, estupefacta.

Del interior de la enorme caja se oyó un gemido, que creció en intensidad cuando nadie respondió. La esposa del coronel emitió otro sonido, este última más parecido a un balido, y se puso en pie.

—¡Señora Terhune! ¿Cómo hemos podido olvidarnos de usted?

Uno de los hombres se apresuró a abrir la puerta del armario de la médium. Allí, sobre una banqueta, estaba sentada la canosa señora Terhune atada de pies y manos, en la misma posición que hacía unos minutos, cuando la habían encerrado dentro de la caja. La esposa del coronel y el hombre que había abierto el armario se apresuraron a soltarla. Olivia reparó en la facilidad con que caían las cuerdas. Estaba convencida de que la médium se había soltado y que, después, al oír el alboroto, se había atado otra vez a sí misma. Pero, claro, ya no podía demostrarlo.

—¡Ya está! ¿Ve lo que ha hecho? —le espetó Olivia a lord Saint Leger. Este se volvió hacia ella y enarcó las cejas perezosamente.

—¿Qué es lo que he hecho?

—¡Lo ha estropeado todo!

Saint Leger sonrió, y el cambio que se operó en su semblante fue asombroso. Mirándolo, Olivia sintió vértigo, y tomó aire de forma involuntaria.

—No lo dudo —corroboró Saint Leger—. Me disculpo por haberla interrumpido, señorita... “Comstock”. Debería haberla dejado interpretar su pantomima antes de descubrir sus intenciones.

—¡No ha descubierto nada, tonto! —le espetó Olivia, demasiado decepcionada y furiosa para preocuparse por los modales—. Estaba

a punto de demostrar...

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó la médium con una voz mortecina que atrajo la atención de todos los presentes—. Me noto tan... rara. Estaba en trance y, de pronto, unas voces airadas me han devuelto a la realidad. Estoy agotada. ¿He hablado? ¿Han venido los espíritus?

—No —rugió el coronel, y lanzó una mirada fugaz a Olivia y a lord Saint Leger—. No hubo visitas, ni palabras del más allá. Nada salvo estas dos personas interrumpiendo la sesión.

—Interrumpiendo... —Saint Leger estaba boquiabierto—. ¿He sorprendido a estas dos mujeres intentando perpetrar un fraude y lo único que sabe decir es que he "interrumpido" esta pequeña farsa?

—¿Farsa? —el rostro del coronel adquirió un alarmante tono rojizo.

—¡Cielos! —gimió el hombre que estaba junto a Saint Leger, quien se apresuró a interceder—. Coronel, por favor, perdónelo. Lord Saint Leger ha vivido muchos años en Norteamérica, y temo que haya olvidado sus modales —el hombre lanzó una mirada significativa a Saint Leger—. Estoy seguro de que no pretendía ofenderlo.

—Por supuesto que no —repuso Saint Leger—. Ha sido embaucado por esta supuesta médium y su socia, la señorita "Comstock".

—¡Yo no soy su socia! —exclamó Olivia.

—Señor, le aseguro que nunca había visto a esta mujer en mi vida —dijo la señora Terhune mirando a Olivia sin comprender.

—Entonces, ¿qué hacía paseando por la sala durante la sesión? —inquirió Saint Leger.

—Lo ignoro —repuso la señora Terhune con calma, y clavó su mirada severa en Olivia—. Señorita, di instrucciones a todos de que no se levantaran de la mesa. Es muy importante. Nuestros amigos del otro lado son muy puntillosos.

—Estoy segura —repuso Olivia con ironía, y se preguntó si todavía estaría a tiempo de salir del aprieto alegando que se había levantado por una emergencia indigna de mención. Por desgracia, una de las mujeres de la mesa escogió aquel momento para exclamar:

—Espero, yo la conozco. Usted no es la señorita Cormstock. Es esa mujer que aborrece a los médiums. Mi hermano me estuvo hablando de un simposio al que asistió...

—¡Válgame Dios! —estalló el coronel—. Los dos han venido con el propósito de causar un alboroto. ¿Cómo se atreven a entrar en mi casa con un falso pretexto? Estoy pensando en echarlo, señor.

Saint Leger soltó el brazo de Olivia y se puso en pie. Su altura y la amplitud de sus hombros restaban validez a la amenaza del coronel.

—No se moleste, señor —dijo con calma—. Ya me voy. Es evidente que todos los presentes prefieren seguir engañados.

Salió con paso largo de la habitación y, cuando el coronel se volvió hacia Olivia, esta optó por imitar a Saint Leger en lugar de exponerse a una humillación mayor. El anfitrión salió detrás de ellos de la sala y llamó a los criados. Un lacayo de rostro pétreo les pasó los abrigos y los sombreros y abrió la puerta principal de par en par. La cerró con un chasquido en cuanto lord Saint Leger y Olivia traspasaron el umbral.

Saint Leger se detuvo bruscamente en el peldaño, y Olivia chocó contra su espalda con un gemido de irritación. Él se dio la vuelta para mirarla con atención. Olivia lanzaba chispas por los ojos, pero sabía que su furia resultaba infructuosa porque estaba intentando ponerse la capa y sostenerse el sombrero al mismo tiempo.

Saint Leger reparó en el forcejeo de Olivia y sonrió. Cómo no, él ya se había puesto el sombrero de copa y su capa ligera.

—Permítame —dijo, y alargó la mano para quitarle la capa a Olivia de los dedos. La sacudió y se la colocó sobre los hombros. Olivia notó el roce de sus dedos a través del paño y se estremeció. Cuando Saint Leger alargó la mano hacia los lazos de la prenda, como si quisiera atárselos, Olivia se adelantó y dijo:

—No se moleste. Ya ha hecho bastante.

Él enarcó una ceja, y dijo:

—¿Es cierto lo que ha dicho esa mujer? ¿Es usted enemiga de los médiums?

—Me dedico a desenmascarar a los charlatanes —replicó Olivia con aspereza—. Estoy dispuesta a creer a quienquiera que pueda demostrarme de forma fiable que ha contactado con el más allá, pero como todavía no he encontrado ni un solo médium en Londres que pueda hacerlo, no puedo tacharlos de nada salvo de farsantes.

—Entonces ¿no estaba ayudando a la señora Terhune?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y qué hacía caminando furtivamente en la oscuridad?

—No hacía nada “furtivo”. Caminaba con sigilo hacia el armario

para sorprender a la señora Terhune, que se había desatado y estaba a punto de enseñar un absurdo daguerrotipo por encima de la puerta para hacerlo pasar por un espíritu. Yo tenía preparada una cerilla de azufre.

Olivia suspiró al recordar la oportunidad perdida, y lord Saint Leger se mostró ligeramente avergonzado.

—Le pido disculpas. Creía haber atrapado a una conspiradora.

—Sí, bueno... —se volvió hacia el final de la calle e hizo una seña. Un carruaje empezó a acercarse. Olivia descendió los peldaños, seguida por Saint Leger.

—Dígame, ¿hace esto muy a menudo?

—¿Colarme en sesiones de espiritismo e intentar demostrar que son un fraude? —Olivia volvió a suspirar—. Por desgracia, no. Si un médium me conoce, no me deja asistir. Mi "falta de fe" turba a los espíritus. Y pocas personas contratan mis servicios —reconoció con candidez—. La mayoría prefieren "seguir engañadas", como usted mismo ha señalado.

Saint Leger se la quedó mirando.

—¿Contratarla? ¿Qué quiere decir?

—Tengo un negocio —respondió Olivia; deslizó la mano dentro de su bolsito y sacó una de sus tarjetas. Estaba muy orgullosa de ellas, aunque la gente soliera recibirlas con desaprobación y sorpresa, más que con admiración.

Saint Leger aceptó la tarjeta y bajó la mirada a la letra cursiva.

—"Señorita O.Q.Moreland, Investigadora de Fenómenos Psíquicos".

Saint Leger se quedó mirando la tarjeta con perplejidad, mientras cientos de preguntas pasaban zumbando por su cerebro. Pero la primera que salió fue:

—¿Y a su familia no le importa que usted...?

—Mi familia no es tan anticuada como otras y no ve nada malo en que una mujer ejercite su inteligencia para ganarse la vida —respondió Olivia con rigidez.

El carruaje se había detenido delante de la casa del coronel y, haciéndole una seña al cochero para que permaneciera en el pescante, Olivia avanzó hacia el vehículo. Saint Leger, que la había seguido, hizo ademán de abrirle la puerta, pero Olivia llegó antes al picaporte.

—¿Y no les parece mal que vaya por ahí persiguiendo fantasmas?

—preguntó Saint Leger con suavidad.

Olivia entornó los ojos y se dispuso a replicar, pero se calló al ver que Saint Leger reparaba en la insignia ducal de su padre, artísticamente pintada en la puerta del carruaje, y volvía a leer la tarjeta.

—¡Cielos! —exclamó con cierta perplejidad—. ¿Usted no será... uno de los “locos Moreland”?

Olivia abrió la puerta con ímpetu y subió al carruaje. Se sentó e, inclinándose hacia delante, exclamó:

—¡Sí, soy uno de los “locos Moreland”! Seguramente la está más loca de todos. Yo que usted, quemaría esa tarjeta, no vaya a contagiarse.

Cerró la puerta con fuerza mientras Saint Leger balbucía:

—No, ¡espere! No quería... Lo...

Olivia dio unos golpes bruscos en el techo del carruaje, y el cochero salió disparado, interrumpiendo el balbuceo de Saint Leger.

—Lo... siento —concluyó Stephen Saint Leger con torpeza. Bajó la mirada a sus lustrosas botas de cuero y elegantes pantalones de seda, en aquellos momentos salpicados de agua sucia. Sospechaba que el cochero había sido consciente de lo que hacía.

Claro que, pensó Stephen Saint Leger con torpeza, no lo culpaba por ello. Sus palabras habían sido torpes y groseras. Su primo Capshaw tenía razón: había pasado demasiado tiempo en los Estados Unidos o, más en concreto, en la solitaria espesura de las Montañas Rocosas. Ya no estaba acostumbrado a desenvolverse en la alta sociedad... ni en ninguna otra.

No había querido ofender a la joven. Sencillamente, se había quedado atónito al comprender que la señorita ala que había creído sorprender ayudando a una médium era la hija de un duque, una joven cultivada de noble linaje y abundante fortuna. Y había barbotado el apodo con el que se conocía a su familia en los círculos londinenses: los “locos Moreland”.

Los Moreland, aunque no estaban locos en el sentido estricto de la palabra, sí estaban un poco... en fin, “idos”. El anciano duque, el abuelo de la señorita Moreland, se había hecho famoso por sus intensos y extravagantes “tratamientos de salud” que comprendían desde baños de barro hasta malolientes pócimas vigorizantes,

pasando por sábanas mojadas en torno al cuerpo... Precisamente, esto último había sido la causa de que hubiera sucumbido, a una edad relativamente temprana, a un último y mortal ataque de neumonía. Había pasado gran parte de su vida viajando por Inglaterra y el continente, consultando con curanderos. Se decía que su esposa tenía la peculiar costumbre de hablar de sus antepasados como si conversara con ellos todos los días. El hermano pequeño del duque, y tío del duque actual, tenía fama de dedicar gran parte de su tiempo a jugar con soldados de hojalata.

El actual duque de Brougton, padre de la señorita Moreland, estaba obsesionado con cuestiones de la Antigüedad. Con cuáles, Stephen lo ignoraba, aunque recordaba vagamente que el hombre coleccionaba estatuas, pedazos rotos de vasijas y objetos. Y se había casado con una mujer archiconocida por sus peculiares puntos de vista sobre la reforma social, las mujeres, el matrimonio y los hijos. Más deplorable aún para la aristocracia londinense era que la duquesa actual no fuera hija de un noble, sino de un gentilhombre de la campiña. El matrimonio tenía varios vástagos, la mayoría más jóvenes que Stephen. Este no los conocía, pues había partido hacia Norteamérica antes de que hicieran su aparición en sociedad., pero por lo que había oído decirle a su madre y a sus amigos, eran gente peculiar.

Lo que había averiguado sobre la señorita O. Q. Moreland no había servido para alterar esa impresión. Era decididamente singular: salía sola de noche para asistir a sesiones de espiritismo, avanzaba a hurtadillas por habitaciones a oscuras para desenmascarar a falsos médiums, y hasta había creado un negocio de ello.

Stephen pasó distraídamente el dedo pulgar sobre las letras impresas en la tarjeta. “Investigadora de Fenómenos Psíquicos”. No pudo evitar sonreír un poco al recordar la actitud desafiante de la joven y aquellos enormes ojos castaños que, aun siendo suaves y cálidos, se mostraban fieros. Menuda y delicada, pero dispuesta a enfrentarse con cualquier oponente.

Recordó la extraña sensación que había experimentado al verla por primera vez, a la luz de la lámpara. La había tomado por una embaucadora y, sin embargo, había sentido una turbadora corriente de emoción y de atracción física. Una mezcla de deseo y de algo más, algo que no recordaba haber experimentado nunca.

Con el ceño fruncido, se dispuso a alejarse por la calle, pero el hombre que había estado sentado a su lado durante la sesión de espiritismo salió de la casa del coronel en aquel momento y bajó corriendo los peldaños.

—¡Saint Leger! —lo llamó. Stephen giró en redondo, sorprendido.

—Capshaw. Pensaba que habías decidido quedarte.

El hombre hizo una mueca.

—Sinceramente, dudo que hubiera sido bien recibido, después del espectáculo que has dado. Pero tenía que calmar al coronel Franklin. Le dije que eras primo mío y todo un caballero, y que no propagarías ninguna calumnia sobre él.

—Me importa un comino ese pomposo coronel —repuso Saint Leger.

—¿Qué pretendías, por cierto? —prosiguió Capshaw con curiosidad—. ¿Querías participar en la sesión de espiritismo para sorprender in fraganti a la médium?

—En absoluto. Pero cuando oí el frufrú de unas faldas en la oscuridad, no pude resistir la oportunidad de sorprender a la charlatana —se encogió de hombros—. En realidad, había venido para... No sé, para ver lo que hacen. Para intentar comprender qué poder ejercen los médiums sobre personas, por lo demás, racionales.

—Hay muchos adeptos al espiritismo —comentó Capshaw—. ¿No crees posible que alguien pueda comunicarse con los muertos?

—Me parece sumamente improbable —dijo Stephen con aspereza—. Si los espíritus hablaran dirían algo más importante que las paparruchas que balbucean esos médiums. ¿Y por qué se dedican a volcar objetos? Seguro que tienen mejores cosas que hacer que gastar trucos de salón.

El primo de Stephen, rió entre dientes.

—Además, juegan con el sufrimiento de las personas —prosiguió Saint Leger en tono lúgubre—. Se aprovechan de su vulnerabilidad para sacarles dinero.

Capshaw lo miró. Había oído que lady Saint Leger, la madre de Stephen, había estado asistiendo a las sesiones de una famosa médium rusa, y el enojo que detectaba en la voz de su amigo confirmaba sus sospechas. El hermano mayor de Stephen había fallecido hacía menos de un año, y su madre todavía lloraba amargamente su muerte.

—A veces —dijo Capshaw con cautela—, creer que pueden contactar con su ser querido los ayuda a superar la pérdida.

—Sólo ayuda al condenado médium a llenarse los bolsillos —gruñó Saint Leger —. En lugar de superar su dolor, se mantienen anclados en la desgracia —se interrumpió y miró a su primo—. Pensaba que mi madre estaba mejor, menos hundida en la pena que cuando volví a casa. Y cuando decidió traer a Belinda a Londres, me pareció una buena señal. Pero desde que conoce a esa tal Valenskaya se la ve más desconsolada que nunca. Me decía lo mismo que tú, que no importaba si no era real, que la ayudaría a suavizar su dolor. ¿Qué más daba si asistía a unas cuantas sesiones de espiritismo? Pero cuando Belinda me escribió contándome que mi madre había obsequiado a esa médium con su anillo de esmeralda... ¡El anillo que le regaló mi padre! Nunca se lo había quitado. Es evidente que esa mujer ejerce gran poder sobre ella. Por eso he venido a Londres. Madre no hace más que repetir lo que dice esa mujer, y no son más que estupideces. Sin embargo, se lo traga sin detenerse a pensar.

Capshaw le lanzó una mirada comprensiva pero, como Stephen mismo sabía, poco podía decir que lo ayudara.

—¡Si pudiera demostrarle que esa mujer es un fraude! —prosiguió Stephen. Se acordó de la señorita Moreland, de sus impactantes ojos castaños y de su tarjeta, pero desechó la idea de inmediato. Un hombre no podía pedirle a una mujer que resolviera sus problemas por él y, además, no podía exponer a su madre a semejante humillación. Por si fuera poco, seguramente, la joven era tan peculiar como el resto de su familia.

Permanecieron un momento en silencio; después, Stephen dijo con estudiada naturalidad:

—¿Qué sabes de los Moreland?

—¿Los Moreland? Ah, ¿te refieres a los duques de Broughton y a sus hijos? ¿Los “locos Moreland”?

—Sí.

Capshaw se encogió de hombros.

—No conozco a ninguno personalmente. Las chicas, según tengo entendido, son ratones de biblioteca. No van a fiestas... Bueno, salvo por la Diosa.

—¿La qué?

—Un poeta aficionado le puso ese apodo hace años, en su puesta

de largo, y se quedó con él. Lady Kyria Moreland; alta, escultural, de llameante pelo rojo... Toda una belleza. Pero es extraño; podría haberse casado con cualquiera, tenía pretendientes a diestro y siniestro, y aún recibe muchas peticiones de mano.

—¿Quieres decir que sigue soltera? —inquirió Saint Leger, sorprendido.

—Sí. A eso voy. Todas las mujeres aseguran que es la más loca de la familia. Podría haber sido una duquesa, una condesa... Hasta un príncipe pidió su mano en una ocasión. Extranjero, por supuesto, así que no me sorprende que ella no aceptara. Y, aun así, los rechazó a todos. Dice que disfruta de la vida tal como es. No piensa casarse nunca.

—Desde luego es única en su especie —comentó Saint Leger.

—Ah, y otra de las hijas hace saltar cosas por los aires.

—¿Cómo dices?

—Provocó un fuego en una de las edificaciones de Broughton Park, la residencia campestre de la familia, hace un par de años. Se armó un poco de revuelo.

—Entiendo. ¿Por alguna razón en particular?

Su primo frunció el ceño.

—No estoy seguro, la verdad. Lo oí comentar en el club, y que no era la primera vez que provocaba una explosión. Ah, y que Broughton se puso fuera de sí. Al parecer, en el cobertizo incendiado tenía almacenados cacharros antiguos.

—Interesante —Saint Leger se preguntó si la autora de la pirotecnia sería otra hija o su perseguidora de médiums.

—¿Por qué estás interesado en los More...? Ah, espera —el ceño de Capshaw desapareció—. No me lo digas ¿Se trata de tu “fantasma”? ¿Era una de las hijas de Broughton?

—Eso parece —asintió Stephen.

—¡Vaya! —exclamó Capshaw, bastante sorprendido por la revelación—. Bueno, supongo que no debería extrañarme.

—No. Pero, sabes, no parecía tan peculiar —hizo una pausa y prosiguió—. Bueno, puede que un poco, pero bastante sagaz al mismo tiempo y... atractiva precisamente por eso.

—¿Atractiva? —su primo entornó los ojos.

—Sí. En sentido general, ¿sabes?

—Ya.

Stephen hizo una mueca.

—No me mires así. No tengo ningún interés en la señorita Moreland. Créeme, lo último que busco es una mujer y, menos aún, una mujer peculiar. Ya tengo bastantes problemas administrando las tierras de la familia y viendo caer a mi madre en las garras de una charlatana.

Los dos se despidieron poco después; Capshaw detuvo un cabriolé para que lo llevara a sus habitaciones y Saint Leger se dispuso a recorrer a pie las dos manzanas que lo separaban de su residencia familiar.

Era una agradable mansión de cuidad, estrecha y alta, de estilo georgiano, construida hacía un siglo por un antepasado Saint Leger. Stephen se detuvo al pie de los peldaños que conducían a la elegante puerta principal, y permaneció contemplando un momento la casa. Había vivido en ella de joven, a su llegada a Londres, cuando se enamoró... para después, perder a su amada.

Desechó el recuerdo, subió con paso ligero los peldaños y abrió la puerta. Un lacayo se acercó enseguida a recoger la capa y el sombrero.

—Milord. Espero que haya pasado una velada agradable.

—No tan productiva como había esperado.

—Lady Saint Leger está en el salón.

—¿No ha salido?

—Milady, la señorita Belinda y lady Pamela salieron hace un rato, milord, pero han regresado hace unos minutos. Lady Saint Leger quería verlo.

—Sí, por supuesto.

Stephen recorrió el pasillo hasta el salón formal, una habitación estrecha y elegante decorada en blanco y azul. Pamela la había redecorado, al igual que el resto de la casa, cuando Roderick heredó el título. Stephen echaba en falta los colores originales, cálidos y oscuros.

—Su madre estaba sentada al piano, tocando una melodía suave. Belinda, su alegre hermana pequeña, se encontraba a su lado, pasando las páginas de la partitura. Pamela, por desgracia, también se hallaba presente, y contemplaba la escena con semblante aburrido desde un confidente de terciopelo azul pálido. Sin embargo, cuando Stephen entró en la habitación, desplegó la sonrisa lenta y levemente misteriosa por la que era famosa en los círculos londinenses, una sonrisa que prometía una abundancia de

placeres secretos.

—Stephen —dijo Pamela con voz ronca—. ¡Qué agradable sorpresa! —posó la mano a modo de callada invitación junto a ella, en el confidente.

—Pamela —la saludó Stephen con rigidez y una leve inclinación de cabeza. Después, se acercó al piano y besó a su madre en la mejilla—. Madre, me sorprende encontrarte tan pronto en casa.

Lady Saint Leger le ofreció una sonrisa deslumbrante. Estaba vestida, como siempre, de luto riguroso, aunque aquella noche unos pendientes de diamantes destellaban en sus orejas. Su pelo blanco re rizaba con suavidad en torno a su rostro, afable y todavía bonito a pesar de los años y del dolor vividos.

—No había ninguna fiesta interesante —le explicó su madre—. La temporada de bailes ya casi ha terminado y Belinda estaba cansada, así que hemos visitado a unos amitos, nada más.

Belinda se levantó de su asiento con energía, desmintiendo cualquier indicación de cansancio, y rodeó la banqueta del piano para saludar a su hermano. Tenía el pelo oscuro, como él, y los ojos también grises, aunque menos plateados y más suaves que los de Stephen. Era una joven bonita, con un brillo de inteligencia y curiosidad en sus ojos, de sonrisa y carcajada fáciles.

—¡Stephen! —exclamó mientras lo abrazaba—. ¿Me acompañas mañana a dar un paseo por el parque? Me lo has prometido. Madre no me deja ir sin acompañante —hizo una mueca, la irritación templada por el afecto.

—¿Mañana por la mañana?

—Pues claro. Es cando va todo el mundo.

—¿Con todo el mundo te refieres al honorable Damián Hargrove? —preguntó Pamela en un tono de perezoso regocijo. Belinda arrugó la nariz y replicó:

—No. El señor Hargrove no es más que un amigo —miró a su hermano con semblante suplicante—. Por favor, Stephen, di que sí.

—Por supuesto. Si consigues madrugar, claro.

—Pues claro —Belinda pareció ofenderse por la duda.

Lady Saint Leger se levantó del piano, tomó a su hijo de la mano y lo condujo hacia el sofá situado a un lado del confidente de Pamela. Se sentó junto a él, sonriendo, sin soltarle la mano.

Stephen le devolvió la sonrisa, y dijo en un cauteloso tono neutral:

—¿A quién habéis visitado? —albergaba la sospecha de que se

trataba de la médium.

—A madame Valenskaya. Y a su hija y al señor Babington, por supuesto. —Howard Babington era el caballero que había acogido en su casa a la médium rusa y a su hija durante su estancia en Londres—. Ha sido una velada muy agradable.

La sonrisa de lady Saint Leger bastaba para hacer creer a Stephen que Capshaw tenía razón, a pesar de todo. Quizá no fuera tan terrible que su madre se tragara todas aquellas patrañas si así era feliz. Se había hundido en el dolor tras la muerte de Roderick, el hermano mayor de Stephen, hacía casi un año. Stephen había tardado varios meses en arreglar sus asuntos y regresar a Inglaterra para aceptar el título y la herencia y, a su llegada, había encontrado a su madre igual de desconsolada. Había deseado muchas veces poder aliviar su dolor. Aunque fuera gracias a la farsa de aquella médium rusa, quizá hubiera merecido la pena. A fin de cuentas, dentro de pocos días regresarían a su casa solariega, y madame Valenskaya se quedaría en Londres. Con suerte, al año siguiente, cuando se desplazaran de nuevo a la capital, su madre ya habría olvidado aquellas tonterías.

—Ha ocurrido algo maravilloso —prosiguió lady Saint Leger, con la voz impregnada de ilusión—. Madame contactó con Roddy.

—¿Qué? —Stephen lanzó una mirada a la viuda de Roderick, Pamela. Esta asintió.

El espíritu deletreó “Roddy”.

—¡Su diminutivo! —añadió lady Saint Leger con emoción—. ¿Lo entiendes? No Saint Leger, ni siquiera Roderick, como cualquier persona podría llamarlo, sino el apelativo cariñoso que yo usaba desde que era un bebé. Eso significa que de verdad era él ¿no crees?

—Pero madre, tú misma debes de haber dicho “Roddy” delante de esa mujer cuando hablabas de él —señaló Stephen, sin poder contenerse. Lady Saint Leger hizo un ruido de desaprobación.

—Stephen, eres tan escéptico... ¿Qué importa que madame Valenskaya sepa que se llama Roddy? Fue el espíritu quien dio los golpes.

—Claro —no tenía sentido, pensó Stephen, razonar con ella. Tenía a madame Valenskaya en un pedestal.

—Es la primera vez que Roddy nos ha hablado directamente aunque, por supuesto, el jefe indio Ciervo Veloz ya nos había dicho que Roderick se encuentra bien y feliz —los ojos de lady Saint Leger

se llenaron de lágrimas al recordarlo—. No te imaginas la emoción que me ha hecho.

—Sí —dijo Stephen.

—Pero no pude evitar entristecerme un poco, porque no tardaremos en marcharnos de Londres. Y es una lástima que Roddy haya aparecido justo ahora, cuando estamos a punto de irnos... Madame está convencida de que el espíritu de Roddy quiere volver a hablar con nosotras. Dice que percibe su impaciencia. Pero es que cuando llevan tan poco tiempo en el otro lado, como él, les cuesta un poco comunicarse. Madame está convencida de que volverá pronto.

Stephen dedujo que la médium detestaba perder a una clienta tan generosa como lady Saint Leger, y que por eso había hecho venir al "espíritu" de Roddy. Pero mantuvo la boca cerrada. Su madre no lo creería, y solo conseguiría enojarla y herir sus sentimientos

—Madame sugirió que nos quedáramos en Londres pero, cómo no, le dijo que no podíamos, que tú habías venido a acompañarnos a Blackhope y que no podía pedirte que te quedaras aquí de brazos cruzados cuando tienes tantas tareas pendientes en nuestras tierras. Además, la temporada de bailes ha terminado. Pero, al final, ¡todo se arregló! He invitado a madame Valenskaya a venir a Blackhope.

—Lady Saint Leger sonreía de oreja a oreja. Stephen se la quedó mirando.

—¿Qué? ¿La has invitado a venir a casa con nosotros?

Su madre asintió con alegría.

—Sí. Y, por supuesto, a su hija y al señor Babington. No podía dejar de invitarlo, cuando nos ha recibido amablemente en su casa tantas veces. No puedo creer que no se me haya ocurrido antes esta idea.

Stephen contraía y descontaría la mandíbula, sin saber qué decir. Sospechaba que la idea de la visita había sido cosa de la médium.

—Estoy segura de que madame Valenskaya podrá comunicarse con los espíritus con la misma facilidad en Blackhope que aquí, en Londres —prosiguió lady Saint Leger—. De hecho, cuando le hablé de la casa, se quedó encantada. Dice que un lugar tan antiguo y lleno de historia es ideal para contactar con los espíritus. Nunca lo había pensado, pero tiene sentido —guardó silencio un momento, y, después, miró a Stephen—. Sé que debería haberte pedido permiso, querido. A fin de cuentas, ahora es tu casa. Pero estaba segura de

que me habrías dicho que invitara a quien quisiera.

—Por supuesto, madre. Es tu casa, siempre lo ha sido.

Ese era el problema, por supuesto. A pesar de ser el nuevo señor de Blackhope, a Stephen jamás se le ocurriría decirle a su madre a quién podía o no podía invitar.

Lanzó una mirada a Pamela, que lo observaba con una leve sonrisa en los labios. Había ocasiones en las que se preguntaba si Pamela no estaría alentando aquel absurdo interés de su madre por el espiritismo solo para irritarlo. La oía hablar de Valenskaya y de sus sesiones tanto como a lady Saint Leger, pero a Stephen le costaba trabajo creer que Pamela se tragara aquella sarta de sandeces. Era una mujer que se regía por la cabeza, no por el corazón; lo había demostrado años atrás, al casarse con Roderick. Quizá hubiera sentido afecto por Roddy, a su manera, pero Stephen no podía creer que hubiera estado apasionadamente enamorada de su hermano y, desde luego, no la había abrumado el torrente de dolor que había inundado a su madre. En realidad, Pamela estaba más dolida por no haber heredado más que una pensión de viudedad que por haber perdido a su esposo. Stephen sabía por experiencia que tenía un corazón frío y calculador, y le costaba trabajo creer que deseara tanto comunicarse con Roddy.

Lady Saint Leger dio una palmadita a Stephen en la mano.

—Lo sé. Eres un hijo muy bueno, igual que Roddy. Sabía que no te importaría y, de todas formas, te pasas el día encerrado en tu despacho, o cabalgando por nuestras tierras. Apenas notarás que tenemos invitados.

Stephen lo deseaba sinceramente, pero se limitó a decir, con voz neutral:

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

—Bueno, no hemos hablado de fechas. No sé lo que pasará, ¿sabes?, ni cuánto tiempo tardaremos en contactar con Roddy. Además, tres invitados no mermarán los recursos de Blackhope.

—No, por supuesto que no —dijo Stephen, y guardó silencio. No se le ocurría nada que decir que no disgustara a su madre. La vida le había sido más fácil, pensó, cuando su única preocupación había sido localizar un yacimiento de plata y sacarlo de la tierra. Carraspeó—. Bueno, entonces... Supongo que podremos irnos dentro de poco.

—Sí, por supuesto. En realidad, cuanto antes mejor. Debo cerciorarme de que la casa está preparada para recibir invitados.

Stephen dejó a su madre haciendo planes para la visita y se dispuso a subir a su habitación. Estaba al pie de la escalera cuando oyó unos pasos suaves a su espalda.

—¡Stephen! —reconoció la voz de Pamela, y se dio la vuelta con desgana.

—¿Qué? —preguntó con voz educada y mirada exenta de afecto.

Los años la habían cambiado un poco. De pelo rubio y ojos azules, seguía siendo hermosa, y sus rasgos pálidos eran un modelo de perfección. Avanzaba hacia él con sus acostumbrados andares lentos, como si estuviera convencida de que cualquier hombre estaría dispuesto a esperarla. Así era como caminaba por la vida, con confianza y serenidad, convencida de que siempre se saldría con la suya. Y, de hecho, tenía buenos motivos para creerlo; raras veces se habían frustrado sus planes.

—¿Por qué te vas tan deprisa? —preguntó, bajando la voz—. Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre esas tonterías a las que arrastras a mi madre?

—¿Tonterías? —Pamela enarcó una ceja —. Estoy segura de que a lady Eleanor le horrorizaría oírte decir eso.

—Ya veo que a ti no —replicó Stephen—. ¿Por qué diablos vas a esas sesiones?

—A mí no me horroriza tu incredulidad —le explicó Pamela—. Todo el mundo percibe tu escepticismo, incluso tu madre, aunque no quiera reconocerlo. Eso no significa que yo esté de acuerdo contigo.

Stephen hizo una mueca y empezó a darse la vuelta.

—¿Por qué huyes de mi? —preguntó Pamela. Sonrió, con ojos brillantes por la certeza—. Antes te gustaba estar conmigo.

—Eso fue hace mucho tiempo —replicó Stephen con aspereza.

Pamela se acercó y subió al peldaño inferior. Se inclinó hacia él y le puso una mano en el pecho. Sus ojos azules lo miraban con ardor.

—Detesto la tensión que hay entre nosotros.

—No puede haber otra cosa —Stephen cerró los dedos en torno a la muñeca de Pamela y se la quitó del frente de la camisa—. Tú escogiste. Eres la esposa de mi hermano.

—Soy la viuda de tu hermano —lo corrigió Pamela con voz ronca.
—Es lo mismo.
Stephen giró en redondo y subió las escaleras sin mirar atrás.

Aquella noche le costó conciliar el sueño, aunque bebió una copa de coñac mientras daba vueltas por su dormitorio. Tenía la cabeza llena de ideas de médiums y de farsas crueles... y de una mujer menuda de figura sinuosa y compacta y enormes ojos castaños abrasadores.

Fue una larga espera en la oscuridad: no dejaba de dar vueltas, de abrir y cerrar los ojos pero, por fin, se sumergió en la negrura...

“El aire olía a humo y a sangre, y en el castillo resonaban los golpes de las espadas, realzados por los gemidos de heridos y moribundos. El olor acre lo hacía parpadear; el sudor le inundaba los ojos y le empapaba la camisa por detrás. No tuvo tiempo más que para ponerse su cota de malla y echar mano a su espada.

Estaba en la escalera, en la parte baja, retrocediendo despacio por los peldaños curvos de piedra que conducían a la habitación de la torre. Sabía que era su única y tenue esperanza de poner a salvo a la señora del castillo. A su amada.

Se encontraba detrás de él, y la resguardaba con su cuerpo. Como no era una cobarde, no había corrido a refugiarse en la habitación de la torre, con su pesada puerta de madera; en cambio, seguía junto a él, vuelta hacia el costado abierto de la escalera, empuñando su daga.

Su corazón rebosaba de amor por ella... y de miedo.

—¡Vete! —le gritó—. Sube a la habitación y enciérrate dentro.

—No pienso dejarte —repuso ella con voz serena, una voz plateada y firme.

Él seguía blandiendo su espada, conteniendo al tropel de hombres que subían por la escalera. Tenía a dos delante, y en el costado que no estaba unido a la pared no había barandilla, solo un espacio vacío que daba al vestíbulo principal. Algunos soldados intentaban encaramarse a la escalera por allí o agarrarle las piernas para tumbarlo. Uno había logrado asestarle un mandoble pero, por fortuna, había sido la parte plana de la hoja la que le había golpeado

la pantorrilla, haciéndole daño a través del cuero grueso de sus botas, pero sin llegar a herirlo. Se había deshecho de todos ellos con una poderosa patada que había roto la mandíbula de un hombre y con una estocada descendente que había dejado a otro sin una mano. Lady Alys, a su espalda, se había desembarazado de otro soldado lanzándole el atizador que llevaba. El soldado había caído como un fardo pero, seguía luchando. Sabía que lucharía hasta caer rendido, y aun entonces, seguiría luchando. Sabía que estaban perdidos, pero lucharía. Era su única esperanza".

Stephen abrió los ojos de par en par y gritó al a tiempo que se incorporaba en la cama. Estaba empapado en sudor, y todavía sentía el dolor en el brazo, el escozor que el sudor y el humo le habían producido en los ojos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Qué diablos ha sido eso?

Capítulo 2

Olivia Moreland se recostó en el mullido asiento de su carruaje. Tenía la espalda rígida por la irritación. ¡Qué descaro el de ese hombre!

—¡Y tanto que locos Moreland! —masculló.

Era un epíteto que había escuchado toda su vida, y la sublevaba. Su familia distaba d estar loca; sencillamente, el resto de la aristocracia inglesa eran unos anticuados y de pocas miras.

Bueno, tal vez sus abuelos hubieran sido un poco raros, reconoció Olivia por el bien de la justicia. Su abuelo se había obsesionado un poco con unas extravagantes curas medicinales, y la abuela siempre había afirmado que veía "más allá". Pero el padre de Olivia no era más que un erudito en antigüedades, y su tío abuelo Bellard, un hombre dulce y tímido que adoraba la historia y recelaba de los desconocidos. Ninguna de las dos aficiones tenía nada de singular, pensó.

El problema era, como bien sabía Olivia, que su familia pensaba y se comportaba de manera distinta al resto de la sociedad. El mayor pecado de su madre había sido nacer en la pequeña nobleza campesina en lugar de en la alta aristocracia. Personalmente, Olivia sospechaba que aquella actitud nacía de la envidia, porque ella, una don nadie, había logrado cazar al deseado duque de Broughton después de que ninguna de las debutantes con título nobiliario lo hubiera conseguido. El encuentro y subsiguiente enlace de sus padres había sido una encantadora historia de amor, al menos, para Olivia.

El joven duque de Broughton había ido a visitar una de las fábricas que había heredado tras la muerte de su padre. La madre de Olivia, una ferviente reformadora social, había logrado irrumpir en una reunión entre él y el gerente de la fábrica, esquivando a los secretarios, y le había expuesto apasionadamente las tremendas injusticias que padecían los trabajadores. El gerente había hecho ademán de echarla, pero el duque se lo había impedido y la había escuchado. Al final de la tarde, el joven duque también estaba indignado por la situación de sus trabajadores, además de

locamente enamorado de la reformista pelirroja y voluptuosa. Contrajeron matrimonio dos meses después, para desolación de la duquesa viuda y de la mayoría de la nobleza británica.

La madre de Olivia, que mantenía opiniones decididas e innovadoras sobre el lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad, sostenía puntos de vista igualmente originales sobre la educación de los hijos, y sus siete vástagos habían sido educados por tutores bajo la mirada atenta de la duquesa. Las niñas habían recibido la misma educación que los niños, y todo sellos habían tenido permiso para explorar las ramas del conocimiento que más les interesaran, aunque su padre había insistido en una base sólida de griego, latín e historia antigua. Como resultado, todos los hermanos eran cultos, además de independientes. Era aquella combinación de erudición e independencia lo que había provocado que otros los tacharan de peculiares. Como no les importaban mucho las restricciones sociales, cada uno de ellos había seguido su propio camino.

Theo, el heredero del duque, era explorador y su hermana gemela, Thisbe, apasionada de las ciencias, realizaba experimentos y escribía estudios sobre ellos. Olivia debía reconocer que algunos de los experimentos de Thisbe habían salido mal. Un pequeño cobertizo de su residencia campestre había volado por los aires durante unas pruebas con explosivos, y también había provocado un par de incendios pero, al fin de cuentas, había sido por el bien de las ciencias, y los daños habían sido mínimos. Era deplorable, pensaba Olivia, que hubieran tachado a Thisbe de pirómana.

Los gemelos más pequeños, Alexander y Constantine, se habían metido en varios líos pero ¿qué podía esperarse de dos chicos curiosos e inquietos? Era un fastidio, por supuesto, descubrir que a uno no le funcionaba el reloj porque se lo habían desmontado para averiguar cómo funcionaba, y hasta la madre de Olivia se había disgustado un poco cuando le rayaron el suelo de mármol de Carrara del invernadero en su intento de construir una máquina de vapor.

La “locura” de Kyria consistía en que se negaba a casarse. Y Reed... Bueno, Olivia no entendía cómo alguien podía considerar “peculiar” a su hermano. Era el más normal y práctico de todos, al que uno siempre recurría cuando estaba en apuros, el que intervenía y se resolvía una situación. Se ocupaba de las finanzas de la familia, controlaba sus extravagancias y lograba enderezar el

rumbo un tanto errático del barco familiar.

Olivia sabía que a muchas personas les chocaba su profesión. De hecho, casi todo el mundo consideraba una extravagancia que una mujer trabajara. Pero, desde niña, Olivia se había sentido intrigada por la posibilidad de comunicarse con el mundo de los espíritus, y había escuchado con una combinación de horror y fascinación a su abuela, la duquesa viuda, quien afirmaba ser clarividente e insinuaba que Olivia poseía la misma inclinación. Aunque Olivia estaba convencida de no tener semejante don, había querido profundizar en el tema. No veía por qué no se podían aplicar las herramientas de la ciencia, como la investigación, la lógica y la experimentación, al nebuloso mundo de los espíritus. De hecho, varios científicos estaban investigando las afirmaciones de los médiums y la posibilidad de comunicarse con los muertos, aunque Olivia tenía la sensación de que todos se sentían extrañamente inclinados a pasar por alto las pruebas de fraude y a abalanzarse sobre cualquier dato que pareciera respaldar la existencia de los espíritus.

No, los Moreland no tenían nada de malo, pensó Olivia con firmeza, mientras se apeaba del carruaje y subía los peldaños de la majestuosa Broughton House. El resto de la sociedad estaba muy equivocado.

Al franquear la colosal puerta principal, encontró a sus hermanos gemelos, saltando, por turnos, de los peldaños de la escalera principal a las baldosas blancas y negras del vestíbulo.

—¡Hola! —exclamó Alexander con regocijo, y se inclinó para hacer una señal en el punto en que habían aterrizado los pies de su hermano; acto seguido, subió al mismo peldaño desde el que había saltado su hermano.

Constantine la saludó alegremente con la mano mientras se incorporaba.

—Tened cuidado —les dijo Olivia con suavidad—. Podríais romperos la cabeza contra ese mármol.

—No caemos boca abajo —comentó Con en tono de burla.

Como sus hermanos llevaban saltando de la escalera al suelo del vestíbulo desde que tenían edad de caminar, Olivia se dijo que, con toda probabilidad, eran expertos en aquel arte.

—¿Qué estáis señalizando?

—Hasta dónde resbalamos. No se pueden medir con precisión los

saltos porque siempre te resbalas. Hemos intentado introducir el factor del desplazamiento lateral, pero es imposible.

—A veces, te resbalas mucho, otras veces, muy poco —intervino Alex—. ¡Allá voy!

Saltó y se resbaló, pero no alcanzó la señal de Con.

—Mierda.

—Ese lenguaje, Alex —lo reprobó Olivia automáticamente.

—Así que pensamos, ¿por qué no ver quién puede desplazarse más lejos? —concluyó Con.

—Entiendo —Olivia estaba acostumbrada a las competiciones de sus hermanos—. Pero ¿qué hacéis levantados a estas horas? —aunque su madre creía en la libertad, también tenía ideas muy claras sobre la salud, y sus hijos, de pequeños, tenían instrucciones de acostarse pronto.

Con sonrió.

—Tenemos permiso. Thisbe va a darnos una lección de astronomía en el jardín. Estamos esperando a Desmond —dijo, refiriéndose al marido de Thisbe, también científico—. Está realizando un experimento, y no acabará hasta las diez de la noche.

—Ah, por fin os encuentro —dijo Thisbe, que entraba en aquel momento en el vestíbulo por el pasillo posterior—. Creía que estabais practicando el latín en el aula.

Con hizo una mueca.

—Me daba sueño. Odio el latín.

—Pues ya sabes que papá insiste en que lo aprendamos —lo regañó Thisbe—. Además, necesitarás saber latín si quieres ser biólogo. O médico —añadió, desviando la mirada a Alexander.

—De momento... —dijo una voz regocijada desde lo alto de la escalera, y todos alzaron los ojos y vieron a Kyria, con un elegante vestido verde esmeralda y su llameante pelo rojo recogido en una cascada de rizos, bajando los peldaños—. Si alguno de los dos espera seguir vivo después de las diez y media, será mejor que atrapéis a vuestra boa constrictor. La he visto arrastrándose por el pasillo hacia la escalera de atrás hace un momento, al salir de mi cuarto. Ya sabéis lo que hará la cocinera si entra en su cocina.

Los dos chicos, que sentían un saludable respeto por la cocinera y el poderoso cuchillo que había amenazado usar contra la siguiente “serpiente del diablo” que entrara en sus dominios, se miraron con alarma y echaron a correr hacia las cocinas.

—Hola Thisbe. Liv. ¿Has salido esta noche? —Kyria lanzó una mirada al sombrero de Olivia.

—Sí, ¿cómo lo sa...? Ah —Olivia advirtió que aún no se había quitado la capa ni el sombrero. Se volvió hacia el lacayo, que seguía esperándola—. Lo siento, Chambers. Se me había olvidado.

—No pasa nada... señorita —el lacayo tuvo que forzar la última palabra. No llevaba mucho tiempo en Broughton House y todavía le costaba trabajo dar a Olivia el tratamiento igualitario de "señorita", que ella prefería, en lugar del "milady" con que había nacido.

Olivia le pasó las prendas y se volvió hacia sus hermanas. Kyria había descendido hasta el pie de la escalera, pero seguía sacando a Olivia varios centímetros, como la cimbreante y morena Thisbe. Olivia ya estaba acostumbrada, por desgracia. Era el único miembro de la familia de corta estatura, salvo por su tío abuelo Bellard.

—¿Adónde vas? —le preguntó a Kyria, que llevaba una elegante capa de raso en el brazo.

—A la reunión de lady Westerfield —contestó—. Seguramente, será muy aburrida, pero es la mejor oferta de esta noche —suspiró— l La temporada ya casi ha terminado.

—Cielos, ¿y qué harás después? —dijo Thisbe con una gran dosis de sarcasmo. Kyria enarcó una ceja.

—De verdad, Thisbe, no hace falta manejar productos químicos para llevar una vida digna.

—Por supuesto que no. Pero, con tu inteligencia, cualquiera diría...

Era una vieja discusión, o conversación, como su madre prefería llamarla, entre la sobria Thisbe y su joven hermana llamativa y amante de la diversión, y Olivia intervino rápidamente para desviarla.

—¿Kyria?

—¿Sí, cariño? —Kyria se volvió hacia Olivia.

—¿Conoces...? ¿Alguna vez te han presentado a lord Saint Leger?

—¿Te refieres al nuevo, o a Roderick?

—Eh... Al nuevo, supongo. ¿Quién es Roderick?

—Era Lord Saint Leger, pero falleció hará cosa de un año. Un accidente de caza, si no recuerdo mal.

—Bueno, no, este hombre estaba bien vivo.

—¿Lo has conocido? ¿Esta noche? —Kyria elevó las cejas con interés—. ¿Es apuesto?

—Bueno, sí, supongo que sí. Tiene ... en fin, unos ojos grises bastante impactantes, casi plateados, se podría decir.

—Entiendo —la mirada de Kyria se tornó especulativa—. Bueno, temo no saber gran cosa de él. No me lo han presentado. Regresó para aceptar el título tras la muerte de su hermano, pero ha estado viviendo en su casa solariega desde su regreso. Se ha especulado mucho sobre él, por supuesto, porque está soltero y es un buen partido. Al parecer, ha estado viviendo en los Estados Unidos durante los últimos años y ha amasado una fortuna allí. Yo ni siquiera sabía que estaba en Londres. ¿Dónde lo has conocido?

—En una sesión de espiritismo a la que he asistido esta noche.

—¿Es uno de esos? —preguntó Thisbe con sorna.

—No. No da la impresión de creer en los espíritus. No sé qué hacía allí, la verdad, pero me tomó por una cómplice de la médium.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Yo me había levantado para descubrir el truco, pero él me agarró y, cómo no, lo echó todo a perder.

—¿Te agarró?

—Sí, del brazo. Creía que yo iba a hacer de fantasma. Se armó un gran revuelo, y acabaron por echarnos de la sesión.

La risa gorgoteó en la garganta de Kyria.

—¡Vaya! Menudo espectáculo.

—Sí, pero la cuestión es... —Olivia vaciló, y la atención de sus hermanas se intensificó.

—¿Es..? —la apremió Thisbe.

—La cuestión es que, cuando encendieron la lámpara y vi quién era mi captor, tuve una extraña sensación, una especie de hormigueo por el brazo. Y, por un momento, tuve la impresión de que...Ay!, no lo sé. Parece una locura, pero tuve la impresión de conocerlo, aunque, al mismo tiempo, estaba segura de no haberlo visto nunca. Claro que después me sacó de mis casillas, y la sensación desapareció. Aun así... hubo ese instante. No sé qué pensar.

Las dos hermanas se la quedaron mirando un momento. Después, Thisbe dijo con calma:

—Fue química.

—¿Cómo?

—Ese momento de atracción. Es una reacción química; estoy convencida. Recuerdo cuando conocí a Desmond. Nunca me había

sobresaltado tanto por el estremecimiento que me recorrió cuando clavó su mirada en mí. Y cuando alargó la mano y me tocó el brazo, lo sentí por todo el cuerpo. Química.

—¡No! ¡No me siento atraída por ese hombre! —protestó Olivia—. Si casi no lo conozco. Y se comportó de forma odiosa. No solo echó a perder la oportunidad de desenmascarar a esa horrible señora Terhune, sino que tuvo la audacia de llamarnos "locos Moreland". ¡En mi cara!

—¡No! —los ojos verdes de Kyria llameaban de puro enojo. Thisbe, en cambio, encogió los hombros con filosofía.

—Todo el mundo nos llama así. Son sus mentes estrechas. Hay que sentir pena por ellos.

—Pues a mí no me dan pena —replicó Kyria—. Y les digo lo que pienso. Y si ese tal lord Saint Leger es uno de ellos, será mejor que no sientas nada por él —tomó la mano de Olivia—. Ven conmigo a la velada, Livvy. Buscaremos un caballero que te merezca... Bueno, eso es imposible pero, al menos, uno que dé la talla tanto como puede darla un hombre.

Olivia desplegó una débil sonrisa.

—No. En serio, Kyria, no estoy interesada en lord Saint Leger ni en ningún otro hombre. Estoy bien tal como estoy. Disfruto de lo que hago, y un caballero solo sería un obstáculo —sonrió a Thisbe—. Por desgracia, los hombres como Desmond se cuentan con los dedos de una mano. Encontrar un hombre que respete tu inteligencia y tu profesión, que incluso la comparta... —suspiró inconscientemente—. Es casi imposible.

Kyria repitió el suspiro. Después, adoptó su acostumbrada sonrisa centelleante.

—Entonces, tanto mejor que haya decidido no casarme nunca ¿no? Aunque eso no quiere decir que no me pueda divertir. Por favor, acompáñame.

Olivia lo negó con la cabeza.

—No, estoy un poco cansada. Y mañana tengo que trabajar. Tengo que despachar la correspondencia y... —dejó la frase en el aire—. Temo haber perdido la oportunidad de denunciar a esa charlatana de la señora Terhune. Aun así, hay otros campos que explorar.

—Por supuesto —Thisbe dio una palmadita a su hermana pequeña en la mano, y Kyria aceptó la negativa de Olivia encogiéndose de hombros con filosofía.

A decir verdad, más que cansada, Olivia estaba deseosa de estar sola. Se despidió de sus hermanas y empezó a subir la escalera. Quería pensar en la velada y repasar lo ocurrido. La sensación que había experimentado al mirar a los ojos a lord Saint Leger había sido tan extraña... Y, aunque estaba segura de no sentirse atraída por él, como había sugerido Thisbe, no estaba segura de a qué podía atribuir el breve estremecimiento que la había recorrido.

Una vez en su cuarto, se desnudó y se sentó junto a la ventana, envuelta en una bata de brocado, y se cepilló la melena. Normalmente, no necesitaba la ayuda de una doncella, porque llevaba el pelo recogido en un sencillo moño en la nuca, y podía hacérselo y deshacérselo sin ayuda. También sentía predilección por la ropa práctica, con corpiños que se abrochaban por delante y dada de corsés de ballenas para lucir una cintura minúscula. Por consiguiente, raras veces necesitaba ayuda para desnudarse. Olivia consideraba que una doncella personal era un lujo innecesario y, además, prefería estar a solas con sus pensamientos que escuchando la cháchara de otra persona.

Cepillarse el pelo solía relajarla, pero aquella noche no lograba ordenar sus pensamientos, y se levantó en más de una ocasión para dar vueltas por el dormitorio. No entendía lo que había sentido al ver a lord Saint Leger, y la irritaba estar tan preocupada por el tema. Seguía pensando en cosas que debería haber dicho o hecho, comentarios ingeniosos que habrían puesto al hombre en su sitio. Pasó un rato antes de que se calmara lo bastante para acostarse, e incluso entonces, tardó un tiempo en conciliar el sueño. Otro problema desagradable que achacar a lord Saint Leger, pensó. Deseaba poder volverlo a ver, solo para cantarle las cuarenta.

Pasó una noche agitada y se despertó temprano. La única persona que se encontraba en el comedor cuando Olivia bajó a desayunar era su tío abuelo Bellard, quien sonrió con placer al verla. Solía ser un hombre callado, pero Olivia era su pariente favorita, y aquel día estaba entusiasmado con la llegada de su última adquisición, un efectivo completo de soldados franceses e ingleses de hojalata. Eran réplicas perfectas, en las que se reproducía hasta el más pequeño cordón o charretera de los ejércitos de Napoleón y de Wellington en Waterloo. Su tío era un entusiasta de la historia, y su placer particular era recrear batallas famosas. Era un hombre delgado, un poco cargado de espaldas por los años pasados estudiando libros y

ejércitos en miniatura: Solía resfriarse, sobre todo, en las habitaciones elevadas y menos calientes de la casa, y le gustaba llevar una suave gorra sobre su fino pelo blanco. La nariz ganchuda le confería un aire de pájaro, pero la sonrisa era tan dulce y amable que nadie que lo conociera podía considerarlo peculiar. Era, sencillamente, el tío abuelo Bellard, y sus sobrinos nietos lo adoraban.

Después del desayuno, Olivia subió con él a su habitación de trabajo para contemplar las figuras que había desempaquetado y, después, salió de casa con un sencillo sombrero marrón en la cabeza , a juego con el vestido de corte severo que llevaba. El único toque frívolo lo constituía el polisón, bajo el cual la prenda caía en hileras de volantes del mismo material. Como adorno lucía un práctico reloj de oro que llevaba colgado de un broche que llevaba en el pelo.

Como todas las mañanas, el carruaje ducal la dejó delante de un modesto edificio que albergaba varias oficinas. Olivia subió las escaleras hasta la segunda planta, donde una placa reproducía el mismo título discreto que su tarjeta.

—Hola, Tom —dijo al acercarse a la puerta, mientras se disponía a sacar su llave para abrirla.

Tom Quick, su ayudante, estaba sentado en el suelo, con su desaliñada cabeza rubia inclinada sobre el libro que tenía en las rodillas. Se sobresaltó al oír a Olivia y, sonriendo, cerró el libro.

—Buenos días, señorita. ¿Qué tal se encuentra hoy?

—Creo que bien, Tom. A ti no hace falta que se lo pregunte. Es evidente que estás de buen humor.

—No por ninguna travesura —le aseguró enseguida.

Tom había sido uno de los proyectos de su hermano Reed, un ladronzuelo al que, hacía unos años, había pillado intentando robarle la cartera. Reed había reconocido la inteligencia que se escondía tras el rostro sucio y, en lugar de entregarlo a las autoridades, le había pagado su formación. A sugerencia de su hermano, Olivia lo había contratado como ayudante y nunca lo había lamentado en los dos años que llevaba trabajando. Nadie, ni siquiera el propio Tom, conocía su verdadero apellido o edad; Quick, “veloz” había sido un apodo dado por la rapidez con la que podía vaciar un bolsillo. Tenía, a juicio de Olivia, entre unos dieciséis y dieciocho años, y una visión sabia y mundana de la vida que no se correspondía con su corta edad. Totalmente leal tanto a

Olivia como a Reed, Tom se negaba a dejarla, aunque Olivia estaba convencida de que habría podido ganar más como secretario de una firma más importante.

—¿Qué tal anoche? —preguntó Tom cuando ella abrió la puerta y la franquearon. Tom se dispuso a levantar los estores de las ventanas mientras Olivia se acercaba a la mesa.

—No muy bien, me temo —dijo Olivia, y procedió a describirle con la máxima brevedad posible el contratiempo que había surgido en la sesión de espiritismo de la noche anterior. Tom reaccionó con la esperada desolación y estupefacción.

—Qué lástima señorita. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Olvidarme de la señora Terhune, me temo. Ni siquiera era un caso remunerado. Pero me irrita tanto que haga pasar esos daguerrotipos por fantasmas... Cualquiera puede ver que son imágenes planas.

—Cualquiera menos sus seguidores —señaló Tom.

—Lo sé. Supongo que debo dejar que digan engañados, si son tan estúpidos —suspiró Olivia.

—Lo son, señorita —Tom se acercó y se sentó en el borde de la mesa—, Tendremos que empezar a investigar otra cosa ¿no le parece?

—Me encantaría —reconoció Olivia, y lanzó una mirada a su escritorio cuidadosamente ordenado—. El único problema es que no tenemos ningún caso.

El negocio, nunca próspero, había ido flaqueando en el transcurso del último año. Olivia había dedicado mucho tiempo a realizar investigaciones por su cuenta, recogiendo pruebas de los trucos usados por los médiums.

—No pensará desistir, ¿verdad, señorita? —Tom parecía levemente horrorizado

—No, no desistiré. No soporto que esos charlatanes desplumen a familias desconsoladas, aprovechando que son vulnerables... Pero no puedo plantarme en casa de nadie y decir: “Escúchenme, voy a demostrarles que ese hombre miente cuando dice que puede comunicarse con su madre, hermano o marido muerto

—Bueno, mírelo pro el lado bueno. Puede aparecer un cliente en cualquier momento. Hasta entonces, nos las apañaremos.

—Sí, claro. Tienes razón —Olivia sonrió—. Me pondré a escribir mis experiencias de anoche y cerraremos ese archivo.

Sacó una hoja de papel y mojó la pluma en el tintero, después, se dispuso a redactar el informe. Le costaba trabajo transcribir lo ocurrido sin sentirse estúpida y poco científica. Por mucho que lo aderezara, todo se resumía en que lord Saint Leger la había agarrado del brazo, ella había chillado y habían acabado por expulsarlos de la sesión.

Olivia estaba guardando el archivo en el armario de los "Casos cerrados", cuando oyeron unos pasos en la escalera. No pudo evitar alzar la mirada con expectación, esperando que las pisadas se detuvieran ante su puerta, aunque había otras dos oficinas en aquel edificio y era muy probable que el recién llegado siguiera subiendo. Muy pocas personas llamaban a su oficina, salvo miembros de su familia de vez en cuando.

Oyeron un golpe de nudillos en la puerta, y Olivia se sobresaltó. Lanzó una mirada a Tom, quien asintió y sonrió antes de incorporarse para ir a abrir. En el pasillo se erguía un hombre alto. Este miró a Tom con cierta sorpresa y , después, paseó la vista por el interior hasta que reparó en Olivia.

Olivia se lo quedó mirando, atónita. No había esperado volverlo a ver. Sintió los nervios en el estómago, a pesar de que se había quedado paralizada. Su reacción la irritaba. Tragó saliva y obligó a sus piernas a moverse, a impulsarla hacia la puerta.

—Lord Saint Leger —dijo, complacida de que su voz sonara serena y natural—. Qué sorpresa. Pase, por favor.

Saint Leger se descubrió y pasó junto a Tom, quien lo miraba con sumo interés. Se detuvo y paseó la mirada por el despacho con cierta incomodidad.

—Yo... eh...

—¿Necesita investigar algo, señor? —intervino Tom, acercándose para tomar el sombrero de Saint Leger y colgarlo del perchero que se encontraba junto a la puerta—. Entonces, ha venido al lugar ideal. Somos los mejores investigadores de fenómenos psíquicos.

—¿Es que hay otros? —preguntó Saint Leger, levemente sorprendido.

—Bueno... —Tom pareció avergonzarse, pero se recuperó enseguida—. No, tiene razón. No sólo somos los mejores, sino los únicos.

—Lord Saint Leger, por favor, siéntese —Olivia le indicó la silla situada frente a su mesa, pensada para que un cliente se acomodara

y contara su problema. Después, silenció a Tom con una mirada.

Su ayudante enarcó una ceja, pero se apartó, se sentó detrás de su mesa y fingió estar ocupado ordenando unos papeles.

Lord Saint Leger se dirigió a la silla que Olivia le había indicado, y esperó educadamente a que ella tomara asiento detrás del escritorio antes de sentarse. Olivia lo observaba, expectante. Lord Saint Leger la miró, bajó los ojos y carraspeó. Se hizo un incómodo silencio. Al otro lado de la habitación, Tom cambió de postura en su asiento. Por fin, Olivia dijo:

—¿Puedo serle de alguna utilidad, milord?

—Verá... —la miró y suspiró—. Sinceramente, no lo sé, lady...

—Prefiero que me llamen señorita Moreland —dijo Olivia. Los ojos de Saint Leger, pensó, tenían un color realmente extraordinario, más brillantes allí, en aquella habitación iluminada, que la noche anterior. Eran de color plata... o quizás, para ser más preciso, de estaño.

—Señorita Moreland —repitió Saint Leger—. Temo que anoche empezáramos con mal pie.

—Tal vez sí, si agarrarme, acusarme de ser una charlatana y, después, llamarme loca puede considerarse “empezar con mal pie”.

Los pómulos de Saint Leger se tiñeron de un leve rubor, y pareció avergonzarse.

—No quise decir... Simplemente, me quedé sorprendido cuando comprendí quién era usted, y la frase me vino a la cabeza. Era un apodo que había oído a lo largo de los años y, bueno, con la sorpresa, no me detuve a pensar. Me disculpo sinceramente, y le aseguro que no creo que usted ni... ni su familia están locos. Estoy seguro de que nadie lo piensa. No es más que un estúpido... apelativo.

Olivia siguió mirándolo con calma y, por fin, lord Saint Leger prosiguió.

—También le pido disculpas por haberla acusado de ser la ayudante de la señora Terhune. Sin embargo, debe reconocer que las circunstancias parecían indicar que lo era —su mirada destelló—. La escena dela sesión de espiritismo no fue del todo culpa mía.

Al ver que Olivia no contestaba, suspiró y se puso en pie.

—Ya veo que estoy perdiendo el tiempo.

—¡No! No, espere —Olivia se levantó al instante, y alargó la mano como si quisiera detenerlo; después, se sonrojó y la dejó caer a un

costado—. Acepto su disculpa. Dígame, ¿qué desea? ¿En qué podemos ayudarle?

Saint Leger vaciló; después, volvió a sentarse.

—No estoy seguro... Bueno, ¿qué es exactamente lo que hacen aquí?

—Investigamos sucesos extraños e inexplicables.

—¿Fantasmas? —preguntó él con leve ironía.

—Nunca me han pedido que estudie fantasmas, milord. Por lo general, investigo las prácticas de personas que afirman ser médiums.

—Como la señora Terhune anoche.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque aborrezco el fraude, milord, y me parece censurable que una persona engañe a otras, a menudo aprovechando que lloran la muerte de un ser querido, fingiendo poder comunicarse con los muertos, en particular, con esos seres queridos en concreto.

—Entonces, ¿no cree que puedan comunicarse con los espíritus del más allá?

—Nunca he encontrado a nadie que lo haga —respondió Olivia con energía—. Ningún médium me ha dado una sola prueba satisfactoria.

—¿Conoce a una mujer llamada madame Valenskaya?

—He oído hablar de ella —dijo Olivia—. Pero no la conozco personalmente.

—¿Cree que puede comunicarse con los espíritus?

—No he investigado sus sesiones pero, basándome en mi experiencia con otros médiums, yo diría que ese del todo improbable. Por lo general, lord Saint Leger, los médiums emplean diversos ardides para dar la impresión de que esos supuestos espíritus se encuentran en la habitación, con ellos. Insisten en crear la atmósfera adecuada, lo cual suele conllevar a que la habitación esté a oscuras o pobremente iluminada. Después, los “espíritus” los visitan en forma de golpes o, a veces, como objetos luminosos que flotan en el aire, o incluso como personas de aspecto fantasmal. Dan “pruebas” de que no son ellos mismos haciendo que todo es mundo se dé la mano en círculo. Así, cuando se oyen los golpes, las personas que tienen a ambos lados pueden asegurar que el médium no ha usado las manos.

—Entonces ¿cómo logran dar los golpes?

—Algunos, como las hermanas Fox, dijeron que podían hacer crujir los huesos de los dedos de los pies y de las rodillas para producir los golpes. O golpean la mesa con la rodilla. Otro truco frecuente es tener un cómplice en el grupo para que se siente a un lado del médium. Dirán que han sostenido la mano del médium durante toda la sesión pero, en realidad, una de sus manos ha quedado libre. También, al amparo de la oscuridad, el médium puede disponerlo todo para que la persona inocente que está a su lado tome la mano y el pie de su cómplice en lugar de la suya. Así queda libre para moverse por la habitación haciendo lo que le place.

Olivia, encendiéndose con el tema, se puso en pie y se acercó a un armario; lo abrió y enseñó a Saint Leger varios objetos que guardaba dentro.

—Esta botella contiene pintura fosforescente. Pueden pintar cualquier objeto que desean dejar suspendido en el aire para que resplandezca de forma espectral... Por ejemplo, una trompeta. Otro truco consiste en que el médium, o un cómplice que no se encontraba antes en la habitación, se cubren con un trozo de gasa y, en la oscuridad, dan la impresión de ser n fantasma. He conocido a caballeros inteligentes, incluso científicos, que han dado crédito a las apariciones de algunos de esos supuestos “fantasmas”.

Saint Leger se acercó al armario. Olivia era sensible a su presencia, al calor de su cuerpo, al leve olor a jabón de afeitar que persistía en su piel. Saint Leger contempló con ánimo dudoso el trozo de gasa, la trompeta y el arpa de juguete cubiertos de pintura fosforescente. Por fin, dijo:

—Esto es absurdo. ¿Cómo puede alguien creer estas cosas?

—Bueno, impresionan cuando se ven en la oscuridad, resplandeciendo y, aparentemente, suspendidas en el aire —señaló Olivia—. Reina la expectación. La gente espera penetrar en lo desconocido, esperanzada y, tal vez, un poco temerosa. Y si uno cree, como hacen estas personas, que el médium está firmemente sentado en su silla, da la impresión de que estos objetos aparecen libremente, que flotan por arte de magia. Debo confesar que hasta yo he sentido u pequeño escalofrío al verlos aparecer. Y sé en qué consisten los trucos.

—¿Qué es esto? —señaló una barra corta y delgada de color negro, con una empuñadura en un extremo.

—Una vara telescópica —le explicó Olivia. La sacó y la desplegó hasta su longitud real de metro y medio—. Sirve para sostener objetos en alto, y luego pueden reducirla a treinta centímetros y esconderla fácilmente, como los demás objetos que llevan en sus abultados bolsillos. Se dará cuenta de que los médiums siempre llevan vestiduras amplias, con sitio de sobra para bolsillos hondos, donde no se ve nada. Pocas personas insistirán en registrar a un médium, sería una grosería.

Saint Leger asintió.

—¿Y qué me dice del armario en el que se había encerrado la señora Terhune?

—Ah, esa es otra "prueba" de que el médium no es la persona que realiza las apariciones. Se sienta en una silla dentro del armario y se lo ata como hicieron con la señora Terhune. En esas ocasiones, el médium tiene la habilidad de soltar los nudos, o tiene un cómplice que se asegura de que los nudos quedan flojos o, ambas cosas. Después, se cierra la puerta. La lámpara se apaga, para que nadie pueda ver y, a veces, se alienta al grupo a que cante para ahogar los ruidos que hace la médium mientras se desata dentro del armario. Después, el médium se pone la gasa fosforescente y sale del armario o, sencillamente, se queda dentro y asoma la cabeza por la puerta, o sostiene en alto un guante pintado, una trompeta, o algo así. La señora Terhune enseña imágenes de cabezas de personas. Resulta absurdo, salvo que la mayoría de los presentes cree que son fantasmas. Después, la médium vuelve a atarse, y cuando los invitados abren la puerta, finge salir del trance y se interesa por lo que ha pasado.

Saint Leger frunció el ceño.

—Parece tan sencillo, tan obvio...

—Lo es. Pero la mayoría de las personas no lo ven de forma crítica o lógica. Quieren pensar que su ser querido puede verlos y hablar con ellos. Quieren creer que la vida sigue después de la muerte. No es difícil, cuando uno lo desea tanto.

—Supongo que no —Saint Leger la miraba con aire pensativo—. Si estuviera presente en la sesión de una médium, ¿podría reconocer los trucos? ¿Podría desenmascararla?

—Creo que sí, aunque quizá, no a la primera. Reconocer los trucos no es tan difícil como demostrar que lo son. Puedo explicar cómo lo hace, pero la víctima suele estar tan ansiosa de creer que la médium

dice la verdad que tendría que pillarla in fraganti para convencer a su víctima.

Saint Leger asintió. Olivia lo observaba. Casi podía ver las ideas dando vueltas en su cabeza. Se preguntó quién sería la persona que estaba siendo estafada por un médium, seguramente, por madame Valenskaya, dado que la había mencionado, y qué relación tendría con lord Saint Leger.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó por fin. Saint Leger la miró.

—Quiero que pase unas semanas en mi residencia campestre.

Capítulo 3

Durante un largo momento, Olivia se limitó a mirarlo. Al otro lado de la habitación, Tom hizo un ruido, que rápidamente camufló con una tos. Por fin, Olivia reaccionó.

—Perdón ¿cómo ha dicho?

Stephen Saint Leger se ruborizó débilmente al percatarse de lo que había dado a entender con sus palabras. No comprendía por qué todo lo que le decía a aquella mujer le salía al revés. Nada más entrar por la puerta y verla, había vuelto a experimentar la sensación extraña y huidiza de familiaridad. Después, sin motivo alguno, había evocado el sueño que había tenido la noche anterior, y la sensación se había intensificado. Había sido un sueño peculiar, más vívido y real de lo normal y, desde luego, ajeno por completo a su vida. Durante el tiempo que Stephen llevaba allí, pensó, había sido parco en palabras. Quizá, pensó, lo avergonzara revelar las extravagancias de su familia a una desconocida.

—Lo siento —dijo—. Entiendo que ha sonado... extraño. No le he contado cuál es el problema. La cuestión es... —se interrumpió—. Confío en que sea discreta, como dice su tarjeta.

—Sí, por supuesto. Ni Tom, mi ayudante, ni yo revelaríamos nunca nada de lo que nos dijera.

—No estoy preocupado por mí, sino por mi madre... Hace meses que está desconsolada. Mi hermano mayor falleció y, para ella, fue un golpe muy duro, como es natural. Este verano trajo a mi hermana a Londres y, durante su estancia en la capital, ha conocido a madame Valenskaya. Cree que esa mujer puede comunicarse con los muertos. Al principio, no me preocupaba mucho; pensé que era un pasatiempo inofensivo. Pero averigüé que la estaba obsequiando con posesiones muy valiosas. Temo que madame Valenskaya esté aprovechándose de ella. La manipula, estoy convencido. No sé cómo, pero ha persuadido a lady Saint Leger para que la invite a nuestra casa solariega, ahora que la temporada londinense ha terminado... A ella, y a la hija y al anfitrión de madame, por supuesto, un tipo llamado Howard Babington.

—Entiendo.

—No soy un tirano. No podía prohibirle que los invitara. Y esa mujer la tiene embelesada...

Olivia asintió, comprensiva.

—Es una situación difícil.

—Se me ocurrió que usted podría desenmascarar a madame Valenskaya. Pero, claro, como va a venir a Blackhope con nosotros, usted también tendría que venir como invitada. Así la médium no sospecharía. ¿Es posible que ella sepa a qué se dedica?

—No lo creo; no soy tan famosa. Muy pocas personas han recurrido a mis servicios.

—Entonces, le estaría sumamente agradecido si pudiera venir. Si usted quiere, claro está.

—Sí, por supuesto —Olivia no pensaba confesarle que la perspectiva de pasar varias semanas en su compañía le aceleraba el corazón y le resecaba la garganta. No estaba acostumbrada a asistir a veladas campestres. No era una persona sociable, como Kyria, y, desde luego, no solía tratar con hombres que no fueran un miembro de la familia o Tom—. A decir verdad, podría ser más fácil sorprenderla en una casa con la que no está familiarizada —prosiguió Olivia—. Cuando se celebran las sesiones en la vivienda de la médium o de su cómplice, ya tiene sus trucos preparados: cables de los que penden los objetos que aparecen en el aire, trampillas en el suelo por las que algo o alguien puede salir, ese tipo de cosas. Pero, en su casa, no dispondrá de esos recursos.

—Entonces ¿lo hará?

—Sí. Pero Tom deberá acompañarme. Mi ayudante.

Saint Leger miró a Tom. Este sonría de oreja a oreja ante la perspectiva de vivir una aventura.

—Sí, cómo no, si ese es su deseo.

—Podría pasar por uno de mis criados, ¿sabe?, para ayudar con el equipaje y demás —Tom se desanimó un poco al oír la idea, y Olivia se la explicó—. Así, podrás investigar entre los criados, escuchar los chismes. Y las personas hablan con mucha más libertad delante del servicio que en compañía de otras personas y, por lo general, no cuestionan su presencia en una habitación de invitados.

Tom volvió a sonreír.

—Es verdad. Puede que esa madame tenga un criado al que pueda tirar de la lengua.

—Sí, sería magnífico —el entusiasmo la invadía; nunca había

tenido una oportunidad tan perfecta de investigar los métodos de un médium: un largo período de tiempo y el permiso del anfitrión. Le brillaban los ojos cuando miró a Stephen —. Lord Saint Leger, le agradezco sinceramente esta oportunidad.

—Stephen —dijo él.

—¿Perdón?

—Me llamo Stephen. Si nos conocemos lo suficiente para que pueda invitarla a mi casa, debería llamarme por mi nombre de pila.

—¡Ah! —Olivia sintió el rubor que se propagaba por sus mejillas, y se avergonzó de que algo tan sencillo pudiera turbarla tanto—. Stephen. Por supuesto. Y yo me llamo Olivia.

—Olivia —tomó su mano e, inclinándose un poco, le rozó los dedos con los labios con gentileza—. Gracias. Esperaré impaciente su llegada. Mi madre le enviará urgentemente una invitación.

Olivia reprimió con firmeza el pequeño aleteo que aquellas palabras provocaban en sus entrañas. Quería ayudar, nada más.

—¿Qué ...? ¿Quién le dirá que soy?

—Una amiga —contestó Stephen, y sonrió—. Mi madre estará tan contenta de recibir a la hija de un duque que no hará demasiadas preguntas.

Olivia no dijo nada, pero tenía sus dudas. Según su propia experiencia, las madres raras veces exigían pocas explicaciones.

Aquella noche, durante la cena, y como era de esperar, la familia de Olivia reaccionó a la noticia de su viaje como un diluvio de preguntas. Su madre entornó sus penetrantes ojos verdes y dijo:

—¿Saint Leger? ¿Quién es? ¿Qué opina del voto de las mujeres?

—No lo sé, madre. No se lo he preguntado.

—Vaya, ¿qué podría ser más importante sobre un hombre? —replicó. Alta, con llameante pelo rojo un poco templado por vetas grises, era una mujer imponente, y Olivia solía sentirse incómoda cuando hablaba con ella.

—algunos dirían que el estado de su bolsillo —intervino Kyria. La duquesa se volvió hacia su hija pelirroja, tan parecida a ella en físico, con una mueca.

—Sinceramente Kyria, por tu manera de hablar cualquiera podría creer que eres frívola.

—¿Quién es ese tipo? —intervino el duque con suavidad— ¿Lord Saint Leger? ¿le conozco?

—Hace poco que ha regresado de los Estados Unidos —dijo el

hermano de Olivia, Reed—. Es el segundo hermano. Ha heredado el título de Roderick Saint Leger, que murió hace algún tiempo en un accidente de caza.

—No lo conocía —dijo el duque, perdiendo interés.

—Yo, un poco —prosiguió Reed—. Iba a mi club —se encogió de hombros—. Era un tipo corriente, diría yo. No conozco al actual duque —miró a Olivia—. Lo que no entiendo es de qué lo conoces. Tengo entendido que no ha salido de sus tierras desde su regreso a Inglaterra.

—Ahora está aquí —contestó Olivia—. Lo conocí en una reunión social hace unos días.

—¿Una reunión social? —inquirió el marido de Thisbe, Desmond, sorprendido—. ¿Fuiste a una fies...? ¡Ay! —se interrumpió y, lanzando una mirada dolida a su esposa, alargó el brazo con disimulo para frotarse la pierna.

—Sí, Olivia nos habló de él a Kyria y a mí la otra noche —dijo Thisbe con altivez—. Estábamos charlando de la... eh... fiesta en la que lo conoció.

—¿Significa eso que apenas lo conoces? —preguntó Reed con el ceño fruncido.

—Vamos, no te hagas el hermano mayor —dijo Kyria, y le lanzó una mirada burlona pero afectuosa—. ¡Cómo si Olivia no supiera lo que hace! Si le parece bien aceptar esa invitación, no necesitamos saber nada más, ¿verdad, mamá?

—Cierto, Kyria —la duquesa dirigió una mirada severa a su hijo—. Reed, querido, Olivia es una mujer hecha y derecha y puede decidir sobre su vida sin tener que dar explicaciones a los hombres de su familia.

—Por supuesto, madre —Reed lanzó a Kyria una mirada de contrariedad—. Si se tratara de Kyria, no diría nada.

—Mentiroso —intervino Kyria.

—Kyria, no le faltes al respeto a tu hermano —la regañó la duquesa.

—Pero Olivia no es tan sofisticada como Kyria —prosiguió Reed.

—Sí, pero tampoco soy estúpida —le espetó Olivia—. Creo que sé reconocer cuándo un hombre es un villano.

Le habría gustado contarles que iba a trabajar, y no a asistir a un acto social, pero, consciente de la promesa de discreción que le había hecho a Saint Leger, no podía. Sabía que Reed no se lo diría a

nadie, pero no estaba tan segura del resto. No eran chismosos, pero las cuestiones sociales carecían de interés para su madre, y su padre era un poco distraído; podría olvidárseles que no debían comentar aquel asunto con nadie. Si llegaba a oídos de los criados, no tardaría en saberse en todo Londres. Por tanto, Olivia guardó silencio. Además, pensó, resultaba bastante agradable hacerlos pensar que un hombre había mostrado interés por ella.

—No quería decir eso, Livvy —protestó Reed.

—Yo nunca he oído que fueran villanos —declaró el tío abuelo Bellard de improviso, sorprendiéndolos a todos. Se volvieron hacia él al unísono—. Es una familia muy antigua. Su título se remonta a la reina Isabel, o tal vez fuera Enrique VIII. Un linaje ininterrumpido, creo. Los rodean varias leyendas. Así, de primeras, no sé... Creo que uno de ellos escondió al rey Carlos I de los parlamentarios. Tendré que mirarlo —sonrió ante la perspectiva de investigar un poco—. Su casa solariega tiene un nombre un tanto extraño. Se llama Bleak... ¡No, Blackhope! Eso es. Blackhope may.

—¡Vaya! —comentó Kyria, moviendo las cejas—. Blackhope. "Negra esperanza". ¡Qué fúnebre!

—En serio Kyria, lees demasiadas novelas góticas —dijo la duquesa con reprobación—. Estoy segura de que ese lugar no tiene nada de fúnebre. Las mansiones antiguas suelen adquirir nombres peculiares. ¿no es cierto, tío Bellard?

—Ya lo creo —confirmó el anciano, y asintió felizmente.

—Bueno, a mí me parece romántico —dijo Kyria con rotundidad—. Ya sabes, el típico lugar en que alguien puede perder la cabeza.

—¡Espero sinceramente que no! —exclamó la duquesa, y se volvió con semblante preocupado hacia su hija pequeña.

—No voy a perder la cabeza —replicó Olivia con firmeza, y lanzó una mirada sombría a su hermana—. Lo prometo.

—Supongo que no —reconoció Kyria con un suspiro—. Aun así, no veo por qué no puedes hacer una conquista. Subamos a tu cuarto después de cenar y echemos un vistazo a tu ropero. Estoy segura de que Joan podrá dar un poco de brillo a tus vestidos.

—¡Mi ropero! —graznó Olivia—. ¿Por qué? No quiero brillo.

—Tonterías. Tanto si quieres como si no, te lo mereces —replicó Kyria con firmeza.

Olivia reprimió un gemido. No le apetecía oír las exclamaciones de horror de Kyria cuando viera su ropa, pero sabía que no podría

pararle los pies a su obstinada hermana. Cedió con desgana y, acabada la cena, subió las escaleras detrás de Kyria.

—No entiendo por qué no puedo ir vestida como siempre —protestó Olivia, aunque sabía que era inútil. Kyria se dio la vuelta y lanzó una mirada expresiva a la sencilla falda y corpiño marrones de Olivia.

—Olivia, se trata de una fiesta. No puedes ir vestida como una institutriz.

—No estoy intentando "cazar" a lord Saint Leger —replicó Olivia con altivez.

—Entonces, ¿por qué vas?

Olivia miró a su hermana a los ojos y, al final, bajó la vista.

—Bueno... Es que lord Saint Leger y yo somos amigos.

—Entonces, depende de ti que eso cambie —Kyria tiró de la campanilla y, cuando apareció una criada, le encargó que fuera en busca de Joan, la doncella personal de Kyria.

—No entiendo por qué siempre intentas empujarme con alguien cuando tú misma te opones tanto al matrimonio —dijo Olivia con sinceridad.

—No me opongo al matrimonio —replicó Kyria y, durante un instante fugaz, la tristeza pareció ensombrecer su rostro—. Es que no es para mí, ¿entiendes? —se dirigió al ropero de Olivia y abrió la puerta de par en par—. En cambio, para otras mujeres es perfecto. Mira a Thisbe, por ejemplo. Está encantada con su científico.

—No entiendo por qué crees que estoy hecha para el matrimonio. Nunca he tenido éxito con los hombres.

—Ser una coqueta empedernida y ser una buena esposa son dos cosas completamente distintas, créeme. Tú serías una esposa excelente, una persona cuya vida se completa teniendo marido e hijos. Eres dulce, amable y generosa, completamente leal y tremendamente cariñosa.

—Pero ¡tú también! —protestó Olivia. Kyria profirió una ligera carcajada.

—Que lo creas, cariño, se una prueba de tu dulzura, no de la mía.

Kyria empezó a revisar las prendas de Olivia, suspirando de vez en cuando o moviendo la cabeza.

—Sinceramente, Livvy, ¿por qué siempre escoges unos vestidos tan insípidos? ¿Dónde está ese chal que te regalé el año pasado?

Olivia abrió un cajón y extrajo la prenda; la acariciaba mientras se

la pasaba a Kyria. Era un hermoso chal de seda de motivos dorados y tostados, con adornos de borlas marrones.

—Esto animará tu vestido de seda marrón —le dijo Kyria, y lo colocó sobre el traje.

—Pero Kyria, no voy a necesitar nada tan... tan llamativo.

—¿Por qué no? Necesitarás algo mejor que esto, cariño.

—Pero no va a ser una... una reunión festiva —dijo Olivia—. El duque y yo... tenemos intereses comunes, nada más. Y será un grupo reducido. No hace tanto que murió su hermano, ¿sabes?

—Hace un año, y ya han dejado el luto. He visto a la hija en fiestas... pequeñas, por supuesto. Sospecho que celebrarán un par de veladas especiales, por lo menos. Siempre lo hacen. Y hay cenas todas las noches. Tendrás que vestirte para ellas.

—Bueno, sí... Supongo que sí —Olivia lanzó una mirada al vestido y al chal. La complacía un poco pensar en ponérselos, en estar... bueno, si no hermosa, al menos, no tan insípida. Al fin de cuentas, era una ocasión en la que no tenía que parecer profesional. Debía ofrecer el aspecto de una mujer que disfrutaba de un acto social.

—Creo que este vestido también valdrá —prosiguió Kyria, y sacó un traje de fiesta de color esmeralda—. Aunque Joan tendrá que quitar todo este encaje del corpiño.

—Pero ¡el escote quedará demasiado abierto!—protestó Olivia.

—Es escote quedará a la moda —replicó su hermana—. Y tienes un pecho ideal. Es hora de que presumas un poco.

La doncella de Kyria, Joan, una joven delgada y anodina de porte altivo, entró en la habitación. Era, según aseguraba Kyria, una auténtica joya. Tenía un excelente sentido del color y del estilo, y era mañosa con la aguja y con el peine. Kyria la había sacado de un orfanato a la edad de trece años al reconocer su talento artístico, y había acogido también a su hermana pequeña, cuando Joan le rogó que no las separara. Joan era muy leal a su señora y estaba muy orgullosa de su posición de doncella personal de la hija de un duque, una posición mucho más elevada de la que habría soñado nunca con alcanzar.

Con la ayuda de Joan, Kyria revisó despiadadamente el ropero de Olivia, sacando las prendas que, a su juicio, servirían, y decidiendo cómo darles el deseado “brillo”: un poco de encaje en el cuello y en los puños para suavizar una línea demasiado severa, un broche o un collar para animar un color insípido, o un poco de bordado para

realzar un corpiño gris pálido. Pero nada de lo que Olivia poseía era apto para una fiesta o baile, por lo que Kyria le prestó dos vestidos, uno azul pavonado de satén y otro dorado de seda, tan hermosos que Olivia no se los imaginaba puestos. Joan se dispuso a acortar, remeter y ceñir aquí allá, para adaptarlos a la figura menos alta y más esbelta de Olivia. Según afirmaba Kyria, Joan era una maravilla y tendría listos los vestidos para el viaje.

—O puede terminarlos cuando ya estéis allí —añadió con naturalidad.

—¿Cómo? —Olivia se la quedó mirando— ¿Qué quieres decir? Joan no va a venir conmigo.

—Por supuesto que sí. Necesitas a alguien que te peine, y como no tienes doncella personal, Joan te ayudará. Es un genio con los rizos; ya lo verás.

—Pero no necesito una doncella. Por eso precisamente no tengo ninguna. Puedo peinarme sola y todos mis vestidos están hechos de manera que pueda atármelos sin ayuda.

—Sí, sé que eres muy independiente y autosuficiente —replicó Kyria—. Pero no puedes presentarte en la mansión de un conde sin un solo criado. ¿Qué pensará lady Saint Leger?

—¿Qué soy sensata? —replicó Olivia—. Nadie necesita la ayuda continuada de una doncella y menos aún, yo.

—Si, sí, conozco tu opinión al respecto. Pero solo por esta vez. Hazlo por mí —Kyria sonrió persuasiva—. Y piensa en Joan... Le encantará hacer el viaje, ¿verdad, Joan?

Joan se mostró ligeramente sorprendida, pero accedió enseguida.

—Sí, milady, sería estupendo.

Olivia suspiró y, después de unas cuantas protestas simbólicas, desistió. No necesitaba una doncella, ni tampoco parecer bonita pero... no podía evitar pensar con placer lo que lord Saint Leger pensaría de los cambios.

De este modo, cuando a la semana siguiente partió hacia la propiedad de lord Saint Leger, Olivia llevaba en sus baúles dos vestidos impactantes de Kyria y varios vestidos suyos reconvertidos en prendas mucho más bonitas. Además, la acompañaban en el trayecto en tren dos supuestos criados. Era pura vanidad, lo sabía, pero no podía evitar admirar el nuevo aspecto d su insípido traje de viaje marrón, suavizado con un cuello que enmarcaba su garganta con elegancia y decorado en el hombro con un poco de trencilla

dorada. Joan había insistido en peinar a Olivia aquella mañana y, aunque había conservado su acostumbrado moño en la nuca, le había ahuecado el pelo en torno al rostro. Resultaba extraño, pensó Olivia, que pudiera estar igual y, al mismo tiempo, mucho más bonita. No era consciente de que su propio entusiasmo había añadido resplandor a sus mejillas y brillo a sus ojos castaños.

Su pequeño grupo fue recibido en la estación de tren del pueblo por el carruaje y el cochero de Saint Leger. Tom ayudó al cochero a subir el equipaje y viajó en el pescante con él, mientras que Olivia y Joan ocuparon el interior del vehículo. Los asientos eran cómodos y el carruaje tenía buenos muelles; Joan no tardó en quedarse dormida con el balanceo rítmico del vehículo. Olivia, en cambio, estaba demasiado ilusionada para descansar. Descorrió la cortina más próxima y contempló el paisaje, ansiosa de avistar Blackhope por primera vez.

Por fin la vio, con sus muros de piedra clara casi dorados a la luz del sol poniente; una recia fortaleza normanda de empinada muralla exterior, coronada de almenas, con una torre redonda en lo alto de la parte posterior, el último bastión defensivo, con su muro de piedra quebrado únicamente por saeteras con la tradicional forma de cruz. Olivia tomó aire con brusquedad, presa de una profunda emoción en el pecho.

Durante un instante, la imagen tembló ante sus ojos y, después, mientras pestañeaba, desapareció.

Perpleja, Olivia se quedó mirando el paisaje con el corazón agitado. La mansión que descansaba sobre la colina, a lo lejos, no era una antigua fortificación defensiva, sino una extensa mansión de piedra de diferentes niveles y sucesivas ampliaciones, cuya única semejanza con el castillo que había visto hacía un momento era la piedra clara con la que había sido construida.

Se inclinó hacia la ventana, incapaz de creer lo que veía. Cerró los ojos y volvió a abrirlos despacio. Allí seguía irguiéndose la mansión más moderna. No había rastro de ninguna fortaleza normanda.

Olivia se recostó en el asiento y cerró las manos con fuerza en el regazo. Se alegraba deque la doncella de Kyria no estuviese despierta y viera la estupefacción de su rostro. Recordaba el castillo a la perfección, con las banderas ondeando en las almenas, el puente levadizo bajado y las enormes puertas abiertas. ¡Había sido tan vívido, tan real! Olivia se inclinó de nuevo hacia la ventana.

Seguía sin ver el castillo en el horizonte, solo la airosa mansión.

Mientras se aproximaban, la observó con intensidad, tratando de determinar si habría sido un efecto de la luz. Pero la casa solariega de los Saint Leger no tenía aspecto de castillo. Para empezar carecía de muralla exterior, y la estructura se dividía en tres partes diferenciadas: una zona cuadrada, con una torre corta y cuadrangular en un extremo, de aire medieval, otra ala de estilo isabelino, y otra más, perpendicular a la anterior. Era una mezcla de, al menos, tres períodos y estilos diferentes de algún modo fundidos para crear un todo atractivo. La hiedra cubría una pared lateral, recortada en las ventanas, que extendía sus dedos parcialmente por la fachada. A pesar de su tamaño y de su siniestro nombre, Blackhope may parecía un lugar cálido y hogareño.

En cuanto el carruaje se detuvo delante de la casa, un lacayo corrió a abrir la puerta del carruaje.

—Bienvenida a Blackhope, milady.

Acompañó a Olivia al interior de la mansión, mientras el cochero llevaba el carruaje a la puerta de las cocinas para descargar los baúles y dejar salir a Joan y a Tom. Olivia atravesó la puerta principal y entró en un vestíbulo de techos altos que, según reconoció, había sido el salón principal de la originaria casa medieval. La amplia escalera era una incorporación más reciente; se elevaba hacia un rellano desde el que se dividía en dos tramos, que conducían, en direcciones contrarias, hacia la segunda planta. Lord Saint Leger estaba bajando los peldaños en aquellos momentos, con una sonrisa en su rostro.

Olivia sintió un estremecimiento y comprendió con perplejidad cuánto había ansiado aquel momento. No sabía muy bien por qué. Había conocido a otros hombres tan atractivos como lord Saint Leger y con personalidades más fluidas, pero nunca había sentido tanta emoción al verlos. Pensó en su aspecto desaseado tras el viaje: faldas arrugadas y pelo escapándose del suave recogido que le había hecho Joan, y lamentó no haber podido refrescarse antes de saludarlo.

—Señorita Moreland, bienvenida a Blackhope —le extendió la mano al tiempo que se acercaba para tomar la que ella le ofrecía. Olivia experimentó la misma sacudida que la primera vez que la había tocado, una sensación de calor y de algo más, una especie de familiaridad.

Olivia no lo entendía, pero no podía negar que le agradaba.

—Lord Saint Leger. Gracias por invitarme. Tiene una casa preciosa.

No mencionó la visión que había tenido del antiguo castillo; era precisamente lo que había dado a su familia su famoso epíteto; el típico suceso del que había hablado su abuela y que a Olivia de niña, siempre la había asustado.

—Estoy encantada de que haya venido —le confió Stephen en voz baja, sin soltarle la mano, mirándola a los ojos—. Temía que se echara atrás.

—Tonterías. Claro que he venido —contestó Olivia rápidamente. Tuvo la impresión de que había sonado demasiado ansiosa y siguió hablando en tono práctico—. Estoy impaciente por investigar este caso. No suelo disponer de una oportunidad tan perfecta como esta.

—Sí, claro. Me alegro de que se lo parezca —Saint Leger habló en un tono más formal, y Olivia lamentó sus palabras. ¿Por qué era tan torpe socialmente?

—Permítame que le presente a mi familia. Están impacientes por conocerla.

Le ofreció el brazo y la condujo por las escaleras y a lo largo de una galería hasta las puertas dobles de un salón formal. Allí se encontraban reunidas varias personas, y todas se volvieron hacia ellos con patente curiosidad. En un primer momento, y debido a su timidez natural, Olivia creyó ver un gentío, borroso y abrumador, pero a medida que Stephen hacía las presentaciones, el borrón se concretó en individuos.

—Madre, permíteme que te presente a lady Olivia Moreland. Olivia, esta es mi madre, la condesa viuda de Saint Leger.

La madre de Stephen era una bonita mujer de mediana edad, con su pelo oscuro casi completamente blanco. Agradable y regordeta, iba de luto riguroso. Lady Saint Leger saludó a Olivia con una sonrisa, con ojos azules brillantes de curiosidad. A Olivia se le ocurrió pensar que la familia de Saint Leger albergaba las mismas sospechas que su propia familia por aquella inesperada invitación, y se ruborizó un poco mientras devolvía el saludo a la madre de Stephen.

—La viuda de mi hermano, lady Pamela, condesa de Saint Leger —prosiguió Stephen con voz inexpresiva, indicándole la mujer que estaba sentada en una silla detrás de lady Saint Leger, luciendo un

vestido de corte elegante y del color gris pálido del medio luto, adornado con cintas de encaje negro. Tenía un rostro frío y hermoso apenas marcado por el dolor o el pesar. Era una belleza de pelo rubio y ojos azules, la clase de mujer que hacía que Olivia se sintiera torpe e insípida, y no pudo evitar preguntarse por qué lord Saint Leger no le había hablado de ella. No parecía la clase de mujer fácil de olvidar.

—Lady Olivia —la voz de lady Pamela era serena, y sus ojos reflejaban regocijo y desdén. Olivia se ruborizó levemente bajo su mirada, consciente de su desaliño tras el viaje.

—Y esta niña impaciente es mi hermana, lady Belinda Saint Leger.

—No soy una niña —protestó Belinda, dirigiendo una mirada de enojo burlón a su hermano. De pelo oscuro, como Stephen, tenía unos luminosos ojos de color gris azulado y sonreía felizmente vibrando de juventud y de buen ánimo. Se volvió hacia Olivia, tomó su mano y habló con candor —. Me alegro mucho de conocerla. Nos moríamos de curiosidad por ver quién era.

—¡Belinda! —la regañó su madre—. Lady Olivia pensará que no tienes modales —perola sonrisa amorosa que dirigió a su hija debilitaba el enojo de sus palabras.

—Sabes que es verdad —replicó Belinda sin poder contenerse.

—Lady Olivia, permítame que le presente a mi querida amiga, madame Valenskaya —dijo a continuación lady Saint Leger, y se volvió hacia la mujer que estaba sentada a su lado en el sofá.

—Es un “placerr” “conocerrla” —dijo madame Valenskaya, e inclinó la cabeza con aire regio. Tenía una voz sorprendentemente grave para una mujer tan pequeña, y con marcado acento extranjero.

Olivia observó a la médium con interés. Madame Valenskaya era de corta estatura, rechoncha, tenía ojos sagaces, como botones negros, que parecían perderse en su carnoso rostro. Los clavó en Olivia, y ésta tuvo la impresión de que madame Valenskaya también se estaba formando un juicio de ella.

—Y esta es Irina, la hija de madame —lady Saint Leger indicó a una joven menuda y deslavazada que estaba sentada en una silla, un poco apartada del resto. La joven saludó a Olivia con una leve inclinación de cabeza y un “hola” sin acento, y bajó la mirada. Olivia no sabía si Irina era tímida o, sencillamente, maleducada—. Y el señor Howard Babington —añadió lady Saint Leger, y sonrió al

hombre que se encontraba de pie junto a la ventana.

Se había vuelto hacia Olivia cuando esta había entrado en el salón, y le brindó una sonrisa educada y un saludo. Aquel hombre, según sabía Olivia, era el protector de madame Valenskaya. Olivia no lo conocía, lo cual no era inusual, ya que no salía mucho, pero a su hermana Kyria tampoco le había sonado su nombre. Aquello solo podía significar que no pertenecía a las escalas más altas de la sociedad londinense, si es que era un caballero y no un farsante, como la propia Valenskaya.

Los médiums solían tener tales protectores, personas que los acogían en sus hogares, les presentaban a sus amigos, les permitían llevar a cabo sus sesiones de espiritismo bajo los auspicios de su buen nombre. Algunos anfitriones eran una víctima más, y otros, cómplices que los ayudaban a perpetrar sus fraudes. Olivia ignoraba a cuál de las dos categorías pertenecía el señor Babington. Hombre esbelto de mediana estatura, tenía un rostro delgado y pálido cuya perilla afilada lo adelgazaba aún más. Tenía el pelo de color castaño claro, como la barba, y ojos de color avellana. Era, en líneas generales, un tipo bastante corriente, ni apuesto ni insípido, y su voz era tan anodina como él. Era la clase de hombre que resultaba fácil de olvidar.

—Es un honor —murmuró; tomó la mano de Olivia con escasa fuerza y la soltó casi de inmediato.

—Debe de estar cansada después del largo viaje desde Londres —le dijo lady Saint Leger con amabilidad—. Seguro que le apetece reposar un rato en su habitación.

—Gracias, milady —Olivia aceptó el ofrecimiento con gratitud.

—Yo la acompañaré —se ofreció Belinda con alegría, y se levantó de la sella. Salió con Olivia del salón, recorrió la galería y otro pasillo.

Belinda entrelazó su brazo con el de Olivia en señal amistosa e inclinándose hacia ella le confió:

—Estábamos ansiosos por conocerla. Espero que no se ofenda por nuestra curiosidad. Verá, es la primera vez que Stephen invita a una mujer a casa. Bueno, quiero decir, desde... Bueno, desde que ha vuelto de Norteamérica.

Olivia se sonrojó.

—¡Ay!, no debe pensar... Quiero decir que, lord Saint Leger y yo solo somos amigos. No hay nada que... en fin, que justifique su

interés en mí.

La avergonzaba la suposición de las mujeres Saint Leger de que Stephen estaba interesado en ella como mujer. Sin embargo, no podía revelarles el verdadero motivo de su visita. Lady Saint Leger se sentiría ofendida y horrorizada.

—Claro que Stephen apenas ha salido de la finca desde su regreso —prosiguió Belinda—. Dice que está muy ocupado poniéndose al corriente de todos los asuntos de sus tierras —hizo una mueca—. No sé, a veces creo que se siente un poco incómodo aquí. Ha pasado casi diez años viviendo en Norteamérica. Pero, claro, eso usted ya lo sabe. ¿Cómo lo conoció? Nos lo hemos estado preguntando como locos. Debió de ser cuando fue a Londres a buscarnos, claro. Pero yo creía que no había asistido a ninguna fiesta. Desde luego, se negaba a salir con nosotras. Debió de ser muy romántico.

—¡No! No, no fue... No somos más que amigos —repitió Olivia con torpeza—. Verá... Conocí a su hermano a través del mío, Reed. Lord Saint Leger vino a visitarlo y dio la casualidad de que yo estaba en casa.

Tendría que poner a Saint Leger al corriente de su "encuentro casual", se dijo Olivia. Había sido una estupidez no haber inventado una historia de antemano. Era natural que su familia sintiera curiosidad.

—Así que, ya ve —prosiguió Olivia—. Ha sido más prosaico que romántico. Lord Saint Leger nos invitó a Blackhope a los dos, pero Reed no podía venir.

Belinda la miró con expresión pensativa, y Olivia creyó que su historia no la apartaba del todo de sus ideas románticas, pero la joven se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, al menos, a Pamela se le han bajado los humos —sonrió un poco al pensarlo.

—¿A lady Saint Leger? —fue el turno de Olivia de mirar a su acompañante con curiosidad—. ¿Qué quiere decir?

—Ah, bueno... —Belinda vaciló—. Es que está acostumbrada a ser la señora de la casa. Ya sabe, la mujer más importante. Y usted es la hija de un duque, así que es de rango superior.

Olivia albergaba la clara sospecha de que la explicación de Belinda no había sido su pensamiento inicial. Sin embargo, no podía interrogarla, así que se limitó a sonreír.

Belinda se detuvo en el umbral abierto de un dormitorio bonito,

espacioso y elegante, con ventanas a ambos lados de la cama y vistas al jardín de atrás.

—Esta es su habitación, milady.

—Por favor... Detesto los títulos. Suelo responder a "señorita Moreland".

La joven abrió los ojos de par en par.

—Pero ¡yo no puedo llamarla así! Mamá se pondría furiosa conmigo si fuera tan grosera.

—Bueno, entonces, ¿quizá Olivia a secas? —sugirió. Belinda se quedó aún más boquiabierta.

—¿En serio?

—Sí, por supuesto. Si te soy sincera, no me siento hija de un duque.

Belinda sonrió de oreja a oreja.

—¡No eres nada engreída! Sabía que me caerías bien. ¡Lo sabía!

Olivia rió entre dientes.

—El sentimiento es mutuo —resultaría difícil, a decir verdad, no sentir debilidad por la actitud fresca y cándida de la joven.

El rostro de Belinda resplandeció aún más, y dio un rápido apretón a la mano de Olivia.

La joven se marchó poco después, cerrando la puerta al salir, y Olivia se dejó caer con alivio en un diván. Interpretar su papel de "amiga" de Stephen era más agotador de lo que había imaginado.

Llamaron a la puerta, y Joan entró en la habitación seguida de Tom, este último cargado con el baúl de Olivia. Joan se dispuso a vaciarlo y a guardar las prendas en el armario, mientras Tom y Olivia conversaban en voz baja. Tom le contó que se había instalado en los cuartos del servicio, y que confiaba en ponerse al corriente de todos los chismes. Ya había oído comentar que ni madame Valenskaya ni su hija tenían doncella, ni el señor Babington un ayuda de cámara, por lo que los criados de Saint Leger los miraban con desdén.

—No sé si se les puede recriminar que no tengan criados —comentó Olivia.

—Bueno, las doncellas les echan en cara que ahora tienen doble tarea. Dos de ellas estaban discutiendo sobre quién debía ayudar a madame Valenskaya a vestirse para la cena esta noche.

—Entiendo —dijo Olivia—. Bueno, puede que sea una oportunidad. ¿Y si te ofreces voluntario para hacer de ayuda de

cámara del señor Babington?

—Excelente idea, señorita. Puede que se le escape algo en mi presencia, y me ganaré la simpatía del servicio.

Tom se marchó con renovado entusiasmo, y Olivia se volvió para ayudar a Joan a deshacer el baúl. Joan, sin embargo, pareció ofenderse por el ofrecimiento.

—Debería estar descansando, milady. La cena es a las ocho, y tendremos que peinarla y vestirla dentro de una hora. Échese un rato, mientras yo le plancho el vestido.

Olivia cedió, demasiado agotada para discutir, y se despertó treinta minutos después sintiéndose mucho más relajada. Se levantó de la cama y se refrescó; al poco, Joan entró con el traje recién planchado. Era el vestido de satén verde esmeralda al que Kyria había abierto el escote de forma escandalosa rasgando el encaje. Aun así, reconoció Olivia cuando se puso el vestido y Joan la peinó con artísticos rizos, estaba... en fin, bastante bonita.

El orgullo por su aspecto duró lo que tardó lady Pamela Saint Leger en entrar en el comedor, donde ya se habían congregado todos. Era imposible competir con ella, se dijo Olivia; tenía una cintura de avispa y unos senos pálidos y generosos realzados por su escotado vestido negro. ¿Por qué, pensó al verla, se había preocupado de que su vestido enseñara demasiado?

Subyugada por la belleza rubia de la mujer, Olivia tardó un tiempo en advertir que los comentarios coquetos de la viuda parecían dejar indiferente a lord Saint Leger. De hecho, Stephen parecía aburrido y, durante gran parte de la cena, Pamela dirigió casi todas sus palabras y miradas al señor Babington.

A mitad de la velada, la condesa viuda de Saint Leger dijo, sonriendo:

—Madame Valenskaya, espero que podamos persuadirla para que nos honre esta noche con una sesión de espiritismo.

Saint Leger se puso rígido y lanzó una mirada a Olivia. Ella se volvió con interés hacia la mujer rusa, quien había pasado gran parte de la cena disfrutando en silencio de la comida. Madame Valenskaya dejó los cubiertos y miró a lady Saint Leger.

—*Da* —contestó con su acento gutural—. Es usted quien me “honrra”, milady. “Perro”, como sabe, los “espíritus” no siempre están... ¿Cómo se dice? “Preparrados”.

—Por supuesto —corroboró lady Saint Leger de buena gana, con el

rostro iluminado de entusiasmo—. Pero sería maravilloso que lo intentara.

—*Da, da*. Lo "intentarré". Por usted, milady.

Lady Saint Leger se volvió hacia Olivia.

—Madame Valenskaya es una médium muy diestra, milady. No sé si tiene experiencia en estas cosas.

—Siempre he sentido un gran interés por el mundo de los espíritus —le dijo Olivia de buen grado—. Si están a punto de celebrar una sesión, me encantaría asistir.

Lady Saint Leger sonrió con alegría.

—Es usted muy amable, lady Olivia. ¡Espléndido! ¿Stephen? Espero que tú también quieras acompañarnos.

—Por supuesto —Stephen asintió con brevedad—. Si tú quieres....

Así pues, después de la cena, el grupo se congregó en torno a la mesa del comedor más pequeño e informal. En la cabecera habían dispuesto una silla para madame Valenskaya, que se había disculpado para subir a su cuarto y "armonizar" con las vibraciones espirituales del "más allá". Irina, hasta aquel momento tan callada que su presencia había pasado casi inadvertida, se dirigió a los presentes para colocarlos en torno a la mesa. Ella se situó junto a su madre, y colocó al señor Babington al otro lado de la médium. A continuación de Babington, sentó a la madre de Stephen y a Olivia. Pamela ocupó la silla contigua a la de Irina, y Belinda la siguiente, de modo que Stephen quedó relegado a la cabecera opuesta a la médium. Olivia no tenía dudas de que la posición de Saint Leger era deliberada; Irina resguardaba a su madre del conde rodeándola de sus seguidores.

Madame Valenskaya entró en la habitación y se dirigió a la cabecera con las manos entrelazadas en la cintura y la mirada baja, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Lady Saint Leger hizo una seña al criado y este salió del comedor y cerró la puerta.

Todos guardaron silencio mientras Valenskaya tomaba asiento. El quinqué de queroseno del centro de la mesa despedía un suave círculo de luz. Olivia lanzó una rápida mirada a su alrededor. Stephen tenía el semblante pétreo y la mirada atenta y serena. El rostro de lady Saint Leger, por el contrario, reflejaba expectación. A Belinda también se la veía entusiasmada, y la expresión de Pamela era más de aburrimiento que de ninguna otra cosa. El semblante de Irina quedaba en sombras y era difícil de descifrar. El de Babington,

sin embargo, refulgía con algo parecido a la adoración cuando contemplaba a la médium que estaba sentada a su lado.

—Ahora, nos daremos las manos para completar el círculo de energía, y abriremos nuestros corazones y nuestras mentes a los visitantes del otro mundo —explicó Irina en voz queda—. Después, apagaré la luz.

—La oscuridad favorece la llegada de los espíritus —le explicó lady Saint Leger en un susurro a Olivia mientras le daba la mano.

Todos entrelazaron los dedos. La mano firme de Stephen estrechó la de Olivia, y esta experimentó un repentino estremecimiento de placer. Irina alargó el brazo y apagó la luz, dejándolos envueltos en la aterciopelada oscuridad. No se oía ningún ruido salvo el suave susurro de las respiraciones. Olivia era intensamente consciente del tacto de la mano de Stephen. Cálida, firme, levemente encallecida.

Estaba tan concentrada en las sensaciones que despertaba aquella mano que no volvió a pensar en madame Valenskaya hasta que no la oyó gemir. Olivia se sonrojó, avergonzada, y se alegró de que la oscuridad ocultara su rubor.

Dirigió la mirada hacia la cabecera de la mesa y, en ese momento, vio una mano refulgiendo en la oscuridad por encima de la cabeza de la médium. Con los dedos levemente curvos, se movió en torno a ella unos momentos, después, descendió y desapareció.

—Espíritu, ¿estás ahí? —preguntó Babington. Olivia se extrañó de que no fuera la propia médium quien se comunicara con los espíritus, hasta que oyó a madame Valenskaya murmurar:

—Sí.

—Bienvenidos, espíritus —dijo Babington a modo de saludo, entusiasmado pero todavía con voz apagada. En torno a Olivia, casi todos repitieron el saludo.

—¿Eres Ciervo Veloz? —preguntó lady Saint Leger.

Se produjo una pausa; después, la misma voz gutural dijo:

—No.

Olivia notó que lady Saint Leger contraía la mano con sorpresa. Al otro lado de la mesa, Irina dijo:

—Te lo ruego, espíritu, dinos quién eres.

De nuevo se oyó la voz, grave y entrecortada.

—Ro...ddy. Soy Roddy.

Capítulo 4

La mano de Stephen se contrajo convulsivamente en torno a la de Olivia, y esta lo oyó proferir una suave blasfemia. Lady Saint Leger, por el contrario, profirió una exclamación de sorpresa y se desasió de Olivia para llevarse la mano a los labios.

—¿Roddy? —preguntó la madre de Stephen con voz trémula y ansiosa—. Roderick, ¿de verdad eres tú?

—Sí, "madrre". Estoy aquí. Pamela, "amorr" mío. Esta noche estás muy "herrmosa".

—¡Roderick! —exclamó Pamela en tono apremiante— ¿Dónde estás? ¡Déjame que te vea!

—No puedes —respondió "Roddy"—. Soy muy nuevo aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde estás, Roddy? —preguntó lady Saint Leger, con lágrimas en la voz—. ¿Eres feliz?

—Estoy "entrre" las sombras —prosiguió la voz grave con su extraño tono entrecortado—. "Perro" no puedo descansar. Ninguno de "nosotros" puede descansar.

—¿Qué? —la voz de lady Saint Leger denotaba alarma— ¿Por qué no? Cariño, ¿eres desgraciado?

—Aquí hay muchas almas "perrdidas". Esta casa... No pueden descansar —la voz se volvía cada vez más débil y susurrante—. No pueden descansar "porr" culpa de lo que les arrebataron. No puedo descansar, "madrre".

—¡Roddy" —exclamó lady Saint Leger, con la voz impregnada de angustia—! No, por favor.

—¡Maldita sea —Stephen soltó la mano de Olivia y dio un manotazo a la mesa—! ¡Menuda sarta de mentiras!

—¡Stephen! —exclamó lady Saint Leger entono reprobador—. No, no debes interrumpirnos.

—¡Se ha ido! —proclamó madame Valenskaya con desagrado—. "Nuestrros espírritus" nos han dejado.

Olivia alargó el brazo para acercar el quinqué y lo encendió. Todos parpadearon un poco ante el repentino resplandor. Las mejillas de lady Saint Leger, según pudo comprobar Olivia con una punzada de pesar, estaban manchadas de lágrimas.

—Los ha espantado —dijo la médium entono acusador, mirando a Stephen con enojo.

—Tonterías. Como si hubieran estado aquí.

—¿Se ha ido Roderick? —preguntó lady Saint Leger a madame Valenskaya con voz trémula—. ¿No puede llamarlo otra vez?

—No tengo "poderr" sobre los espírritus" —repuso madame Valenskaya con rotundidad—. Se ha ido. Los "espírritus" no se quedan con los incrédulos.

—Debo decir —repuso Stephen con serenidad—, que la voz de Roderick se parecía mucho a la suya, madame Valenskaya.

—Los espíritus utilizan a madame Valenskaya para comunicarse con nosotros —le explicó el señor Babington—. Es el instrumento por el que hablan, así que es lógico que la voz sea la de madame. Sin embargo, las palabras son de los espíritus.

—Roderick no habría dicho esas tonterías.

—Estaba sufriendo —dijo lady Saint Leger, abatida, y se volvió hacia la médium—. ¿No podríamos intentarlo otra vez? Empezando desde el principio. Quizá Roderick quiera volver.

—No —dijo madame Valenskaya con rotundidad—. Es demasiado "tarrde". Esta noche no regresará —miró a lord Saint Leger con reprobación—. Los "espírritus" no vienen cuando hay incrédulos.

—Una excusa conveniente, debo decir —Stephen se volvió hacia lady Saint Leger—. Madre, ¿no te das cuenta de que no son más que trucos y falsedades? No era Roderick quien te hablaba.

—¡Stephen! —exclamó lady Saint Leger con enojo—. Estás siendo grosero con nuestros huéspedes. Invité a madame Valenskaya a nuestra casa y no permitiré que la insultes.

Stephen frunció las cejas y tomó aire para hablar, pero Olivia le puso rápidamente la mano en el brazo.

—Lady Saint Leger, estoy segura de que su hijo no pretendía ser grosero —se volvió hacia Stephen con una mirada de advertencia—. Y tampoco quiere espantar a los espíritus. Simplemente, está preocupado por usted. Ve lo mucho que la han entristecido las palabras de los espíritus.

—Sí, por supuesto —accedió Stephen a regañadientes—. Roderick jamás diría nada que te hiciera desgraciada.

—Pues claro que no. Pobrecito, debe de estar sufriendo mucho para haber dicho algo así.

Olivia notó que el brazo de Stephen se contraía bajo su mano,

pero este apretó la mandíbula y guardó silencio. Olivia se volvió hacia la médium y, al hacerlo, vio a lady Pamela mirándole la mano con la que tocaba a Stephen y comprendió, con retraso, que era un gesto demasiado íntimo. Rápidamente, retiró los dedos. Al verlo, Pamela lanzó una mirada de pura antipatía a Olivia, antes de volverse hacia la médium.

—No nos privará de la oportunidad de volver a hablar con Roddy, ¿verdad, madame? —dijo en tono de súplica—. Estoy segura de que Roderick conoce a su hermano lo bastante bien para hacer caso omiso de su mal genio.

—Sí, diga que celebrará otra sesión mañana por la noche —le rogó lady Saint Leger—. Mi hijo no volverá a interrumpir, ¿verdad, querido?

—No, por supuesto que no. Prometo guardar silencio —respondió Stephen.

—Y tener la mente abierta.

—Tan abierta que dejará pasar el viento.

—¿Lo ve? —lady Saint Leger sonrió con aire de triunfo a la mujer rusa—. Por favor, diga que celebraremos otra sesión.

—Bueno... Por usted, milady —accedió madame Valenskaya. Se apartó de la mesa y se puso en pie—. "Ahorra", descansaré. ¿"Irrina"?

—Sí, mamá. —Irina se puso en pie y dio la vuelta a la mesa para acercarse a su madre y ofrecerle el brazo. Babington se colocó al otro lado, y madame Valenskaya salió de la habitación apoyándose pesadamente en sus dos aliados. Olivia lanzó una mirada a Stephen, quien observaba la escena con semblante lúgubre. Este suspiró y se volvió hacia Olivia.

—¿Te apetecería dar un paseo por el invernadero antes de que nos retiremos?

—Será un placer —Olivia estaba convencida de que Stephen quería hablar de lo ocurrido. Se dio la vuelta y le presentó sus excusas a lady Saint Leger, quien contestó en tono distraído.

—Me disculpas de nuevo por mi comportamiento, madre —dijo Stephen.

Lo sé, querido —lady Saint Leger le sonrió—. Desearía que dieras a madame Valenskaya el beneficio de la duda. Es una mujer tan entrañable...

—No solías ser tan escéptico, Stephen —dijo Pamela en tono

burlón. Saint Leger la miró y repuso en tono burlón. Saint Leger la miró y repuso en tono irónico.

—Eso era antes de descubrir de lo que es capaz la gente —se volvió de nuevo hacia su madre—. Sé cuánto desfrutas de la compañía de madame Valenskaya. Haré lo posible para... reprimir mi tosquedad.

Con una pequeña inclinación de cabeza para su madre, Stephen ofreció el brazo a Olivia. Atravesaron el vestíbulo principal y, por el pasillo de atrás, salieron al invernadero, donde unos muebles de mimbre, suavizados con cojines de flores, estaban desperdigados entre el gran número de plantas. La única luz la procuraban los candiles del pasillo y los rayos de luna que se filtraban por las múltiples ventanas. Stephen se detuvo para encender un candelabro y, después, condujo a Olivia al interior del invernadero, al sofá de mimbre del centro de la habitación.

—Sé que vas a decirme que he sido un estúpido —dijo Stephen—. Y tienes razón, pero oír a esa mujer imitando a Roddy me ha sacado de mis casillas. No podía permitir que usara su nombre para perpetrar su engaño. ¡Ni para jugar con el dolor de mi madre de esa manera!

A Olivia la sorprendió que no mencionara el sufrimiento de la viuda de Roddy. También se había percatado del acero de su voz minutos antes, al dirigirse a Pamela. Sin embargo, se limitó a decir:

—Lo sé, es despreciable. Pero tu madre ansía creer que madame Valenskaya contacta con tu hermano, y no podremos disuadirla con razonamientos. Habrá que sorprender a la médium in fraganti.

—Sí. Ha sido muy ingeniosa al hacer que los espíritus “hablen a través de ella”. No hay golpes muyo truco podamos descubrir. Y la voz de Roddy es la de ella porque supuestamente, la utiliza como canal. No será fácil desmentir eso.

—Lo sé, pero hizo el truco de la mano —le recordó Olivia—. Apuesto a que era un guante pintado rellenado con papel o tela y sostenido enalto con una vara telescópica. Puede ocultarlos fácilmente en un amplio bolsillo; y lleva faldas amplias. Además, subió a su cuarto antes de la sesión, así que podría haberse guardado ambos objetos en el bolsillo.

—Cierto. Pero no puedo exigirle que vacíe los bolsillos.

—No. Tendremos que observarla y, en el momento justo, encender una cerilla y sorprenderla haciendo el truco.

—A veces, me pregunto si mi madre lo creerá aunque tenga la

prueba delante —Stephen calló un momento, todavía pensativo—. ¿A qué ha venido ese comentario sobre las sombras desgraciadas que no encuentran descanso? No ese lo normal, ¿no?

—No —reconoció Olivia—. Por lo general, hablan de la paz y de la belleza del más allá. A fin de cuentas, es lo que todo el mundo quiere oír: que su ser querido está feliz, que ya no sufre y que, cuando mueran, se reunirán con ellos en ese lugar gozoso.

—Pero, por alguna razón, quiere hacerle creer a mi madre que Roderick es desgraciado, que su alma está inquieta. ¿Cuánto apuestas a que hará falta cierta suma de dinero para que su alma halle el descanso?

—Es muy posible —Olivia suspiró—. Temo que lady Saint Leger esté dispuesta a pagar casi cualquier cosa si creyera que así ayudaría a su hijo.

—Y, aparte del dinero que van a estafarle —añadió Stephen—, ahora la están haciendo sufrir.

—Es verdad. No sabes cuánto lo siento.

Olivia le puso la mano en el brazo en señal de comprensión. Stephen la miró, y Olivia se quedó inmóvil, incapaz de respirar. ¿Por qué sentía un hormigueo en todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo?

Stephen cubrió la mano de Olivia con la suya, y ella notó su piel cálida y ligeramente áspera. Olivia empezó a derretirse por dentro, presa de unas sensaciones que no había experimentado jamás. Creyó poder perderse en aquellos serenos ojos plateados, y ni siquiera estaba segura de si la perspectiva le parecía atemorizante... o atractiva.

—Olivia...—dijo Stephen con suavidad.

Olivia lo miró, incapaz de hablar. Stephen se inclinó ligeramente hacia ella, pero se interrumpió. Un músculo palpitó en su mandíbula, y retiró la mano. Después, se puso en pie. Olivia osciló, decepcionada; después, regañándose, se incorporó. ¿Qué esperaba? Por caprichoso que fuera el peinado que llevaba, seguía siendo una mujer carente de atractivo.

—¿Te apetecería dar un paseo a caballo mañana por la mañana? —preguntó Stephen en tono neutral, sin llegar a mirar a Olivia a los ojos—. Así podré enseñarte un poco la finca, si quieres.

—Me encantaría —no era una buena amazona y, por consiguiente, raras veces montaba a caballo, pero no podía rechazar la invitación.

—Perfecto. ¿Después del desayuno?

Olivia asintió. La invitación no significaba nada, se dijo. Stephen debía fingir amabilidad; la había invitado a su casa, y a su familia le resultaría extraño que no pasara algún rato a solas con ella.

Stephen levantó el candelabro para alumbrar el camino, y salieron juntos del invernadero. El cálido resplandor de las velas creaba un círculo de luz a su alrededor, dejando en sombras el resto de la espaciosa estancia. Ninguno de los dos se detuvo a observar los rincones en penumbra, donde una figura inmóvil y oscura se erguía, en silencio, en una esquina, oculta tras las hojas de una palmera.

Olivia y Stephen salieron de paseo una hora después del desayuno. Olivia se alegraba de que Stephen hubiera hecho ensillar una yegua dócil para ella, y de que pareciera contentarse con cabalgar a paso lento y señalarle los lugares más destacados. El camino que seguían serpenteaba por el bosquecillo del fondo del jardín y se adentraba en el prado del fondo. Pasaron de largo varias granjas y Stephen saludó por su nombre a todos los campesinos.

—A fin de cuentas, son mis arrendatarios.

—Apuesto a que hay nobles que apenas conocen a los suyos.

—No es un comportamiento digno de emular —repuso Stephen—. Sé que no soy el típico aristócrata. He vivido diez años en Norteamérica y cada vez me preocupa menos la posición social. Y la finca me parece un negocio más que un derecho divino heredado.

—Cuidado —dijo Olivia con una carcajada—, o la gente empezará a tacharte de loco a ti también. Lo que acabas de decir se asemeja bastante a la opinión de mi hermano Reed, a quien, por cierto, he proclamado amigo tuyo.

Stephen se volvió hacia ella con perplejidad, y Olivia se explicó.

—Belinda quería saber cómo nos habíamos conocido y, para no decir que habíamos creado una conmoción en una sesión de espiritismo, me inventé que habías venido a visitar a mi hermano Reed y que te había conocido en casa.

—Entiendo. Muy sabio, sin duda. Y ¿de qué conozco a tu hermano?

Olivia se encogió de hombros.

—Eso lo dejaré a tu discreción. Quizá vaya a tu mismo club, o los hayas conocido por algún asunto de negocios. Reed supervisa todas

las finanzas de la familia, y se le da muy bien. Es una suerte, porque ninguno de nosotros tiene cabeza para los números. Papá vive entregado a las antigüedades, y mamá se preocupa más por el voto de las mujeres y por los salarios de los obreros.

—Tienes una familia interesante.

—Sí, y ninguno estamos locos.

—Señor, ya veo que ese comentario me perseguirá durante el resto de mi vida —exclamó Stephen con pesar—. Lamento terriblemente haberlo hecho. Ni siquiera conozco a tu familia; lo dije, simplemente...

—Ya sé, te salió porque lo habías oído decir —suspiró Olivia.

—Estoy seguro de que nadie os considera locos. No es más que una manera de hablar.

—Sí, ya sé que es una broma, en parte. Quieren decir, creo, no que estamos locos, sino que somos muy peculiares —calló un momento y después, prosiguió—. Y supongo que lo somos. Es irritante que lo que nos vuelve peculiares a los ojos de los demás es que nos preocupe más el conocimiento que la habilidad de una persona para montar a caballo, por ejemplo, o para chismorrear. Somos peculiares porque nos preocupamos por personas que no pertenecen a nuestra misma condición social... y porque no nos gusta el concepto de clase. Yo estoy loca porque prefiero que me llamen señorita Moreland a lady Olivia Moreland. Mi madre está loca porque cree que todos los niños deberían recibir educación. Kyria está loca porque se niega a casarse con un hombre solo porque posee un título y un linaje excelentes.

A Olivia le refulgían los ojos, y tenía las mejillas sonrojadas por la fuerza de sus sentimientos. Stephen se sorprendió no pudiendo apartar la mirada de ella.

—¿Por qué somos nosotros los peculiares? —inquirió Olivia—. Yo diría que son los demás. ¿Por qué se considera mal vivir entregarse a lo que uno cree? Sencillamente, ponemos gran emoción en lo que hacemos.

—Sois apasionados.

La frase quedó suspendida en el aire, entre ambos, y de pronto se palpó cierta tensión, una incomodidad que no había existido antes. Olivia, que había estado dejándose arrastrar por su creciente ola de indignación, se interrumpió, repentinamente incapaz de pensar en nada más que la pasión en su sentido más básico y carnal. Ciñó con

fuerza las riendas que había estado sosteniendo holgadamente, y la cabeza se le llenó de imágenes: las manos de Stephen en torno a las de ella, su piel despertando sentimientos que no había conocido antes, el choque casi eléctrico que la había recorrido la primera vez que lo había mirado a los ojos, el calor que parecía florecer dentro de ella siempre que la miraba o la tocaba de la manera más leve.

—Sí, supongo que somos apasionados con nuestras "causas" —dijo Olivia, con voz débil por el esfuerzo de mantenerla serena y despreocupada. Tuvo el cuidado de no mirar a Stephen—. Lo siento. Pensarás que soy estúpida por exaltarme tanto por algo que no es más que una broma tonta.

—En absoluto, no te considero estúpida —el calor de su voz hizo que Olivia volviera la cabeza y lo mirara, sorprendida. No había ligereza en el rostro de Stephen, sólo un asombro sincero que la turbaba—. Creo que eres admirable.

Olivia desvió la mirada deprisa, sintiendo el rubor que le subía por la garganta. Era, pensaba, una inepta en aquel tipo de situaciones. Kyria habría podido aceptar el cumplido con elegancia. Ella lo único que podía hacer era sonrojarse y sentirse como una idiota.

Por fortuna, una mujer estaba saliendo por la puerta de la casita por la que pasaban y, al verlos, se acercó para saludar a Stephen. Cuando este terminó de presentar a Olivia a la esposa de su arrendatario y los tres comentaron qué precioso era aquel día de agosto, el momento de incomodidad ya había pasado, y siguieron cabalgando en grato silencio.

—Te enseñaré mi parte favorita de la finca —le dijo Stephen, y desvió su caballo del camino que había estado siguiendo—. Será el lugar ideal para saborear el almuerzo que nos ha preparado la cocinera.

Avanzaron a campo traviesa y se adentraron en un bosquecillo. Cuando emergieron de entre los árboles, aparecieron en un pequeño prado que descendía hasta una pequeña laguna. Un grupo de árboles bordeaba el agua, siguiendo la suave curva de la orilla. Era un paisaje que emanaba tranquilidad y belleza.

—¡Es precioso! —exclamó Olivia con placer, y detuvo su caballo, abrumada por una intensa y honda emoción incomprensible e indescriptible. Era como si, de una forma increíble e ilógica, conociera aquel trozo de tierra.

—¿Te gusta? —Stephen se volvió hacia ella, posó la mirada en su rostro, iluminado en aquellos momentos por un resplandor interior—. Me alegro. Siempre ha sido mi rincón favorito. Me gusta venir aquí a pensar... o a sentarme.

—Es maravilloso —corroboró Olivia, y hostigó a su caballo.

Cabalgaron hasta los árboles del borde del estanque y, una vez allí, desmontaron. Olivia miró a su alrededor, sonriendo.

—Aquí me siento serena. Segura.

Sus propias palabras la sorprendieron. ¿Por qué no iba a sentirse segura allí? Sin embargo, esa era la sensación que acompañaba a aquel lugar.

Olivia desechó el pensamiento; era una tontería. La familiaridad que sentía hacia aquel paisaje no era más que una atracción normal por un lugar hermoso.

Stephen desató la cesta de la alforja y la depositó en la orilla; después, extendió una manta para que ambos pudieran sentarse sobre ella. La cocinera les había preparado un almuerzo delicioso: fiambres, quesos y fruta, acompañados con gruesas rebanadas de pan negro untado de mantequilla. Stephen y Olivia pasaron los siguientes minutos dando buena cuenta de la comida.

Después, se sentaron en satisfecho silencio, disfrutando del calor del sol en la espalda, escuchando el murmullo de las hojas movidas por la brisa y el trino puntual de un pájaro. Sería un lugar maravilloso, pensó Olivia, para sentarse a leer, o incluso para acurrucarse y dormitar al sol, como un gato perezoso.

—Debe de haber sido bonito crecer aquí —comentó Olivia.

—Sí. Roderick tenía cuatro años más que yo, así que cuando se fue a estudiar a Eton, me quedé solo. Solía venir aquí, a la laguna, a leer.

Olivia sonrió al oír el eco de sus pensamientos.

—¿Qué tipo de libros leías?

—Bueno, historias de hazañas: grandes aventuras y sucesos misteriosos. Tonterías románticas, en su mayoría. Era joven y estaba lleno de sueños.

—¿Por eso te fuiste a Norteamérica? ¿En busca de aventuras?

Stephen se encogió de hombros, y la sonrisa que había curvado sus labios desapareció.

—Supongo. Sobre todo, quería alejarme lo más posible de aquí.

La respuesta la dejó perpleja, y habría querido saciar su

curiosidad, pero Stephen siguió hablando.

—Quería hacer fortuna, demostrar mi valía. Las típicas ambiciones de un segundón.

—¿Adónde fuiste?

—Al Oeste. Tras varias tentativas, acabé en Colorado, buscando yacimientos de plata.

—¿Cómo es Colorado?

—Abrupto, frío, hermoso. Las montañas son increíblemente altas, y el cielo inmenso. No puedes mirarlas sin pensar en "grandezas" o "majestuosidad". La tierra te empequeñece y, al mismo tiempo, te infunde arrojo; te hace creer que cualquier cosa es posible —se encogió de hombros, un tanto avergonzado—. Lo siento. No suelo dejarme llevar tanto por los recuerdos.

—No te resultaría fácil marcharte.

Stephen la miró, sorprendido.

—Sí. Casi nadie lo entiende. Creen que me alegré mucho de poder volver a Inglaterra, de haber adquirido el título y la propiedad. No fue así. Durante un tiempo, incluso pensé en no regresar. Pero sabía que la finca sufriría; no se puede administrar unas tierras desde miles de kilómetros de distancia. Y debía pensar en Belinda y en mi madre. Así que, al final, lo vendí todo y regresé.

—¿Y lo lamentas?

Stephen no contestó de inmediato.

—No, no lo lamento. Aquí llevo un estilo de vida diferente, pero supongo que me han educado para vivir en Inglaterra. Por hermosas que sean las Rocosas, por abundantes que sean los retos que ofrecen la tierra y el trabajo, este es mi sitio. Blackhope es mi hogar —una rápida sonrisa elevó las comisuras de sus labios—. Aunque esté lleno de espíritus inquietos.

Olivia le devolvió la sonrisa.

—¿Crees que se celebrará otra sesión esta noche? ¿Qué escucharemos más palabras de los espíritus?

—Yo creo que no —su semblante se tornó nuevamente serio—. Creo que madame Valenskaya hará esperar a mi madre para acrecentar su impaciencia. Le resultará demasiado agotador volver a caer en trance, o dirá que los guías no están dispuestos a regresar al hogar de un incrédulo. Quiere que mi madre esté tan ansiosa que se trague cualquier cosa que le diga, por descabellada que sea.

—Sí, tienes razón —corroboró Olivia con un suspiro—. Lo siento

por lady Saint Leger. Debe de ser horrible esperar y confiar de esa manera.

El ánimo agradable de la tarde desapareció, ahuyentado por los pensamientos sobre madame Valenskaya y sus planes fraudulentos. Stephen y Olivia empezaron a recoger los restos de comida. Stephen se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Ella la aceptó y se irguió.

Stephen no la soltó de inmediato, sino que prolongó el contacto. Olivia lo miró a la cara y lo sorprendió observándola de una manera que le aceleraba el pulso.

—Me alegro de que hayas venido —dijo. Sus ojos lanzaban destellos plateados a la luz del día.

—Y yo —se sorprendió contestando Olivia casi sin aliento.

Se inclinó un poco más sobre ella, y el corazón empezó a golpearle con fuerza las costillas. Cerró los ojos y, a continuación, sintió los labios de Stephen en los de ella, suaves y persistentes. Olivia se clavó las uñas en las palmas de las manos. Era la primera vez que la besaban, y no era como había imaginado. Profundizaron el beso, y la invadió el calor.

Olivia elevó las manos instintivamente. Cuando sus dedos entraron en contacto con la chaqueta de Stephen, los cerró en torno a las solapas y se aferró a ellas con firmeza. Stephen la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él, y Olivia se puso de puntillas para prolongar el contacto de los labios. La recorrían unas sensaciones gloriosas, y temblaba, ansiosa y excitada.

Por fin, Stephen la soltó, y ella volvió a caer sobre las plantas de los pies. Elevó la mirada hacia él, con la boca medio abierta por la sorpresa. Stephen se la quedó mirando, casi tan estupefacto como ella.

—Yo... —dio un paso atrás con los puños cerrados—. Te pido disculpas. No debería haber hecho eso.

Olivia quería replicar, decirle que se alegraba de que la hubiera besado, pero se reprimió. No sería propio de una dama. De hecho, lo que acababa de hacer tampoco lo era, y sospechaba que la culpa la tenía su peculiar educación. Así que se tragó las palabras y se limitó a mover la cabeza.

—No, te lo ruego, no te preocupes. Ha sido... Ha sido...

—Por favor, no creas que te he traído a Blackhope para seducirte —prosiguió Stephen con rigidez, más dueño de sí.

—No, por supuesto que no —le aseguró Olivia. No se le ocurría cómo expresar lo que sentía sin parecer una fresca. Sentía un tumulto en las entrañas, y se llevó la mano al estómago para calmarlo.

Stephen se quedó mirándola un momento. Olivia aparecía suave y vulnerable, y lo miraba con enormes ojos oscuros, con labios todavía húmedos y oscurecidos por el beso. Se sentía como un rufián por haberla besado, pero no podía negar, al mirarla, que deseaba volverla a estrechar entre sus brazos.

—Lo siento —repitió por fin, y se volvió para ir en busca de sus caballos.

Guardó la cesta en la alforja y ayudó a Olivia a montar; los dos hacían lo posible para fingir que la atracción no existía. Regresaron a la mansión en incómodo silencio, y las contadas palabras eran orientaciones sobre por dónde debían girar o intentos entrecortados de trabar conversación, como una pregunta de Olivia sobre cierto árbol, o un comentario de Stephen sobre un muro de piedra que, según se decía, estaba en pie desde antes de la conquista normanda.

Cuando llegaron a Blackhope, Olivia le dio las gracias con educación y subió directamente a su cuarto. Ya era media tarde, así que decidió darse un baño y prepararse para la cena. Como también se lavó el pelo, pasó los siguientes minutos deshaciendo los nudos con un peine, para después cepillarse su larga melena delante del fuego.

Cuando ya casi tenía el pelo seco, se dirigió a la cama y se tumbó de costado. Estaba un poco cansada, y la cabeza le daba vueltas con los acontecimientos de aquella tarde. Sonrió para sí, como había hecho repetidas veces desde el picnic. Revivía el beso de Stephen una y otra vez, preguntándose si él de verdad habría lamentado su osadía. Más que eso, se preguntaba si volvería a ocurrir.

Mientras contemplaba cómo las llamas lamían los troncos de la chimenea, la luz pareció mermar, y la habitación que tenía delante cambió sutilmente.

“Una gruesa alfombra cubría el suelo, más pequeña y de color rojizo. Estaba situada delante de la chimenea, sobre el lecho de cañas secas que ocultaban la piedra. La chimenea también era diferente; estaba construida con grandes bloques de piedra, y el

fuego era más alto y humeante. Había desaparecido la silla en la que Olivia se había sentado para secarse el pelo, y también la decorativa mesa baja de caoba de delante. Sólo se erguía, a un lado de la alfombra, una gruesa banqueta de madera.

Había una mujer sentada en la alfombra, sobre las rodillas, pasándose el cepillo por su larga melena rubia. La luz del fuego se reflejaba en su pelo, dando matices dorados y cobrizos a sus pálidos mechones. Olivia debería haberse asustado al ver a una desconocida sentada en su cuarto, pero no tenía miedo. Lo único que sentía era una repentina incredulidad... y curiosidad.

Se quedó mirando a la mujer, que parecía no percatarse de su presencia. Con la cara ladeada, se cepillaba la melena con movimientos rítmicos mientras tarareaba una melodía. Era una mujer bonita, de rostro cuadrangular, pómulos altos y anchos, y una leve hendidura en la barbilla, justo en el centro, que le confería un aire travieso. No había luz suficiente para distinguir el color exacto de sus ojos, aunque parecían claros. Tenía los pies envueltos en zapatillas de cuero, y llevaba una sobretúnica azul que le caía directamente desde los hombros a los pies, rozándole las caderas. Por debajo llevaba otra túnica más ligera de color beige que se veía en el escote y en las aberturas amplias de los costados. Las mangas terminaban en punta en el dorso de sus manos, y llevaba un cinturón de eslabones dorados que se cerraba por delante y le caía en línea recta hasta los muslos. En el punto de unión, el cinto tenía piedras preciosas engastadas en tres eslabones.

Un hombre apareció en el campo de visión de Olivia, y cruzó la habitación para acercarse a la mujer. Ella volvió la cabeza al oírlo entrar, y una sonrisa radiante iluminó su rostro. Miró detrás de él y la sonrisa dio paso a un ceño de angustia.

—No te preocupes, amor mío —dijo el hombre—. Nadie me ha visto entrar en tu aposento. Tu nombre no será mancillado.

Llevaba una sobretúnica gris sobre otra túnica azul y, por debajo, mallas del mismo color. De su ancho cinturón de cuero colgaba una espada, con su vaina. Tenía el pelo más bien largo y de corte irregular, de un rubio más oscuro que el de la mujer, casi castaño, y un tanto ondulado. Los ojos parecían verdes.

De pie detrás de la mujer, se soltó el cinturón y dejó a un lado la espada. Después, se arrodilló, la estrechó entre sus brazos y apoyó la cabeza sobre la de ella. La besó en la coronilla y ella dejó escapar un

pequeño suspiro mientras se acurrucaba en sus brazos.

—Es un pecado, lo sé —dijo ella con voz suave—, pero no puedo evitarlo. Todos los días son negros si no te veo. No soporto estar lejos de ti.

—A mí me pasa lo mismo —dijo él con voz baja y gutural, mientras le acariciaba el cuello—. Te quiero.

—Y yo a ti. Ni siquiera puedo confesar mis pecados, porque no puedo decir que me arrepienta.

Se besaron, aferrándose el uno al otro. Él le pasó una mano por la espalda y por las caderas, y la tumbó con delicadeza sobre la alfombra".

Capítulo 5

Olivia se despertó con un sobresalto, abriendo los ojos de par en par. Se quedó mirando la chimenea sin comprender. Después, despacio, se incorporó, y miró a su alrededor. “Un sueño”. Se había quedado dormida y había estado soñando.

Se frotó la cara con las manos. Se sentía aturdida y extraña.¡Qué sueño más raro! Le había parecido tan real, como si hubiera estado viendo una obra de teatro, o a personas de verdad. Normalmente, conocía a los personajes de sus sueños, aunque no parecieran ellos mismos, y ella solía ser la principal protagonista. En aquella ocasión, sin embargo, había visto una habitación desconocida y a personas desconocidas. No había participado en el sueño salvo como observadora.

El hombre y la mujer llevaban ropa de la Edad Media. Se quedó pensando en el vestido de la joven. De la Alta Edad Media, pensó, posiblemente de la época del rey Enrique II, porque el vestido de la mujer la hacía pensar en Leonor de Aquitania.

De improviso, la imagen de una antigua fortaleza normanda surgió en su cabeza: el castillo que había creído avistar desde el carruaje a su llegada a Blackhope. Olivia sintió un escalofrío.

Se levantó y empezó a frotarse los brazos para entrar en calor. ¿Qué le ocurría? Nunca había tenido una visión de algo inexistente. Si se lo contaba a alguien, pensarían que era tan peculiar como su abuela.

Oyó un golpe de nudillos en la puerta, y Joan entró para ayudarla a vestirse para la cena. Olivia forzó una sonrisa y apartó el castillo imaginado y el sueño de su mente.

Aquella noche durante la cena, para sorpresa de Olivia, lady Pamela se dirigió a ella.

—Tengo entendido que ha salido a dar un paseo con Stephen esta mañana, lady Olivia. Espero que haya disfrutado del paisaje de nuestras tierras.

Olivia advirtió que la mujer hablaba de Blackhope como si le

perteneciera. Sonrió con educación y dijo:

—Sí, mucho. Además, lord Saint Leger me ha hablado un poco de su vida en los Estados Unidos, lo cual ha sido bastante interesante.

—¿En serio? —Pamela arqueó una ceja delgada y elegante y miró a Stephen—. Me sorprende que nunca nos hayas hablado a nosotros de eso, Stephen.

—Dudo que te resultara interesante —repuso Stephen en tono frío y formal. Pamela le sonrió.

—Te sorprendería saber lo que me interesa. Debes ponerme a prueba algún día.

Stephen no dijo nada; Levantó su copa de vino y tomó un sorbo. Pamela volvió a centrar su atención en Olivia.

—Estamos muy contentos de que haya venido a visitarnos, milady. Hemos oído hablar mucho de su familia.

El leve regocijo de su voz denotaba que estaba al corriente de la singularidad de los Moreland.

—¿Ah, sí? —dijo Olivia con suavidad.

—Sí —prosiguió Pamela, con una luz fría en sus ojos azules—. La duquesa es bastante famosa en la alta sociedad.

—A mi madre se la conoce por sus causas nobles, si es a eso a lo que se refiere —dijo Olivia en tono agradable, devolviendo la mirada dura de Pamela con otra semejante.

—Tiene ideas muy... avanzadas, ¿verdad?

—Así es.

—Pamela —dijo lady Saint Leger, y lanzó una mirada nerviosa a Olivia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Belinda con curiosidad a su cuñada. Lady Saint Leger puso cara de haberse tragado un insecto. La sonrisa de Pamela era gélida.

—Quiere decir —respondió Olivia con calma—, que mi madre cree en cosas como la educación para los pobres, mejor trato para los obreros y el derecho de voto para la mujer.

—¿En serio? —inquirió Belinda, con los ojos muy abiertos.— Pero... ¿eso no es bueno? ¿Qué los pobres reciban educación y que la gente sea bien tratada?

—Sí, por supuesto —sonrió Olivia, y asintió—. Mi madre tiene mucha compasión, un rasgo que, por desgracia, suele estar ausente en algunas mujeres de la nobleza —y clavó su mirada en Pamela.

Stephen profirió una carcajada.

—Pamela, si insistes en entablar con lady Olivia una batalla de ingenio, tendrás todas las de perder.

La irritación llameó en los ojos de Pamela, aunque la escondió rápidamente bajando los ojos.

—Caramba, Stephen, me duele que pienses mal de mí —dijo, y cuando volvió a elevar sus ojos azules, estaban anegados de lágrimas—. Solo me estaba interesando por la familia de lady Olivia.

Se hizo un pequeño silencio en la mesa después de aquello. Olivia lanzó una mirada a lady Saint Leger, quien todavía parecía un poco incómoda. En un intento de hacer ver a la madre de Stephen que los comentarios de Pamela no la habían ofendido, Olivia dijo:

—Tiene una casa preciosa, lady Saint Leger.

La mujer se animó y sonrió con gratitud.

—Gracias, milady. Me alegro de que se lo parezca,. Lleva aquí muchos, muchos años, pero la he redecorado un poco. Tenía algunos rincones un poco fríos... en sentido literal y figurado.

—Suele pasar con las casas de piedra —comentó Olivia.

—Es una casa "trriste" —intervino madame Valenskaya y de repente, y todos los ojos se volvieron hacia ella—. Está llena de almas "perrdidas", lo sé. Los oigo "llamarme" con sus lamentos. Nada más "llegarr", me di cuenta.

Era la primera vez que madame Valenskaya hablaba aquella noche, ya que había estado afanándose con la comida. En aquellos momentos, miraba en torno a la mesa, reforzando su afirmación con inclinaciones de cabeza.

Olivia observó a los demás. El semblante de Stephen no mostraba ninguna emoción; no pensaba cometer el mismo error que la noche anterior. A Pamela se la veía escéptica y levemente regocijada. Belinda se inclinaba hacia delante, con los ojos muy abiertos, disfrutando del dramatismo del momento. Lady Saint Leger, sin embargo, apretaba las manos contra su pecho, con expresión preocupada, pendiente de cada palabra que pronunciaba la médium.

—No sé —dijo Olivia con calma, conservando un semblante inocente—. A mí no me parece una casa en absoluto siniestra. Es bastante espaciosa y acogedora.

—Madame está muy sensibilizada con el mundo de los espíritus —dijo el señor Babington con fervor; dejó el tenedor y se inclinó hacia delante para mirar a Olivia—. Siempre que entramos en una casa,

sabe si hay almas perdidas. Hubo una o dos en las que ni siquiera soportaba entrar.

—Sí. "Lugarres" terribles —corroboró la médium con su voz gutural—. Aquí no está mal. Pero oigo los gemidos de las almas "perrdidas" —se estremeció de forma exagerada—. Hasta el "nombrre" rezuma maldad: Blackhope Hall.

—Siempre se ha llamado así —comentó Pamela—. Es un nombre muy antiguo. Estoy segura de que, en su época, tenía un significado inofensivo.

—¡Yo sé lo que significa! —exclamó Belinda con un brillo en la mirada—. Mi tutor me lo explicó el año pasado. Me encargó que hiciera un trabajo sobre la historia de la casa. Hace mucho tiempo, mucho antes de que pasara a ser propiedad de los Saint Leger, la casa perteneció a un noble que se encerró en su castillo y pasó el resto de su vida pensando en su difunta esposa. El libro que leí decía que a él debía la casa su nombre.

—¿Lo ven? —exclamó madame Valenskaya, ansiosa por demostrar su afirmación—. Otra alma perdida. Hay muchas.

Olivia advirtió que, con la emoción, la médium había perdido un poco su acento. Las eses eran menos silbantes y las erres más suaves. Madame Valenskaya pareció percatarse de su desliz, porque añadió:

—No es buen "lugarr". Los "espírritus" gimen de "dolorr".

—Madame, por favor, díganos que celebrará otra sesión esta noche —la apremió lady Saint Leger, con el ceño fruncido—. Podría ayudar a esos espíritus.

—No, esta noche no. Es demasiado "prronto" —madame Valenskaya se llevó la mano a la frente con testo melodramático—. No puedo "volverrlo" a intentar. Es demasiado "dolorroso".

—Mamá sufre mucho algunas veces —intervino Irina en voz baja—. Sobre todo cuando los espíritus están inquietos y atormentados.

Al ver el dolor en el rostro de lady Saint Leger, Olivia tuvo que apretar los labios con firmeza para no decir nada. Una mirada a lord Saint Leger le bastó para saber que a este también le estaba costando trabajo guardar silencio.

—Mañana por la noche, tal vez —dijo Olivia en tono pacífico, confiando en impedir que Stephen soltara un exabrupto, y en aliviar la angustia de su madre.

—Sí, mañana por la noche —le rogó lady Saint Leger.

Madame Valenskaya asintió con semblante de mártir.

—Lo “intentarré”.

—Gracias. Es usted tan buena...

Después de ver cómo la médium manipulaba a lady Saint Leger, Olivia perdió el apetito. Se alegró cuando, un momento después, sirvieron el último plato y pudieron concluir la cena.

Al día siguiente no ocurrió gran cosa. Se organizaron entretenimientos campestres, como croquet en el jardín delantero, juegos en el salón, o interpretaciones de piano y de música, y Olivia participó, pero con el ánimo de matar el tiempo hasta el principal acontecimiento del día, la sesión de espiritismo. Stephen pasó casi toda la jornada en su despacho, trabajando en la administración de sus tierras, así que Olivia lo vio solo durante el almuerzo. No podía evitar preguntarse si estaría rehuyéndola por el beso que habían compartido la tarde anterior. Stephen se había disculpado, como correspondía a un caballero pero, en aquellos instantes, Olivia empezaba a creer que su pesar había sido sincero, que lamentaba realmente lo ocurrido. Sintiéndose un poco triste, tomó un libro de la biblioteca y subió a su habitación. Después de quitarse el vestido, se puso la bata sobre sus prendas interiores y se acomodó en un asiento para leer hasta la hora de la cena.

El sol de la tarde estaba hundiéndose en el horizonte cuando Joan entró en el cuarto de Olivia, con el vestido de la cena recién planchado. Era uno de los trajes de Kyria, que Joan había adaptado para ella, el azul pavonado de satén, ceñido en el pecho y recogido en un polisón en la parte posterior, con un poco de encaje adornando la falda desde el polisón hasta el suelo. Olivia no pudo evitar sentir una ligera expectación al imaginar la reacción de Stephen cuando la viera. ¿Se le iluminarían los ojos con placer, como había visto hacer a muchos hombres cuando Kyria entraba en una habitación? No lograba imaginarlo; no era la clase de mujer capaz de encender la pasión en un hombre. Sin embargo, no lograba olvidar el beso.

Joan tomó el cepillo y el peine de Olivia, y esta se sentó delante del espejo del tocador. Joan le retiró las horquillas del pelo y se dispuso a cepillárselo como preparación para el estilo más intrincado con que pensaba peinarla aquella noche. De pronto, se

oyó un sonoro estrépito en el jardín; Joan se sobresaltó y, sin querer, golpeó a Olivia en la cabeza con el cepillo.

—Perdone, milady —empezó a decir, pero Olivia ya se estaba acercando a la ventana, sintiendo curiosidad por conocer el origen de aquel ruido.

La doncella la siguió. Cuando miraron a través de los cristales, Olivia se quedó helada, y Joan profirió una exclamación de estupefacción. Una figura recorría un sendero del jardín posterior, envuelta en la penumbra de última hora de la tarde. Vestía un largo hábito negro con capucha, propio de un monje, llevaba las manos entrelazadas en la cintura, ocultas por las mangas amplias del hábito, y la capucha sobresalía por encima de su rostro, escondiéndolo. La figura se detuvo ante los peldaños que descendían al jardín inferior. Se volvió y elevó el rostro hacia las ventanas de la casa. Con una mano pálida, se retiró la capucha, dejando al descubierto el rostro blanco y huesudo de una calavera.

Joan profirió un ruido áspero y se cubrió los labios con los dedos y, al final del pasillo, se oyó un grito de mujer. Olivia giró en redondo y cruzó la habitación no sin antes encargarle a Joan:

—¡Llama a Tom Quick!

Salió disparada por la puerta, y corrió por el pasillo hasta la escalera, sin percatarse de que sólo llevaba puesta una bata y unas pantuflas, y que la melena le caía libremente por las espalda. Por el pasillo, se abrían las puertas y otras personas salían profiriendo exclamaciones.

Stephen llegó a lo alto de la escalera un paso antes que Olivia y bajaron juntos al vestíbulo. Consciente de que él conocía mejor la casa y los jardines, lo siguió, recogiéndose las faldas de la bata par poder correr mejor.

Stephen atravesó a toda velocidad el vestíbulo y pasillo posterior de la planta baja y atravesó la puerta que daba al jardín de atrás con Olivia pegada a sus talones. Bajando los peldaños de dos en dos, tomó el camino que había recorrido el encapuchado. Olivia lo siguió por la senda de baldosas, haciendo una mueca de dolor cuando pisó el borde afilado de una piedra con sus delgadas zapatillas de casa. Pero no se detuvo; siguió a Stephen hasta que este alcanzó los peldaños que daban al jardín inferior.

Como era de esperar, no había ni rastro del encapuchado. La penumbra del atardecer había dado paso a una oscuridad casi

completa.

—¡Maldición! —exclamó Stephen—. Nunca lo atraparemos en esta oscuridad. Podría haberse ido a cualquier parte.

Se dio la vuelta y vio a Olivia por primera vez, advirtiendo su desaliño. Olivia se percató de que se le había aflojado el cinturón de la bata durante la carrera, dejando al descubierto el encaje blanco de su justillo. Se enderezó, elevó la barbilla y se ajustó mejor el cinturón.

—Estaba a punto de vestirme para la cena —le explicó a Stephen con toda la dignidad de que era capaz, y se retiró el pelo hacia atrás con las manos.

Stephen posó la mirada en sus cabellos, que caían en cascada hasta sus caderas, gruesos y castaños, y tardó un momento en comentar con rigidez:

—Sí, claro.

—¡Señorita Olivia! —se dieron la vuelta, sorprendidos, y vieron a Tom Quick acercándose a ellos a paso rápido, con un farol en cada mano.

—¡Tom! —exclamó Olivia, agradecida—. ¡Menos mal que se te ha ocurrido traernos luz! —añadió, mientras veía cómo le pasaba uno de los faroles a Saint Leger.

—Bien, veamos si encontramos algún rastro del encapuchado —sugirió el conde.

Descendieron por los peldaños al jardín inferior. Tom, sosteniendo en alto el farol para arrojar el máximo de luz, giró hacia la derecha. Stephen y Olivia siguieron avanzando en dirección contraria. Olivia levantándose las faldas hasta los tobillos para que no le rozaran el suelo, miraba a izquierda y derecha. Recorrieron todas las sendas de aquella parte del jardín, cruzándose de vez en cuando con Tom, que recorría la otra mitad y, por fin, se reunieron en el extremo más alejado. Como era de esperar, no habían encontrado ni rastro de su presa.

—Es inútil —dijo Stephen con cierta amargura—. Perseguir a una figura vestida de negro en la oscuridad...

—Sobre todo, porque ha tenido tiempo de sobra para escapar mientras nosotros bajábamos la escalera y salíamos al jardín —añadió Olivia.

—Lo sé —suspiró Stephen—. Será mejor que volvamos a casa. Mañana registraremos el jardín a la luz del día. Quizá encontremos

algo.

Regresaron al interior de Blackhope y encontraron al resto de sus ocupantes alborotados. Lady Saint Leger, Pamela, Belinda y sus invitados estaban pululando al pie de las escaleras, aguardándolos.

—¡Stephen! —lady Saint Leger corrió hacia él—. ¿Qué ha sido eso? ¿Lo has vuelto a ver?

—¡No había pasado tanto miedo en toda mi vida! —exclamó Belinda, agarrada como estaba del brazo de su madre. Su tez pálida era testimonio de sus palabras, aunque también brillaba en sus ojos grises la emoción de una joven de diecinueve años—. ¿Qué era?

—Imagino que una persona disfrazada —respondió Stephen con rotundidad—. Pero ya había desaparecido cuando llegamos al jardín.

Lady Saint Leger también estaba en bata, pero Belinda y Pamela ya se habían vestido para la cena. Pamela, fríamente hermosa, como siempre, envuelta en seda gris y encaje, lanzó una mirada despectiva al atuendo de Olivia. Esta se miró la bata y vio que se la había desgarrado un volante de las enaguas, y que lo arrastraba por el suelo.

—¿De verdad había alguien en el jardín, Stephen? —preguntó Pamela, entono levemente burlón—. Mi habitación da al otro lado, así que no he podido ver al "fantasma".

—¡Estaba allí! —le espetó Belinda, y se volvió hacia lady Pamela con furor—. Sólo porque tú no lo has visto...

—No pasa nada, Belinda —Stephen le puso una mano en el hombro para tranquilizarla, y miró a Pamela—. Sí, yo también lo he visto. Había alguien divirtiéndose en el jardín, aunque estoy seguro de que ...

—¡Divirtiéndose! —exclamó lady Saint Leger—. ¿Cómo puedes hablar de eso con tanta frivolidad? Era un monje horrible y odioso, con la cara de un esqueleto, y caminaba con paso lento y amenazador, ¡como la muerte!

Olivia se acercó rápidamente a la mujer y le pasó un brazo por la cintura para consolarla.

—No ha sido nada, lady Saint Leger. Estoy segura. Por favor, no se acongoje. Mañana, a la luz del día, buscaremos mejor. Ya verá como resulta ser algo poco amenazador.

Madame Valenskaya dijo con voz siniestra:

—Los "espírritus" no dejan huellas. ¿Es que no lo ven? "Erra" un

alma “perrdida”. Me gimió a mí. ¡A usted! —señaló a Stephen con expresión dramática—. ¿Cómo puede quedarse “indiferrente”?

—¡Maldita sea! —estalló Stephen—. ¡No era más que un hombre disfrazado de monje! Pero seguro que usted ya sabe...

—Lord Saint Leger —intervino Olivia rápidamente—, su madre está muy disgustada. Quizá deba llevarla a su cuarto.

—Sí, por supuesto —lanzó a Olivia una mirada de gratitud y tomó el brazo de su madre—. Subamos. Deberías descansar un poco; te sentirás mejor.

—No —protestó lady Saint Leger—. Estoy demasiado asustada para cerrar los ojos, y mucho menos, dormir. Había oído hablar de los fantasmas, pero nunca había visto ninguno. Ha sido espantoso.

—Estoy seguro de que sigues sin haber visto ninguno —gruñó Stephen.

—Ha sido espantoso —corroboró Olivia—, fuera lo que fuera.

—Tenía razón al afirmar que este lugar estaba lleno de almas perdidas, madame —dijo el señor Babington, con su voz serena más firme de lo habitual—. Seguramente, se trataba de una de las pobres sombras de las que habló el hijo de lady Saint Leger.

—Sí, por supuesto —madame Valenskaya hablaba despacio, asintiendo y con la mirada baja—. Lo siento mucho, milady. Blackhope es un lugar “oscurro”, lleno de almas desgraciadas.

—Madame, ¿celebrará otra sesión esta noche? —preguntó lady Saint Leger con semblante esperanzado—. ¿Por favor? Estoy segura de que sería una gran ayuda para resolver este asunto.

La médium inclinó la cabeza con actitud regia.

—Por supuesto, madame. Debo ayudarla. Esta noche, “invocarré” a los “espírritus”.

Olivia lanzó una mirada a Stephen, que observaba a la médium con ironía pero en silencio. Los dos comprendían que la única manera de desenmascarar a Vlenskaya era dejándola interpretar su farsa aquella noche.

Así pues, después de una cena tardía, los ocupantes de la casa volvieron a reunirse en torno a la mesa del comedor pequeño. Se sentaron como la primera vez, con la médium en un extremo de la mesa, flanqueada por sus colaboradores y con lord Saint Leger sentado en la cabecera opuesta. Una vez más, Olivia se sentó entre Stephen y su madre, y aunque aquella noche estaba preparada para la sensación que la recorrió cuando Stephen le dio la mano, el efecto

no fue menos poderoso. No podía evitar preguntarse si él sentía lo mismo que ella y si también lo turbaba el contacto.

Apagaron los quinqués, y transcurrieron varios minutos de expectante silencio. Por fin, madame gimió con suavidad y, un momento después, empezó a sonar una melodía aguda. Olivia tardó unos momentos en reconocer que era *Für Elise.*

Al parecer, lady Saint Leger también la reconoció, porque apretó la mano de Olivia y exclamó:

—¡Esa canción! Era una de las favoritas de Roddy, ¿verdad Pamela?

Desde el otro lado de la mesa, Pamela dijo con voz hueca.

—Sí. Sí, lo era.

Stephen apretó la mano de Olivia, y esta sabía que estaba conteniéndose para no volver a interrumpir la sesión con una blasfemia. Le dio un apretón a modo de comunicación callada, y Stephen se lo devolvió para hacerla saber que controlaba sus emociones.

La música se interrumpió de forma tan repentina como había empezado. Se hizo el silencio y, después, madame Valenskaya habló con voz grave y ronca, despacio.

—¿Mamá?

—¿Roddy? —preguntó lady Saint Leger con angustia, con lágrimas cerrándole la garganta—. Roddy, ¿eres tú?

—Si, mamá, soy yo.

—¡Cariño! —lady Saint Leger se interrumpió con un sollozo.

—¿Por qué estás aquí? —fue Pamela quien habló en aquella ocasión, con la voz frágil como el cristal—. ¿Qué buscas?

—Paz —respondió la voz, y exhaló un laborioso suspiro—. No puedo descansar. Ninguno de “nosotrros” puede.

—¿Cómo podemos ayudarte? —gimió lady Saint Leger.

—Nadie podrá descansar hasta que no descansen los mártires —repuso la voz con su tono sobrenatural.

—¡Los mártires! —exclamó Belinda.

Olivia ignoraba de lo que estaban hablando, pero percibía por la tensión de los presentes.

—Pero, Roddy, ¿qué quieres decir? —preguntó lady Saint Leger, preocupada y confusa.

—No podemos estar en paz. No pueden “estarr” en paz por los malos tratos que sufrieron... la “muerrte” los robos.

—¡No! ¡Roddy! —lady Saint Leger estaba desconsolada—. ¡Pero nosotros no tuvimos nada que...!

—No hay paz... —dijo la voz con un suspiro, alejándose.

—¿Roddy? —preguntó lady Saint Leger, con la voz impregnada de dolor—. ¿Roddy? ¡No, no te vayas! ¡Por favor, vuelve!

El silencio se prolongó, quebrándose únicamente con el llanto de lady Saint Leger. Momentos después, al final de la mesa, madame Valenskaya se movió y gimió.

—¿Qué ...? ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz somnolienta, moviéndose en la silla.

Irina encendió uno de los quinqués y subió un poco la llama. Lanzaba una luz tenue, dejando el resto de la habitación en la oscuridad e iluminando las formas que rodeaban la mesa con un juego de luces y sombras espectrales. Olivia miró a los demás. Madame Valenskaya estaba simulando salir de un trance. Su hija y el señor Babington, a ambos lados, parecían perplejos. Lady Saint Leger lloraba con suavidad, y Stephen tenía un semblante borrascoso. A lady Pamela y a Belinda se las veía sorprendidas.

Madame Valenskaya volvió a preguntar qué había ocurrido durante el trance, y su hija le contó en voz baja lo que “Roddy” les había dicho.

—Lo siento —intervino Babington cuando Irina concluyó su explicación—. Pero no he entendido. ¿Saber a qué se refería? ¿Quiénes son los mártires?

—Sí —madame Valenskaya asintió repetidas veces—. A mí también me “gustarría” saberlo.

—Era la familia que vivía aquí —dijo Belinda— hace mucho, mucho tiempo. El rey Enrique VIII ordenó que les cortaran la cabeza.

Madame Valenskaya profirió una exclamación melodramática.

—Murieron por su fe. Por eso se los llama mártires —prosiguió Belinda—. No recuerdo sus nombres.

—Se apellidaban Scorhill —dijo Stephen—. Fueron los dueños de Blackhope durante varias generaciones. No sé desde cuándo, pero se negaron a renunciar al catolicismo cuando Errique VIII instauró la iglesia anglicana.

—Como Tomás Moro —apuntó Olivia.

—Sí, solo que son menos conocidos. La Corona confiscó sus tierras y los condenó a muerte por traición.

—¿A toda la familia? —Olivia se ponía enferma solo de pensarlo.

—Al padre, la madre y los dos hijos mayores. Si quedó alguien, no sé qué sería de ellos.

—Qué horror.

Stephen asintió.

—La tierra pasó a manos de la Corona. Después, la reina Isabel se la otorgó a nuestro antepasado, el primer conde de Saint Leger, junto con el título. Era uno de los corsarios de la reina, y le trajo grandes cantidades de oro español. Blackhope fue su recompensa.

—Así que no tuvimos nada que ver con esas muertes —concluyó lady Saint Leger, con la voz trémula por las lágrimas. Se secó los párpados con el pañuelo—. ¿Cómo pueden h hacer esos mártires hacer sufrir a Roderick? Él no ha hecho nada malo.

Olivia tomó la mano de lady Saint Leger, comprensiva.

—Estoy segura de que no, milady.

—Es tan cruel...—protestó lady Saint Leger.

Sí —Olivia miró a madame Valenskaya, y su expresión se endureció—. Es cruel. Pero terminará, se lo prometo.

—Es cruel —repitió Olivia algunos minutos después, mientras daba vueltas por el despacho de Stephen. Se habían reunido allí después de la sesión, aunque los demás ya se habían retirado a sus habitaciones—. Despiadado. No puedo creer que quieran manipular a lady Saint Leger de forma tan insensible. ¿Qué esperan lograr, de todas formas, con toda esa charla obre los mártires?

—Dinero —respondió Stephen con rotundidad. Él también seguía en pie, demasiado inquieto tras los acontecimientos de la velada para sentarse—. Quizá le ofrezcan exorcizar a todos esos espíritus inquietos por una cantidad. O quizá esperen que yo les pague para que dejen tranquila a mi madre. Y puede que lo haga, si la someten a muchas más noches como esta. A pesar de lo que detesto ceder a las extorsiones, no puedo quedarme de brazos cruzados viéndola sufrir.

—Les pararemos los pies —dijo Olivia con firmeza—. Pensemos, ¿cómo ha averiguado la historia de la familia? Los mártires. Yo nunca había oído hablar de ellos.

—Históricamente no son muy importantes —corroboró Stephen—. Se trata, más bien, de una leyenda local. Ya sabes, cuentos de una

mujer fantasmal que aparece a medianoche, y la gente dice que pertenecía a la familia de los mártires. También podrían haber obtenido la información del libro familiar de los Saint Leger, donde se menciona a los mártires Sorhill. Quizá estén incluidos en un relato sobre el reinado de Enrique VIII. Pero, seguramente, lo sacaron de algún comentario de madre, Belinda o Pamela.

—De la misma manera que averiguaron la canción favorita de tu hermano.

—Sí. Pero ¿cómo lo han hecho? —preguntó Stephen—. Todos hemos oído *Für Elise*

—Con una pequeña caja de música. Madame la esconde en uno de sus bolsillos, o tal vez, incluso dentro de la falda. Ata un delgado cable a la clavija y lo pasa por debajo del vestido hasta la mano. Cuando tira del cable, libera el mecanismo y hace sonar la música.

Stephen movió la cabeza.

—Son listos.

—¿Y qué me dices del monje de esta noche? —preguntó Olivia—. ¿Se trata de otra leyenda local?

Stephen se encogió de hombros.

—Que yo recuerde, no. Aunque un monje encajaría con la idea de los mártires, ya que fueron asesinados por no renunciar al catolicismo. La disolución de las abadías tuvo lugar al mismo tiempo que los problemas de los Scorhill.

Olivia parecía pensativa.

—Creo que esta noche han cometido un error con ese “fantasma”. Si pudiéramos encontrar ese hábito en una de sus habitaciones, demostraríamos que son los responsables de la “aparición”.

—Yo creo que fue Babington —dijo Stephen.

—Supongo que sí. No era lo bastante ancho ni bajito para ser madame Valenskaya y, aunque costaba trabajo calcular su estatura desde las ventanas, parecía más alto que Irina. De modo que, a no ser que tengan un cómplice fuera de esta casa trabajando para ellos, tiene que haber sido él.

—No parece el tipo de hombre con valor suficiente para hacer algo así.

—Puede que su actitud callada y reticente no sea más que otro disfraz —Olivia se encogió de hombros—. Le pediré a Tom que entre mañana en su dormitorio. Se ofreció a cepillar los zapatos del señor Babington y a limpiarle la ropa, así que no llamará la atención. Él

puede buscar el hábito.

—Sí, si Babington no lo ha destruido ya. Eso sería lo primero que yo haría en su lugar: arrojarlo al fuego en cuanto volviera y dejar que arda mientras todo el mundo está en el vestíbulo hablando del incidente.

—No si piensan usarlo otra vez para dar otro susto —señaló Olivia—. Dudo que crean que cederás fácilmente.

—En ese caso, no habrá regresado a la casa con el disfraz. Sería un poco difícil, si tropezara con alguien, explicar por qué va con un hábito y una máscara... suponiendo que la calavera fuera una máscara.

—Cierto. Lo más inteligente sería quitarse las prendas en el jardín y esconderlas allí.

Así es —Stephen le sonrió—. Y después, salir a buscarlas.

—¿Al día siguiente?

Stephen estaba pensativo.

—Yo diría que esta noche ¿no crees?

—Sí —asintió Olivia—. Babington se imaginará que mañana vas a organizar una búsqueda exhaustiva.

—Entonces, si nuestras suposiciones son correctas, saldrá con sigilo de la casa esta noche para recoger el hábito —a Stephen se le iluminaron los ojos—. ¿Qué te parecería si vigiláramos a nuestro huésped, el señor Babington? Podríamos seguirlo hasta el escondite y pillarlo con las manos en la masa.

—Creo que es una idea excelente —Olivia le sonrió, regocijada.

Salieron del despacho de Stephen y subieron las escaleras; a continuación pasaron delante de la habitación de Babington con absoluto sigilo. Stephen se detuvo ante una puerta del otro lado del pasillo y giró el pomo sin hacer ruido. La abrió, entraron, y dejaron la puerta ligeramente entreabierta.

Era una habitación en desuso, ya que los muebles estaban cubiertos de sábanas y hacía un poco de frío en aquella noche de finales de agosto. Stephen paseó la mirada por la estancia, iluminada únicamente por la rendija de luz del pasillo; después, vagó en busca de una banqueta y se la llevó a Olivia para que se sentara.

Los minutos pasaban despacio. En la casa reinaba el silencio; nadie se movía. Olivia empezó a preguntarse si no habrían llegado demasiado tarde. O quizá estuvieran descaminados, y no había sido

el señor Babington el autor de la “aparición”. Sintió un escalofrío y lamentó no haberse pasado por su habitación en busca de un chal antes de montar aquella guardia.

Stephen se quitó la chaqueta y se la echó por los hombros, y Olivia alzó la mirada, sorprendida. La prenda irradiaba todavía el calor del cuerpo de Stephen, y olía a él: era una fragancia limpia, intensa e indefiniblemente masculina. Recordó el beso del día anterior y, al mirarlo a la cara, tuvo la certeza de que él estaba pensando en lo mismo. Empezó a respirar con rapidez, y se puso lentamente en pie.

El suave clic de una puerta al cerrarse en el pasillo irrumpió en su conciencia, y se dio la vuelta deprisa para mirar por la rendija. Howard Babington caminaba por el pasillo con pasos cautelosos y suaves.

—Se va —susurró Olivia, y Stephen abrió la puerta un poco más para poder ver él también.

Su hombre empezó a bajar las escaleras, y los dos salieron de la habitación para seguirlo sin hacer ruido. En lo alto de los peldaños se detuvieron, y vieron cómo Babington atravesaba el amplio vestíbulo principal y se alejaba por el pasillo que conducía al invernadero y a la puerta posterior. Stephen, más familiarizado con la casa, la precedió por la escalera. El vestíbulo estaba pobremente iluminado con unos cuantos candiles, y las llamas eran tan pequeñas que Stephen y Olivia apenas podían ver por dónde pisaban. Llegaron al pie de la escalera y empezaron a cruzar el suelo de mármol hacia el pasillo por el que había desaparecido Babington.

En aquel momento, una mujer atravesó la habitación. Olivia y Stephen se detuvieron en seco y se quedaron mirándola.

Llevaba un largo vestido ceñido con una cadena de eslabones dorados en torno a las caderas que caía en línea recta por delante, casi hasta las rodillas. Su pelo quedaba oculto bajo el velo de un tocado. Al cruzarse en su camino; no volvió la cabeza para mirarlos, como si fuera la única persona que se encontrara en el vestíbulo. Tampoco se detuvo al acercarse a la pared; al contrario, la atravesó y desapareció.

Capítulo 6

Olivia profirió un chillido y salvó la distancia que la separaba de Stephen. Este la rodeó con fuerza y, durante un largo momento, permanecieron con la mirada clavada en el lugar por el que había desaparecido la mujer.

—¡Maldición! —exclamó Stephen con suavidad—. ¿Qué ha sido eso?

Olivia solo podía mover la cabeza, enmudecida. Sintió un escalofrío, y se apretó con más fuerza contra él. Se miraron a los ojos y, por fin, cayeron en la cuenta de que estaban abrazados y de que cualquiera podía verlos.

Repentinamente avergonzados e incómodos, dejaron caer los brazos y retrocedieron. Olivia estaba helada, a pesar de llevar la chaqueta de Stephen, y deseó poder estar otra vez en sus brazos.

—¿Has visto...? —empezó a decir él, y se interrumpió como si no encontrara las palabras adecuadas.

—¿A una mujer? —sugirió Olivia—. Sí, la he visto.

—¿Y ha atravesado es pared?

Olivia asintió.

—Bueno, al menos ahora sé que no estoy loca, a no ser que los dos nos hayamos trastornado a la vez.

Stephen se acercó a una mesa y tomó una palmatoria, la encendió con la llama de uno de los candiles y se acercó a la parte de la pared por la que la mujer había desaparecido. Olivia se reunió con él, aunque no estaba segura si lo hacía por curiosidad o por un claro deseo de no quedarse sola en el centro de la habitación.

Stephen movió la vela de izquierda a derecha y de arriba abajo, buscando alguna rendija o abertura. Olivia se estremeció.

—Hace un frío horrible —dijo Stephen y, sorprendentemente, su aliento quedó suspendido un momento en el aire, como neblina. Se miraron a los ojos consternados. Estaban en agosto, y no hacía suficiente frío para que el aliento se condensara en el aire. Olivia movió la cabeza, como si quisiera negar la realidad. Se apartaron de la pared hasta un lugar más tibio.

—Creo —dijo Stephen pasado un momento— que no nos vendría

mal tomar un poco de coñac.

Tomó a Olivia del brazo y la condujo en dirección contraria, hacia su despacho. Una vez allí, cerraron la puerta y encendieron los candiles, así como el quinqué de la mesa. Olivia se dejó caer en un sillón y contempló aturdida, cómo Stephen se acercaba a un mueble bar y sacaba una botella de coñac. Después de verter dos dedos de licor en la copa, le pasó una a Olivia.

—Yo nunca... —empezó a protestar Olivia, pero él lo negó con la cabeza.

—Es el momento de quebrantar las normas —le dijo Stephen—. Bebe.

A decir verdad, necesitaba algo que la serenara, y tomó un rápido sorbo. El líquido le quemó la boca y la garganta y descendió hasta su estómago. A Olivia se le llenaron los ojos de lágrimas, y profirió una exclamación pero, a los pocos momentos, dejó de sentirse fría y aturdida.

—Ahora... —dijo Stephen, después de tomar un buen sorbo y sentarse en el borde del escritorio—. ¿Puedes contarme lo que acabamos de ver?

—A una mujer que ha aparecido de la nada, que ha atravesado el vestíbulo por delante de nosotros y que ha desaparecido en la pared.

—Dicho en pocas palabras. ¿Puede haber sido algún truco de madame y de su grupo?

—Ay, ¡Babington! —exclamó Olivia—. Lo estábamos siguiendo.

Stephen asintió.

La aparición ha hecho que me olvidara de él. Ya no hay esperanzas de encontrarlo. Ni siquiera sabemos por qué puerta salió.

—Supongo que no. Le diré a Tom que, mañana, registre su habitación.

Olivia suspiró y se centró en la pregunta de Stephen. ¿Era posible que madame Valenskaya hubiera provocado aquella visión?

Lo que habían visto, pensó había sido mucho más sobrenatural que el “monje” que paseaba por el jardín. La mujer parecía casi incorpórea, aunque sin llegar a ser transparente. Más aún, no había desaparecido de su vista bajando unos peldaños, sino atravesando un muro.

—No se me ocurre cómo —reconoció Olivia, y tomó otro sorbo de coñac—. He visto a una médium cubrirse con una gasa pintada con

pintura fluorescente y vagar por una habitación en penumbra fingiendo ser un espíritu, pero esto no tenía nada que ver. Parecía una persona de carne y hueso. ¡Y a atravesado la pared!

No añadió lo más extraño y escalofriante que la mujer era exactamente la misma que la dama con la que Olivia había soñado el día anterior, delante de la chimenea. No sabía cómo contárselo a Stephen sin dar la impresión de haber perdido el juicio. Pero estaba convencida de que se trataba de la misma mujer. El vestido era diferente, más formal y lujoso, de un intenso color carmesí en aquella ocasión, con una túnica y mangas interiores de color dorado, y llevaba tocado y velo, pero sus ojos, los rasgos de la cara, el cuerpo menudo y esbelto, eran exactamente los de la mujer del sueño.

Era imposible. De no ser porque Stephen también había visto a la mujer, habría temido estar perdiendo el juicio.

—¿Podría ser...? —empezó a decir Stephen; después se interrumpió, avergonzado.

—¿El qué? No creo que tu idea me extrañe más que lo que acabamos de ver.

—Tienes razón. Estaba pensando... Si una persona fuera un magnetizador experto, ¿Podría hacer creer a otra persona que está viendo algo que no existe?

Olivia enderezó un poco la espalda, intrigada.

—NO losé. He estudiado el magnetismo; es un tema fascinante. No esas estupideces sobre el magnetismo animal y demás; por eso prefiero llamarlo hipnotismo. Para distinguirlo de las rarezas de Mesmer. Es posible inducir un estado de semiinconsciencia en una persona par quitar el dolor. Yo misma lo he experimentado pero, en ese estado, era consciente de todo lo que el hipnotizador decía, y lo recordaba después. Sin embargo, hay quieres asegura que se pueden sugerir acciones al hipnotizado que este lleva a cabo con posterioridad, sin saber por qué. Si lo que dicen es cierto, entonces...

Stephen hizo una mueca.

—Eso es absurdo.

—NO más que ver a una persona atravesando la pared. Sin embargo, la teoría de la hipnosis supondría que madame Valenskaya, o uno de sus dos cómplices, habrían venido que hipnotizarnos y sugestionarnos para que viéramos a esa mujer,

además de para hacernos olvidar que hemos sido hipnotizados.

—¿Y como podrían haberlo organizado para ese momento y lugar en concreto? Nuestra presencia allí era fortuita.

—No del todo. Estábamos siguiendo al señor Babington. Quizá nos implantaran la sugerencia de tener esa visión si seguíamos al señor Babington. Así, lo perderíamos de vista... y seríamos testigos de otra aparición. Una mucho más creíble —añadió Olivia.

—A mí nada de esto me parece creíble —comentó Stephen con ironía.

—No, ni a mí. Pero no podemos desechar lo que hemos visto con nuestros propios ojos.

—¿Qué insinúas? ¿Qué era un fantasma de verdad? —preguntó Stephen. Olivia lo miró.

—Tengo tan poca fe como tú en la existencia de los espíritus y los fantasmas. Pero debemos analizar toda la información de que disponemos para llegar a una conclusión clara. Ahora que lo pienso... ¿por qué iba vestida así?

—Porque era de otra época... o, mejor dicho, porque debíamos creer que era de otra época.

—Sí, pero ¿por qué esa? Esta noche hablaban de la familia de mártires, los Scorhill, pero si te he entendido correctamente vivieron a principios del siglo dieciséis. Sin embargo, el atuendo de esa mujer era claramente medieval. Más o menos de la época de Leonor de Aquitania.

Stephen enarcó las cejas

—¿Tan precisa puedes ser?

Olivia se encogió de hombros.

—Estoy bastante segura. Con un margen de unos cien años. Los estilos no cambiaban tan deprisa en la Edad Media, y su vestido se parecía a los que he visto en los dibujos y pintura de la reina Leonor. He estudiado bastante historia, y mi tío abuelo favorito se pasa la vida leyendo y hablando de historia. Además, da la casualidad de que es un gran erudito del reinado de Enrique II, el marido de Leonor, así que he visto imágenes de ella en más de una ocasión. En todo caso, estoy convencida de que es medieval, y no Tudor.

—¿Por qué no iba vestida como los mártires, dado lo ocurrido en la sesión?

—Sería lo más lógico. Esta tarde han usado el hábito de un monje, que encaja con la historia de los mártires, hasta cierto punto. Y si

han podido hacer desaparecer a una mujer por una pared, no entiendo cómo no se han molestado en disfrazar al fantasma correctamente.

—Me cuesta creer que madame Valenskaya y sus cómplices sean lo bastante inteligentes para crear esa aparición —comentó Stephen.

—Cierto. Pero si no la han provocado ellos, solo nos queda la teoría de que ha sido real.

Se miraron el uno al otro. No era una hipótesis que ninguno de los dos quisiera aceptar.

Olivia paseó la mirada por el despacho.

—Aquí hay varios libros.

—Sí, y más en la biblioteca. ¿Qué sugieres?

—Que investiguemos un poco —respondió Olivia.

—¿Sobre qué?

—Bueno... El vestido, por ejemplo. Podríamos asegurarnos de que es del período que yo digo. Y quizá averigüemos algo sobre la casa. Belinda hizo un trabajo para su tutor; tuvo que sacar la información de alguna parte.

Rebuscaron en los estantes y encontraron dos crónicas de Inglaterra y una relación de los monarcas ingleses. Olivia se sentó en el sillón situado delante del escritorio de Stephen y empezó a hojear las biografías de los monarcas.

No había transcurrido mucho tiempo cuando exclamó, triunfante:

—¡Aquí! Mira, un dibujo de la reina Matilde... ya sabes, la madre de Enrique II. Lleva un vestido muy parecido a la mujer de esta noche.

Stephen, que se había acomodado detrás de su mesa con una de las crónicas, se acercó para mirar la imagen.

—Sí. Excepto por el ribete de piel en los puños y en el cuello, se parece mucho.

Olivia pasó varias páginas más.

—Y aquí está Leonor. Más o menos lo mismo.

—Entonces, ¿debemos deducir que nuestra aparición lleva un vestido de... del siglo XII?

—Sí. Es evidente que es una mujer de cierto renombre: el cinturón que llevaba era de oro, y tenía incrustaciones de piedras preciosas. Por aquel entonces no se las tallaba, ¿sabes?

—También llevaba oro en el tocado —señaló Stephen—. Bueno, ahora que ya la tenemos localizada en el tiempo, ¿te importaría

ayudarme con una de estas crónicas históricas?

—Por supuesto que no —Olivia dejó a un lado su volumen y tomó el que Stephen tenía en la mesa—. ¿Sabemos cuándo adquirió esta casa el nombre de Blackhope? —preguntó, disimulando un bostezo con la mano.

—Lo ignoro. Sé que aquí se cuenta la historia de los Saint Leger, pero no nos ayudará a averiguar nada sobre la casa antes de la época de los mártires.

Empezaron a leer otra vez, y se hizo el silencio. Habían transcurrido viarios minutos cuando Stephen levantó la vista de su lectura con un suspiro y miró a Olivia. Estaba sentada en el sillón de orejas, con las piernas dobladas a un lado, con el libro que había estado leyendo abierto en el regazo, la cabeza apoyada en una de las orejas del sillón y los ojos cerrados. Sus senos ascendían y descendían con el ritmo lento del sueño.

Stephen sonrió mientras la observaba. Tenía algo, pensó, que lo fascinaba. Se sorprendía pensando en ella cada vez con más frecuencia. Estaba preciosa dormida, suave e inocente, pero también le gustaba e brillo de inteligencia e ingenio de sus ojos castaños, la sonrisa que curvaba sus labios, el paso rápido y pequeño con que se movía. Se había disculpado por besarla porque era lo que se esperaba de un caballero; apenas la conocía y no debería estar tomándose libertades con ella. Sin embargo, no lo lamentaba lo más mínimo. De hecho, había disfrutado plenamente del beso.

Olivia Moreland le agitaba la sangre; lo había hecho desde el principio. Al mirarla a los ojos aquella primera noche, el chisporroteo lo había recorrido de los pies a la cabeza, una sensación que no solo era deseo si no familiaridad. Había románticos que hablaban de dos almas que se buscaban la una a la otra; siempre lo había considerado palabrería, pero ya no estaba tan seguro. De una forma insólita, sentía que la conocía, aunque era imposible.

Se levantó y tomó la colcha de punto que estaba doblada en el respaldo del sofá. Se acercó al sillón de Olivia sin hacer ruido y la cubrió con la pequeña manta. Ella se removió un poco y buscó el cobijo de la tela. Stephen se la quedó mirando un momento; después, regresó a su asiento de detrás de la mesa.

Con el libro abierto ante él, hincó el codo en la mesa y la frente en

la mano y siguió leyendo. Pasado un tiempo, empezó a sentir pesados los párpados. Pestañeó y siguió leyendo; después, volvió a interrumpirse y se frotó la cara con la mano. Por fin dobló el brazo sobre el libro y apoyó la cabeza en él.

"Estaba apoyado en la pared, de cara a la muralla del castillo, sintiendo el calor de la piedra bañada por el sol. Fingía observar el trajín, pero solo se fijaba en ella. La vio bajar los peldaños y atravesar el patio con una cesta colgada del brazo y unas llaves en la mano. No llevaba su ropa elegante, sino una túnica sencilla de color azul y un tocado discreto en la cabeza. El cinturón era de cuero trenzado, no de oro ni de plata, pero estaba tan hermosa como siempre. Él sintió un hormigueo en la piel, y se le contrajo el vientre del deseo.

Sabía que nunca podría ser suya. Era una mujer casada y, por si fuera poco, estaba casada con el hombre al que él había jurado lealtad y cuya guardia capitaneaba.

Observó cómo entraba en el almacén y paseó la mirada por el patio de armas. Dos criadas estaban haciendo la colada y, un poco más allá unos niños perseguían a las gallinas. Dos guardias se encontraban de pie en las puertas, pero nadie se fijaba en él. Se apartó de la pared para dirigirse al costado de la fortificación. Sabía que lo que hacía estaba mal. Era deshonroso, y se odiaba a sí mismo por su deslealtad, pero no podía evitarlo; no podía alejarse de ella.

Cuando quedó fuera de la vista de las pocas personas que se encontraban en el patio, se dio la vuelta y se dirigió al mismo edificio en el que ella había entrado. El interior estaba en penumbra, allí solo entraba el resplandor que se filtraba por las rendijas de las contraventanas de madera y de la puerta. La compuerta de la bodega estaba abierta, apoyada a un lado, en el suelo. Dentro ardía una tenue luz. Bajó con cautela los peldaños y se abrió camino entre los toneles, barriles y cajas hacia la antorcha, que descansaba en un enganche de hierro de la pared.

Ella estaba abriendo un barril cuando lo oyó acercarse, y se dio la vuelta con una mirada mitad de sorpresa, mitad de esperanza. Al verlo, una sonrisa cruzó su rostro.

—¡Sir John! —echó a andar hacia él, con ojos brillantes, pero se detuvo, con la culpa reflejada en su rostro—. No deberíamos... No

debes arriesgarte.

Pensó que lo arriesgaría todo por ella, pero no dijo nada. Hablar era fácil, lo sabía. Avanzó hacia ella. De cerca, distinguió el moretón dela mejilla, y se le contrajo el estómago. Levantó la mano y deslizó un dedo por la magulladura.

—¿Te lo ha hecho sir Raymond? —masculló, trémulo de ira. Ella asintió y desvió la mirada, avergonzada. Se encogió de hombros.

—No es nada. Yo no...

—¡Lo odio! —le espetó sir John—. ¡Es un hombre cruel y descreído! Me gustaría matarlo por el daño que te hace! —se inclinó y le rozó el moretón con los labios.

Un pequeño suspiro, mezcla de placer y pesar, brotó de los labios de la mujer.

—Pero no puedes. Es tu señor feudal, y has jurado protegerlo.

—Ojalá hubiera jurado lealtad a cualquier otro.

—Entonces, nunca te habría conocido —le recordó ella. En la oscuridad reinante, sus ojos aparecían oscuros, pero él conocía muy bien su color añil. Le habían traspasado el corazón hacía muchos meses.

—Detesto la osadía con la que mantiene a su manceba en el castillo. Es vergonzoso, un insulto para ti. He visto a la furcia Elwena pavoneándose por el patio.

—No —le puso un dedo en los labios, sonriendo y moviendo la cabeza—. No importa.

—A mí, sí —la miró, sintiendo el amor y el deseo recorriéndolo de arriba abajo. Elevó las manos hacia su rostro, y las deslizó sobre su suave piel.

—Alys...

Movió las manos hacia atrás para retirar el sencillo velo y los hundió en la masa de cabellos pálidos. Ella lo miraba con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada. Se inclinó y la besó, incapaz de contenerse. El placer lo recorría de arriba abajo como un torrente, una mezcla tumultuosa de calor, pasión y ternura.

En aquellos momentos, como solía ocurrir en los sueños, la mujer que tenía en sus brazos cambió. De pronto, era Olivia, y quien la abrazaba era él, Stephen, y no sir John. Ella tenía los labios cálidos y húmedos, y lo estrechaba con fuerza. La pasión estalló dentro de él mientras acariciaba su suave piel con las manos".

Oyó un golpe seco; Stephen no sabía qué era, pero lo arrancó de su sueño. Se despertó con una exclamación, con el cuerpo hirviendo de deseo. Pestañeó, confundido y aturdido por la pasión, y levantó despacio la cabeza.

A pocos pasos de distancia, Olivia seguía sentada en el sillón de orejas, con el libro que había quedado en su regazo caído en el suelo, a sus pies. Estaba completamente despierta y lo miraba con fijeza, con labios suaves por la pasión y abiertos por la sorpresa. Tenía los ojos castaños brillantes de deseo, y las mejillas sonrojadas. Sin embargo, su expresión era una mezcla de sorpresa y vergüenza.

Se la quedó mirando, incapaz de hablar y, de pronto con un sobresalto, Stephen tuvo la certeza de que ella sabía con qué había estado soñando.

—Olivia...

Olivia profirió un sonido ahogado y se puso en pie con ímpetu. La suave manta resbaló a sus pies, y ella se dio la vuelta y se alejó corriendo.

Al día siguiente a primera hora, Olivia buscó a Tom Quick y le pidió que buscara en la habitación del señor Babington un hábito negro semejante al que el “fantasma” del jardín había usado el día anterior.

Tras encomendarle la tarea, pasó el resto del día rehuyendo a Stephen. Cuando lo vio en el salón, con el resto del grupo, a última hora de la mañana, dio media vuelta y salió a dar un paseo por el jardín. Aunque no le gustaba dar trabajo a los criados, le pidió a Joan que le subiera el almuerzo a la habitación en una bandeja, y, después, pasó el resto de la tarde encerrada en su habitación, leyendo una novela larga y bastante aburrida que había encontrado allí.

El único quiebro de la monotonía se produjo cuando Tom subió a verla. No había encontrado nada extraño en la habitación del señor Babington y, menos aún, un hábito negro. Sus palabras no la sorprendieron. Seguramente, la noche anterior, mientras Stephen y ella veían a “lady Alys” y perdían el rastro de Babington, este había salido a recuperar la prenda para deshacerse de ella. De todas formas, la noticia de Tom la abatió un poco más.

Tendría que contarle a Stephen que la búsqueda del hábito había sido infructuosa, pero no pasaría nada porque esperara un día más para hacerlo. Aquella tarde no podía verlo... no después del extraño sueño lujurioso que había tenido la noche anterior.

Sería una grosería no bajar a cenar si no estaba enferma pero, por fortuna, era imposible que Stephen mantuviera una conversación con ella en el comedor. Sin embargo, logró alcanzarla cuando ella salía de la habitación.

—Olivia...

Lo miró fugazmente; después, bajó la vista. Stephen tenía el ceño fruncido y el semblante grave, y a ella se le retorcía el estómago de puro nerviosismo.

—Discúlpame —se apresuró a decir—. Me duele un poco la cabeza y voy a retirarme temprano.

—Pero...

Olivia sonrió con rigidez, todavía sin mirarlo a los ojos.

—Lo siento, de verdad. En otra ocasión, quizá. Discúlpame.

Dio media vuelta y se alejó a paso rápido. Stephen no podía retenerla a menos que la agarrara del brazo, y eso sería una grosería. Ya casi había llegado a su cuarto cuando oyó unos pasos rápidos a su espalda.

—Lady Olivia —era la voz de Pamela. Olivia se dio la vuelta, sorprendida. La viuda de Roderick apenas le había dirigido la palabra durante su estancia, salvo para insultar de manera poco sutil a su familia. En aquellos momentos, sin embargo, lucía una sonrisa en su rostro de muñeca de porcelana, mientras se acercaba—. Espero que no esté indispuesta —dijo, con un ápice de preocupación en su semblante.

—No es nada. Me duele un poco la cabeza, nada más —le aseguró Olivia.

—Me alegro. Vi a Stephen intentando hablar con usted... —vaciló un momento—. Espero que no me tome por una entrometida, pero me he dado cuenta de que lleva todo el día rehuyendo a lord Saint Leger.

—No, no es eso —respondió Olivia, con las mejillas teñidas de rubor—. No lo estaba rehuyendo. Es que estoy...

Pamela profirió una leve carcajada.

—No importa; estoy segura de que nadie más lo ha notado excepto yo. Verá, tengo cierta experiencia en ese terreno.

Olivia la miró sin comprender.

—¿Cómo dice?

—Hace bastante tiempo que conozco a lord Saint Leger. Ya lo he visto actuar otras veces. Es un don Juan empedernido. Un hombre encantador, por supuesto, pero es peligroso tomarlo en serio.

Olivia se sonrojó aún más.

—No, no debe pensar... Estoy segura de que lord Saint Leger no ha pensado en mí de esa manera.

Pamela la miró con sagacidad.

—Entonces, tómelo como un aviso. Ha jugado con el afecto de más de una jovencita.

Olivia se la quedó mirando. Era una novicia en los asuntos del corazón, pero le costaba creer aquello. Stephen no parecía el tipo de hombre que se entregara a seducciones y jugara con los afectos de jovencitas ingenuas. ¿Y por qué se preocupaba tanto Pamela de sus sentimientos?

Pamela debió de ver la incredulidad de Olivia reflejada en su rostro, porque prosiguió:

—Hablo por experiencia. Verá, me enamoré de Stephen hace muchos años, antes de conocer a Roderick. Stephen me rompió el corazón. Me dejó y partió hacia Norteamérica. Gracias a Dios, Roddy estaba aquí para ayudarme. En realidad, debería estarle agradecida a Stephen porque, no me hubiera hecho sufrir, Roderick nunca habría inatentado compensar el desmán de su hermano.

—¿Cómo? —Olivia no conseguía imaginar a Stephen cometiendo tamaña crueldad. Pamela enarcó una ceja y dijo con cierta irritación:

—Es la verdad. ¿Por qué iba a inventarme algo así? Estaría echando piedras sobre mi tejado.

—No, claro. No pretendía insinuar... —Olivia se interrumpió con nerviosismo.

—No era más que un consejo —dijo Pamela y, dándose la vuelta, se alejó por el pasillo.

Olivia, con un suspiro, entró en su cuarto y cerró la puerta. De pronto, se sentía triste, con deseos de llorar. ¿Tan equivocada estaba sobre Stephen? ¿Realmente era como Pamela decía, un Don Juan frío y consumado?

No había intentado seducirla... salvo por ese beso. Y Pamela tenía razón: no tenía por qué mentir diciendo que la habían rechazado,

sería muy vergonzoso para ella. Olivia había notado la frialdad de trato entre Stephen y la viuda de su hermano, y la historia de Pamela la justificaría.

Y si Stephen había rechazado a una mujer tan hermosa como Pamela, Olivia no podía albergar ninguna esperanza de que estuviera interesado en ella. Las lágrimas anegaron sus ojos, y pestañeó para reprimirlas. No debería importarle que Stephen no la deseara, razonó. Por desgracia, dijera lo que dijera su cerebro, su corazón sabía que lo que Stephen Saint Leger deseara empezaba a importarle mucho.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, cuando Olivia se despertó, rechazó el vestido que Joan le había sacado y se puso el único que Kyria y su doncella no habían alterado, un sencillo traje marrón sin adornos de ningún tipo. También rechazó los servicios de Joan como peluquera, y se recogió el pelo en un sencillo moño en la nuca, como llevaba años haciendo.

Estaba harta de intentar parecer elegante, pensó. Se encontraba allí por motivos de trabajo, y su aspecto solo debía ser profesional.

Bajó la escalera para desayunar, decidida a enderezar su relación con lord Saint Leger. Eran colegas, nada más. Fuera cual fuera la emoción que Stephen hubiera visto reflejada en su rostro la otra noche, era imposible que hubiera adivinado lo que ella estaba soñando.

Su determinación duró, lo que tardó en desayunar, porque uno de los lacayos le pasó una nota de Stephen en la que este requería la presencia de Olivia en su despacho lo antes posible. Se le cayó el alma a los pies, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para acudir a la cita.

Llamó a la puerta del despacho y, al oír la voz de Stephen, vaciló un momento; por fin, inspiró hondo y entró.

—¿Querías verme? —inquirió, orgullosa de poder mantener la voz serena y despreocupada. Sin embargo, no tenía valor para mirarlo directamente a los ojos, así que escogió un punto por encima del hombro de Stephen.

—Eh, sí. Por favor, siéntate —la voz de Stephen tampoco parecía la habitual. Olivia se atrevió a mirarlo de reojo. Se lo veía ... ¿nervioso?—. Verás, ayer no tuvimos oportunidad de hablar. Pensé que querrías saber lo...—se interrumpió y carraspeó—. Lo que he averiguado.

—Ah, ¿De qué se trata?

—Bueno, verás... —se detuvo y la miró con intensidad un momento—. Olivia... La otra noche, cuando me quedé dormido sobre el escritorio, tuve un sueño.

Fue un cambio de tema tan brusco que, por un momento, Olivia

no pudo hacer más que mirarlo.

—¿Perdón?

—La otra noche, cuando estábamos hojeando los libros, te quedaste dormida. Yo seguí leyendo en la mesa, pero también sucumbí al sueño. Cuando me desperté... tuve la impresión de que tú también habías estado soñando.

Olivia sintió el calor que ascendía por su cuello hasta sus mejillas.

—Sí.

—Soñé con la mujer a la que habíamos visto antes. La aparición.

—¿En serio? —Olivia se sobresaltó y se olvidó de su vergüenza.

—Sí, soñé con ella y con un hombre, un caballero. Ella lo llamaba sir John, y él a ella, lady Alys. Se encontraban en un lugar lleno de toneles...

Olivia se quedó helada.

—¿Cómo? —dio un paso hacia él—. ¿Los viste en una bodega?

Sí. En un castillo. En el patio de armas, quiero decir. Bajaron por una trampilla.

Olivia sentía calor en el estómago, aunque sus pies y manos eran como bloques de hielo. Se balanceó un poco, y Stephen corrió a conducirla hacia una silla.

—Ven, siéntate. Parece que estuvieras a punto de desmayarte —la sentó y se puso en cuclillas junto a ella.

—Y por poco me desmayo —Olivia se miró las manos; le temblaban—. Yo tuve el mismo sueño.

—¡Santo Dios! —se produjo un largo silencio. Stephen volvió a incorporarse—. Pensé... Lo primero que pensé era que habías adivinado lo que había estado soñando.

—Yo también lo pensé —Olivia se lo quedó mirando—. Pero era imposible.

—Es lo que no he dejado de repetirme desde ayer. ¿Hablaron del marido de lady Alys? ¿Le preguntó él a ella cómo se había hecho el moretón de la mejilla?

—¡Sí1 Le preguntó si se lo había hecho sir Raymond.

—Sir Raymond. Sí, pronunciaron ese nombre —Stephen hundió los dedos en su pelo, con semblante un poco frenético—. Y después, los dos...

—Sí —repuso Olivia con voz ahogada, sonrojándose hasta la raíz del pelo mientras recordaba el abrazo de la pareja y la transformación de los personajes en Stephen y en ella.

Olivia también vio azoramiento en el rostro de Stephen, y algo más, una llama que iluminaba sus ojos grises y encendía un fuego semejante dentro de ella. A Olivia se le resecó la garganta y, de pronto, no sabía dónde mirar. Sentada allí, podía sentir de nuevo la pasión que la había invadido, podía saborear el beso de Stephen... su piel.

Olivia se abrazó y se apartó.

—Imposible. ¿Cómo pudimos tener el mismo sueño?

—Y, sin embargo, así fue.

—No puede haber sido obra de madame Valenskaya —dijo con rotundidad—. Ni de otra persona. ¿Cómo podría alguien hacernos ver a las mismas personas haciendo las mismas cosas en un sueño?

—Si un hipnotizador experto nos sugestionara para que soñáramos lo mismo...

—¿Y al mismo tiempo? No puedo creer que nadie sea tan hábil y, mucho menos, madame Valenskaya. No hay sutileza ni destreza en ella. Vaya, en más de una ocasión he oído cómo perdía el acento.

—Puede que no sea madame Valenskaya, sino Babington el hipnotizador, y madame sólo una herramienta.

Olivia frunció el ceño, poco convencida.

—Sea quien sea, ¿cómo podía sugestionarnos para que viéramos lo mismo? No conozco ningún truco ni siquiera remotamente perecido a este.

—Y aún hay más —dijo Stephen pasado un momento—. Creo ... Creo haber soñado antes con esas personas.

—¿Qué?

—Cuando estaba en Londres, tuve un sueño. En él, tenía la sensación de ser ese mismo hombre, y de verlo todo a través de sus ojos. Estábamos en un viejo castillo. Los peldaños eran de piedra y ascendían en curva hacia la torre. No lo había visto nunca pero, en el sueño, era mi hogar. Yo estaba luchando... por mi vida. Esgrimía una espada, y llevaba una cota de malla. Y, a mi espalda, había una mujer. No la veía, no podía mirar atrás, porque estaba luchando, pero notaba su presencia, y la conocía. Era... Creo que era la señora del castillo, y yo había jurado protegerla. Pero había algo más, una emoción más honda, algo más allá del deber y la lealtad. Eran la misma pareja, estoy seguro. Yo creía ser él, aunque no sé si tiene sentido —se interrumpió y miró a Olivia. Esta estaba estupefacta—. Seguramente, pensarás que estoy loco.

—No, en absoluto. —Olivia se puso en pie—. Yo también había soñado antes con ellos. Reconocí a la mujer cuando la vimos en el vestíbulo. Había soñado con ella el día anterior, con ella y con el hombre. Ella se estaba secando el pelo delante de la chimenea, en mi habitación... solo que no era mi habitación, sino otra distinta, con juncos en el suelo y una chimenea más grande. Después, él entró y se arrodilló junto a ella. Era sir John. Al principio, pensé que yo estaba presente, que estaba tumbada, mirándola, pero me desperté y comprendí que había sido un sueño. Cuando la vi atravesar el vestíbulo, la reconocí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Porque temía que me tomaras por loca! —replicó Olivia—. Era tan extraño... y todo el mundo cree que los Moreland estamos un poco mal de la cabeza, de todas formas. No quería que me miraras como si tuvieran que encerrarme.

—No creo que estés loca. Yo tampoco lo estoy. Sencillamente, no puedo explicar de manera racional nada de lo ocurrido.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Hoy he hecho algunas averiguaciones. Le pregunté a Belinda sobre el trabajo que su tutor le encargó escribir, y ella subió al aula y rescató los libros que había empleado para hacerlo. Y en ellos se menciona a un tipo llamado sir Raymond.

Olivia se quedó boquiabierta.

—¿Aquí? ¿En Blackhope?

—Fue el dueño de Blackhope mucho antes de que los Saint Leger adquirieran la propiedad. Eran un antepasado del lord Scorhill a quien Enrique VIII confiscó sus tierras. Sir Raymond vivió aquí durante el reinado de Enrique II.

Olivia tenía la sensación de alguien le había asestado un puñetazo en el estómago. Stephen, observándola, asintió.

—Lo sé. Yo experimenté la misma reacción.

—Entonces, ¿las personas que hemos visto existieron de verdad? ¿Vivieron aquí en el siglo XII?

—No lo sé. No vi ninguna mención de la esposa de sir Raymond ni de nadie llamado sir John. Pero sería poco probable que sus nombres hubieran sido recogidos en un relato histórico. Él no era más que el capitán de la guardia.

—Y raras veces se menciona a las esposas —concluyó Olivia con cierta mordacidad—. Losé...

—Sin embargo, era de este sir Raymond de quien hablaba Belinda la otra noche durante la cena, a quien Blackhope debe su nombre.

—¿El hombre que se encerró en la casa porque su esposa murió?

—El mismo. Como es natural, eso constataba como una leyenda. Lo que sí parece verídico es que este tal sir Raymond reconstruyó Blackhope. Al parecer, en un momento dado, la fortaleza normanda original fue destruida, en gran parte, durante un ataque. Sir Raymond construyó la casa actual prácticamente sobre las ruinas de la original.

—¿Un ataque? —Olivia lo miró con expresión inquisitiva—. ¿Cómo la batalla de tu sueño?

Stephen se encogió de hombros.

—Desde luego, el enemigo se encontraba dentro del castillo. Y había fuego. Recuerdo el homo.

—El vestíbulo principal, donde vimos a la mujer, es la parte más antigua de la casa ¿vedad? —Stephen sintió—. Si se construyó sobre la original, quizá lady Alys estuviera atravesando un umbral del viejo castillo, y por eso atravesó directamente la...¡Ay! ¿Qué estoy diciendo? —Olivia se llevó las manos a la cabeza con desolación—. Los fantasmas no existen; yo no creo en ellos. No hay ninguna mujer medieval vagando por la casa. Debe de ser obra de madame Valenskaya y de sus cómplices.

—Sí, tú misma has dicho que no habías oído hablar de nadie que supiera hacer un truco semejante.

—Bueno, eso no quiere decir que alguien no pueda hacerlo —señaló Olivia—. Además es demasiada casualidad que estas cosas estén ocurriendo al mismo tiempo que madame Valenskaya está aquí, dirigiendo sesiones de espiritismo y parloteando sobre almas perdidas.

—Pero ¿cómo puede saber ella lo de sir Raymond y su esposa? Yo ni siquiera conocía su existencia, y esta es mi casa.

—Belinda había oído hablar de sir Raymond. Podría haberle contado la misma historia a madame Valenskaya, o a su hija. A fin de cuentas, ella, u otra persona, rescató la historia sobre los mártires.

—Los mártires son mucho más conocidos —puntualizó Stephen—. Además, hay un problema. La primera vez que soñé con sir John y con su dama fue hace mucho tiempo, la noche en que nos conocimos, antes de que madame Valenskaya y su grupo vinieran

aquí. Antes de conocerla.

A Olivia la recorrió un escalofrío. Entrelazó las manos con fuerza en el regazo e intentó pensar con claridad.

—¡Ojalá supiéramos más cosas de sir Raymond y de la casa! Si al menos... —se le iluminó el rostro—. Podría escribirle a mi tío abuelo Bellard. Es un estudioso de la historia. Tiene sus habitaciones llenas de crónicas, y colegas con los que consulta los pequeños detalles de la historia. Él sabría reunir toda la información disponible sobre Blackhope, sir Raymond o los mártires.

—Está bien. Si quieres escribirle, enviaré a un criado con la carta a Londres para que se la entregue. Agradezco cualquier tipo de ayuda que podamos recibir. Tengo la sensación de haber entrado en una casa de locos. La farsa del jardín de la otra noche me parece el truco más simple.

—Muy bien. Escribiré a mi tío abuelo Bellard de inmediato — Olivia se puso de pie.

—Olivia... —Stephen alargó el brazo, pero lo dejó caer con vacilación—. Ese sueño... Lo que pasó...—vaciló, mientras observaba su rostro con atención.

Había algo, un calor, una intensidad en su mirada, que hacía que a Olivia le fallaran las orillas. Sabía que debía salir del despacho. Saint Leger producía un efecto devastador en sus sentidos, y no podía evitar recordar lo que Pamela le había dicho sobre sus conquistas. Sería más sensato, mucho más sensato, apartarse de él. Sin embargo, cuando Stephen levantó el brazo y le puso la mano en la mejilla, lo último que Olivia deseaba hacer era irse.

—No debería...—dijo Stephen mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar—. Pero cuando te miro, olvido las normas de la caballerosidad.

—Mi familia raras veces se ha atenido a las normas de comportamiento —repuso Olivia.

Una sonrisa iluminó los ojos de Stephen.

—Entonces, eso me beneficia, ¿no?

Se inclinó un poco más y unió sus labios a los de ella. Olivia dejó de pensar. Instintivamente devolvió la presión de sus labios, y él emitió un gemido grave y gutural. La envolvió con sus brazos y la atrajo hacia él, y Olivia se dejó llevar dócilmente. Sentía el cuerpo firme y musculoso contra sus suaves curvas, y su propio cuerpo reaccionaba al contacto.

Profundizaron el beso. Olivia le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él mientras saboreaba su boca, el olor de su piel, la tibieza de su cuerpo. Cuando, por fin, Stephen apartó sus labios de los de ella, fue para salpicarle de besos el cuello y mordisquearle suavemente la piel. Deslizó una mano por el costado de Olivia y rodeó un seno con suavidad. Olivia inspiró con sorpresa y placer. Quería saber más, sentir más. Deslizó las manos despacio por la nuca de Stephen y entrelazó los dedos en su pelo. Resbalaba entre sus dedos como seda, despertando las terminaciones nerviosas de sus manos.

Stephen la besó en la base del cuello, y saboreó su piel con la lengua. Olivia se estremeció, y el calor estalló en su abdomen. Sentía su cuerpo estremeciéndose contra el de él, y Stephen profirió un sonido grave de placer animal junto a su garganta. Con suavidad, oprimió su pecho a través del cuerpo del vestido, deslizando el pulgar por el centro, haciendo que su pezón se contrajera.

Stephen volvió a besarla en la boca, y sus labios se fundieron. Olivia tenía la sensación de estar derritiéndose, su cuerpo estaba consumido por el deseo. Por fin, con un gemido, Stephen arrancó su boca de la de ella, dio un paso atrás y se puso de medio lado. Hundiendo los dedos en su pelo, tiró de sus cabellos como si así pudiera controlar sus pasiones.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó en voz baja, e inspiró hondo—. Creo que entiendo cómo se sentía él, ese caballero, cuando arriesgaba todo por ella —lanzó una mirada a Olivia—. Me he disculpado antes. Supongo que no tiene sentido cuando sigo tomándome libertades...

Olivia entrelazó las manos, tratando de controlar sus propias emociones.

—No se necesario que te disculpes. A mí... —bajó la vista, incapaz de mirarlo a los ojos, y prosiguió con candidez—. A mi me ha parecido muy placentero.

Giró en redondo y salió a paso rápido del estudio, dejando a Saint Leger de pie en el centro de la habitación, viéndola marchar.

El cielo estaba nublado, y hacía más frío que en los primeros días de su visita, pero Olivia buscó el refugio del jardín de todas formas. Un paseo al aire húmedo y fresco la ayudaría a disipar la fiebre de

su cabeza y de su piel. Había sido tremendamente osada, lo sabía... o, mejor dicho, demasiado cándida. En la alta sociedad, la verdad solía ser lo último que se decía. Sin duda, lord Saint Leger se habría quedado atónito al oír sus últimas palabras, pues no eran propias de una dama.

Frunció el ceño mientras caminaba; lamentaba no ser más diestras en las relaciones entre hombres y mujeres. Su hermana Kyria sabría reconocer si Saint Leger era un conquistador, y cómo reaccionar si un hombre la besaba como Stephen la había besado a ella. Una pequeña sonrisa afloró en los labios de Olivia al imaginar a un hombre con el arrojo suficiente para besar a su hermana. Deseaba con todas sus fuerzas que Kyria estuviera allí, dándole consejos.

—¡Lady Olivia! —oyó que la llamaban y, al volver la cabeza, vio a Belinda haciéndole una seña con la mano desde el otro extremo de la senda del jardín. Belinda echó a andar hacia ella, y Olivia dio media vuelta con una sonrisa para alcanzar a la joven a medio camino.

—Me sorprende ver a alguien más paseando en este día tan gris.

Belinda rió.

—Me encanta este tiempo. Significa que el otoño está a punto de llegar, y es cuando Blackhope está más hermoso —profirió una risita—. Salvo, cómo no, en primavera, cuando me gusta aún más. ¿Sabes? Cuando conocía a un hombre en Londres esta temporada, me preguntaba: ¿Dejaría Blackhope para casarme con él? Sinceramente, no encontré a ninguno por el que la respuesta fuera "sí".

Olivia sonrió.

—Estoy segura de que algún día lo encontrarás.

—Tal vez. —Belinda se encogió de hombros.

—Entonces, ¿nunca te ha parecido que Blackhope fuera una morada de... "almas perdidas"?— inquirió Olivia en tono jocoso. Belinda hizo una mueca.

—No. Las sesiones de espiritismo están muy bien, ¿sabes? Me resultan emocionantes. Pero no sé si llego a creer a madame Valenskaya.

—Entiendo.

—Tú tampoco la crees, ¿verdad? —prosiguió Belinda—. Lo veo en tu cara, aunque sé que intentas ser educada.

—Me resulta muy poco probable —corroboró Olivia.

—Entonces me alegro, porque Stephen no la cree, y dudo que pudiera cortejar a una mujer que lo hiciera. La encontraría tonta, ¿no te parece?

—Belinda, no debes pensar que Stephen, quiero decir, que lord Saint Leger me está cortejando.

Belinda rió entre dientes.

—No sé por qué intentas ocultarlo. Es evidente que Stephen está loco por ti. He visto cómo te mira.

Olivia sintió el calor en las mejillas a pesar del frío. ¿Qué podía decir? ¿Qué no eran más que amigos, después de lo ocurrido en su despacho? Sin embargo, no podía creer que Stephen estuviera interesado en ella de forma permanente, como Belinda creía. Olivia solo estaba allí para ayudarlo a desenmascarar a una farsante, nada más. Salvo por esos besos...

—Belinda —dijo Olivia, pese a saber que no debía husmear en la vida de Saint Leger, y menos utilizando a su hermana pequeña—. ¿Sabes algo sobre la relación entre lady Pamela y tu hermano? Tu hermano Stephen, quiero decir.

—Sí, me enteré hace mucho tiempo. No en la época en que ocurrió, por supuesto, porque no era más que una niña, sino después, por lo que oía comentar a los criados. El ayuda de cámara de Stephen lo sabía todo mejor que mamá y que ningún otro.

—Lady Pamela me ha dicho que Stephen es un don Juan empedernido.

—¿Stephen? ¿En serio?

—Me ha dicho que se enamoró de él hace tiempo, antes de conocer a Roderick, y que Stephen le rompió el corazón.

—¡Qué! —exclamó Belinda, con fuego en la mirada—. ¡Menuda embustera! Pamela no estaba enamorada de Stephen; dudo que haya estado enamorada de nadie salvo de sí misma. Eso no fue lo que ocurrió.

—¿Ah, no? —Olivia tenía la sensación de que se le estaban soltando los nudos alrededor del pecho.

—No. Ocurrió justo lo contrario. Stephen estaba locamente enamorado de ella. Había terminado sus estudios y se había ido a vivir a Londres por primera vez. La conoció allí, y se quedó embelesado. Quería casarse con ella. Después, la familia fue a la capital a pasar la temporada de baile y, cómo no, Stephen se

enorgulleció de presentársela a mis padres. Cuando Pamela conoció a Roderick, decidió cazar un partido mejor que Stephen, lo dejó plantado y fue tras Roderick. Quería ser lady Saint Leger, y sabía que Roderick era el heredero. A Stephen se le rompió el corazón. Se marchó a Norteamérica porque no soportaba verlos juntos. Se produjo un enorme cisma entre Roderick y él.

—Dios mío ¡qué horror!

La historia de Belinda aclaraba varias cosas. Por desgracia, la verdad no hacía que Olivia se sintiera mucho mejor. Era un alivio saber que Stephen no era un don Juan despiadado, pero había amado a Pamela apasionadamente; esta le había roto el corazón. Era muy probable que bajo toda aquella amargura y dolor, todavía siguiera amándola. No era fácil, pensó Olivia, que una gran pasión se enfriara por completo. Olivia había visto a Stephen tratar a Pamela con rigidez y frialdad, pero temía que hasta eso fuera una indicación de que todavía sentía algo por ella, un sentimiento que él mismo consideraba estúpido, incluso peligroso.

Fuera cual fuera la atracción que Stephen pudiera sentir hacia Olivia, sería pálida en comparación con el amor que había sentido por su cuñado. Pamela era una gran belleza, la clase de mujer por la que los hombres se batían en duelo y entablaban guerras. La había amado con toda la pasión y fervor de la juventud, y esa clase de amor nunca se olvidaba. Los besos que había compartido con Olivia, aunque habían sido devastadores para ella, sin duda eran tibios comparados con los besos que le había dado a Pamela, expresiones de un deseo más sereno y adulto... más aún, un deseo en parte alimentado por el que había experimentado en su sueño.

Y, lo peor de todo era que, según sospechaba Olivia, Pamela quería recuperar a Stephen. A fin de cuentas, en aquellos momentos ostentaba el título y la fortuna por los que lo había dejado plantado años atrás. Era el único motivo por el que Pamela le había contado aquella mentira: quería alejarla de Stephen para tener el campo libre.

Y, si Pamela quería recuperar a Stephen, pensó Olivia, ¿cómo podía aspirar ella a competir con la hermosa viuda? Si ya era difícil eclipsar el recuerdo del amor que Stephen había sentido por Pamela, sería diez veces peor superar la realidad presente de la mujer.

—Ya casi es la hora del té —comentó Belinda, irrumpiendo en los

tristes pensamientos de Olivia. Esta asintió y esbozó una sonrisa, y juntas empezaron a atravesar el jardín de regreso a la casa, charlando de otros asuntos.

En el saloncito informal del segundo piso, encontraron a lady Saint Leger y a madame Valenskaya. Lady Saint Leger alzó la mirada al verlas entrar y sonrió.

—Ah, ahí estáis, queridas. <madame y yo os hemos visto pasear por el jardín —se estremeció un poco—. Hace un día demasiado frío y gris para mí.

—Ah —dijo madame Valenskaya con una carcajada y un guiño torpe para Belinda y Olivia—. La juventud, ¿si?

En aquel momento entró un criado con la bandeja del té y se acercó para dejarla en la mesita de centro, delante de lady Saint Leger. Esta asumió la tarea de servir el té, y dijo:

—No es necesario que esperemos a los demás; no tardarán en llegar. Lady Olivia, ¿azúcar?

—Sí, gracias —Olivia aceptó la taza con gratitud y tomó un sorbo mientras contemplaba la selección de pasteles y panecillos.

Entre el tintineo de cuchillos y platos y los retazos de conversación, al principio, Olivia no oyó el extraño sonido. Fue Belinda quien se interrumpió y, ladeando la cabeza, dijo:

—¿Qué es ese ruido?

—¿El qué, cariño? —lady Saint Leger alzó la vista.

Madame Valenskaya pestañeó y paseó la mirada por el saloncito; Olivia dejó la taza sobre el plato y aguzó el oído.

—Ese ruido tan raro. Parece un gato maullando.

—O una persona llorando —replicó Olivia. Se inclinó hacia delante, y el ruido creció en intensidad.

—¡Cielos! —lady Saint Leger parecía preocupada—. ¿Está llorando alguien? Pero ¿quién? ¿Dónde? —paseó la mirada por el saloncito con el ceño fruncido—. Quizá sea una de las doncellas en el pasillo.

Olivia dejó la taza y el plato sobre la mesa y se asomó por la puerta. Miró a izquierda y derecha, pero el pasillo estaba desierto.

—Fuera no hay nadie. Y no se oye el llanto en el pasillo.

El lloriqueo era cada vez más alto. Las cuatro mujeres se quedaron calladas, escuchando.

—¡Parece una niña! Pero ¿dónde está? —preguntó lady Saint Leger con el ceño fruncido—. Suena como ... como si estuviera aquí.

El sollozo continuó, quedándose suspendido de forma espectral

en el aire, incorpóreo y melancólico. Madame Valenskaya habló en un susurro quedo y triste.

—Un alma solitaria. Está “perrdida...perrdida”.

Lady Saint Leger se estremeció visiblemente, y palideció aún más.

—¿Es un espíritu?

La mujer rusa asintió con solemnidad.

—Los “muerrtos” también lloran.

A Olivia se le puso la piel de gallina, pero hizo caso omiso de las palabras de la médium.

—Tonterías —dijo con firmeza—. Hay una persona llorando aquí y ahora.

Paseó por el saloncito y no tardó en comprender que, a medida que se apartaba del grupo, el sonido se alejaba y, cuando volvía, crecía en intensidad. Pasó de largo la mesa de centro y a Belinda. El lamento era más fuerte allí, junto al fuego.

—¡La chimenea! —exclamó—. ¡Suena por aquí!

Giró en redondo y salió corriendo de la habitación.

Capítulo 8

Olivia se detuvo nada más salir al pasillo, y lanzó una mirada a las escaleras que descendían con majestuosidad y, después, a los peldaños menos señoriales del otro extremo del pasillo, que conducían a la tercera planta. Belinda salió corriendo del saloncito detrás de ella, y Olivia le preguntó:

—¿Qué hay encima de esa habitación?

Belinda vaciló un momento, pensativa, y dijo:

—El aula, creo.

—¿Y debajo?

—Un pequeño salón de baile.

—Arriba —decidió Olivia. Parecía más probable que alguien estuviera utilizando un aula escolar en desuso para perpetrar su fraude que una habitación amplia y pública por la que podía pasar un criado en cualquier momento.

Echó a andar por el pasillo hacia las escaleras, levantándose las faldas para correr mejor. Belinda le pisaba los talones. Subieron los peldaños y recorrieron el pasillo hasta la puerta correspondiente. No había nadie en el aula. Olivia entró y abrió todas las puertas de los pequeños dormitorios con los que comunicaba. Después, regresó a la habitación central con el ceño fruncido. En aquel momento, volvieron a oír el llanto, leve pero inconfundible. Olivia salió corriendo al pasillo seguida de Belinda. El sonido, pensó, provenía del otro extremo.

Avanzó con paso ligero; el sonido estaba cada vez más cerca. De pronto, dejó de oírse, y Olivia echó a correr. El pasillo era largo, estrecho y de techos bajos, con puertas a cada lado. Eran los dormitorios de los criados y, durante el día, allí no había nadie. Los pasos de Olivia y de Belinda resonaban sobre el suelo de madera. Allí no había alfombras que amortiguaran las pisadas.

La planta superior era un laberinto de habitaciones y pasillos. En un momento dado, llegaron ante una puerta cerrada, y vacilaron. Oyeron el gemido al otro lado, y Olivia la abrió. Comunicaba con otro pasillo.

—Estamos en el ala antigua de la casa —susurró Belinda,

intimidada por la quietud reinante—. Bueno, no es que sea la más antigua. El ala principal lo es, pero cundo reformaron la casa hace años, solo redecoraron el ala principal. Esta parte siempre está cerrada y no se usa.

Olivia echó a andar por el pasillo en penumbra, levantándose las faldas para no mancharse de polvo. Belinda no se separaba de ella. El llanto volvió a oírse, en apariencia desde otra estrecha escalera, y la siguieron hasta el pasillo inferior. Los sollozos continuaban, leves pero persistentes, y los persiguieron por vestíbulos y escaleras, abriendo puertas y atravesando habitaciones llenas de muebles cubiertos con sábanas. Reinaba un silencio absoluto, salvo por el puntual estallido de llanto, que siempre se oía delante de ellas. Las cortinas estaban echadas para proteger las alfombras y los muebles del sol, por lo que entraba muy poca luz.

—Esto no me gusta —dijo Belinda con voz queda. Realmente, era un lugar lúgubre y espectral, y la intranquilidad de Olivia creció, pero siguió avanzando, decidida a localizar el origen de aquel llanto.

Las condujo escaleras arriba hasta otro pasillo estrecho de la última planta. Corrieron por el pasillo, con el lamento precediéndolas, y doblaron una esquina. Algo se deslizó por sus rostros, pegajoso e invisible. Chillaron y saltaron hacia atrás.

—¡Una telaraña! —dijo Olivia con una mezcla de desagrado y pavor, mientras se la retiraba del pelo y la cara.

—¡Regresemos! —gritó Belinda.

Olivia tomó la mano de Belinda con fuerza y echó a andar por el pasillo, escuchando, esperando a que el llanto volviera a oírse. Alcanzaron otro tramos de escaleras y se detuvieron. No se oía nada. Olivia y Belinda se miraron a los ojos. Los minutos discurrían en agonizante silencio.

—Se ha ido —dijo Olivia por fin con la voz impregnada de decepción—. ¡Diantres, se nos ha escapado!

El autor del llanto debía de haber desaparecido en silencio por la escalera, y ya resultaba imposible adivinar qué camino había tomado.

—Deberíamos regresar —le dijo a Belinda. Esta miró a un lado del pasillo, después a otro.

—¿Por dónde?

—¿No lo sabes? —preguntó Olivia, un tanto sorprendida.

—No, no conozco esta parte de la casa. Lleva toda la vida cerrada,

y mamá nunca nos dejaba jugar aquí, porque tenía miedo de que nos perdiéramos. A mí nunca me ha gustado; está tan vacía y silenciosa...

"Y tanto", pensó Olivia. Ella también recorrió el pasillo con la mirada.

—Dudo que pueda volver sobre nuestros pasos. Hemos subido, bajado y recorrido tantos pasillos que me he perdido.

—Pero ¡tenemos que volver! —protestó Belinda, con pánico creciente en la voz—. Se está haciendo de noche. No hay lámparas en esta parte de la casa, y cuando caiga el sol...

—Lo sé —Olivia intentaba parecer tranquilizadora. La penumbra se estaba intensificando; no tardaría en caer la noche, y quedarían atrapadas allí donde las sorprendiera la oscuridad.

—Será mejor que bajemos a la planta inferior —le dijo a Belinda—. Estos pasillos de la última planta son los peores. Abajo hay más ventanas, y tendremos más luz.

Belinda se animó un poco, y bajaron la estrecha escalera hasta el final. Después, recorrieron un pasillo que terminaba en una pared. Abrieron la cortina de una ventana para dejar entrar la luz; el sol ya había desaparecido detrás de los árboles.

—Debemos de estar en la parte oeste de la casa —se aventuró a decir Olivia. Belinda, mirando por la ventana, asintió.

—Sí. Estamos en la parte más alejada del ala principal.

—Entonces, si esta ventana da al oeste, sabemos que tenemos que avanzar justo en dirección opuesta, porque el ala principal queda justo al este, ¿no?

—Sí, exacto.

Echaron a andar con paso rápido, siguiendo siempre la misma dirección y, aunque se paraban a abrir las cortinas que encontraban a su paso, ya apenas podían ver nada. Tuvieron que reducir la marcha, y hasta chocaron con una pequeña mesa de un vestíbulo sin darse cuenta. Olivia apoyaba los dedos con suavidad en la pared mientras caminaban, cada vez con más vacilación.

—No encontraremos la salida a tiempo —dijo Belinda con voz trémula.

—Puede que no —corroboró Olivia con voz firma—. Pero cuando no podamos ver nada, nos sentaremos y esperaremos. No es como si estuviéramos en mitad del bosque. Pasaremos un poco de hambre y de sed, nada más.

—Sí, pero me da miedo. No podemos ver nada y... no dejo de pensar en ese llanto. ¿Y si volvemos a oírlo? Ojalá no lo hubiéramos seguido. ¿Y si volvemos a oírlo? Ojalá no lo hubiéramos seguido. ¿Y si es algo que no podemos ver?

—Estoy segura de que ha sido una persona —dijo Olivia con rotundidad. Se habían detenido por completo; ya no quedaba ni rastro de luz. La negrura que las envolvía intimidaba un poco. A Olivia no le habría importado disponer de un par de velas—. ¿Nos sentamos?

—Yo estoy muy cansada.

Resbalaron por la pared y se sentaron en el suelo. Olivia intentaba no pensar en los años de polvo acumulado, ni en cosas como ratas y ratones, frecuentes en un edificio deshabitado. Carraspeó, más para hacer ruido en medio del silencio que por cualquier otra razón.

—No estamos solas —dijo con firmeza, sin saber si estaba tranquilizando a Belinda o a sí misma—. Nos tenemos la una a la otra. Además, tu madre sabe que estábamos siguiendo el llanto; se lo dirá a Stephen y a los demás. Empezarán a buscarnos en cuanto vean que no regresamos.

—Pero no sabrán dónde estamos. Podríamos haber salido fuera o.. o habernos esfumado —pronunció la última palabra en voz baja, como si temiera hacerla realidad.

—Dudo que Stephen crea que nuestra desaparición ha sido obra de los espíritus —repuso Olivia con ironía. Belinda rió con suavidad.

—Es cierto, podemos contar con él. Vendrá a buscarnos.

—Por supuesto que vendrá —la animó Olivia—. Y nos encontrará.

Fue entonces cuando oyeron los golpes. Eran breves y rápidos, y resonaban por encima de sus cabezas. A Olivia se le erizó el vello de la nuca. Durante un instante, ninguna de las dos se movió. Belinda le estrechaba la mano con fuerza. Se hizo el silencio y, después, justo cuando Olivia empezaba a relajarse, oyeron otro ruido, lejano y débil, como una voz espectral.

Por un momento, Olivia se sintió dominada por un terror primitivo. Después, la lógica reapareció y se puso en pie.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Estamos aquí!

—¡Olivia! —chilló Belinda mientras se levantaba, alterada—. ¡No! ¡No los atraigas a nosotras!

—No son fantasmas, Belinda —Olivia cerró las manos en torno a los labios y volvió a gritar—. ¡Stephen estamos aquí!

—¿Qué?

—¡Es Stephen! ¡Ha venido a rescatarnos! —le explicó Olivia—. Estoy segura. Los golpes no eran más que sus pisadas en la planta de arriba.

—¡Olivia! ¡Belinda! —se oyó un tumulto de pasos en las escaleras y, de pronto, vieron un resplandor acercándose por otro pasillo hacia ellas. Belinda profirió otro chillido, en aquella ocasión, de alegría, y empezó a llorar.

—¡Stephen!

Corrieron hacia la luz y vieron a Stephen doblar la esquina, sosteniendo un farol en lo alto. Las vio, dejó el farol en el suelo, y salvó el reto de la distancia en pocos pasos. Belinda saltó a sus brazos, y Stephen atrajo a Olivia hacia él. Durante un largo momento, los tres permanecieron abrazados, disfrutando del alivio y la alegría. Olivia creyó sentir el roce de los labios de Stephen en el pelo.

—¡Señorita Olivia! —la voz de Tom Quick llegaba desde la dirección contraria y, al volver la cabeza, Olivia lo vio corriendo hacia ellos, con el farol balanceándose a cada paso—. Casi se me cae la luz cuando la oí gritar. No sabía qué podía haberla ocurrido.

—Yo tampoco —reconoció Stephen—. A mi madre le estaba dando un ataque de histeria, y no hacía más que decir que un fantasma os había llevado. Tardé siglos en calmarla.

Stephen recogió el farol y echaron a andar de nuevo hacia el ala principal. Stephen seguía rodeando a Belinda con el brazo, pero Olivia había recuperado su aotodominio lo bastante para mantenerse a una distancia discreta de él. Tom Quick se adelantó para alumbrar el camino, aunque se volvía de vez en cuando para soportar un comentario.

—¡Ha sido horrible! —les dijo Belinda—. Era un lío de pasillos y habitaciones, y cuando anocheció, el llanto ya había desaparecido y nosotras nos habíamos perdido.

—¿Llanto? ¿Quién estaba llorando? ¿De qué habláis?

—¿No te lo ha contado lady Saint Leger? —preguntó Olivia.

—Dijo que estabais persiguiendo a un fantasma, y madame Valenskaya no hacía más que balbucear palabras como “almas perdidas” y “espíritus solitarios”. Pensé que habíais sorprendido a alguien gastando un truco y que estabais siguiéndole el rastro. Temía que pudiera haceros daño, así que llamé a Tom y a algunos

criados y nos pusimos a buscaros.

—Oímos llorar a alguien —le explicó Belinda—. Pero no había nadie en el pasillo ni en los alrededores. Parecía provenir de la habitación en la que estábamos. A mi se me puso la piel de gallina, la verdad, pero Olivia dijo que el llanto se oía en la chimenea, y salió corriendo del salón.

—¡Pues, claro! —exclamó Stephen—. Madre dijo que estabais sentadas en el salón rosa.

—Sí —respondió Olivia, perpleja. Para entonces, ya había llegado a unas puertas dobles. Stephen abrió una de ellas, y se encontraron nuevamente en la parte principal de la casa.

—¡Estábamos tan cerca! —gimió Belinda.

—Sí. Si hubiéramos empezado a buscaros por la planta baja, en lugar de por la última, os habríamos encontrado enseguida.

Recorrieron la larga galería hacia las escaleras principales. Olivia, todavía pensando en el comentario de Stephen, preguntó:

—¿Por qué has dicho "pues claro"?

—¿Cómo? Ah. Es que desde la chimenea del aula se puede oír lo que se dice en el saloncito rosa. Roderick y yo solíamos escuchar a mi madre chismorreando con las amigas. Hay que retirar un par de azulejos; salen con facilidad. Es evidente que el sonido no solo baja, sino sube.

—¡Lo sabía! —exclamó Olivia, triunfante—. Sabía que había alguien allí arriba, fingiendo.

—¿Por qué no conozco yo ese truco? —preguntó Belinda, indignada—. Nadie me había dicho que se podían escuchar conversaciones ajenas desde el aula.

—Roderick y yo éramos mucho mayores que tú. Lo descubrimos un día, cuando intentábamos buscar un escondite para un "tesoro", y nos dimos cuenta de que los azulejos estaban sueltos. No había ningún escondite, pero oímos a las doncellas hablando en el saloncito rosa.

Cuando llegaron al vestíbulo principal, vieron a lady Saint Leger, lady Pamela, y madame Valenskaya y su grupo, al pie de la escalera. Lady Saint Leger estaba retorciéndose las manos, y madame Valenskaya le daba palmaditas tranquilizadoras en el brazo. En aquel momento, Irina alzó la vista y los vio.

—¡Madre! ¡Lady Saint Leger! ¡Miren! —exclamó, señalando.

Lady Saint Leger se dio la vuelta, los vio y rompió a llorar, al

tiempo que corría hacia ellos con los brazos abiertos.

—¡Belinda, cariño! ¿Te encuentras bien? Pensaba que te había ocurrido algo terrible.¡Y lady Olivia! ¡Menos mal que están aquí!

—¡Cielos! —lady Pamela avanzó hacia ellos más despacio, elevando las cejas con sarcasmo—.Estais cubiertas de polvo. ¿Se puede saber dónde habéis estado?

Por primera vez, Olivia reparó en su aspecto, y se le cayó el alma a los pies. Estaba, como Pamela había señalado, cubierta de polvo. Tenía manchadas las faldas y las manos y, sin duda también tenía polvo en el pelo y en la cara, porque se la había frotado tratando de quitarse la telaraña. Estaba hecha una facha, y era mortificante sentirse así delante de la hermosa y elegante Pamela.

Olivia cerró los puños a los costados para no darle a Pamela la satisfacción de llevarse las manos a su pelo enmarañado, como deseaba hacer.

—Hemos estado en el ala oeste de la casa —dijo con una calma de la que se enorgullecía—. Está bastante sucia.

—Pero, querida, ¿cómo se os ha ocurrido entrar ahí? —preguntó lady Saint Leger.

—Estábamos siguiendo el llanto, mamá —dijo Belinda—. ¿Sabes que el sonido se transmite desde tu salón hasta el aula infantil?

—¿Qué? —lady Saint Leger estaba confundida—. No lo entiendo. ¿Cómo pretendíais seguir el llanto? Era una pobre alma perdida; no podíais atraparla.

—Era una persona, milady —dijo Olivia con toda la suavidad de que era capaz—. Y no un alma perdida. Una persona que fue al aula y gimió junto a la chimenea, sabiendo que el sonido viajaría hasta su salón.

Lady Saint Leger se la quedó mirando.

—Pero, querida, ¿por qué iba alguien a querer hacer algo así?

—Para convencernos, tal vez, de que aquí hay almas perdidas.

Lady Saint Leger profirió una exclamación.

—¡Lady Olivia! Debe de tener los nervios destrozados. Es comprensible, por supuesto, con la angustia que han pasado Belinda y usted, pero no puede pensar... ¿Insinúa que...?

—Sí, milady. No veo ninguna otra posibilidad.

—Incrédulos... —intervino Howard Babington. Suspiró y movió la cabeza con pesar—. Inventan cualquier historia absurda para no ver lo que tienen delante de los ojos.

—Sí. Había alguien en el salón, con nosotras, llorando —dijo lady Saint Leger—. Todas lo oímos. Usted misma salió al pasillo a mirar. Es imposible que proviniera del aula; está demasiado lejos.

—Sólo hay que retirar un azulejo de la chimenea...—empezó a decir Stephen.

—¿Sorprendió a alguien en el aula? —preguntó Babington con semblante inocente.

—No, ya habían salido de la habitación. Volvieron a gemir y nos condujeron al ala cerrada de la casa.

—Es cierto, mamá —intervino Belinda—. Seguimos el llanto hasta que nos perdimos y, de pronto, dejó de oírse.

—Pero cariño, si no visteis a nadie, ¿cómo podéis saber que se trataba de una persona? —preguntó lady Saint Leger en tono razonable—. Y madame Valenskaya estaba en el salón, con nosotras. Es imposible que haya sido ella. Estáis siendo injustos con nuestra invitada.

—Su hija y el señor Babington no estaban con nosotras —señaló Olivia.

—Pero están aquí. Hace un buen rato que me acompañan.

—A veces, los espíritus gastan malas pasadas —dijo el señor Babington con aire de estar revelando una triste verdad—. Cuando se quedan atrapados aquí, incapaces de alcanzar el mundo al que pertenecen, se vuelven traviesos. Gastan trucos asustan a la gente, los desorientan...

—Sí —madame Valenskaya asentía sabiamente—. Es “cierrto”. Yo lo he visto. Muy “trriste”.

—Lady Olivia —intervino Pamela—, aunque admiro su deseo de apoyar las opiniones de lord Saint Leger sobre madame Valenskaya y sus amigos, debo señalar que ellos no son de aquí. ¿Cómo iban a saber que se podía quitar un azulejo de la chimenea? Yo lo ignoraba. ¿Lo sabía usted, lady Saint Leger? ¿Belinda? —al ver que lo negaban con la cabeza, enarcó las cejas—. ¿Lo veis? Si ni siquiera nosotras sabíamos nada, con los años que llevamos viviendo aquí, ¿cómo es posible que estos desconocidos hayan descubierto el truco?

—Sí, claro, sería imposible —corroboró lady Saint Leger, complacida. Dio una palmadita a Olivia en el brazo y le dedicó una sonrisa dulce y comprensiva—. Temo que hayas estado prestando demasiada atención a las dudas de mi hijo. Stephen se ha vuelto bastante escéptico durante los años que ha pasado en Norteamérica.

Como el señor Babington ha señalado, un espíritu inquieto nos ha gastado una mala pasada. —suspiró y se volvió hacia la médium—. Debemos intentar comunicarnos nuevamente con los espíritus, madame. Debemos hacer algo para ayudar.

—Sí, por supuesto. Como desee —contestó la mujer rusa, y bajó los párpados para tapar un destello de triunfo—. Lo "intentarremos" de nuevo.

Hasta lady Saint Leger accedió a que la sesión se pospusiera hasta la noche siguiente, ya que Olivia y Belinda habían vivido una experiencia angustiosa. Al día siguiente, horas antes de la cena, Stephen condujo a Olivia al aula par enseñarle los azulejos sueltos.

—Aunque madame Valenskaya y compañía hayan explorado la casa, no es probable que repararan en esto —reflexionó Olivia en voz alta.

—Puede que el fantasma de Roderick les contara el truco —dijo Stephen con ironía; después, suspiró—. No sé cómo lo han averiguado. Quizá de la misma manera que Roderick y yo: oyeron unas voces lejanas, e investigaron hasta que descubrieron que los azulejos se movían.

Olivia asintió despacio.

—No sería sorprendente que estuvieran recorriendo esta habitación, situada sobre la más frecuentada por tu madre, para ver si podían gastarle algún truco a través del techo. Y nadie suele venir por aquí, así que no tendrían que temer que los descubrieran.

—Es posible. Incluso factible. Pero no basta, me temo, para convencer a mi madre.

—Tom ha recorrido el ala oeste esta mañana —le contó Olivia—. Abrió las ventanas y, con una lámpara, buscó huellas en el suelo empolvado.

—¿Y ha encontrado algo?

—Muchos pasillos eran un lío de pisadas, porque Tom y tú los habíais recorrido, y Belinda y yo dimos marcha atrás varias veces. Pero en dos pasillos vio huellas de una sola persona en el polvo del suelo. Belinda y yo no nos separamos en ningún momento. Es evidente que había otra persona ahí arriba.

Stephen asintió.

—Pues claro; de eso no teníamos ninguna duda. Por desgracia, no

será tan fácil convencer a mi madre. Necesitará algo mucho más evidente.

—Lo sé —suspiró Olivia—. Ojalá los hubiera atrapado ayer; fui una tonta. Dije en voz alta que el llanto salía de la chimenea. Ni siquiera se me ocurrió que podían estar oyéndome. Por eso lograron escapar.

—No te preocupes —Stephen sonrió y tomó una de las manos de Olivia—. Estás haciendo un trabajo excelente. No podría haber pedido nada más.

Olivia lo miró a la cara; el corazón le latía con fuerza en el pecho. Cuando Stephen le sonreía así, no sabía qué hacer ni qué decir. Se acercó a ella, todavía dándole la mano.

Se oyó una voz en el umbral.

—¡Vaya! ¿He interrumpido algo?

Olivia dio un rápido paso atrás, sonrojándose, y vio a Pamela en la puerta, con una sonrisa de regocijo en los labios.

—No sabéis cuánto lo siento —dijo Pamela, dejando entrever por su tono de voz que no lo sentía, y se adentró en la habitación.

—Hola Pamela —dijo Stephen con voz pétrea.

—Milady —Olivia miró a su alrededor con incomodidad. Pamela disfrutaba haciéndola sentirse incómoda y fuera de lugar, y el hecho de que lo lograra la irritaba aún más.

Lanzó una rápida mirada a Stephen, quien observaba a Pamela con rostro impenetrable. No pudo evitar preguntarse si, cuando veía a Pamela, sentía la misma oleada de pasión que en su juventud. ¿Era odio o amor lo que albergaba en su corazón... o una combinación de ambos? Fuera lo que fuera, Olivia tuvo el repentino impulso de alejarse de ellos.

—Eh...—empezó a decir—. Estaba a punto de irme a... a hacer una cosa. Si me disculpáis...

Se dio la vuelta y salió con paso rápido del aula.

Pamela ni siquiera la miró. Con la cabeza ladeada y una leve sonrisa en los labios, sólo tenía ojos para Stephen.

—Vamos, Stephen —dijo despacio—. No me digas que intentas ponerme celosa.

Él enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

Pamela señaló con la cabeza la puerta por la que Olivia había salido.

—Esa escenita con la insípida hija del duque que acabo de

presenciar. Sosteniéndole la mano, mirándola a los ojos. Saliendo a montar a caballo con ella... Ahí, y ese conmovedor instante de la noche anterior, cuando entró en el vestíbulo con su brazo solícitamente puesto en torno a su cintura.

Stephen la miró con frialdad un momento.

—Sé que será una sorpresa para ti. Pamela, pero nada de lo que he hecho con lady Olivia tiene algo que ver contigo.

Pamela avanzó, con sus faldas meciéndose con gracia, con la mirada clavada en la de Stephen.

—Vamos, querido, no esperarás que crea que te interesa esa alfeñique. Olvidas que te conozco.

Se detuvo delante de él, a escasos centímetros de distancia. Le puso un dedo en el pecho y lo deslizó por el frente de su camisa, diciendo:

—Conozco tu pasión. Ella nunca podría satisfacerte. Sé muy bien la clase de mujer que anhelas.

Con ojos centelleantes, Pamela desplegaba todo su encanto con Stephen. Sonriendo de forma seductora, deslizó las manos por el frente de su pecho; después, se puso de puntillas, y lo besó.

Capítulo 9

Las manos de Stephen se cerraron como tenazas de hierro en torno a las muñecas de Pamela, y se las bajó. Ella pestañeó, con los labios entreabiertos por la sorpresa.

—No hagas el ridículo, Pamela —masculló Stephen. Ella abrió los ojos de par en par, y la ira llameó en ellos.

—¿Cómo te atreves? ¡Suéltame!

—De buena gana —le soltó las muñecas y dio un paso atrás.

—¿Intentas decirme que estás enamorado de esa cría? —gritó Pamela con las mejillas encendidas por la rabia.

—No intento decirte nada, Pamela. Nada de lo que haces, dices o piensas me interesa.

—Por supuesto. Quieres hacerme daño; lo sé. Hace años te hice sufrir, y ahora intentas vengarte.

—Yo no...

—No —Pamela levantó una mano y se inclinó de forma artística contra el respaldo de una silla—. Lo que te hice estuvo muy mal, lo sé. Lo lamenté nada más hacerlo. Pero te fuiste y ya no podía dar marcha atrás, por mucho que lo deseara.

—Pamela, por favor, no...

—Debo —se apresuró a decir, y se volvió a medias—. Nunca amé a Roderick como te amaba a ti. Fui estúpida, lo reconozco. NO era más que una jovencita, y me sentí atraída por el lustre del título... las joyas, el oro —suspiró—. Como te he dicho, no era más que una niña. No tardé mucho tiempo en descubrir lo poco que significan todas esas cosas cuando estaba compartiendo mi vida, mi cama, con un hombre al que no amaba. Pasé años lamentando lo que había hecho. Cada día deseaba tenerte a ti a mi lado, no a él. Cada vez que me besaba, o que me tocaba, fingía que eras tú. Siempre.

—No sigas —dijo Stephen con voz entrecortada—. Te estás humillando sin sentido —se acercó a ella y le puso la mano en el brazo para volverla hacia él. Los ojos azules de Pamela estaban anegados de lágrimas, y su rostro aparecía suave y vulnerable, con labios sonrosados y trémulos—. Estoy seguro de que muchos hombres se quedarían extasiados viéndote así —dijo Stephen con

voz lúgubre—. Prueba con uno de ellos. Conmigo no. Olvidas, Pamela, que te conozco. Sé que siempre estás interpretando un papel, tratando de aprovecharte de otra persona. Nadie puede conocerte de verdad, porque tan pronto mientes como eres sincera.

—Estoy siendo sincera contigo, ¡lo juro!

—Entonces, lo siento por ti, porque has llevado una vida muy desgraciada, y todo por tu culpa.

—Así es —corroboró Pamela con fervor, y tomó la mano de Stephen—. Pero he aprendido de mis errores. Ahora sé que lo único que quiero eres tú.

Stephen hizo una mueca.

—No lo dudo, porque el título, la riqueza y las joyas están ahora en mi poder —Stephen se desasió—. No importa. Da lo mismo que te crea o no; ya no siento nada por ti.

Pamela se lo quedó mirando, atónita.

—No... Stephen, eso no puede ser cierto. Tú me amas.

—Me obsesioné contigo, y fue hace mucho tiempo. Ya no siento nada —se dio la vuelta y salió por la puerta, dejando a Pamela contemplando, boquiabierta, cómo se alejaba.

Aquella noche, se congregaron nuevamente en el comedor pequeño para la sesión de espiritismo. Cuando se disponían a ocupar sus asientos acostumbrados, Stephen dijo con calma:

—He pensado, madame Valenskaya, que hoy podríamos sentarnos en otro orden. Me encantaría estar a su lado. Creo que me ayudaría a comprender mejor lo que hace, ¿no le parece?

—¡No! —madame Valenskaya abrió los ojos con alarma al oír sus palabras—. “Quierro” decir que no “funcionarría”. Debo estar cerca de los que “crreen”.

—Sí —dijo Irina con rotundidad—. El señor Babington y yo debemos sentarnos a ambos lados de mamá. Crea un vínculo más sólido con el mundo de los espíritus. Un incrédulo rompería esa cadena.

—Entonces, lady Saint Leger sí podría sentarse junto a madame. Te gustaría, ¿verdad, madre?

Lady Saint Leger sonrió.

—Sí, sería muy agradable. Si le parece bien, madame.

—No bueno —dijo la médium con vacilación.

—O Belinda —prosiguió Stephen, implacable pero amable—. O lady Olivia, tal vez.

—No, no. Ella no —madame Valenskaya clavó los ojos en Olivia y desvió la mirada—. Irina se sienta aquí. Y el señor Babington.

—Pero lady Saint Leger sí cree. No se rompería la cadena si se sentara a su lado.

Madame Valenskaya miró a lady Saint Leger, quien parecía ansiosa por sentarse junto a ella. Se mordió el labio, y por fin, dijo:

—Está bien. Esta noche. Un... ¿cómo se dice? ¿"Experrimento"?

Stephen no dijo nada, se limitó a ofrecerle la silla a su madre.

—¿Quieres que me siente aquí contigo, madre?

—No, no —intervino Irina al instante—. Su incredulidad estará todavía demasiado cerca. Su presencia espantará a los espíritus.

Stephen asintió y se dirigió a su silla acostumbrada.

—Entonces, ¿qué tal un poco de luz? Estoy tan lejos que me cuesta ver a madame.

—A los "espírritus" les gusta la oscuridad —protestó madame.

—¿Ah, sí? Bueno, pero no tiene por qué ser una negrura absoluta.

—Sí ¿por qué no dejamos un poco de luz? —sugirió Olivia—. Una vela... y no hace falta que sea en la mesa. Podríamos colocarla sobre el aparador —hizo la demostración trasladando una palmatoria al pequeño mueble situado junto al sofá, que había sido apartado para hacer sitio en el centro de la habitación—. Así nos desenvolveremos mejor cuando termine la sesión, ¿no les parece? No hará falta andar a tientas en la oscuridad, tratando de encender la lámpara.

—Parece sensato —corroboró lady Saint Leger.

—No sé si los espíritus vendrán con las luces encendidas —intervino el señor Babington.

—No hace daño intentarlo —repuso Olivia en tono razonable.

—Sí, ¿podríamos? —inquirió Belinda—. Yo... Bueno, después de lo de anoche, preferiría no quedarme completamente a oscuras.

—Por supuesto —se apresuró a decir lady Saint Leger, y sonrió a su hija con ánimo comprensivo. Se volvió hacia la médium—. Por favor, madame Valenskaya, probemos con un poco de luz. Belinda y Olivia tuvieron una terrible experiencia anoche, y las dos se sentirían mucho mejor si no nos quedáramos completamente a oscuras.

—Como guste, milady —respondió madame Valenskaya, y forzó una sonrisa.

Olivia tuvo cuidado de no mirar a Stephen, para no desplegar una sonrisa de triunfo.

Se acomodaron en torno a la mesa y apagaron todas las lámparas menos la vela del aparador. Los presentes se dieron la mano, Olivia uniéndolas en aquella ocasión con la del señor Babington y la de Stephen.

A la luz tenue de la vela era posible distinguir el rostro de la médium.

Madame Valenskaya cerró los ojos y todo el mundo guardó silencio en torno a la mesa. Olivia observó a la médium con atención. Vio que la mujer se relajaba, dejaba caer la cabeza hacia delante, y, después, volvía a levantarla.

—Aquí hay muchos espíritus —dijo en tono suave, sin acento en la voz.

Olivia advirtió que aquella noche no había melodías ni manos fantasmales. Madame Valenskaya no quería correr riesgos con lady Saint Leger sentada a su lado y el poco de luz de la habitación.

—¿Roddy? —inquirió lady Saint Leger—. ¿Eres tú?

—Sí. Esta noche vengo. Pero... es difícil. La luz... —madame Valenskaya hizo una pausa y exhaló un largo suspiro—. No puedo descansar. No podemos descansar. Somos tantos aquí...Está muy “oscurro” y me siento solo.

—¡Roddy, no! ¿Por qué no puedes descansar? ¿Cuál es el problema? —gimió lady Saint Leger.

—Han robado tantas cosas... —prosiguió la médium con la misma voz inexpresiva y laboriosa—. No pueden descansar. Los mártires. Ninguno de nosotros puede, hasta que lo que fue robado les sea “devvuelto”.

—Pero ¿qué? —inquirió lady Saint Leger—. ¿Qué hay que devolverles?

Madame Valenskaya dejó caer la cabeza y guardó silencio.

—¿Roddy? —dijo lady Saint Leger con vacilación—. Por favor, cariño...

Madame Valenskaya movió la cabeza y la levantó despacio.

—Se ha ido —dijo, sin llegar a abrir los ojos—. Su “espírritu” me ha abandonado.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó lady Saint Leger—. ¿Qué se supone que debemos devolver a estas personas? ¡No vamos a darles las tierras y la casa! —su rostro reflejaba cierta rebeldía.

—Yo creo que resultaría muy difícil “darle” algo a un fantasma —intervino Stephen en tono irónico.

—¡”Esperren”! —exclamó madame Valenskaya. Todavía tenía los ojos cerrados, y empezó a mecerse un poco—. Estoy viendo algo... “orro”, algo de “orro”. Veo una cruz. Sí, una cruz grande y dorada —abrió los ojos—. Perdónenme. Eso es todo.

Los presentes se miraron entre sí. Por fin, Irina dijo:

—¿Le dice algo la cruz, lady Saint Leger?

—¿Una cruz de oro? —preguntó Belinda—. No lo entiendo. ¿Insinúa que los espíritus quieren una cruz de oro?

—No lo sé —dijo lady Saint Leger en tono dudoso—. ¿Se refiere a la cruz de los mártires?

—Lo ignoro, milady —dijo madame Valenskaya—. Yo solo he visto oro, mucho oro, y una cruz.

—Creo que está bastante claro de qué habla.— dijo Stephen, y miró a madame Valenskaya—. Está hablando del tesoro de los mártires —desvió la mirada a Irina y a Babington, y volvió a clavar los ojos en la médium—. ¿No es así? —se recostó en su silla con expresión despectiva—. Imaginaba que me pedirían dinero para “calmar” a estos espíritus desconsolados. Pero es evidente que van detrás del tesoro de los mártires.

Madame Valenskaya se puso rígida al oír las palabras.

—¡No voy detrás de ningún “tesorro”! Hablo en nombre de los “espírritus”.

—¡Stephen! —lo regañó lady Saint Leger—. ¡Por Dios! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Por supuesto que madame Valenskaya no quiere dinero de ti!

Olivia, que estaba observando a la médium, advirtió que madame Valenskaya no refrendaba la aseveración de lady Saint Leger. En cambio, se llevó la mano a la frente, y dijo:

—Estoy muy, muy cansada —tendió la mano y el señor Babington la ayudó a levantarse, solícito.

—Estas sesiones debilitan mucho a madame —dijo—. Ahora debe descansar. La dejan sin fuerzas —se volvió hacia lady Saint Leger—. Quizá sería mejor que volviéramos a Londres.

—¡Qué! —exclamó lady Saint Leger, horrorizada—. No, no deben. Por favor, madame Valenskaya, no haga eso.

—Estoy muy cansada —repitió la médium con voz débil.

—Es muy difícil para madame —prosiguió Babington—. Los

espíritus la agotan y, por si fuera poco, tiene que combatir el cinismo de lord Saint Leger y sus sospechas. Los espíritus no desean acudir a un ambiente como ese, ¿entiende? —lanzó una mirada de reproche a lady Saint Leger—. Temo, milady, que se está dejando influir por su hijo.

—¡No! Por favor... —lady Saint Leger parecía tan angustiada y asustada que a Olivia se le encogió el corazón—. No se vaya. Ya sabe que creo en los espíritus y en lo que dicen. Sé que Roddy me habla a través de usted. No puede... No puede irse ahora. ¿Qué voy a hacer?

Babington fingió vacilar.

—No se, lady Saint Leger. No puedo permitir que madame se agote en las sesiones, sobre todo, cuando no la creen.

Olivia se preguntó, con cinismo, qué haría Babington si lady Saint Leger se rindiera en aquel momento pero, cómo no, el cómplice de Valenskaya conocía muy bien a su víctima. Tras más súplicas y un poco más de indecisión teatral, madame Valenskaya accedió a quedarse.

—No es ninguna sorpresa —dijo Stephen con una mueca una hora más tarde, cuando Olivia y él estaban sentados en su despacho. Empezaba a convertirse en una especie de ritual nocturno. Stephen solía servirse un coñac y, en un par de ocasiones, Olivia lo había acompañado con otro—. Desde luego, se tienen el papel muy aprendido —prosiguió—. Fingen resistencia y se dejan persuadir, haciendo creer a mi madre que son honrados. No se da cuenta de cómo la manipulan, amenazándola con retirarle el nexo que tienen con Roderick para que disipe cualquier duda.

—Pues esta noche lady Saint Leger estaba empezando a dudar —repuso Olivia—. La ofendió un poco la idea de que los Saint Leger tuvieran que compensar a los mártires por su pérdida.

Stephen sonrió.

—Ha sido un desliz por parte de Valenskaya. Sí, mi madre siempre ha sentido un orgullo fiero por los Saint Leger, y adora Blackhope.

—Por cierto, ¿qué es ese tesoro de los mártires? —preguntó Olivia—. ¿Por qué quieren eso, en particular?

—Son unas joyas que se encontraron tiempo después de que los Saint Leger ocuparan esta casa, hace cientos de años. Como sabes, los isabelinos eran grandes constructores, y los primeros Saint

Leger ampliaron la mansión original. Parte de lo que ahora llamamos el ala principal incluye ampliaciones hechas por el primer conde. También reformaron parte de la construcción original y, durante las obras, descubrieron una habitación secreta.

—¿En serio? —preguntó Olivia, intrigada.

—Una pequeña habitación oculta entre otras dos. Tenía una puerta secreta, ingeniosamente hecha, y solo cuando derribaron la pared y descubrieron el hueco dedujeron dónde estaba y cómo funcionaba. En cualquier caso, en esta habitación encontraron un pequeño cofre, y dentro, varios artículos de oro, como apuntaba madame Valenskaya, entre ellos, una enorme cruz de oro con un rubí oval en el centro. Dedujeron que había pertenecido a lord Scorhill, el católico que sufrió martirio, y por eso recibió el nombre de "tesoro de los mártires". La habitación secreta podría haber sido el escondrijo de un cura, o quizá lo construyera con el propósito expreso de esconder las joyas. Nadie lo sabía, por supuesto. Imagino que Scorhill había escondido allí sus tesoros creyendo que él y su familia acabarían siendo liberados y podrían regresar a su casa y recuperar su riqueza. Por supuesto, nunca tuvieron esa oportunidad.

—Qué triste —pensó Olivia—. Pero ¿por qué busca madame ese tesoro en particular? ¿Por qué no pide dinero, u otras joyas?

Stephen se encogió de hombros.

—Supongo que este tesoro hace creíble la historia: la familia decapitada, los fantasmas que no logran descansar... Tiene cierta lógica, más que pedir la plata de la familia o las esmeraldas de los Saint Leger. El cofre y su contenido no son tan valiosos como la colección de joyas de la caja fuerte, pero son más conocidos. Y sus más de trescientos años de antigüedad acrecientan, sin duda, su valor —guardó silencio un momento—. Sin embargo, han cometido un grave error.

—¿Cuál?

—Para empezar, no depende de mi madre el poder dárselas. Posee varios collares y anillos que mi padre le regaló pero, al igual que las joyas de la familia, el tesoro de los mártires pertenece al conde. Va pasando de generación en generación. El primer conde decidió conservar la habitación secreta, con su puerta original, y dejó el cofre dentro. Solo el señor de la casa sabe dónde está esa habitación y cómo entrar en ella. Es un dato que el conde transmite a su

heredero cuando este alcanza la mayoría de edad. Mi madre ni siquiera sabe dónde está.

—Puede que no sepan que eres el único que tiene acceso al cofre. O quizá crean que tu madre podría persuadirte para que se lo dieras.

—Detestaría hacer eso. Y no puedo hacerlo, ni siquiera por el bien de mi madre. Imagino que ella también lo sabe. Verás, conservar ese tesoro a salvo y en secreto se ha convertido en una especie de superstición. A lo largo de los años, se ha ido fortaleciendo la creencia de que la familia seguirá viviendo y prosperando mientras el tesoro está a salvo. Hubo ciertas dificultades cuando mi padre murió y Roderick adquirió el título. Yo me convertí en el siguiente heredero, al menos, hasta que Roderick tuviera un hijo, así que él debería haberme enseñado la habitación, la puerta y el mecanismo secreto. Pero yo no vivía aquí, sino en los Estados Unidos. Durante unos años, solo Roderick conocía el secreto. Si hubiera muerto entonces, se habría perdido por segunda vez.

—¿Qué pasó? ¿Cómo lo descubriste?

—Roderick me escribió una carta hablándome de la habitación y del mecanismo secreto, la selló y se la dio a su abogado. Debía entregármela si él moría antes de mi regreso a Inglaterra. Y eso fue lo que ocurrió.

Su rostro estaba impregnado de tristeza y Olivia, impulsivamente, alargó la mano y cubrió la de Stephen.

—Debió de ser muy duro para ti... perder a tu padre y a tu hermano sin ni siquiera estar aquí para despedirte de ellos.

La miró, un poco sorprendido.

—Sí —dijo—. Fue duro. Más aún porque... porque hubo un distanciamiento entre Roderick y yo cuando abandoné Inglaterra. Le dije cosas muy duras, y él a mí también, y no llegamos a aclararlas.

Olivia le dio un apretón, y su pecho se contrajo por el sufrimiento que veía en los ojos de Stephen.

—Estoy segura de que habríais resuelto vuestras desavenencias si hubierais podido hablar. Seguro que él también deseaba hacerlo.

—Creo que sí —Stephen sonrió débilmente—. Cuando leí la carta, fue como si me estuviera tendiendo su mano. Después de contarme cómo acceder al tesoro, añadió una breve nota. Dijo que lamentaba lo ocurrido. Había confiado en que yo regresaría y en que...

volveríamos a estar unidos.

—Stephen...—las lágrimas anegaban los ojos de Olivia. Stephen se llevó su mano a los labios y la besó la palma con ternura.

—Eres una mujer admirable, Olivia. ¿Te das cuenta?

—¿Lo soy? —Olivia no sabía cómo interpretar aquellas palabras.

En aquel momento, tirando de la mano de Olivia, Stephen la hizo levantarse y la atrajo hacia él. Ella fue de buena gana, aunque con cierta vacilación, y él le rodeó la cintura con la otra mano y la sentó en sus rodillas. Parecía extrañamente natural y cómodo estar sentada sobre él. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Stephen, y este la rodeó con los brazos, envolviéndola con su calor. Olivia oía los fuertes latidos de su corazón, percibía su clara fragancia masculina. Su tibieza la envolvía, y tuvo la sensación de estar donde debía estar.

Él desplazó la mano a la cintura de Olivia, desde el costado hasta el centro del estómago y vuelta atrás, y aquellos pequeños movimientos provocaron un ansia cálida dentro de ella.

Stephen le frotó el pelo con la mejilla, suspirando, y pronunció su nombre con la voz impregnada de anhelo. Se movió un poco, acercó su rostro al de ella, la besó en la mejilla, en la barbilla y, por fin, en la boca. El fuego prendió entre ellos, reemplazando el dulce calor. Se besaron profundamente, apasionadamente, y ella le rodeó el cuello con los brazos. Stephen hundió los dedos en los cabellos de Olivia, lanzando horquillas al suelo, y los gruesos mechones cayeron en cascada sobre su mano, acariciándole la piel como si fueran de seda.

Olivia gimió un poco por las sensaciones inusuales que la recorrían, y notó que los dedos de Stephen se cerraban en torno a su pelo a modo de respuesta, y que profundizaba aún más el beso. Stephen deslizó la mano por el frente del vestido, arriba y abajo, extendiendo el fuego por el abdomen de Olivia. Después, le acarició el pecho a través de la tela del vestido y Olivia notó que sus senos se henchían y respondían a la caricia. Stephen trazó un círculo en torno a un pezón, y este se endureció de deseo. Con cada movimiento, el placer y la excitación de Olivia se multiplicaban. Nunca había experimentado nada semejante. Se movía con nerviosismo en las rodillas de Stephen, sin saber qué hacer, deseando que el placer continuara, ansiando algo sin saber lo que era.

El movimiento ingenuo de las caderas de Olivia lo excitaba, y

Stephen deslizó las manos hacia el escote de su vestido de noche, le acarició la curva superior de su pecho y deslizó los dedos por debajo de la tela y del fino algodón de su justillo para liberar un seno. Con suavidad, tomó el pezón endurecido entre el pulgar y el índice, lo oprimió y lo acarició alrededor. Olivia experimentó sorprendentes punzadas de placer que la dejaron sin aliento. Los dedos de Stephen se movían sobre ella, y la humedad fluía entre sus piernas. Todo lo que él hacía era nuevo y sorprendente. Olivia no podía pensar, solo sentir el bombardeo de sensaciones maravillosas.

Stephen arrancó su boca de la de ella y salpicó de besos la garganta de Olivia. Con los labios, acarició la curva superior de su pecho. Ella emitió un sonido gutural e inclinó la cabeza hacia atrás. Él besó la carne trémula con suavidad, moviéndose por la suave esfera hasta que sus labios alcanzaron el pezón. Olivia se puso tensa de pies a cabeza cuando él volvió a rozar el pezón con los labios. Sacó la lengua y lo acarició con delicadeza, con pases largos y lentos. Olivia se estremeció y hundió los dedos en los hombros de Stephen.

—Stephen... —murmuró, con el rostro suave y lánguido, los labios sonrosados y henchidos por sus besos. Estaba tan hermosa, y su voz era tan seductora, que a él le hervía el cuerpo de deseo.

Stephen cerró los labios en torno a un pezón y lo tomó en la húmeda y cálida cavidad de su boca. Lo lamió con suavidad, moviendo la lengua en torno a la punta, hasta que se contrajo aún más. Forcejeó con el escote del vestido, se lo bajó y dejó al descubierto la otra esfera blanca, deliciosamente adornada en su centro con un pezón sonrosado. Jadeando, dirigió sus atenciones al otro seno y empezó a deleitarse con él. Olivia gimió; movía las manos nerviosamente por el cuello de Stephen y las hundía en sus cabellos.

Stephen la deseaba, quería hundirse en ella y poseerla. Por su cabeza pasaban imágenes abrasadoras; se imaginaba resbalando al suelo con Olivia, levantándole las faldas y cabalgando con ella hasta la oscura explosión de pasión. Pero, aunque lo pensaba, sabía que no podía hacerlo. Olivia no era la clase de mujer a la que uno podía poseer en el suelo arrastrado por el deseo.

Con una maldición ahogada, levantó la cabeza del pecho de Olivia y enterró el rostro en su pelo, luchando por recobrar el control.

—¿Stephen? —la voz de Olivia sonaba callada y confusa—. ¿Qué...?

—Lo siento. Dios, no hago más que decirlo —la miró, y apretó los dientes para frenar la oleada de deseo. Estaba tan suave, tan dócil, tan deseable que, por un momento, no estaba seguro de poder contenerse. Carraspeó—. Esto es una locura. No debemos —alargó el brazo y le levantó el frente del vestido, incapaz de resistirse a acariciarle el pecho mientras lo hacía—. Eh... La puerta está abierta, podría entrar cualquiera.

—¿Qué? ¡Ay! —Olivia sintió el fuego en las mejillas y se incorporó. Se alisó el vestido.

Lo miró avergonzada, todavía agonizando de deseo. ¿Estaría cometiendo un error con él? No sabía lo que sentía por Pamela, o por ella. Solo sabía que, si Stephen la hubiera invitado a ir a su cama, habría ido en un abrir y cerrar de ojos. La idea coloreó aún más sus mejillas.

—Eh... Es hora de acostarse. Quiero decir, yo debería acostarme. Discúlpame —se dio la vuelta y salió corriendo del despacho.

La sesión de espiritismo de la noche siguiente también estuvo tenuemente iluminada. Al parecer, madame Valenskaya había decidido usar la idea de que la habitación estaba iluminada como otra “prueba” de su honradez, y había encargado que encendieran dos quinqués de aceite en el aparador.

—¿Lo “vven”? —dijo con su acento gutural, señalando las lámparas con la mano—. Pongo luz para que “vvean” que no oculto nada.

—Eso nadie lo cuestiona, estoy segura —dijo lady Saint Leger, sonriendo a la médium—. Pero es muy amable. Belinda se lo agradecerá.

Madame Valenskaya asintió con aire regio y les indicó que se sentaran. De nuevo, ocuparon sus puestos originales, con Irina y Howard Babington flanqueando a la médium. Unieron las manos y guardaron silencio. Olivia contempló cómo madame Valenskaya seguía la misma rutina que la noche anterior: dejaba caer la cabeza y, pasado un tiempo, la levantaba despacio hacia el techo, como si estuviera comunicándose con los cielos. Tenía los ojos cerrados.

Según parecía, el espíritu guía de madame Valenskaya, el indio americano Ciervo Veloz, estaba visitándolos aquella noche, porque la médium empezó a hablar en un inglés macarrónico,

preguntándoles por qué turbaban a los espíritus. Olivia sospechaba que aquel monólogo estaba destinado a impacientar a lady Saint Leger; querían que estuviera más ansiosa que nunca por hablar con su hijo.

Como era de esperar, en cuanto madame Valenskaya guardó silencio, lady Saint Leger dijo:

—Pero ¿qué pasa con Roderick? ¿Está ahí? ¿No podemos hablar con él?

Madame Valenskaya guardó silencio un momento. De pronto, una ráfaga de viento atravesó la habitación, dejando una sensación gélida a su paso, y uno de los quinqués se apagó. Belinda lanzó un chillido. Sobresaltada, Olivia miró a madame Valenskaya. La médium estaba sentada, con los ojos abiertos, tan atónita como el resto.

Un gemido grave y áspero emergió del extremo de la mesa en que estaba sentada la médium, y a Olivia se le erizó el vello de la nuca. Howard Babington tenía la cabeza inclinada hacia atrás, y Olivia advirtió que el sonido brotaba de su boca abierta. Mientras lo miraba, Babington se puso lentamente en pie, moviéndose como si alguien estuviera tirando de él hacia arriba. Los brazos le caían a los costados. Después, levantó la cabeza, de modo que se quedó mirándolos a todos.

—Tendré mi venganza —dijo con voz atronadora, áspera y chirriante, como el ruido del metal contra el metal. Su rostro parecía otro: tenía los ojos llenos de una luz fiera, los rasgos duros y llenos de rabia, y enseñaba los dientes, como un animal agresivo.

Al ponerse en pie, había soltado las manos de madame Valenskaya y de lady Saint Leger. Esta lo miraba con fascinación y horror, con una mano en la garganta.

—Recuperaré lo que es mío —prosiguió Babington con la misma voz grave y rasposa, y con un marcado acento—. He esperado cientos de años, pero lo lograré. La muerte no puede burlarme. ¡La furcia pagará! Nadie escapará. Se arrodillarán ante mí y me suplicarán.

Tenía los ojos abiertos de par en par, resplandecientes de odio; su semblante era apenas irreconocible. Levantó los brazos, con los puños cerrados, y de su boca brotó algo que solo podía describirse como un aullido.

Olivia se estremeció, y se le puso la piel de gallina. Arrancó la

mirada de Babington un instante para mirar a madame Valenskaya, y vio en el rostro de la médium un horror genuino. Stephen soltó la mano de Olivia y se puso en pie con tanto ímpetu que tiró la silla al suelo. El aullido sobrenatural terminó de forma brusca. Babington puso los ojos en blanco y empezó a sufrir sacudidas, como si fuera víctima de un ataque violento. Todos se quedaron mirando con horror cómo temblaba y se estremecía. Solo Stephen pudo moverse, y rodeó la mesa hacia él. Sujetó a Babington por el brazo justo cuando este se desmayaba y caía al suelo.

Capítulo 10

Stephen logró sujetar al hombre con la otra mano para que Babington no cayera desplomado al suelo, sino que descendiera de forma gradual.

Liberadas por fin de su inmovilidad, las mujeres se levantaron de la mesa y rompieron a balbucear.

Stephen se arrodilló junto a Babington, le aflojó la corbata y le abrió el cuello de la camisa. Olivia se acercó corriendo a Stephen y se arrodilló junto a él.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué ha ocurrido?

—No tengo ni idea —respondió Stephen. Se quitó la chaqueta y la dobló a modo de almohada para colocarla debajo de la cabeza de Babington.

—¿Está...? ¿Está muerto? —inquirió madame Valenskaya, y se acercó para echar un vistazo a Babington. Olivia miró a la médium. Estaba muy pálida, y cerraba las manos con fuerza en las faldas. Su acento había desaparecido por completo.

—No, todavía respira —Stephen tomó la muñeca de Babington entre los dedos—. Tiene el pulso acelerado. No sé qué le ha ocurrido. Habrá sufrido un ataque de algún tipo.

—Han sido los espíritus —dijo Irina. Madame Valenskaya se alteró.

—Sí —corroboró, y bajó la voz para que recuperara su acento gutural—. Los “espírritus” hablan a “travvés” de él. Son infelices.

—Infelices es decir poco —comentó Olivia con ironía.

—Sí —corroboró lady Saint Leger, con semblante preocupado—. Hablaba como si estuviera... en fin, loco —se interrumpió—. Ese no era Roddy. No puede haber sido Roddy.

—Olivia, llama a los criados —dijo Stephen—. Necesitamos las sales. No puedo despertarlo. Y, por favor, que alguien encienda las luces, maldita sea.

Fue Belinda quien subió la llama de la lámpara y la acercó al cuerpo caído de Babington. Olivia llamó a un lacayo y le encargó que llevara las sales.

Cuando el criado regresó momentos después, Stephen pasó el

frasco de sales por debajo de la nariz de Babington. Este tosió y volvió la cabeza, pero no abrió los ojos. Stephen le dio unas palmadas suaves en las mejillas, pero eso tampoco produjo ningún efecto en él.

—Cielos, ¿qué le ha pasado? —murmuró lady Saint Leger con lágrimas en los ojos.

—Creo que un espíritu ha intentado hablar a través de él —señaló Irina en voz baja—. Y parece haber sido demasiado para el señor Babington.

—Sí, si. Un "espírritu" —corroboró madame Valenskaya rápidamente, y regresó a su silla para sentarse.

Stephen le encargó a un criado que fuera en busca del médico, y ordenó a varios lacayos que llevaran a Babington a su cuarto y lo metieran en la cama. El resto del grupo los siguió, y se quedaron formando un corro indeciso a la entrada del dormitorio. Olivia encendió todas las lámparas de la habitación. La palidez de Babington parecía aún mayor con tanta luz.

Stephen miró a las mujeres.

—Esperaré al médico y, después, os informaré de lo que dice.

Pamela pareció aliviarse mucho al oír aquello y salió del dormitorio casi de inmediato. Madame Valenskaya y su hija vacilaron pero, con un poco de persuasión, también se retiraron. Olivia salió con lady Saint Leger y con Belinda del dormitorio, y las tres mujeres se dirigieron al saloncito rosa del final del pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Belinda con la voz un tanto trémula—. Nunca había visto nada parecido.

—Ni yo —respondió Olivia con franqueza—. No entiendo muy bien qué ha ocurrido. Puede que el médico pueda explicárnoslo.

—Parecía otra persona —comentó lady Saint Leger—. Y su voz... sonaba... en fin, no parecía humana.

—Ha sido muy extraño —corroboró Olivia.

—No sé qué pensar —dijo lady Saint Leger con sinceridad, con el rostro contorsionado por la angustia—. Si los espíritus de los difuntos hablan así, es que son muy infelices. No soporto pensar que Roddy está sufriendo de esa manera.

—Mi querida señora, estoy segura de que no sufre —gimió Olivia, compadeciéndose de la mujer—. Sé que no quería que usted se sintiera tan afligida —buscó con frenesí algo con lo que alejar de su mente los temibles acontecimientos de aquella velada—. ¿Sabe,

milady? No conocí a su hijo mayor. Quizá quiera hablarme un poco de él.

Olivia no tardó en comprender que había dado con el tema ideal, porque lady Saint Leger se reunió con ellas en el saloncito, madre e hija estaban sonriendo, incluso riendo, contando otra anécdota de Roderick. Belinda se unió al recuento, y no tardaron en distraerse relatando todos los dulces y cálidos recuerdos que tenían de él.

Una hora después, cuando Stephen se reunió con ellas en el saloncito, madre e hija estaban sonriendo, incluso riendo, contando otra anécdota de Roderick. Stephen enarcó las cejas, sorpendido, y lanzó a Olivia una mirada de gratitud.

—Bueno —dijo, al tiempo que se adentraba en el salón—. Me alegro de ver que estás mucho mejor, madre.

—Querido... —lady Saint Leger se volvió hacia él—. ¿Cómo está ese pobre hombre? ¿Ha venido el médico?

—Sí, ha examinado al señor Babington de arriba abajo, y o ha encontrado nada malo. El corazón late con normalidad, y su respiración suena limpia y normal, pero sigue sin volver en sí. El médico no sabe muy bien cómo explicarlo. Parecería que ha sufrido un ataque de algún tipo y que se ha quedado en coma. Sugirió que el señor Babington podía ser epiléptico. Me preguntó sobre su historial médico, pero yo no sabía nada, y cuando se lo preguntamos a madame Valenskaya y a su hija, ellas también lo ignoraban. Al parecer, sólo hace un año que lo conocen y nunca habían sido testigos de un comportamiento similar, aunque él podría habérselo ocultado, claro.

—Pero ¿se despertará? —preguntó lady Saint Leger.

—No lo sé. El doctor Hartfield espera que sí, y vendrá todos los días para ver cómo evoluciona. Ahora mismo no podemos hacer nada más que esperar y cuidar de él. Le he encargado al mayordomo que siempre haya una doncella velando al enfermo.

—Pobre hombre —suspiró lady Saint Leger—. Y pobre madame Valenskaya.

—Parecía muy disgustada —corroboró Stephen.

—Quizá debería ir a hablar con ella —dijo su madre.

—Creo que iba a acostarse.

—Ah, sí. Será lo mejor para todos. Belinda, querida, ¿nos vamos a la cama?

Belinda accedió, aunque dijo que prefería pasar la noche en el

cuarto de su madre. Lady Saint Leger, con una sonrisa, reconoció que a ella tampoco le importaría tener compañía. Las dos salieron del saloncito, y Stephen se volvió hacia Olivia y la atrajo a sus brazos para estrecharla con fuerza durante un largo momento. Ella apoyó la cabeza en su pecho, agradecida por el consuelo. Lo sucedido la había afectado bastante, y sus esfuerzos por mantener la calma e impedir que lady Saint Leger y Belinda sucumbieran a la histeria la habían dejado sin fuerza. Era maravilloso poder relajarse y absorber la fuerza de Stephen, aunque fuera durante unos momentos.

Stephen exhaló un suspiro.

—Llevo toda la tarde esperando poder hacer esto.

—Yo también.

La abrazó un poco más y, después, la soltó.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

—No lo sé —contestó Olivia—. Nunca había vista nada igual, ni había oído hablar de nada parecido —guardó silencio un momento—. Supongo que lo que dijo... lo de recuperar lo que era suyo, se refería al tesoro de los mártires.

—Sí, ya que todo apunta a que quieren el cofre. Querrán que pensemos que el propio lord Scorhill habló a través de Babington.

Olivia asintió.

—Sí, pero ¿cómo...? ¿Viste su cara? ¡Y esa voz! —no pudo evitar estremecerse por el recuerdo—. Parecía otra persona.

—Una persona atemorizante —añadió Stephen.

—Me cuesta creer que el señor Babington sea tan buen actor. O cualquier otra persona. Y los espasmos que sufrió después también parecían reales. El médico no tiene ninguna duda de que está en coma, ¿verdad?

—Está convencido, sí.

—No puedo evitar preguntarme si no... si no sería real.

Stephen se la quedó mirando.

—¿Qué insinúas? ¿Qué es cierto que los mártires quieren recuperar su otro y sus joyas? ¿Qué madame Valenskaya no es un fraude?

—No —se apresuró a responder Olivia—. Estoy segura de que nuestra madame es una farsante, pero hay otras cosas que me desconciertan, la mujer que vimos atravesando la pared, el sueño que compartimos. Son muy extrañas y, al menos para mí, inexplicables. Y lo de esta noche entra en la misma categoría. No

puedo creer que Babington haya fingido eso. ¿Cómo ha podido caer en coma voluntariamente?

—Entonces, ¿crees que fue poseído por un espíritu?

Olivia se estremeció un poco.

—Eso me resulta igual de difícil de creer —reconoció—. Aunque no creo que fuera un truco de madame Valenskaya. La miré un par de veces mientras Babington estaba... haciendo lo que hacía y parecía sinceramente atónica y horrorizada. Creo que fue una sorpresa par ella. Y, sinceramente, todo esto empieza a asustarme.

Stephen recordó la escena de la sesión de espiritismo: la voz de ultratumba de Howard Babington y su rostro contorsionado los temblores y espasmos incontrolables y el colapso final, y asintió.

—Sí, tienes razón. Es para asustarse. Y lo peor es que no sé qué podemos hacer.

Madame Valenskaya retorcía las manos mientras daba vueltas por su dormitorio, como había hecho casi todo el tiempo desde el colapso del señor Babington.

—¡No me gusta! —estalló, y lanzó una mirada recelosa y malhumorada a su acompañante—. Nunca había vista nada igual. Y espero no volverlo a ver.

—Tranquilízate —dijo en voz baja la otra mujer—. Yo tampoco e lo esperaba, pero saldremos beneficiadas. Si consigues mantener la boca cerrada, claro. Lo ocurrido a Babington asustará tanto a lady Saint Leger que hará lo que los “espíritus” le digan.

—¿Y si ella no puede acceder al tesoro? Dijiste que su hijo era quien lo controlaba.

—Podrá. Hasta él estaba afectado por lo ocurrido esta noche. Y, si su madre está muerta de miedo, renunciará al tesoro por ella. Te odia, pero lo hará para deshacerse de ti.

La médium regordeta profirió un sonido de incredulidad.

—Yo no estaría tan segura; es duro de pelar. He conocido a hombres como él, y no es fácil asustarlos ni intimidarlos.

—Saldrá bien —dijo su acompañante con rotundidad—. Siempre que no te vengas abajo.

—De todas formas, no sé qué tiene de especial ese tesoro de los mártires. Estaba ganando dinero y joyas con todo esto. Lady Saint Leger seguirá dándome dinero siempre que pueda hablar con su

"Roddy" —madame Valenskaya imitó en tono burlón el diminutivo del hijo de su anfitriona tal como ella lo pronunciaba—. No sé por qué tenemos que intentar conseguir ese cofre de oro.

—No necesitas saber por qué —dijo la mujer con voz áspera y despectiva.

—No vale la pena —gimió madame Valenskaya—. Quiero irme. Quiero regresar a Londres.

—Ni se te ocurra marcharte. He dedicado demasiado tiempo y esfuerzo a esto, seduciendo a ese memo de Babington par que nos ayudara, reclutando tu ayuda, realizando esos trucos, para que lo eches todo a perder porque eres una cobarde. Vas a quedarte aquí, y seguirás celebrando las sesiones de espiritismo hasta que consigamos lo que queremos, ¿me has entendido?

—Sí, sí, está bien —dijo madame Valenskaya a regañadientes—. Me quedaré. Y no nos delataré.

—Eso está mejor —la mujer lanzó una última mirada penetrante a la médium, se dio la vuelta y salió del dormitorio.

Madame Valenskaya cerró la puerta detrás de ella y giró la llave en la cerradura. Exhaló un pequeño suspiro trémulo, se recostó un momento en la puerta y, después, atravesó la habitación y abrió uno de los cajones. Rebuscó un momento y sacó con aire triunfante una botella de ginebra. Vertió un buen trago en un vaso con la mano tan trémula que el cuello de la botella chocó con el borde del recipiente. Después, levantó la bebida y la apuró de un trago. El calor estalló en su estómago y creyó verlo todo mejor.

Olivia soñó aquella noche con la mujer que Stephen y ella habían visto en el vestíbulo principal, lady Alys. Llevaba el mismo vestido que la última vez que había soñado con ella: una sobretúnica de color azul pálido y un sencillo velo que le retiraba el pelo de la cara. Estaba doblando ropa y guardándola en un baúl, inclinándose y dándose la vuelta con gracia. Se giró, miró directamente a Olivia y sonrió.

—Es muy importante poner a buen recaudo nuestros bienes preciados —dijo, con un suave acento.

Se dio la vuelta y tomó un cofre de oro de unos treinta centímetros de largo y veinte de alto. Estaba profusamente labrado por los bordes. Lo dejó sobre la cama y levantó la tapa. En su interior,

refulgían objetos dorados. Lady Alys sacó un collar de cuentas doradas, una cruz del tamaño de su mano, con una piedra roja en el centro, y los depositó sobre la cama. Dentro quedaban una maraña de cadenas de oro y varios anillos, algunos labrados y otros con piedras pulimentadas. Abrió un enorme baúl de madera y sacó un cinturón. Era largo y estaba hecho de eslabones de oro; en el centro, tres de los eslabones tenían incrustaciones de piedras preciosas. Dobló con cuidado el cinturón y lo introdujo en el cofre de oro; después, volvió a guardar la cruz y el collar de oro, y bajó la tapa.

Se oyeron gritos, y lady Alys corrió hacia la estrecha ventana para mirar.

—¡Soldados! —exclamó, con el rostro lleno de pánico—. ¡Hay soldados en el patio de armas!

De pronto, ya no estaban en la misma habitación, sino en otra circular. La habitación de una torre, dedujo Olivia. Había humo, y fuera se oía el impacto de las espadas y los gritos de los soldados. Lady Alys llevaba la misma ropa, pero estaba sucia, desgarrada y manchada de sangre. El humo se hizo más denso, y la mujer tosió, con el rostro tenso por el miedo. Olivia percibió el miedo de la mujer, y su propia garganta se cerró.

Le costaba trabajo respirar, tenía la sensación de estar asfixiándose. Olivia abrió los ojos y comprendió que estaba en su cama y no en una torre medieval, pero seguía sin poder respirar. Algo oscuro y pesado impregnaba el aire que la rodeaba, la aplastaba, la hundía en la cama, robándole el aire de los pulmones.

La invadió el pánico. No podía moverse... Una pesada amenaza la oprimía... la estaba matando.

Por fin, rompió la parálisis que la envolvía y agitó los brazos, tomó aire y chilló. Trató de levantarse, todavía agitando las manos. No había nada; no halló más resistencia que las sábanas enredadas en torno a su cuerpo, pero seguía dominada por el terror. Corrió hacia la puerta, la abrió de par en par y salió a trompicones al pasillo.

Stephen salió de su cuarto y corrió hacia ella. Tenía el pecho desnudo, y solo llevaba unos pantalones que se había puesto rápidamente.

—¡Olivia! ¿Qué ocurre?

—¡Stephen! —Olivia se arrojó en sus brazos, y él la estrechó, le acarició el pelo e inclinó su cabeza sobre la de ella para murmurarle palabras de consuelo.

Olivia siguió aferrada a él, temblando, mientras el temor remitía. Sentía la fuerza de los brazos de Stephen, y quería permaneces a salvo en ellos para siempre. Pero, por fin, dio un paso atrás y exhaló un trémulo suspiro.

Olivia miró alrededor. A ambos lados del pasillo, había otras puertas abiertas, y reconoció a lady Saint Leger, Belinda y a Irina Valenskaya. Las tres los observaban con vivo interés. Olivia se sonrojó y se retiró el pelo con las manos.

—Lo siento. He hecho el ridículo.

—No te preocupes —Stephen le puso la mano en el brazo y la condujo de nuevo a su habitación, lejos de las miradas curiosas. Encendió una lámpara y subió la mecha para disponer de más luz—. Ahora, dime, ¿qué ha pasado?

Olivia sintió un escalofrío y, de pronto, advirtió que solo llevaba puesto el camisón, sin nada debajo. Su rubor se intensificó, y tomó la bata de la silla en que la había dejado.

—He ... He tenido una pesadilla. Estaba soñando con lady Alys.

—¿La mujer que vimos? —se la quedó mirando—. ¿La de nuestros sueños?

—Sí. Llevaba el mismo vestido que la última vez, y estaba guardando cosas en un baúl.. De pronto, estábamos en otra habitación... ya sabes, como suele pasar en los sueños. Era una habitación circular, y se oía el fragor de una batalla en el exterior. Lady Alys tenía el vestido desgarrado, ensangrentado y sucio. Y había humo. Era horrible, asfixiante. De pronto, estaba despierta en mi cama pero... no sé por qué, seguía asfixiándome. Era como si algo me estuviera aplastando, y no podía tomar aire. Sabía... no sé cómo, pero sabía que ese algo quería verme muerta. Estaba aterrada.

Los brazos de Stephen se cerraron instintivamente en torno a ella.

—No te va a pasar nada —gruñó—. No lo consentiré.

Stephen le acarició la espalda con suavidad, y Olivia se relajó en sus brazos. Era tan agradable estar con él de aquella manera... Quería que el momento se prolongara eternamente. Allí donde él movía la mano, el calor se intensificaba. El temor y la oscuridad remitían lentamente. Emitió un suave sonido, mitad placer, mitad alivio, y se acurrucó contra él. Oía cómo a Stephen se le aceleraba el corazón, y su mano, allí donde la tocaba, estaba repentinamente caliente.

—No puedes quedarte aquí sola —le dijo a Olivia. Esta sonrió y se apartó para mirarlo a la cara con expresión coqueta.

—Milord, sería escandaloso que pasaras aquí el resto de la noche. Ya estás forzando el límite entrando así en mi dormitorio.

—Bueno, entonces, tendré que casarme contigo, ¿no?

Sus palabras la dejaron sin aliento. Eran una broma y, por esa misma razón, le atravesaron el corazón.

—No digas tonterías —replicó con aspereza. Cruzó los brazos y se apartó de él. Stephen la miró de forma especulativa.

—¿Tan terrible sería?

Olivia se dio la vuelta, manteniendo la cabeza bien alta, en actitud orgullosa, casi desafiante.

—No querrías arriesgarte a tener a "los locos Moreland" como familia política.

—Ah —dijo Stephen, con mirada sonriente—. ¿No lo sabes? Algunos hombres preferimos correr riesgos.

El calor de su mirada y el significado de sus palabras eran inconfundibles. Olivia estaba convencida de que iba a abrazarla otra vez, en aquella ocasión para besarla, no para tranquilizarla. Esperó, inmóvil, en actitud desafiante.

Justo antes de que Stephen la alcanzara, Tom Quick irrumpió en la habitación, echando a perder el momento.

—¡Señorita! ¿Se encuentra bien?

Lo seguía Joan, envuelta en una bata y con el gorro de dormir cubriéndole apenas la cabeza.

—¡Milady! ¡Me han dicho que ha sido usted quien ha gritado!

—Si, pero no pasa nada —se apresuró a decir Olivia—. He tenido una pesadilla.

—Creo que sería mejor que tu doncella durmiera en un catre aquí, contigo —sugirió Stephen—. Le encargaré a uno de los criados que instale una cama ahora mismo.

—No será necesario —protestó Olivia, aunque con poca convicción. Sabía que si pasaba el resto de la noche sola, no pegaría ojo. Así que cedió y permitió a Joan dormir con ella, e incluso aceptó el ofrecimiento de Tom de dormir en el pasillo, delante de su puerta, para que nada ni nadie pudiera entrar.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Stephen le propuso

a Olivia dar un paseo por el jardín. Recorrieron los senderos y, pasado un tiempo, se dirigieron al cenador. Había un banco de piedra debajo del emparrado, desde donde se podía disfrutar sentado de la belleza y de la paz del jardín. Stephen la condujo hasta allí y los dos se sentaron.

—Espero que te encuentres mejor —dijo Stephen, mirándola a la cara con preocupación. Olivia asintió.

—Sí. Siento haber causado tantas molestias. Seguramente lo ocurrido a Babington anoche me afectó y... provocó esa pesadilla.

—Tal vez —dijo Stephen, pero se miró las manos—. Sin embargo, los dos hemos soñado con esas personas. No puedo evitar pensar que significa algo ¿Habías soñado antes con esa mujer?

Olivia lo miró sorpendida.

—No, nunca. No hasta que vine aquí.

Ni yo. Hasta la noche en que te conocí.

Olivia arrugó la frente.

—¿Insinúas que el hecho de habernos conocido puede haber desencadenado estos sueños?

—No losé, parece absurdo —Stephen suspiró—. Cuéntame con detalle el sueño. ¿Viste a lady Alys guardando cosas en un baúl?

—Si, estaba doblando ropa y guardándola. Después, me miró a los ojos y me dijo que era importante poner tus cosas a salvo. No recuerdo sus palabras exactas... Espera, dijo “preciadas”, “poner a buen recaudo nuestros bienes preciados”. Era tan raro, como si me estuviera hablando a mí, pero yo no estaba participando en el sueño. Después, sacó un cofre de oro.

—¿Un cofre de oro?

—Sí, de este tamaño —Olivia se lo indicó con las manos—. Y bellamente labrado en los bordes. ¡Era tan vívido el sueño! Dejó el cofre sobre la cama y lo abrió. Dentro había algunas joyas: cadenas de oro, brazaletes de oro y plata, anillos. Sacó una cruz de oro. Tenía una piedra roja en el centro...—Olivia se interrumpió y lo miró—. Vaya, era como la cruz de la que madame Valenskaya hablaba el otro día, la del tesoro de los mártires. ¡Claro! ¡El cofre de oro! Me hablaste del cofre del tesoro y de la cruz de oro. Por eso he soñado con eso.

Olivia se sintió extrañamente decepcionada al comprender que su sueño había tenido significación alguna, sino que había sido provocado por las conversaciones de los últimos días.

—¿Te dije que era de oro? —preguntó Stephen.

Olivia se quedó pensativa un momento.

—No estoy segura. No recuerdo que me lo hayas dicho. Había imaginado un cofre de madera cuando me lo contaste, por eso no lo había relacionado hasta ahora. ¿Es de oro?

—¿Había algo más en el cofre? —inquirió Stephen, eludiendo la pregunta.

—Sí. También sacó un collar. Era precioso, de cuentas doradas, y las cuentas parecían tener algo grabado —Olivia tenía la mirada perdida, absorta como estaba recordando el sueño, y no vio que Stephen se ponía rígido—. Después, se acercó a otro baúl y sacó un cinturón hecho de eslabones de oro, con tres piedras en el centro, una en cada eslabón. Creo que era el cinturón que llevaba cuando la vimos.

—No me fijé en él —dijo Stephen en tono distraído—, pero... —se puso en pie, le tendió la mano y la ayudó a levantarse—. Acompáñame. Hay algo que quiero enseñarte.

Capítulo 11

Stephen la llevó a su despacho y la hizo sentarse; después, se marchó. Se había negado a contestar a ninguna de las preguntas de Olivia mientras regresaban por el jardín, limitándose a decir “espera y verás”. Cuando reapareció en el umbral, Olivia estaba muerta de curiosidad.

Entró en el despacho con un pequeño bulto en la mano y cerró la puerta tras él. Olivia se levantó mientras él llevaba el bulto a la mesa y lo depositaba allí. Stephen abrió con cuidado el terciopelo azul que envolvía el objeto, dejando al descubierto un cofre dorado de unos treinta centímetros de largo por veinte de alto, con adornos en los bordes.

Olivia se llevó la mano al estómago. Era como si alguien la hubiera dejado sin aliento. El cofre que tenía delante era el mismo que había visto en su sueño la noche anterior.

—Es el mismo —susurró, y alargó la mano hacia él; después, la dejó caer, sin llegar a tocarlo—. Stephen... es exactamente el mismo.

Empezaron a llenársele los ojos de lágrimas, y se sentó con brusquedad.

—Es imposible.

—Lo sé. Pero cuando empezaste a describir el cofre y su contenido, sospeché que era el que habías visto.

—Pero ¿cómo? —elevó por fin la mirada del cofre reluciente y la clavó en él—. No lo entiendo.

—Yo tampoco. Pero quiero que eches un vistazo a lo que hay dentro —movió el cierre y levantó la tapa. Había un montículo de objetos dorados dentro del cofre, incluida una pequeña daga con empuñadura de oro e incrustaciones de piedras preciosas. Encima descansaba una cruz de unos doce centímetros de largo, también de oro, con un cabujón en el centro.

—No vi la daga —le dijo a Stephen.

—¿No? ¿Y qué me dices de esto? —Stephen sacó un collar de cuentas de oro ovaladas y talladas.

—Ese es el collar —dijo, casi sin aliento—. También estaba en el cofre.

—No es un collar —repuso Stephen, y se lo mostró más cerca—, sino un rosario. ¿Ves? Hay rombos distintos para los Padrenuestros y las Avemarías. Y cada cuenta, si la miras, tiene tallada una escena bíblica. Es una obra de artesanía espléndida.

—Es hermoso —dijo Olivia—. ¿Y el cinturón que llevaba? ¿El de incrustaciones de joyas? ¿Está aquí?

—No. Nunca lo había visto. Pero hay algunos collares, anillos y demás. ¿Reconoces alguno?

Le tendió el cofre, y Olivia se puso en pie. Al tomarlo en las manos, experimentó una sensación extraña. Se le revolvió el estómago, y le costaba trabajo respirar. La sangre abandonó su rostro, dejándole una tez cenicienta.

En su mente, Olivia veía a la mujer con la que había soñado la noche anterior. Lady Alys estaba con el caballero al que amaba. Se encontraban en un prado, sentados junto a un pequeño lago. Era, comprendió Olivia, el mismo lago al que Stephen y ella habían ido el primer día de su estancia en Blackhope.

Lady Alys estaba recostada en los brazos de su caballero, disfrutando del sol. Alys levantó la mirada hacia el caballero, con el rostro suavizado por el amor. Estaban contemplando la laguna, sonriendo y hablando, absortos el uno en el otro. No veían, como Olivia, a otro hombre situado a cierta distancia, escondido entre los árboles, en el borde del prado. Tenía el pelo negro y una pequeña barba del mismo color. Un anillo dorado centelleaba en su mano, y la túnica de seda que llevaba tenía lujosos bordados de hilo de oro en el cuello. Observaba a la pareja con un odio intenso y frío estampado en el rostro.

Una abrumadora sensación de maldad recorrió a Olivia, y se le cerró la garganta. No podía respirar. Osciló y puso los ojos en blanco.

—¡Olivia! —Stephen saltó hacia delante, y le rodeó la cintura con el brazo cuando se estaba desmayando. Con la otra mano, sostuvo el cofre de oro. Lo dejó en la mesa y depositó a Olivia con suavidad en la silla. Preocupado, tomó su muñeca y le buscó el pulso—. Olivia, por favor, despierta —imágenes en las que la veía sumida en el mismo estado inconsciente que Babington cruzaron por su mente, aterrándolo—. Por lo que más quieras, despierta.

Iba a llamar a un criado para pedir las sales, cuando Olivia pestañeó repetidas veces y, por fin, abrió los ojos.

—Gracias a Dios —Stephen exhaló un suspiro de alivio—. ¿Te encuentras bien?

—Creo... Creo que sí —se sentía débil y un poco mareada—. He visto algo. Lo siento, no puedo explicarlo muy bien, pero nada más tocar el cofre, vi a lady Alys —le describió la escena, y al hombre que estaba escondido entre los árboles, observando a los amantes.

—¿Crees que era el marido de la dama? —preguntó Stephen.

—¿Sir Raymond? Sí, creo que sí. Destilaba odio. Le brillaban los ojos con ira, y percibí esa misma sensación horrible de maldad.

—¿Maldad? —replicó Stephen—. Algunos pensarían que el marido era la parte agraviada.

—Pero tú no has visto a ese hombre. Era... No sé, la sensación de maldad era tan fuerte...Superaba los celos, o el odio. No puedo explicarlo. Pero me indispuso.

—Ya lo he visto —Stephen se apartó y se apoyó en su mesa. Estiró las piernas ante él. Miró a Olivia, que estaba recuperando el color.

—Está bien —dijo—. ¿Qué está pasando aquí?

—No lo sé —respondió Olivia—. No había experimentado nada semejante en toda mi vida. Si tú no hubieras tenido sueños y visiones, como yo, pensaría que me estoy volviendo loca.

—Pero los he tenido, y estoy convencido de que no estás loca.

Olivia le brindó una débil sonrisa. Después, exhaló un hondo suspiro y permaneció pensativa unos instantes.

—Muy bien. Yo diría que nos enfrentamos a dos series de sucesos distintos. Por un lado, tenemos las sesiones de espiritismo de madame Valenskaya y todo lo que dice: la idea de las almas perdidas, el tesoro de los mártires, la música, los golpes y la supuesta voz de tu hermano.

—Y el monje del jardín. El llanto del salón —añadió Stephen.

—Sí, Todo eso puede explicarse, y está relacionado con el cofre de oro. Por otro lado, tenemos la aparición de la mujer medieval en el vestíbulo principal, los sueños que tú y yo hemos tenido sobre esa mujer, su amante y su marido. Son turbadoramente inexplicables mediante métodos racionales.

—O sea, que por un lado tenemos a madame Valenskaya, su hija, el señor Babington y sus trucos, ninguno de los cuales son reales. Y, por otro lado, una serie de “espíritus” que sí parecen serlo. Y ambos conjuntos de sucesos no tienen nada que ver el uno con el otro —dijo Stephen.

—Salvo por el cofre de oro, que aparece en ambos. Y el señor Babington en la sesión de espiritismo de la otra noche, hablando como si estuviera poseído, el ataque, el coma. Todo eso también parecía bastante real.

—Sí. Ese cofre —Stephen se acercó al escritorio y se quedó mirándolo un momento—. Era parte del tesoro de los mártires, es decir, que data del siglo XVI. Sin embargo, soñaste con la mujer medieval sosteniendo el cofre y su contenido. Y ella, el amante y el marido son personas que parecen haber vivido cuatrocientos años antes que los mártires.

Olivia guardó silencio un instante, pensativa.

—Quizá el tesoro que lord Scorhill escondía consistía en reliquias familiares. O... Espera un momento. ¿Qué me dices de la habitación en la que tu familia encontró el cofre? ¿Estás seguro de que fue lord Scorhill el mártir quien la construyó?

—¿Quieres decir, que podría haber sido construida siglos atrás, y que ni siquiera los mártires conocían su existencia?

Olivia se encogió de hombros.

—No lo sé. Se me acaba de ocurrir que, quizá, fuera una suposición errónea que el tesoro perteneciera a lord Scorhill. Parecía la explicación más probable, pero nadie tenía constancia de que la familia de mártires construyera esa habitación o guardara allí el cofre de oro.

—Echemos un vistazo a la habitación —sugirió Stephen—. De todas formas, tengo que dejar el cofre en su sitio.

Olivia se lo quedó mirando.

—Pero ¡es la habitación secreta! No puedes enseñármela.

Stephen enarcó una ceja.

—Sinceramente, ahora mismo, el secreto de esa habitación me preocupa menos que los extraños sucesos que están ocurriendo. De todas formas, lo único que conocerás es su ubicación. Si te das la vuelta o cierras los ojos no verás el mecanismo que abre la puerta y, créeme, sin esa información, dudo que nadie pueda entrar.

—Está bien. Si estás seguro...

—Convencido —Stephen envolvió el cofre en el terciopelo y se lo colocó bajo el brazo.

Salieron del despacho, subieron la escalera y pasaron delante de las habitaciones. Varias puertas más allá del último dormitorio usado por la familia y sus invitados, Stephen dobló una esquina y

abrió una puerta. Dentro se encontraba una alcoba más pequeña que la que Olivia estaba ocupando, de estilo Luis XIV.

Stephen retrocedió para dejar pasar a Olivia; después, entró y empujó la puerta, sin fijarse si se cerraba del todo.

—Esta habitación apenas se utiliza —le dijo a Olivia mientras avanzaban hacia el centro—. Es uno de los cuartos de invitados más pequeños, y solo se usa cuando la casa está repleta de invitados. No gusta mucho. Recuerdo que un primo mío durmió aquí cuando yo era adolescente y le pidió a mi madre que lo trasladara a otra habitación.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. Creo que por el frío.

—Y hace frío —comentó Olivia, frotándose los brazos—. Pensé que era porque estaba en desuso.

—Incluso cuando hay alguien y encendemos el fuego, no es una habitación muy cálida. Da la norte, y la chimenea no funciona muy bien.

—¿Cierro ya los ojos? —preguntó.

—Sí.

Lo hizo, y para sorpresa de Olivia, Stephen se inclinó y le plantó un suave beso en los labios. Ella abrió los ojos de par en par, y Stephen rió.

—Perdona, no he podido resistirme —vaciló un momento y volvió a besarla, más profundamente en aquella ocasión. Todavía llevaba el cofre bajo el brazo, de modo que el abrazo era incómodo y, transcurrido un momento, dio un paso atrás con un suspiro—. Está bien, ahora cierra los ojos.

Olivia, un poco mareada por el beso, cerró nuevamente los ojos y le dio la espalda, por si acaso. Oyó las pisadas de Stephen; después, un clic, y algo moviéndose. Stephen dijo:

—Ya puedes mirar.

Olivia se dio la vuelta. Stephen se erguía junto a una puerta estrecha, un trozo de pared, en realidad, que se había separado del resto. Detrás se veía una pequeña habitación oscura. Olivia se acercó y echó un vistazo. Era pequeña, del tamaño del vestidor de su casa, y no tenía muebles salvo por una estrecha mesa de madera. Tampoco había ventanas, por lo que la penumbra era perpetua, Stephen entró y se acercó a la mesa para dejar el cofre encima. Se volvió hacia Olivia.

—Pasa. Olivia vaciló; después dio un paso. Se detuvo con brusquedad. La habitación estaba helada. Sin embargo, no era el frío lo que la detenía, sino una presencia amenazadora y maligna. Le oprimía el cuerpo, la envolvía con sus dedos invisibles. Densa y negra, tiraba de ella, se cerraba en torno a su garganta.

Inspirando con brusquedad, Olivia dio un salto hacia atrás para salir de la habitación. Se quedó mirando a Stephen, temblando, incapaz de hablar, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido.

—¿Olivia? —Stephen frunció el ceño y echó a andar hacia ella—. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Ella movió la cabeza, incapaz de expresar lo que había sentido al entrar en la habitación secreta. Tenía el estómago revuelto, y se sentía débil y mareada, como cuando había tocado el pequeño cofre dorado. Stephen se reunió con ella en la habitación y la rodeó con el brazo.

—¿Has vuelto a ver algo?

—No. Pero era... Lo sentí. Hay... Hay maldad en esa habitación.

—¿Maldad? —Stephen volvió la cabeza hacia el cuarto secreto.

Olivia no siguió su mirada; ni siquiera soportaba dirigir la vista hacia allí. Se dio la vuelta, avanzó hacia la pequeña silla recta situada junto a la entrada y se dejó caer sobre ella. Stephen la miró un momento; después, se dio la vuelta y cerró la sección de pared. Una vez cerrada, era imposible distinguirla.

Stephen se acercó a Olivia y se puso en cuclillas delante de ella. Después, tomó sus dos manos.

—¿Has sentido lo mismo que antes?

—Sí, pero peor, como si me estuviera asfixiando —lo miró, temblando de frío—. Debes tomarme por una mujer tonta y débil.

—No, por supuesto que no, no eres ninguna de las dos cosas. Vamos, te llevaré a tu dormitorio —dijo Stephen. Se puso en pie y tiró de ella.

Stephen le pasó el brazo por la cintura, dobló la esquina y recorrió el pasillo hasta el cuarto de Olivia. Encontró uno de sus chales en el respaldo de una silla y se lo echó sobre los hombros. La habitación no estaba fría, al contrario, la temperatura era bastante agradable, pero Olivia no dejaba de temblar. La condujo a la cama y abrió el baúl situado al pie de esta. Extrajo una manta de punto fino y la envolvió en ella. Después, la estrechó entre sus brazos y la sostuvo con suavidad para transmitirle su calor corporal.

—Lo siento —empezó a decir Olivia.

—Calla —le dijo Stephen, sonriendo—. Esto me gusta.

Olivia rió y se relajó en sus brazos. Los temblores habían cesado y, por un momento, se permitió disfrutar de la tibieza de Stephen. Un movimiento en el pasillo captó su atención, y se dio la vuelta para mirar hacia la puerta. Se quedó rígida.

—Irina estaba en el pasillo, mirándolos fijamente a través del umbral con semblante inexpresivo.

Stephen notó el movimiento de Olivia y también alzó la vista. Durante un largo momento, los tres se quedaron mirándose. Después, Stephen soltó a Olivia, echó a andar hacia la puerta y la cerró con firmeza.

—¡Stephen! —exclamó con una mezcla de estupefacción y regocijo—. La señorita Valenskaya nos ha sorprendido en una posición comprometedora. Y acabas de agravar la situación.

Él se encogió de hombros.

—Es mi casa. No me gusta que me espíen.

Olivia gimió y se dejó caer en el borde de la cama, soltando la manta con la que Stephen la había envuelto.

—A saber con qué cuento irá a los demás.

—Eso no me preocupa —se detuvo junto a ella, con la mano en uno de los postes de la cama—. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —Olivia movió la cabeza—. Ha sido un día muy extraño. Tengo la sensación de estar viéndolo todo desde fuera.

Pasado un momento, siguió hablando en voz queda.

—¿Sabes? Mi abuela solía decirnos que se comunicaba con mi abuelo... después de muerto, claro. Y con sus difuntos padres. Afirmaba que sabía lo que iba a ocurrir antes de que ocurriera. A mí me daba mucho miedo —miró a Stephen de soslayo—. Ella, de todos nosotros, era quien más merecía el término de “locos Moreland”.

—Olivia...

Ella movió la cabeza, sonriendo.

—No, déjame terminar. Kyria, Reed y los demás siempre se han reído del apodo, pero a mí me molestaba. Creo que era porque pensaba en mi abuela y me preguntaba si sería cierto. Era una auténtica arpía, intimidaba a todo el mundo. El pobre tío abuelo Bellard la temía. La cuestión es que, en una ocasión, me dijo que yo era como ella, que tenía clarividencia. Dijo que podía ver y oír cosas que otros no podían. Era lo que más me asustaba de mi abuela. Yo

no quería ser como ella, ni creer que lo que decía podía ser verdad. Por eso empecé a investigar las prácticas de los médiums, a descubrir sus rucos y a desenmascararlos.

—¿Para demostrar que lo que decía tu abuela era mentira?

Olivia asintió.

—Sobre todo, para demostrar que no podía ser como ella. Y ahora...

—No eres como ella —dijo Stephen con rotundidad—.Sea lo que sea lo que has visto, no estás loca. Y no eres una arpía, te lo aseguro, sino una mujer reflexiva, ingeniosa, compasiva y, en conjunto, admirable. ¿No te lo había dicho ya?

Olivia sonrió.

—Sí.

Stephen se acercó e, inconscientemente, ella se inclinó hacia él. Stephen la besó en los labios.

—Si me quedo aquí más tiempo —dijo con voz ronca—, voy a comprometer tu honor.

Volvió a besarla, un contacto suave y firme en los labios, se dio la vuelta y salió de la habitación. Olivia suspiró y dejó caer sobre la cama. Aquel suave beso, la proximidad de Stephen, propagaron un hormigueo por todo su cuerpo. Si era sincera, casi prefería que la hubiera comprometido.

Capítulo 12

Al día siguiente por la tarde, poco antes de la hora del té, Stephen y Olivia estaban dando un paseo por los jardines de atrás, comentando, como era inevitable, los recientes acontecimientos. Justo cuando se disponían a regresar al interior de la mansión, el mayordomo de los Saint Leger salió en su busca.

—Hay dos caballeros que quieren verlo, milord.

—¿Ahora? —Stephen parecía sorprendido—. ¿Quiénes son? ¿Qué es lo que quieren?

—LO que quieren, no sabría decirle, milord. Uno es el señor Rafe McIntyre, un caballero norteamericano, creo. El otro es lord Bellard Moreland.

—¡Rafe! —exclamó Stephen, estupefacto.

—¡El tío Bellard! —exclamó Olivia, mirando al mayordomo. Lo adelantó, entró en la casa por la puerta posterior y corrió por el pasillo hacia la entrada. Stephen le pisaba los talones—. ¡Tío Bellard! —gritó de nuevo cuando vio al hombre de corta estatura sentado en un banco, no muy lejos de la puerta principal, mirando a su alrededor con interés, con las manos apoyadas en la empuñadura dorada de su bastón. Junto a él se encontraba un hombre mucho más joven y corpulento, de pelo castaño claro un poco alborotado. Los dos hombres se pusieron en pie al ver llegar a Olivia.

Bellard Moreland sonrió con timidez a su sobrina nieta, dejó a un lado su bastón y le tendió las manos.

—Olivia, querida.

Olivia abrazó a su tío abuelo al tiempo que Stephen los alcanzaba y decía:

—¡Rafe! Nunca pensé que te vería aquí.

El otro hombre rió y dijo con su acento norteamericano:

—Stephen, viejo amigo, ¿qué tal te va?

—Mejor, ahora que estás aquí —contestó Stephen, riendo—. Olivia, quiero que conozcas a mi amigo y socio, Rafe McIntyre.

—Señor McIntyre —dijo Olivia, y le tendió la mano.

—¿Qué tal está, señorita? —respondió; tomó la mano de Olivia y se la llevó a los labios—. Usted debe ser la bonita sobrina de la que

me hablaba el señor Moreland —añadió con un brillo en los ojos.

Olivia no pudo evitar devolverle la sonrisa, al tiempo que se ruborizaba.

—No... No sabía que lord Saint Leger tuviera un socio —dijo, sintiéndose desesperadamente inepta, como siempre que tenía que trabar conversación con extraños. Pero era imposible sentirse así en presencia de Rafe McIntyre.

—Sí —repuso este con una sonrisa—. Saint Leger intenta mantenerme escondido.

—Ya lo creo —corroboró Stephen, sonriendo—. Aunque es inútil — se volvió hacia Olivia—. Rafe y yo nos conocimos en Colorado.

—Stephen me salvó el pellejo —dijo Rafe—. Tuve un pequeño contratiempo con un par de yanquis.

—¿Yanquis?—Olivia estaba perpleja—. Pero yo pensaba....

—Los yanquis son del norte —le explicó Stephen—. Rafe es sureño.

—Pero ya hace más de diez años que terminó la guerra ¿no? —preguntó Olivia—. No seguirá habiendo peleas...

Rafe sonrió.

—Oficialmente, no. Era una pequeña disputa privada sobre los antepasados del yanqui en cuestión.

—Era una disputa por una partida de cartas —intervino Stephen—. Y superaban a Rafe en número, así que intervine.

—Empuñando un Winchester, afortunadamente —prosiguió Rafe. Hicimos buenas migas, y decidimos trabajar juntos.

—Entiendo —repuso Olivia, aunque no sabía muy bien si lo entendía.

—Fuimos socios en la explotación de plata. Después, vendí mi parte de la mina a Rafe antes de volver a Inglaterra —le explicó Stephen.

El tío abuelo Bellard intervino en la conversación:

—El señor McIntyre y yo nos conocimos en el tren, de camino aquí. Nos sorprendimos bastante al descubrir que nos dirigíamos, no solo al mismo pueblo, sino a la misma propiedad.

—Pero ¿por qué has venido, tío? —preguntó Olivia con curiosidad—. No es que no me alegre de verte, ni mucho menos. Es que, bueno, no sueles salir de Londres —de hecho, el tío abuelo Bellard raras veces salía a la calle, pero Olivia no veía motivo alguno para añadir esto.

—Recibí tu carta —le explicó—. Sobre los extraños acontecimientos que han estado ocurriendo aquí y tus preguntas sobre la historia de la casa y todo eso. Da la casualidad de que ya había estado interesándome por la familia Saint Leger... simple curiosidad, me temo —dirigió una sonrisa tímida a Stephen—. Y cuando me escribiste, fue a ver a Addison Portwell, una especie de erudito en fincas nobiliarias. Me prestó algunos libros. Son sumamente interesantes, debo decir. Me guiaron hasta un maravilloso libro sobre la familia Scorhill... escrito por un Saint Leger, así que, como es natural, no puedo estar seguro de la precisión del mismo.

—¡Tío!

—¡Ay! —el anciano comprendió lo ofensivas que habían parecido sus palabras—. No pretendía calumniar a su familia, milord. Solo quería decir que, puesto que los Saint Leger recibieron las tierras que habían pertenecido a lord Scorhill, es natural que tuvieran un velado interés en... en fin, en demostrar que los Scorhill no eran dignos de poseer estas tierras. Para que los Saint Leger fueran los dueños legítimos de Blackhope, el rey Enrique VIII debería haber hecho bien al arrebatárselo a lord Scorhill, ¿no creéis? Es perfectamente natural y común en las crónicas, sobre todo, en las escritas inmediatamente después de un suceso. Pero cómo no, implica que uno debe tener cuidado al leerlo para no tomarlo al pie de la letra.

—Por supuesto —dijo Stephen, con una sonrisa para Bellard—. Lo entiendo perfectamente. No estoy ofendido, se lo aseguro, y coincido en que no debemos creerlo a pies juntillas. Además, me alegro mucho de que haya obtenido cierta información.

Aliviado, el tío abuelo Bellard sonrió felizmente.

—Sí, eso pienso yo, y con todo lo que Olivia me contaba en su carta, no quería perder tiempo escribiéndolo y enviándolo. Así que decidí guardar los libros en una maleta y traerlos aquí.

—¡Tío, eso es maravilloso!

—Sí, gracias —añadió Stephen, y miró alrededor—. Propongo una cosa: estoy seguro de que querrán instalarse en sus habitaciones y, lady Olivia y yo hemos estado paseando y no nos vendría mal refrescarnos un poco. ¿Por qué no pido que preparen el té y lo tomamos en mi despacho dentro de unos minutos? Así podremos hablar de lo que ha averiguado.

Al parecer, el tío abuelo Bellard y Rafe, como no querían cargar a lord Saint Leger con su presencia, habían dejado su equipaje en la posada del pueblo; pero Stephen, cómo no, insistió que se alojaran en Blackhope, y encargó a un mozo de cuadra que fuera a la posada en busca de las maletas. Stephen llamó al mayordomo para darle instrucciones sobre las habitaciones y el equipaje.

Olivia tomó a su tío abuelo del brazo y lo condujo por las escaleras hacia la primera planta.

—Me alegro tanto de verte... —le dijo, y le apretó el brazo. Su tío abuelo sonrió.

—Y yo a ti, querida. Me agrada tu joven caballero.

Turbada por sus palabras, Olivia no sabía qué decir.

—Sabes, tío, vine aquí por la médium. Te lo conté en mi carta.

—Ah, sí —asintió, feliz—. Y los demás acontecimientos. Muy interesantes, querida.

—Así que, en realidad, lord Saint Leger es un colega. No “mi joven caballero”.

—¿Ah, no? Lástima. Yo creo que te admira —cambió de tema de improviso—. Esta es una mansión antiquísima... tiene mucha historia. ¿Crees que a lord Saint Leger le importará que use su biblioteca?

—No, estoy segura de que no —lo tranquilizó Olivia—. Tío ¿qué te hace pensar que me admira?

—¿Qué? Ah —el tío abuelo Bellard parecía pensativo—. No lo sé, la verdad, es una impresión que he tenido. Te miraba de manera especial, como tu padre miraba a tu madre. Y sigue haciéndolo, la verdad. Como si hubiera hecho un hallazgo extraordinario.

Olivia rió entre dientes. Sabía perfectamente lo que su tío abuelo quería decir, y el corazón se le aceleró al pensar que Stephen Saint Leger podía mirarla de esa manera.

En la planta de abajo, Stephen se volvió hacia su antiguo socio.

—Rafe —movió la cabeza sonriendo—. Nunca pensé que te vería aquí.

Rafe sonrió.

—Me aburría en Colorado yo solo. Un tipo de la Costa Este estaba empeñado en comprar la mina, así que pensé... ¿por qué no? Hay muchas cosas que todavía no he visto ni hecho, y la mina no va a darme más aventuras. Ya no es más que un negocio, y ya me conoces... no soy partidario de estar por ahí sentado hablando de

dinero.

—Entonces ¿la has vendido?

—Sí. He invertido en otras cosas. Estuve en mi ciudad una temporada, pero ya no parece mi ciudad. Hay cambios que uno no puede superar, ¿sabes? —Stephen asintió—. Así que me dijo, ¿por qué no veo Europa? Y crucé el Atlántico. Ya que estaba en tu país, se me ocurrió venir a verte.

—Y no sabes cuánto me alegro —Stephen le señaló las escaleras con la ceba—. Vamos, te enseñaré tu habitación. Después, podemos sentarnos a charlar tranquilamente de los viejos tiempos.

—Claro. Siempre que tengas algo más fuerte que té.

Stephen rió entre dientes.

—Tengo —dijo, y empezaron a subir las escaleras.

Más tarde, los dos estaban cómodamente sentados en el despacho de Stephen, bebiendo whisky, mientras esperaban a que Olivia y su tío abuelo se reunieran con ellos.

—Tiene mi aprobación —dijo Rafe distraídamente.

—¿Es qué?

Rafe sonrió.

—Tu joven amiga.

—¿Qué te hace pensar...? —Stephen se interrumpió al oír la carcajada de Rafe.

—¿Crees que estoy ciego? —preguntó Rafe—. Es evidente que hay algo entre vosotros.

—No sé muy bien lo que hay. Ella es... bueno, diferente.

—Eso imaginé, para que te hubiera atrapado. Nunca te han gustado las mujeres encopetas y vanidosas.

—Cierto. Olivia es ingeniosa, independiente e inteligente, y cuando la miro...—se interrumpió y movió la cabeza—. No quiero equivocarme. No estoy buscando una esposa. Hace tiempo que decidí que no me casaría. Mi pasado en ese terreno es pobre, por decir algo.

—Esta no es la misma joven que te hizo recelar, ¿no?

Stephen hizo una mueca.

—Cielos, no. Olivia no se parece en nada a Pamela.

—Entonces ¿qué te preocupa? No hay motivos paras creer que esta te romperá el corazón.

—A veces es más fácil decirlo que creerlo —Stephen suspiró—. En un par de ocasiones, me ha costado trabajo recordar mis modales de caballero. Pero no puedo evitar pensar: ¿Y si esta vez pasa lo mismo que con Pamela? ¿Y si sólo es deseo lo que siento, y se desvanece con la misma rapidez con la que desapareció mi pasión por Pamela cuando me marché de Inglaterra? —miró a su amigo—. Siempre he dicho que desconfiaba de las aristócratas. No sé si es solo eso o es que tampoco me fío de mí mismo.

—A veces, hay que dar un salto de fe —sugirió Rafe—. El amor no es una cuestión de lógica, sino de sentimiento.

—Lo sé. Pero me resulta más fácil confiar en mi cabeza que en mi corazón —guardó silencio un momento y bajó la vista a la copa de líquido ámbar que sostenía en la mano. Cuando alzó la cabeza, sus ojos brillaban con regocijo—. Por cierto, tendrás oportunidad de conocer a Pamela. También está aquí.

—¿Bajo el mismo techo? —Rafe enarcó las cejas—. Vaya, te gusta vivir peligrosamente.

—No podía echarla. A fin de cuentas, es la viuda de mi hermano.

—Una situación interesante.

Stephen rió entre dientes.

—Y eso es solo el principio. Han pasado cosas tan extrañas, que a veces me pregunto si no estaré volviéndome loco. Por fortuna, Olivia también las ha presenciado.

Stephen habló a su amigo y antiguo socio de la médium y de las sesiones de espiritismo, incluida la sesión en la que el señor Babington había sufrido el ataque, y le habló de la aparición fantasmal que Olivia y él habían visto, y de los sueños relacionados con la misma mujer.

Olivia y su tío abuelo aparecieron en mitad de la conversación, y el tío abuelo Bellard escuchó con gran interés lo que había ocurrido en Blackhope desde que Olivia le había enviado la carta. Asintió varias veces y murmuró:

—Intrigante, muy intrigante.

Cuando Stephen terminó de hablar, el anciano alargó el brazo hacia los dos libros que había llevado consigo al despacho. Tomó uno y se lo colocó en las rodillas.

—Este es un manual de historia de los condados occidentales, escrito por un historiador bastante concienzudo. Del siglo dieciocho. Aquí, encontré un pasaje sobre la familia Scorhill y

Blackhope.

Abrió el libro por la página que tenía señalada.

—Durante la época de Esteban I de Blois, quien, como recordaréis, fue rey antes de Enrique II, Inglaterra estaba sumida en el caos. El monarca no tenía mucho control sobre sus señores feudales. Había estado luchando durante años contra Matilde, la madre de Enrique, y muchos barones aprovecharon la confusión para entablar guerras privadas entre ellos: los fuertes atacaban a los débiles, incrementaban sus tierras y su poder, zanjaban viejas rencillas y demás. En cualquier caso, se dice que, durante esa época, el castillo normando de Blackhope fue atacado por un enemigo del Scorhill del momento, un tal sir Raymond.

Olivia inspiró con brusquedad. El tío Bellard sonrió.

—Sí, querida. Creo que es el sir Raymond del que habláis. El castillo fue atacado, pero sir Raymond no estaba en el castillo. Había ido a visitar a su señor feudal con la esperanza de ganarse su apoyo para luchar contra lord Surton, cuyos hombres estaban en aquel preciso instante atacando Blackhope. Los hombres de Surton tomaron el castillo. Hubo rumores de traición, se decía que alguien los había dejado entrar en el castillo. Sea como fuere, tomaron la fortaleza y la destruyeron en gran parte con arietes y los fuegos. Y la esposa de sir Raymond, aunque no consta su nombre, murió en el ataque.

Olivia sintió lágrimas en los ojos. Se dijo que era una tontería, que ni siquiera conocía a la mujer, pero no podía evitar lamentar su muerte.

—Alys —dijo—. Se llamaba lady Alys.

—¿Ah, sí? —prosiguió Bellard, y dio una palmadita a su sobrina nieta en la mano—. Bueno, sir Raymond, a su regreso, logró reconquistar el castillo y, con la ayuda de sus aliados, derrotó a lord Surton. Así fue cómo reconstruyó el castillo sobre sus mismos cimientos. Y ahora —dijo, concentrado en su relato—, es cuando la cosa se pone interesante —dejó el tomo en el suelo y recogió el otro volumen—. Esta es la historia de los Scorhill escrita por uno de los Saint Leger durante el reinado de Carlos I. Por supuesto, como dije antes, este tal Cecil Saint Leger tenía un velado interés por que la familia Scorhill pareciera lo más indigna posible. En ese sentido, es bastante duro con el lord Scorhill que incurrió en la ira e Enrique VIII, principalmente por su “traición” y “papismo”. Sin embargo,

también tiene algunos comentarios jugosos referentes a sir Raymond.

—¿En serio? —Stephen se inclinó hacia delante, intrigado—. ¿Cuáles?

—Lo acusa de haber practicado la magia negra —dijo Bellard, y se recostó en su asiento, complacido por la perplejidad que se reflejaba en los rostros de sus oyentes.

—¿Qué? —exclamó Olivia—. ¿Te refieres a la hechicería?

—¿Alega que era un hechicero?

El anciano asintió.

—Eso es exactamente lo que dice. Al parecer, sir Raymond tenía fama de ser un poderoso mago, un hombre cruel y perverso. Cómo no, todo apunta a que son rumores; es imposible saber la verdad. Pero da algunos ejemplos del engaño y la maldad de sir Raymond en relación con el antes mencionado lord Surton, principalmente, la afirmación de que fue él quien organizó la "traición" de su propio castillo. El autor afirma que sir Raymond no solo conocía el momento del ataque, sino que convenció a Surton para que tomara el castillo y que pagó a alguien para que abriera las puertas a las fuerzas enemigas. Después, sir Raymond regresó con un ejército mayor y derrotó a los invasores, con lo que mató a su enemigo y se deshizo de una esposa que no le había procurado ningún heredero.

—¡Qué horror! —exclamó Olivia—. ¡Qué hombre más perverso!

Su tío asintió.

—Y lo era, si esos informes contienen algo de verdad. Según este libro, tenía fama de estar asociado con el diablo. Decían que invocaba a su oscuro amo y retozaba con él, organizando orgías y comunicándose con brujas. Era temido por todos sus hombres, y su muerte fue muy celebrada. Se decía que estaba maldecido por Dios, porque se casó dos veces más y siguió sin tener un heredero. Las otras dos esposas también murieron misteriosamente. Cuando falleció, Blackhope pasó a manos de un primo lejano quien, según reconoce el libro, hizo lo posible por convertirlo en un lugar cristiano.

El tío abuelo Bellard cerró el libro y se recostó en su silla para mirarlos con expectación. Olivia no sabía qué decir. Lanzó una mirada a Stephen, quien parecía aquejado del mismo problema. Finalmente fue Rafe quien intervino.

—Bueno, Saint Leger, yo que tú me alegraría de no tener a ese

hombre de antepasado.

—Y me alegro. El problema es que sabemos más cosas de él, pero seguimos sin comprender lo que ocurre.

—A mí, me parece bastante claro —contestó Rafe—. Ese tal sir Raymond era un hijo de... Discúlpeme señorita. Era un tipo perverso, quiero decir, y vendió a sus propios hombres y entregó su castillo al enemigo para atrapar a Surton, deshacerse de su esposa y del amante de ésta. Y como lady Alys y el caballero murieron en el ataque, sus espíritus permanecen aquí, vagando. Es a ellos a quienes habéis visto, ¿no? Ahí tienes la razón. Muertes violentas... eso es lo que provoca que los fantasmas vaguen por Tidewater.

—¿Tidewater? —inquirió Olivia, confundida.

—En Virginia, señorita. Soy de allí. Las casas no son tan antiguas como estas, pero hay espíritus rondándolas: esposas solitarias que pasean por la orilla del río, a la espera del barco que traiga al marido que nunca volvió, personas ahorcadas injustamente que todavía se mueven entre los robles donde encontraron su final, jóvenes vestidas de blanco que bajan la escalera al toque de la medianoche... esa clase de cosas.

—Pero eso son...”cuentos” —protestó Olivia.

—Sí, señorita, y muy buenos —repuso Rafe con su lenta sonrisa.

—Rafe siempre entretenía a todos son sus historias —le explicó Stephen—. Pero aquí estamos hablando de realidad, Rafe.

—Yo no creo en los fantasmas —declaró Olivia con rotundidad.

—No importa si cree o no —dijo Rafe—. El problema es que los ha visto.

—Tiene razón, querida —intervino Bellard en voz baja—. Sabes, Livvy, hay que mantener la mente abierta, incluso en temas como éste. Has visto la prueba con tus propios ojos. YO no, pero sé que no eres una joven histérica, y que no sacas conclusiones precipitadas. Cuando me cuentas todo lo que has presenciado, debo considerar la posibilidad de que sea real.

—Entonces, ¿crees que sir Raymond era un hechicero? ¿Qué invocaba al diablo y todo eso?

Su tío abuelo se encogió de hombros.

—Bueno, en cuanto a eso, no estoy seguro. Como ya he dicho, la fuente no es fiable; quizá no fueran más que rumores.

—Olivia —intervino Stephen—. ¿Recuerdas que, cuando tocaste el cofre, viste a sir Raymond y percibiste tanta maldad que te

desmayaste?

—Sí —contestó Olivia—, y en la habitación secreta, también — miró a los presentes con expresión perpleja—. Pero eso no es una prueba objetiva.

—A veces, hay que confiar en el instinto —dijo Rafe—. No hace falta pensar para respirar. Uno no se queda parado, pensando, cuando ve salir un oso enorme del bosque, sale corriendo. Hay cosas que se conocen sin más.

—Lo que pregunto —dijo el tío abuelo Bellard— es si estas personas han sido vistas antes. ¿Son fantasmas de las leyendas locales?

—No. Al menos, que yo sepa —contestó Stephen—. Yo ni siquiera sabía que habían existido, hasta ahora. Los ocupantes más famosos de Blackhope fueron la familia decapitada por Enrique VIII. Sería lógico pensar que, si hay fantasmas en esta casa, deberían ser los suyos.

—Es lo que ha insinuado madame Valenskaya —añadió Olivia.

—Entonces, lady Alys y su caballero solo han aparecido ahora, y solo ante vosotros dos —pensó Bellard—. Intrigante.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia.

—No lo sé. Esta no es mi especialidad. Pero todo apunta a que existe un vínculo entre esas apariciones y vosotros.

—No somos los únicos que hemos coincidido en este lugar — señaló Olivia—. También están madame Valenskaya y su grupo.

—Pero yo pensaba —dijo Rafe—, por lo que Stephen me había contado, que la médium era una farsante.

—Si, van detrás del tesoro de los mártires, y casi todo lo que han hecho ha sido un fraude —corroboró Stephen—, pero no podemos olvidar el comportamiento peculiar del señor Babington durante la última sesión. No podemos negar que algo le indujo a un estado de inconsciencia real. Y tampoco que han estado aquí durante las apariciones y los sueños. Debemos considerar la posibilidad de que han tenido algo que ver con ellas.

—Estoy pensando —comentó Bellard—. Quizá no sea casualidad que madame Valenskaya conociera a lady Saint Leger. Quizá fuera el resultado de un cuidadoso plan. Me gustaría saber cómo conoció su madre a esa médium. ¿Quién los presentó?

Todos miraron a Stephen, quien se encogió de hombros.

—Lo ignoro. No recuerdo habérselo oído comentar a mi madre.

Puedo preguntárselo, por supuesto, pero tendré que andar con pies de plomo. A lady Saint Leger la angustia mi incredulidad. La médium le ha dicho que mi cinismo obstaculiza el acercamiento de los espíritus.

—Una treta habitual —añadió Olivia—. Es una forma rápida de acallar a los escépticos.

—Entiendo.

—Me gustaría ver a esa mujer en acción —dijo Rafe.

—Sí —corroboró el tío abuelo Bellard—. Podría ser muy interesante presenciar una sesión de espiritismo.

—Estoy seguro de que podremos organizarlo —dijo Stephen—. Sacaremos el tema esta noche, durante la cena.

Aquella noche, la cena fue más animada que de costumbre. Lady Saint Leger estaba cautivada por el encanto de Rafe McIntyre y orgullosa de tener como invitado no solo a la hija de un duque, sino al tío del duque. Como era de esperar, lady Pamela se pasó toda la cena coqueteando con el antiguo socio de Stephen. El norteamericano respondía a los coqueteos con un brillo cínico en sus ojos azules, por lo que Olivia dedujo que conocía la verdadera historia de Stephen y Pamela. La mirada irónica que Stephen lanzó a Rafe confirmó sus sospechas.

A mitad de la cena, Stephen sacó el tema de la sesión de espiritismo.

—Madame Valenskaya, desearía que nos hiciera el honor de celebrar otra sesión de espiritismos, ahora que lord Moreland está aquí. ¿Esta noche, tal vez?

Madame Valenskaya se volvió hacia él con expresión sobresaltada.

—¿Una ... sesión, milord?

—Se lo agradecería mucho, madame —añadió el tío abuelo Bellard.

La médium miró vagamente a su alrededor.

—Mmm... No sé...

—Sí, por favor —lady Saint Leger sumó su ruego a los demás.

—“Perro” el señor Babington... No “parrece” respetuoso, ¿si? —la médium asintió con énfasis

—Yo no quiero —dijo Belinda—. Me da miedo.

—No tienes por qué asistir, querida —la tranquilizó su madre—.

Pero los demás...

—La "señorrita" Saint Leger tiene razón —dijo madame Valenskaya, y movió la cabeza. Tomó su copa de vino y bebió un buen trago—. No es bueno, no es bueno.

Olivia, al verla, se preguntó si estaría otra vez alegre aquella noche. Le habían llenado varias veces la copa durante la comida, pero la bebida no le había calmado los nervios, porque jugaba con el tenedor, la copa, la servilleta...

—Quizá así podamos averiguar lo que le ha ocurrido al señor Babington —sugirió lady Saint Leger—. Los espíritus podrían saber por qué se comportó así la otra noche, ¿no le parece?

—Mm... Sí, "clarro", los "espírritus" lo saben todo —madame Valenskaya hizo un gesto vago con la mano—. Pero no sé... quizá no pueda atraer a los "espírritus" esta noche sin el señor Babington.

—Vamos, señorita Valenskaya —dijo Rafe, y desplegó una sonrisa capaz de fundir el hielo—. Es muy modesta. Estoy seguro de que podrá hacerlo sola. A fin de cuentas, es usted quien tiene el poder especial.

Madame Valenskaya no era inmune al encanto sureño, porque profirió una pequeña risita.

—Es usted muy amble, señor.

—Debería hacerlo —hasta Pamela sumó su ruego, ya que Rafe lo había hecho—. Los espíritus confían en usted.

—Es cierto —madame Valenskaya sucumbió un poco a la vanidad—. Está bien, me han persuadido.

En aquella ocasión, madame Valenskaya no subió a su cuarto antes de la sesión. Olivia tenía la impresión de que la médium quería acabar lo antes posible. También había superado su desagrado hacia la luz. Aquélla noche añadió dos candelabros y los colocó en la mesa en torno a la que se sentaban.

Lady Saint Leger contempló con cierto recelo la masa de luz que ardía en el centro de la mesa.

—¿Tanta luz no espantará a los espíritus, madame?

—No, no —la médium hizo un gesto grandilocuente—. "Vvienen" a mí de todas formas.

Ocuparon sus asientos, y Rafe se ofreció pícaramente a ocupar el lugar del señor Babington, junto a la médium. Esta accedió encantada, y el tío abuelo Bellard ocupó la silla de Belinda.

A pesar de su vacilación inicial, en cuanto madame Valenskaya

inició la sesión, se relajó e invocó a los espíritus con más detenimiento de lo habitual, después, bajó la cabeza y entró en "trance". Por fin, la levantó; tenía los ojos cerrados.

—Mamá —dijo con voz laboriosa.

—¿Roddy? —preguntó lady Saint Leger, ansiosa—. ¿Eres tú?

—Debes ayudarme, mamá —prosiguió madame Valenskaya con el mismo tono—. Debes ayudarnos a todos.

—Por supuesto, querido. ¿Qué debo hacer?

En aquel momento, las velas perdieron fuerza y algunas se apagaron, como si una gran ráfaga las hubiera sacudido. No se notaba corriente, pero la habitación estaba repentinamente helada.

Se oyó un ruido lejano, casi como el zumbido de unos insectos, un parloteo quedo por debajo del nivel de comprensión. Olivia sintió la presión de la mano de lady Saint Leger, y ella también estrechaba la de Stephen y la de su madre con firmeza.

El ruido creció y cobró forma de una especie de susurro que se repetía una y otra vez. El murmullo llenó la habitación, monótono e insistente, hiriente. Por fin, Olivia distinguió las palabras:

—Mío...mío... mío.

El ruido creció, crispando los nervios de Olivia hasta que, de repente, las puertas se abrieron de par en par y chocaron contra las paredes, las luces se apagaron y quedaron envueltos en la oscuridad.

Capítulo 13

Se oyeron chillidos en torno a la mesa, y madame Valenskaya se puso en pie con ímpetu; su silla cayó hacia atrás. En cuanto su vista se adaptó a la oscuridad, a la luz del pasillo, Olivia vio que la médium tenía los ojos abiertos de par en par.

—Yo... Esto...—balbuceó la médium, claramente conmocionada—. Ha terminado. No puedo hacerlo —se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Su hija se puso en pie y la llamó con voz angustiada; después, se marchó detrás de ella.

El resto del grupo quedó en silencio. El ruido, comprendió Olivia, había desaparecido, así como el frío helador.

—Caramba —dijo Rafe por fin—. Amigos, ustedes sí que saben organizar un espectáculo.

Una onda de risa nerviosa respondió a su broma, y Stephen se puso en pie y empezó a encender las velas.

—No lo entiendo —dijo lady Saint Leger, perpleja y turbada—. Antes, las sesiones no eran así. Es evidente que madame Valenskaya está disgustada.

—Creo —dijo Olivia con cautela— que a madame Valenskaya nunca le había ocurrido esto antes.

—¿Cesaría si devolviéramos a los mártires su tesoro? —preguntó lady Saint Leger con el ceño fruncido, y Olivia podía ver que su confianza en la médium empezaba a resquebrajarse—. En fin, no entiendo cómo podríamos dárselo. ¿Enterrándolo en sus tumbas? Pero, ¿saben?, ni siquiera sé dónde están sepultados. Fueron decapitados en Londres.

—No te angusties madre —le dijo Stephen—. Es imposible que podamos devolverles su tesoro. Y aunque pudiéramos, estoy seguro de que no lo querrían. Dudo seriamente que los fantasmas necesiten joyas.

Lady Saint Leger sonrió débilmente al oír sus palabras.

—Es bastante angustioso. Se lo estaba contando a madame Valenskaya esta tarde: el tesoro pasa de padre a hijo y no me pertenece en absoluto.

—Y Stephen jamás lo entregaría para aliviar la angustia de su

madre, ¿verdad, Stephen? —inquirió Pamela con acritud.

—¡Pamela! —lady Saint Leger estaba atónita—. Nunca le pediría a Stephen que hiciera algo así. El tesoro pertenece a los Saint Leger, es una reliquia familiar. No pertenece solo a una persona o a una generación, sino a las generaciones futuras.

Pamela hizo una mueca.

—Querida —prosiguió lady Saint Leger con suavidad—. Sé que siempre te ha contrariado que Roderick no te dejara ponerte las joyas del cofre, pero no le correspondía a él darlas, ¿sabes?

—No me importan las joyas —dijo Pamela, y se puso en pie—. Sinceramente, esta conversación me resulta terriblemente aburrida. Las sesiones solían ser bastante divertidas, pero ahora... —se encogió de hombros y salió de la habitación.

—Tiene razón —dijo lady Saint Leger con cierta tristeza—. Las sesiones de madame ya no son entretenidas. Dan miedo. No se me ocurre otra palabra para describirlas. Y el pobre señor Babington...

—No se preocupe, milady —dijo el tío abuelo Bellard—. Estoy convencido que todo se resolverá a su debido tiempo.

Lady Saint Leger le sonrió.

—Gracias, lord Moreland —se puso en pie—. Debo ir a hablar con Belinda. Se sentirá un poco sola, por no haber asistido a la sesión, pero me alegro de que no lo haya hecho. Esto la habría asustado mucho.

La madre de Stephen salió del comedor, dejando a los cuatro que habían estado conversando horas antes en el despacho del conde.

—Bueno —dijo Rafe—. Creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que madame Valenskaya no ha planteado ni provocado lo ocurrido. Se la veía aterrada.

—Si, y tampoco quería celebrar la sesión —comentó Bellard—. Creo que lo que está pasando escapa a su control, y no sabe qué hacer. El frío repentino, las velas que se apagan, las puertas abriéndose de par en par... Y según habéis dicho antes, ese tal Babington no parecía estar actuando cuando habló con voz amenazadora y sufrió ese ataque. Me pregunto... ¿Y si, a pesar de la falta de destreza de madame Valenskaya, con ese revoltijo de palabras que masculla o cuando invoca a los espíritus, abre una puerta a, en fin, a otro reino, por llamarlo de alguna manera?

—¿Quiere decir que realmente ha traído a los espíritus? —inquirió Stephen con escepticismo.

—No lo sé. Pero si podemos creer que hay fantasmas del siglo XII atrapados en esta casa ¿no es posible que las sesiones de madame Valenskaya hayan proporcionado un vínculo con esas sombras? Puede que algo la haya utilizado para venir a esta habitación esta noche, o para entrar en el cuerpo de ese tal Babington y hablar a través de él.

—¡Tío! —exclamó Olivia—. Empiezas a asustarme.

—No podemos olvidar que percibiste una presencia maligna en esta casa —dijo Stephen—. En tu habitación la noche que soñaste con lady Alys, cuando tocaste el cofre de oro, y en la habitación secreta. Lo describiste como una "presencia oscura", una sensación abrumadora de maldad.

—Eso no significa, necesariamente, que las sesiones de madame Valenskaya hayan traído a esa presencia —protestó Olivia.

—Cierto —corroboró Rafe—. Creo sinceramente que lo que ha provocado estos acontecimientos es el amor que esa tal lady Alys le profesaba a sir John, y que era lo bastante profundo para que ambos rompieran sus votos y se arriesgaran a correr la suerte que tuvieron. Vosotros los atraéis porque sentís esa misma emoción.

Olivia se sonrojó hasta la raíz del pelo, y Stephen lanzó una mirada lúgubre a su amigo.

—Rafe, vigila tu lengua.

—Perdón, señorita —dijo Rafe con una sonrisa cómica, aunque no parecía arrepentido—. Mi madre siempre se alarmaba de mi falta de modales.

—El señor McIntyre tiene razón —dijo el tío abuelo Bellard de forma inesperada—. Existe un paralelismo, por supuesto, aunque todos esperamos que lo vuestro no acabe en una desgracia.

Las palabras de su tío dejaron muda a Olivia, ni siquiera se atrevía a mirar a Stephen.

La conversación perdió fuerza después de aquello, y Olivia no tardó en excusarse y subir a su habitación, seguida poco después por su tío abuelo. Stephen y Rafe siguieron la conversación en el despacho y, fortalecidos con los cigarros y el coñac, se olvidaron de los insólitos acontecimientos del día y recordaron sus aventuras de Colorado. Ya habían transcurrido más de dos horas cuando decidieron acostarse, y el resto de los ocupantes de la casa ya estaban dormidos.

Stephen se metió en la cama rápidamente, prescindiendo de los

servicios de su ayuda de cámara, y no tardó en conciliar el sueño.

"Lo superaban en número; era perfectamente consciente de ello. Solo la estrechez de la escalera que ascendía en curva hacia la torre le permitía mantener a raya a los soldados. Estaba retrocediendo por la escalera centímetro a centímetro, y en lo alto lo único que los aguardaba era la muerte. Aun así, no podía hacer otra cosa. Su única esperanza era protegerla. No se permitía pensar en lo que ocurriría cuando él cayera, sin vida, y ellos pudieran derribar la pesada puerta de madera. En lo único que podía pensar era en mantenerla a salvo.

Sentía la presencia de lady Alys a su espalda. Sabía que estaba vuelta de medio lado, de cara al vestíbulo, con su pequeña bolsa de posesiones en una mano y la daga lista en la otra. Nunca le había faltado coraje; eso era lo que le encantaba de ella. Había tenido valor para amarlo, sabiendo que se arriesgaba al deshonor e incluso a la muerte si sir Raymond la descubría. Había tenido aún más valor para dejar todo lo que conocía, la vida de relativa comodidad y tranquilidad del castillo, y había estado dispuesta a hacerlo. Habían estado esperando la oportunidad que les había ofrecido sir Raymond al ir a visitar a su señor feudal; habían planeado salir del castillo aquella noche, para salvar la vida y hallar la libertad.

Pero los hombres de Surton habían aparecido de la nada, y un traidor les había abierto las puertas del castillo, dejando que el enemigo los invadiera. Así que, en lugar de huir a una nueva vida, estaban atrapados, condenados a morir.

—Entra en la torre —le ordenó sir John, sin atreverse a mirar alrededor. Dio una patada a la cabeza de un soldado que intentaba trepar por el costado abierto de la escalera.

—¡No puedo dejarte! —gritó Alys.

—¡Debes! —rugió, y cruzó su espada con otra para después, lanzar la del enemigo por el aire. El soldado saltó por el costado de la escalera para recuperar su arma, pero el que estaba detrás de él ocupó su lugar—. Si me quieres —dijo sir John con fiereza—, lo harás por mí. ¡Sube a la torre y atranca la puerta!

—¡No, John! ¡Por favor, no me idas que te abandone!

—¡Alys! ¡Si me amas, sube!."

Stephen se despertó jadeando, con la piel empapada en sudor. Lo invadía un pavor sin nombre. Rápidamente, se levantó de la cama y se puso los pantalones que se había quitado minutos antes. Embutió los pies en las pantuflas, tomó su camisa y se la puso mientras salía de su cuarto. El corazón le latía con desenfreno, y no se detuvo a razonar mientras se dirigía a la alcoba de Olivia.

El pomo giró fácilmente en su mano, y suspiró con alivio al comprobar que Olivia no había cerrado la puerta con llave. La abrió sin hacer ruido y la cerró al entrar. Había poca luz en el dormitorio, sólo el resplandor de la luna y las estrellas se filtraban por detrás de las cortinas, pero le bastaba para abrirse paso hacia la cama.

Olivia estaba durmiendo, con su pelo castaño oscuro cubriendo la almohada, y el abanico de sus pestañas arrojando sombra sobre su mejilla. La emoción le cerró la garganta, y alargó la mano para acariciarle el rostro.

Olivia abrió los ojos de par en par, y profirió una exclamación de terror. Al ver quién era, se relajó y dijo:

—Stephen... —se sentó sobre la cama, con su cerebro somnoliento reaccionando con lentitud—. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No, es que... —suspiró con fuerza—. He vuelto a soñar.

—¿Cómo? ¿Con ellos quieres decir?

Stephen asintió.

—Ha sido lo mismo que la primera vez. Estaba en una escalera, luchando por mi vida y tú... quiero decir, lady Alys, estaba en la escalera, detrás de mí. Hay una puerta en lo alto, el último bastión defensivo del castillo. Yo... Es decir, sir John, quiere que ella entre y atranque la puerta, aunque sabe que, al final, eso no la protegerá.

—Qué triste —Olivia lo miró a la cara, le hizo un hueco en la cama y dio una palmadita al colchón—. Ven, siéntate. Se te ve exhausto.

Stephen obedeció y se pasó una mano por el pelo.

—Sentí lo que él sentía. Sabía que iba a morir, pero no era eso lo que lo asustaba, sino lo que sería de ella cuando él muriera. Lo único que quería, lo único que le importaba, era mantenerla a salvo.

—La amaba.

—Iban a abandonar el castillo. Pensaban fugarse.

—¿Qué? —Olivia se lo quedó mirando, sorprendida. Stephen asintió.

—Eso pasaba por mi cabeza durante el sueño. Que ella había

guardado en un pequeño saco sus cosas y que iban a abandonar el castillo aprovechando que sir Raymond no estaba. Entonces, atacó el enemigo, y quedaron atrapados. Ella llevaba una bolsa en la mano, sentí que me rozaba las piernas en una ocasión. Creo...No sé, pero creo que contenía el cofre de oro.

—Quizá fuera la misma bolsa que yo la vi preparar en mi sueño, cuando se interrumpió y fue a mirar por la ventana —dijo Olivia—. Quizá estuviera preparándose para fugarse con su amante.

—En cambio, murieron.

—Es muy triste. Lo siento mucho por ellos.

—El mal no puede ser suyo. En ellos no hay nada más que amor.

Stephen se volvió hacia Olivia. La melena le caía a modo de manto de seda gruesa sobre los hombros, invitándolo a acariciarlo. Sus ojos enormes y suaves brillaban con lágrimas no derramadas. Le temblaban los labios, carnosos y vulnerables. El deseo se concentró en su entrepierna.

—Sé cómo se sentía —dijo Stephen en voz baja—. La deseaba más allá de la razón, de todo pensamiento de deber y de honor —paseó la mirada por su figura esbelta, por la suave promesa de su cuerpo, oculto bajo el camisón—. Sé...

—Stephen— dijo ella, casi sin aliento.

Olivia sintió la caricia de sus ojos como si la hubiera tocado, y recordó sus besos, las caricias excitantes de su lengua en el pecho, de sus manos por el cuerpo, y el chisporroteo que habían avivado a su paso. De pronto, deseaba con todas sus fuerzas volver a experimentar ese placer. Quería sentir las manos de Stephen en sus senos, saborear su textura.

Stephen vio el deseo en los ojos de Olivia y sintió cómo lo traspasaba, provocando a su paso una espiral de deseo. Quería verla desnuda sobre las sábanas, con el pelo en forma de aureola en torno a ella. Pensó en enterrar el rostro en su melena, en deslizar las manos por su piel cremosa, y la pasión lo hizo temblar.

—Eres tan hermosa...—murmuró.

Al mirarlo a los ojos, con sus profundidades plateadas oscurecidas por el deseo, Olivia sintió por primera vez en su vida que era hermosa. Con una osadía que no había soñado poseer, se sacó el camisón por la cabeza y lo dejó caer sobre la cama. Se quedó mirando a Stephen, desnuda, con el pecho ascendiendo y descendiendo rápidamente, y el pulso latiéndole con fuerza en la

garganta.

Stephen inspiró con brusquedad; el tiempo y la razón se desvanecieron bajo el dominio del vino denso y embriagador de la pasión. Pronunció el nombre de Olivia como si fuera un ruego, y deslizó la mirada sobre ella, por sus senos redondos y pálidos de pezones sonrosados, la cintura esbelta y las caderas llenas. Se le resecó la garganta, y respiraba con dificultad.

Los pezones de Olivia se endurecieron bajo su mirada, y el sexo de Stephen reaccionó al verlo. Posó sus manos en ella, deslizándolas despacio por sus hombros y clavícula, notando el exquisito contraste del hueso duro y la piel aterciopelada. Deslizó las yemas de los dedos por el pecho de Olivia y sobre sus senos, tomándolos entre las manos, y observó con sensual regocijo cómo los pezones sobresalían aún más, esperando, ansiosos, sus caricias.

Olivia se recostó en las sábanas, entregándose al placer de las manos de Stephen. Más tarde, al recordarlo, se asombraría de no haber sentido vergüenza, sólo un estremecimiento de deleite con la caricia y exploración de los dedos de Stephen. Exhaló un suspiro trémulo cuando los dedos de él se cerraron en torno a sus senos y los deslizó por sus costillas hacia la carne suave de su estómago. Stephen trazó un círculo en torno al ombligo y extendió las manos sobre el abdomen para luego curvarlas por la cadera y los muslos y deslizarlas hacia la cara interior de los muslos de Olivia, avanzando despacio hacia el calor creciente del centro de su feminidad. En lugar de ir al centro mismo, trazaba círculos concéntricos, a veces más cerca, otras más lejos.

Olivia ardía en deseos de unirse a él. Movía las piernas sin parar, incapaz de aplacar el ansia que crecía entre ellas. Alargó los brazos y deslizó las manos por debajo de la camisa abierta de Stephen. Vio el fulgor en sus ojos y notó la agitación de su respiración cuando deslizó las manos por su pecho, enredándolas en su vello y buscando los pezones planos y masculinos. Acarició las diminutas puntas, disfrutando de cómo se endurecían entre las yemas de sus dedos. Cuando oyó el pequeño gemido de placer de Stephen, un calor húmedo invadió su vientre.

Stephen se deshizo de la camisa y se inclinó sobre ella. Plantó un suave beso en la carne trémula del vientre de Olivia. Después, trazando círculos lentos con la lengua, avanzó despacio, hacia arriba, hasta alcanzar la curva inferior de su pecho. Besó la suave

esfera, moviendo la boca perezosamente sobre ella. Olivia temblaba de arriba abajo con cada movimiento de los labios de Stephen, aguardando en una agonía de placer e impaciencia, un placer que se concentraba en ese punto hacia el que él se movía pero no tocaba.

Y, después, Stephen cerró los labios en torno a un pezón, y lo introdujo en la cavidad húmeda y caliente de su boca; Olivia gimió al sentir aquel exquisito placer y se movió sobre las sábanas, suspirando, mientras él la amaba con la boca, tirando con insistencia del pezón contraído, lamiéndolo con la lengua. Y después, cuando Olivia creyó que el placer no podría crecer más, Stephen deslizó la mano por su estómago, la depositó por fin entre sus piernas y buscó el centro húmedo y palpitante de su feminidad.

Olivia experimentó una sacudida, profirió un ruido ahogado de sorpresa y ansia, y abrió las piernas para él. Allí donde él la tocaba era fuego líquido, y ella se retorcía bajo su mano, hundiendo los talones en el colchón y elevándose contra la palma de Stephen. Olivia le acarició la espalda, y el tacto de su piel y del músculo firme que había debajo la excitó aún más. Quería sentirlo por todas partes, saborearlo y tocarlo. Sus dedos encontraron el freno de la cintura de sus pantalones, y los deslizó por debajo, buscando más. Él gimió y se apartó.

Olivia protestó por la pérdida, y lo buscó con los brazos. Stephen se despojó rápidamente de sus pantalones y, después, volvió a inclinarse sobre ella, posando su boca en el otro seno y desplegando la misma magia en él. Olivia deslizó las manos por los huesos marcados de las caderas de Stephen y más abajo, hundiendo los dedos en su carne.

Stephen la apremió para que separara las piernas, y la abrió con los dedos para explorar la carne húmeda. Los deslizó dentro. Olivia gimió y se movió contra él. Stephen acarició el brote carnoso y movió los dedos dentro de ella, para relajarla y abrirla. Olivia jadeaba, ansiando la liberación. Nunca en su vida se había sentido así, frenética y febril, sacudida por el deseo. Anhelaba sentir a Stephen en el centro mismo de su ser, deseaba un a satisfacción que sólo podía intuir. Aquello era lo que había estado esperando toda su vida. Aquel momento, aquel hombre. Aquella urgencia ávida y acalorada.

Por fin, Stephen se acomodó entre las piernas de Olivia. Esta arqueó la espalda, presa de una tensión casi insoportable, mientras

él la penetraba despacio, con cuidado. Sintió dolor, pero la molestia no borraba el asalto de placer que producía la invasión de Stephen. Este se movió dentro de ella, incrementando poco a poco el ritmo, buscando la liberación. Olivia gritó cuando el deseo estalló dentro de ella y se propagó por su cuerpo con maravillosas oleadas de deleite. Él se estremeció, y bajó los labios para unirlos a los de ella, bebiendo de su sabor mientras cabalgaba hacia la violenta y explosiva cima de la pasión.

Stephen cayó desplomado sobre ella, después, se dejó caer a un lado y, envolviéndola con sus brazos, la atrajo hacia él. Olivia apoyó la cabeza en su pecho. No hablaron, yacieron en satisfecho silencio. Olivia se sentía ingrávida, relajada y cálida, saciada hasta lo más profundo de su alma. Ningún pensamiento ni problema turbaban su limbo de felicidad. En aquellos momentos, no existía un viejo amor que atormentara a Stephen, ni médiums, ni sesiones de espiritismo, ni mujeres fantasmales vagando por los pasillos de Blackhope o introduciéndose en los sueños.

Lo único que existía era el placer de reposar en los brazos del hombre al que amaba.

A la mañana siguiente, Olivia se despertó despacio, y cuando por fin abrió los ojos, saboreó la grata felicidad que todavía vibraba por su cuerpo. Una sonrisa afloró en sus labios al recordar lo ocurrido la noche anterior: la alegría y la suave satisfacción de estar en los brazos de Stephen. Se habían quedado hablando un rato, susurrando, sonriendo, riendo con suavidad. Habían comentado cosas sin trascendencia, pero lo había supuesto todo para ella.

Se levantó por fin y se dirigió al espejo, preguntándose si se la vería tan distinta como se sentía por dentro. Notó algo nuevo en su rostro, un destello en la mirada, un leve rubor en las mejillas, cierta suavidad en sus rasgos. Confiaba en que no fuera igual de evidente para los demás.

Joan entró para ayudarla a vestirse, y Olivia se relajó un poco al ver que no hacía ningún comentario sobre su aspecto. Olivia se dirigió a su ropero para escoger el vestido del día y se quedó contemplándolos un momento. Se preguntó, con cierta irritación, por qué siempre había vestido con tanta sobriedad. A su regreso a Londres, pensó, compraría nuevos vestidos, prendas vistosas a tono

con su estado de ánimo.

Escogió el vestido de día más bonito que tenía y, cuando Joan le hizo un artístico recogido rezado, no protestó. Bajó las escaleras, complacida con su aspecto.

No sabía lo que haría al ver a Stephen aquel día. Temía que una intensa sonrisa aflorara en su rostro y que todo el mundo adivinara lo ocurrido. De pronto se sintió tímida y nerviosa. ¿Qué le diría Stephen? ¿Cómo se comportaría él?

Fue un alivio entrar en el comedor y encontrar a Stephen allí solo. Estaba sentado a la mesa, tomando té, y se puso en pie nada más verla entrar en la habitación, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Olivia! —rodeó la mesa y, por un momento, Olivia pensó que iba a estrecharla entre sus brazos pero desvió la mirada al lacayo que se encontraba junto al aparador y vaciló. Después, se limitó a ofrecerle una silla a Olivia. Permaneció detrás de ella un momento, y le rozó el hombro con la mano. Después, regresó a su asiento—. ¿Te apetece una taza de té?

—Sí, gracias.

El lacayo se acercó de inmediato, se la sirvió y regresó a su puesto. Olivia miró a Stephen, alegrándose de que no hubiera nadie presente para ver su sonrisa. No podía controlar su semblante.

Se acercaron al aparador y se llenaron el plato; después, se sentaron y comieron, charlando sobre cuestiones triviales. A ninguno de los dos les importaba el tema de la conversación; lo único que deseaban era mirarse. Olivia se preguntó si Stephen iría a su cuarto de nuevo aquella noche y, al tiempo que lo pensaba, vio un destello en sus ojos grises que le despejó la duda. Se sonrojó y bajó la vista al plato, sonriendo para sí.

Rafe apareció poco después y se sentó con ellos. No parecía advertir nada inusual y trabó conversación con la misma fluidez que el día anterior, preguntándole cortésmente a Olivia qué tal había dormido. Esta tuvo que apretar los labios con fuerza para reprimir una risita, pero logró asentir y responder con educación.

Al parecer, habían sido los últimos en bajar a desayunar, porque nadie más se unió a ellos. Cuando terminaron, los tres se dirigieron al salón formal, donde, según les había informado un lacayo, lady Saint Leger aguardaba a sus invitados.

Se sorprendieron un poco al verla sola, y lady Saint Leger les explicó que, aunque había desayunado con lord Moreland y con

Belinda, no los había visto desde entonces.

—Creo que lord Moreland quería visitar la biblioteca —dijo, y Olivia rió entre dientes.

—Sí. Estoy segura de que pasará gran parte del tiempo allí. Mi tío abuelo es un terrible huésped, milady, si uno desea conversación... maravilloso si lo que se desea es soledad.

—Lord Moreland me parece un hombre encantador, querida —dijo lady Saint Leger con una sonrisa—. Es un hombre tan culto... No hay tema sobre el que no sepa hablar.

—¿Y Belinda? —preguntó Stephen.

—Confío en que esté practicando el piano. Lo descuidó mucho en Londres.

Siguieron conversando sobre generalidades hasta que los interrumpió el ruido rápido de pasos en el pasillo de mármol. Se volvieron al unísono hacia la puerta. Irina Valenskaya entró corriendo, preguntando:

—¿Mamá?

Se detuvo en seco y paseó la mirada por la sala, en la que no se encontraba su madre. Se volvió hacia lady Saint Leger y preguntó con brusquedad:

—¿Ha visto a mi madre esta mañana?

—Pues... no —respondió lady Saint Leger, perpleja—. ¿Qué ocurre, niña?

—¡Mi madre! —exclamó Irina, angustiada—. ¡Ha desaparecido!

Capítulo 14

—¿Qué? —palideciendo, lady Saint Leger se llevó la mano a la garganta—. ¿Qué quieres decir?

—¡Que se ha esfumado! —gimió Irina.

—¿Esfumado? —Stephen se puso en pie y se acercó a la joven—. Venga, siéntese. Tranquilícese y cuéntenos lo ocurrido.

—¡No puedo sentarme! —gritó Irina—. ¿No lo entiende? ¡Le ha ocurrido algo! ¡No está aquí!

—¿Está segura? —preguntó lady Saint Leger—. Esta casa es muy grande.

—He mirado en su habitación. No estaba allí cuando bajé a desayunar, y me sorprendió un poco, porque solemos bajar juntas. Pensé que estaría en el comedor, pero tampoco la vi allí. No había nadie. Pensé queme había entretenido vistiéndome más de lo habitual y, después de desayunar, vine aquí, pero tampoco había nadie, así que subí arriba y volví a mirar en su cuarto. Seguía vacío. Pensé que podía haber ido a mi dormitorio, pero tampoco. He mirado en el del señor Babington, pero la doncella me ha dicho que no se había pasado a verlo aquella mañana. He vuelto a bajar al comedor para preguntarle al lacayo si mamá había dejado dicho adónde iba después de desayunar, y me ha dicho que no había bajado en toda la mañana.

Era realmente extraño que madame Valenskaya se saltara una comida, pensó Olivia, pero no lo dijo. Se acercó a Irina y le dijo con voz tranquilizadora:

—Estoy segura de que madame Valenskaya se encuentra bien. Puede que esté en otra habitación o que haya salido a dar un paseo por el jardín.

—¿Antes de desayunar? —Irina la miró con incredulidad—. No es propio de ella.

—¡Cielos! —lady Saint Leger entrelazó las manos con fuerza—. ¡No puede haberle ocurrido nada!¡No habrá sucedido otra calamidad!

—Estoy segura de que se encuentra bien, milady —la tranquilizó Olivia.

—Si me disculpa, señorita —le dijo Rafe a Irina—. ¿Está segura de

que no se ha marchado? Anoche, después de la sesión de espiritismo, estaba muy asustada.

—¡Mamá nunca se marcharía sin mi! —gimió Irina—. Y, menos aún, sin decírmelo.

—Por supuesto que no —corroboró lady Saint Leger—. Es que, con lo que le ha pasado al señor Babington, temo que le haya ocurrido algún percance.

—No te preocupes —le dijo Stephen—. La buscaremos. Madre, tú quédate aquí por si acaso madame Valenskaya viene a buscarte. ¿Rafe?

Rafe se levantó de inmediato.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Por qué no vas con Irina y la buscáis por esta parte de la planta baja? Los salones de baile, el invernadero, los dos comedores. Olivia y yo recorreremos la parte oeste. Enviaré un mensaje a los establos, y encargaré a dos lacayos que registren los jardines.

Rafe asintió y salió por la puerta detrás de Irina. Saint Leger tocó la campanilla y, cuando apareció un criado, le dio instrucciones de que buscaran a madame Valenskaya en las cocinas, los establos, y los jardines. Después, Olivia y él echaron a andar por el pasillo. Su primera parada fue la biblioteca, vacía salvo por el tío abuelo Bellard. Cuando este tuvo noticia de la desaparición de la médium, se unió a ellos. En el salón de música, encontraron a Belinda, quien se alegró de poder dejar la práctica del piano. El pequeño salón próximo a la parte posterior de la casa, y el salón de fumadores, estaban vacíos.

Regresaron al pie de la escalera justo cuando Rafe e Irina reaparecían por el otro lado. En respuesta a las cejas enarcadas de Stephen, Rafe dijo que no con la cabeza.

—Stephen, amigo mío, tienes demasiadas habitaciones en esta casa —dijo su amigo—. No hay ni rastro de ella.

—Le ha ocurrido algo —insistió Irina, afligida.

Stephen empezó a subir la escalera, seguido de todo el grupo. Encargó a Rafe y a Irina que prosiguieran la búsqueda por un lado del pasillo, al tío abuelo Bellard y a Belinda por el oro. Después, tomó el brazo de Olivia y se dirigió al final del pasillo en el que se encontraba la habitación de la médium. Entraron en el cuarto de madame Valenskaya, pero no había ni rastro de ella. Sin embargo, su ropa seguía allí, echada con desorden sobre la silla y la cómoda.

—Al menos, no ha hecho el equipaje y se ha ido —comentó Stephen—. Fue lo primero que pensé cuando la señorita Valenskaya nos dijo que estaba.

—No, no se ha ido. Aunque anoche se la veía muy afectada.

Salieron del dormitorio y, al mirar pasillo abajo, vieron a los demás avanzando hacia ellos, entrando de habitación en habitación.

—¿Qué me dices de os dormitorios que no se utilizan? —preguntó Olivia, y señaló el pequeño pasillo perpendicular al principal. Stephen se encogió de hombros.

—Supongo que debemos ser exhaustivos antes de recorrer las plantas superiores. Pero empiezo a temer que madame se haya adentrado en el ala cerrada de la casa y se haya perdido.

—Sí, o quizá forme parte de un truco elaborado.

Stephen la miró con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Vaya, lady Olivia, ¿detecto una nota de cinismo en su voz?

—Toda una sinfonía, en lo que respecta a madame Valenskaya y a su hija —contestó Olivia. Stephen la miraba con ojos cálidos.

—Siento un enorme deseo de besarte ahora mismo, mí pequeña cínica.

Olivia sintió el calor de su mirada, y bajó la vista.

—Me haces olvidar lo que deberíamos estar haciendo.

—Lo siento —dijo Stephen, en un tono que no indicaba pesar alguno, y dobló la esquina con Olivia del brazo.

Miraron en la habitación más próxima, después en la de enfrente. Los demás miembros del grupo de búsqueda estaban doblando la esquina para reunirse con ellos cuando Stephen abrió la puerta del dormitorio en el que se encontraba la habitación secreta.

La puerta de la habitación secreta estaba abierta. Stephen entró, con Olivia detrás, después, se dio la vuelta y se asomó al pasillo.

—Rafe, no dejes entrar a nadie.

Rafe asintió mientras Stephen cerraba la puerta y se daba la vuelta. Olivia y él se miraron a los ojos, después, al hueco de la pared. La pequeña habitación en penumbra estaba completamente en silencio. Stephen echó a andar hacia el umbral, seguido de Olivia. Sentía pavor en la boca del estómago.

Stephen entró en el cuarto, a pesar del desagrado que le producía la habitación. Olivia lo siguió. Profirió una fuerte exclamación al ver lo que había dentro.

El cofre de oro no se encontraba sobre la pequeña mesa, sino en el suelo, de costado, con su tesoro derramado por la piedra, a escasos centímetros de una mano inerte y femenina. La mujer caída estaba muerta, pero no era la figura voluminosa de madame Valenskaya sino el cuerpo esbelto de Pamela Saint Leger.

—¡Santo Dios! —durante un largo momento, Stephen se limitó a mirar a Pamela, sin moverse. Después, salvó la corta distancia que lo separaba de su cuerpo y se arrodilló. Cerró los dedos en torno a su muñeca para buscarle el pulso, aunque la frialdad de su piel evidenciaba su estado—. Está muerta —dijo en voz baja.

—Stephen... — Olivia se acercó a él; la compasión le permitía dominar la creciente náusea que le encogía el estómago. Aquella mujer, tan hermosa envida, lamentablemente muerta, había sido el amor apasionado de Stephen Saint Leger. Aunque Pamela le hubiese roto el corazón, sabía que debía de estar dominado por el pesar—. Lo siento mucho —le dijo, y le puso la mano en el hombro.

—Jamás imaginé... —dijo en voz baja.

Olivia se obligó a mirar el cuerpo. Se le revolvió el estómago. Pamela tenía el rostro contorsionado; era una máscara de terror. Sin embargo, no se veía sangre en ninguna parte, ni en el cuerpo ni en el suelo.

Se estremeció. La habitación estaba insoportablemente fría, y su ambiente denso la oprimía.

Stephen se puso en pie y deslizó un brazo por los hombros de Olivia. Salieron juntos del cuarto secreto.

—¿Crees...? ¿Cómo ha muerto? —preguntó Olivia.

—Lo ignoro. No hay señales en su cuerpo, ni sangre. No hay indicios de que haya sido estrangulada, pero ¡su cara!

—Lo sé. Estaba...

—Estaba aterrorizada. Pobre codiciosa.

—¿Crees que ha sido Valenskaya?

Stephen suspiró y se sentó en el borde de la cama. Hundió las manos en el pelo.

—Ya que ha desaparecido, sería una posible candidata.

—Pero, si madame Valenskaya la ha matado por las joyas, ¿por qué no se las ha llevado? —se preguntó Olivia—. ¿Y qué hacía aquí Pamela? ¿Estaba...? —Olivia se interrumpió; intentaba idear la manera delicada de formular sus preguntas.

—¿Robando el tesoro de los mártires? —sugirió Stephen con brusquedad—. No se me ocurre ninguna otra razón que explique su presencia, con el cofre caído a su lado. Se ha quejado en más de una ocasión de que su asignación de viudedad apenas le daba para vivir. Roderick la dejó bien provista, pero para una mujer como Pamela, eso no basta. Estaba amargada por no haberle dado un heredero a mi hermano y haber perdido su derecho sobre las tierras. Ha demostrado en más de una ocasión que es una mujer mercenaria, aunque todavía me cuesta creer que haya podido caer tan bajo.

—Quizá fuera madame Valenskaya la que estaba robando el cofre. Puede que Pamela pasara por aquí y...

Stephen le lanzó una mirada burlona. Conozco mejor que nadie qué clase de mujer era Pamela.

—Pero ¿cómo ha podido entrar en el cuarto secreto?

—Quizá Roderick se lo contara a Pamela. Estaba lo bastante cautivado para hacer lo que ella le pidiera, al menos, cuando se casaron. No sé si llegó a conocer su verdadera naturaleza antes de su muerte.

—Pero, en ese caso, podría habérselo llevado en cualquier momento. ¿Por qué habría decidido robarlo ahora, con la casa llena de huéspedes?

—Quizá temiera que yo cediera y se la entregara a los “espíritus inquietos” de madame Valenskaya. O quizá comprendiera que no tenía esperanzas de seducirme y de convencerme de que me casara con ella para recuperar la fortuna y las tierras que había perdido tras la muerte de Roderick.

—Ah —a Olivia no se le ocurría nada que decir. No pudo reprimir una punzada de alegría al saber que Stephen no se había dejado tentar por Pamela, pero la avergonzaba estar pensando en eso cuando la mujer yacía muerta a escasos metros de distancia.

Stephen apretó los dientes y se puso en pie con mirada resuelta.

—Creo que es hora de obtener algunas respuestas —abrió la puerta y le dijo a Rafe que pasara—. Menos mal que estás aquí —le dijo—. Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Es la médium?

—No, Pamela. Y está muerta.

—¿Qué? —Rafe se lo quedó mirando sin comprender, y Stephen lo condujo a la habitación secreta. Rafe contempló un momento la escena; después, se volvió hacia Stephen—. ¿Qué vas a hacer?

—Llamar al guardia del pueblo, para empezar. El médico no tardará en llegar, viene a ver al señor Babington todos los días. También es el forense, así que podrá examinar el cuerpo. Mientras tanto, pienso hablar con la señorita Valenskaya. Necesito que te quedes aquí vigilando la puerta, si no te importa.

—Me aseguraré de que no entre nadie —le prometió Rafe.

Los tres salieron al pasillo. Rafe cerró la puerta y se colocó en el umbral. Irina avanzó con actitud tensa.

—¿Qué ocurre? ¿Han encontrado a mi madre?

—Necesito hablar con usted —dijo Stephen, rehuyendo la pregunta. Miró a su hermana Belinda y al tío abuelo de Olivia, quienes también se encontraban allí—. Rafe os lo explicará. Venga, señorita Valenskaya.

Stephen la sujetó del brazo y la condujo casi por la fuerza hacia las escaleras y hacia el salón en el que aguardaba su madre. Irina no dejó de hacerle preguntas durante el camino, preguntas que Stephen no contestó. Irina estaba cada vez más alterada, y Olivia sintió lástima por ella. Le parecía cruel no decirle que no era su madre quien había aparecido muerta, pero estaba segura de que Stephen quería ponerle los nervios de punta para que se viniera abajo y les contara la verdad.

Cuando entró con Irina en el salón formal, ésta estaba histérica:

—¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado?

—No era su madre la que estaba allí, señorita Valenskaya.

—Entonces ¿qué...?

—Stephen, ¿se puede saber qué pasa? —inquirió lady Saint Leger mientras se levantaba de la silla. Stephen la miró, y su rostro se suavizó un momento.

—Madre... Siento contrariarte, pero no puedo seguir consintiendo estas necedades. Ha muerto una persona y...

—¡Muerto! —lady Saint Leger palideció, y Olivia se acercó rápidamente a ella—. ¿Quién? ¿Madame Valenskaya?

—No, no ha sido madame Valenskaya —Stephen miró a Irina—. Ha sido Pamela.

Olivia tomó rápidamente el brazo de lady Saint Leger para que no perdiera el equilibrio, y la ayudó a sentarse en la silla que acababa de desocupar.

—Pero ¿cómo? ¿Qué ha ocurrido?

—No losé. No había señales en su cuerpo, pero creo que no nos

equivocamos si decimos que ha sido asesinada.

Stephen se volvió hacia Irina con rostro implacable. Ella lo miraba boquiabierta, incapaz de moverse.

—No he dicho nada sobre el absurdo espectáculo que usted y su madre han estado ofreciéndonos... —empezó a decir.

—Nosotras no...

—¡No se moleste! —le espetó Stephen—. No tengo tiempo ni paciencia para juegos. Pamela ha muerto, y pienso averiguar qué ha sucedido. ¿Cómo escogieron a mi madre como víctima de sus trapacerías?

—Yo...Yo...—Irina abrió y cerró la boca varias veces, mirando a Stephen como un conejillo acorralado.

—¿Madre? —se volvió hacia lady Saint Leger—. ¿Cómo conociste a madame Valenskaya?

Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Stephen, ¿cómo puedes hablar de esas cosas en un momento como este? ¡Pamela ha muerto!

Olivia tomó la mano de la madre de Stephen y le dio un apretón tranquilizador.

—Sé que es difícil, milady, pero Stephen sólo intenta descubrir quién ha matado a Pamela y por qué. Debe hacerlo.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con madame Valenskaya?

—Todo —le dijo Stephen—. Pamela ha aparecido con ese tesoro del que tu médium no hace más que hablar. Dudo que sea una coincidencia. ¿Quién te presentó a madame Valenskaya?

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de lady Saint Leger. Ella se las secaba con el pañuelo.

—La conocí en casa de lady Entwhistle, durante la cena.

—¿Por qué te invitó?

—No...No sé. Me envió una invitación. A mí me sorprendió un poco; apenas la conozco. No me apetecía ir.

—Entonces, ¿por qué fuiste?

—Pamela estaba muy aburrida, y me convenció de que nos sentaría bien salir. Como era una reunión pequeña, aunque todavía no había pasado el año de luto, no llamaríamos la atención. Así que fuimos. Madame Valenskaya también asintió, y la persuadieron para que celebrara una sesión. Fue tan esclarecedora... Yo no sabía que era posible hablar con los espíritus de personas fallecidas. Me habló directamente a mí. Me dijo que había perdido a un ser

querido. Y los golpes deletrearon el nombre de Roddy.

—Pamela —Stephen apretó los dientes—. Me extraña que ella se interesara por el espiritismo.

—Sí, yo también me sorprendí un poco, lo confieso —dijo lady Saint Leger—. Pero creo que, sobre todo, quería salir y divertirse —suspiró—. Pobrecita. La muerte de Roderick la desequilibró. Lloró durante días. No pensaba que lo quisiera tanto, sinceramente; era una mujer un poco fría. No debería hablar así de ella ahora que ha muerto, pero es la verdad.

—Sospecho que lo que más le dolía era la pérdida de posición social y fortuna —dijo Stephen sin rodeos.

—¡Stephen! ¡Cómo se te ocurre! —exclamó lady Saint Leger.

—Es la verdad, y los dos lo sabemos. Pero no tengo intención de permitir que el asesino se salga con la suya. Fueran cuales fueran sus defectos, Pamela no merecía morir —se volvió hacia Irina—. ¿Pamela estaba implicada en su estafa? —rugió—. ¿Los ayudó a que lady Saint Leger cayera en la trampa?

Irina retrocedió.

—¡No! Yo...

—¡Stephen! ¿Qué estás diciendo? —gimió lady Saint Leger.

—Creo que la señorita Valenskaya lo sabe —dijo Stephen en tono lúgubre—. ¿Conocieron a Pamela antes que a mi madre?

—¿Lady Pamela? ¿Cómo podría conocerla?

—¡No lo sé! ¡Eso es lo que intento averiguar! ¿Por qué han matado a Pamela cuando tenía el tesoro de los mártires en la mano? ¿Lo estaba robando, o ha sido su madre? ¿O usted? ¿cuál de las dos la ha matado?

—¡Stephen —exclamó lady Saint Leger, atónita—. No puedes estar insinuando...

—Puedo y lo hago. Señorita Valenskaya, no sé adónde ha ido su madre, pero es evidente que ha desaparecido porque sabía que Pamela estaba muerta. La razón más probable es que la haya matado ella misma.

—¡No! —Irina dio un paso atrás involuntario—. Mi madre jamás... —se lamió los labios con nerviosismo y lanzó una mirada suplicante a lady Saint Leger—. Por favor, milady, dígale...

—¡Ya basta! —rugió Stephen—. Estoy harto de sus charadas. La entregaré al guardia en cuanto se presente... y a su madre, también, cuando la encontremos. Puede que una noche entre rejas la ayude a

comprender...

—¡Está bien! —gimió Irina, temblando—. ¡Se lo diré! ¡Yo no he tocado a lady Pamela! ¡Apenas le he dirigido la palabra! —se llevó las manos a la cara—. Yo nunca... ella hablaba con mi madre. No sé cómo se conocieron, pero vino a vernos. Estaba furiosa porque tenía muy poco dinero. Decía que los Saint Leger la habían estafado, que después de todo lo que había hecho, se había quedado sin un penique.

—¡Sin un penique! —lady Saint Leger estaba indignada—. ¡Si Roderick le dejó una generosa cantidad de dinero, todo lo que no estaba vinculado al título! ¡No podría haber hecho nada más!

—Dijo que la habían castigado porque no había concebido un hijo. Y no dejaba de hablar de ese cofre.

—¿Del tesoro de los mártires?

Irina asintió.

—Mi madre se contentaba con hacer lo de siempre, los golpes, las arpas suspendidas en el aire y todo eso, para conseguir regalos de lady Saint Leger. Se alegró de poder venir aquí y disfrutar de la generosidad del conde, por supuesto, pero Pamela quería ese tesoro; no hablaba de otra cosa... Decía que su marido se lo había ocultado para que no pudiera disponer de ninguna de las joyas, que ni siquiera quería contarle cómo entrar en el lugar en que guardaba el tesoro. Ideamos un plan para arrebatárselo. Pamela estaba convencida de que, aunque usted no quisiera dárnoslo, lo haría finalmente para no angustiar a lady Saint Leger. Dijo que, aunque no renunciara a sus joyas, con tanta conversación sobre ellas, al menos, iría al cuarto secreto a mirarlas. Nunca había podido sorprender a su marido entrando en él y sacándolas. Pensaba vigilarlo y...

—¡Y sorprenderme abriendo el cuarto secreto! —exclamó Stephen, y desvió la mirada a Olivia—. Debió de hacer justo eso. El día en que tú y yo entramos, debía de estar siguiéndonos, y o nos dimos cuenta.

—¡Sabía que tramaba algo! —exclamó Irina con amargura—. Últimamente, se la veía muy satisfecha. Encontró el tesoro y no se molestó en decírnoslo. Quería las joyas para ella sola.

—Pero alguien la detuvo —dijo Olivia en voz baja. Irina se mostró alarmada.

—¡No he sido yo, milady! No sabía que Pamela hubiera encontrado el cofre, y menos que pensara robarlo.

—Supongo que no —corroboró Stephen—. Me inclino a pensar que ha sido su madre.

—¿Mamá? ¡No! —Irina retorció las manos—. No lo entiende, es imposible. Mamá nunca... —se interrumpió, y miró a su alrededor con incertidumbre. Después, se enderezó y, elevando la barbilla, cerró los puños a los costados—. ¡No lo creo! —gritó con desafío—. Mamá no ha matado a nadie. Le ha ocurrido algo terrible, lo sé.

Rompió a llorar y, cubriéndose el rostro con las manos, salió corriendo del salón.

Stephen la vio marchar y se volvió hacia lady Saint Leger.

—Madre, lo siento mucho.

Los ojos de lady Saint Leger se llenaron de lágrimas.

—He sido una estúpida, ¿verdad?

—No, estúpida no —le aseguró Olivia, pasándole el brazo por los hombros—. Muchas personas han sido engañadas por farsantes como madame Valenskaya y su hija.

—Creía que Roddy me hablaba —a la mujer le temblaban los labios—. Lo deseaba tanto que me obligué a creerlo —miró a su hijo—. Intentaste decírmelo y no te escuché. Los dos lo intentasteis. Y ahora Pamela ha muerto, y todo porque traje aquí a esas personas.

—No es culpa tuya que Pamela haya muerto —dijo Stephen con firmeza—. Pamela murió por culpa de su propia codicia. No sé quién la ha matado, pero estoy seguro de que ha sido porque estaba robando el tesoro de los mártires.

—Aun así, no puedo evitar desear no haber invitado a madame Valenskaya a venir aquí —lady Saint Leger se puso en pie lentamente—. Creo que subiré a mi habitación.

—Permítame que la ayude —se ofreció Olivia, y echó a andar con ella hacia la puerta. Lady Leger le sonrió.

—Gracias querida. Eres muy dulce No me extraña que Stephen esté locamente enamorado de ti. Debemos ir a ver a Belinda; debe de estar muy angustiada.

Cerró la mano en torno al antebrazo de Olivia y salió de la habitación con paso lento pero con la cabeza bien alta.

Irina se refugió en su cuarto y cerró la puerta con llave. Se relajó, y su rostro cambió. Perdió su congoja y se volvió más frío, más duro. Se secó las lágrimas de las mejillas con las manos y empezó a dar

vueltas por la habitación.

—¿Dónde diablos te has metido, madre? —masculló para sí.

Se había quedado estupefacta al oír que lady Pamela estaba muerta, pero estaba convencida de que su madre no la había matado. Creía haber logrado transmitir su propia lealtad hacia ella y dejar entrever un ápice de duda al mismo tiempo. A fin de cuentas, necesitaba que alguien cargara con la culpa si Saint Leger y su guardia concluían que había sido la propia Irina quien había quitado la vida a Pamela. Irina no sabía cómo había muerto Pamela, pero se lo merecía por haber intentado robar el tesoro delante de sus narices. ¡Ja! Ni siquiera era de ella, de todas formas. Como aquella casa y todo su contenido, le pertenecía a "él".

Irina no estaba muy preocupada pro el paradero de su madre. Estaba convencida de que la mujer, aterrada tras la sesión de espiritismo de la noche anterior, se había largado, confiando en ocultar su huida unas cuantas horas más dejando sus efectos en la casa. A Irina le había costado mucho retenerla los últimos días. Desde el ataque sufrido por Babington, estaba aterrorizada.

Irina había simulado confusión y angustia por la desaparición de su madre simplemente porque a los demás le habría parecido muy raro que no lo hubiera hecho, y también para ganar un poco de tiempo. Necesitaba quedarse en Blackhope unos días más, y Saint Leger la habría echado si ella le hubiera dicho que madame Valenskaya había huido por puro terror.

Pero, claro, con la muerte de Pamela, todo había cambiado. Irina se había visto obligada a confesar su duplicidad ante Saint Leger, y este ya no le permitiría quedarse en Blackhope. Ni siquiera lady Saint Leger, querría. Hasta el último momento, Pamela había demostrado ser un incordio. Pamela sólo quería dinero, por supuesto, igual que su madre, pero Irina era diferente. Tenía un propósito más importante, y debía quedarse en Blackhope para llevarlo a cabo.

El problema, cómo no, consistía en cómo hacerlo. Cerró los ojos un momento para pedir orientación. "Él" estaba allí, pero ella no podía hablarle ni preguntarle lo que podía hacer.

Sacó sus cartas y empezó a barajarlas; después, hizo una tirada, buscando una respuesta. Aquel día costaba trabajo leerlas, como ocurría algunas veces. Aquella era "su" carta, el Mago, y también la Torre, que simbolizaba la destrucción. Se produciría el resultado

que “él” deseaba, Irina lo sabía, pero las cartas no le aclaraban lo que debía hacer.

De vez en cuando, oía pasar gente por el pasillo, hablando. Seguramente, el guardia ya se habría presentado, y a Irina no le apetecía verlo. Lo mejor sería quedarse allí, fuera de la vista de todos. Cuanto menos pensaran en ella Saint Leger y los demás, mejor.

Pasaron las horas, e Irina daba vueltas con nerviosismo por su cuarto. Reinaba el silencio en el pasillo. Por fin, incapaz de esperar más, abrió la puerta y echó un vistazo. No había nadie. Se sintió tentada a entrar en la habitación en la que habían encontrado a Pamela, donde se guardaba el cofre de oro. Quizás, allí...

Pero no, sabía que sería inútil. Saint Leger ya habría colocado a un criado en la puerta. Incluso era posible que el guardia o el médico siguieran allí. Así que se dirigió al dormitorio del señor Babington.

Una de las doncellas estaba sentada junto a la cama, zurciendo, y alzó la vista al verla entrar. Irina le sonrió.

—Voy a quedarme un rato con el señor Babington. Puede irse. La llamaré cuando la vuelva a necesitar.

—Sí, señorita. Gracias, señorita —la doncella se puso en pie y volvió a guardar su labor en la bolsa que estaba junto a la silla—. ¿No es terrible lo que le ha pasado a lady Saint Leger?

—Mmmm... Terrible.

La joven se estremeció con dramatismo, hizo una pequeña reverencia y salió de la habitación cerrando la puerta despacio.

Irina se acercó a la cama y contempló la figura inmóvil de Howard Babington. Hizo una mueca despreciativa. ¡Qué hombre más incompetente! La irritaba pensar en el tiempo y esfuerzo que había malgastado seduciéndolo.

Le puso las manos en el pecho y dijo:

—Eras un recipiente demasiado débil. No había suficiente poder en ti para albergar a mi amante oscuro, ¿verdad? Debería haber escogido un hombre mejor. Eras indigno de tan poderosa presencia. Pero ¿cómo voy a hacer que vuelva?

Dejó caer la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dijo:

—Ven a mí ahora, mi amor, mi príncipe oscuro. Llena este cuerpo indigno y deja que te conozca.

Empezó a entonar palabras antiguas y secretas. El aire se tornó frío, y el sonido de una fuerte ráfaga de viento llenó la habitación,

aunque no se movía nada. Irina se puso rígida, de puntillas; después, experimentó una sacudida violenta y cayó de rodillas. Permaneció largo rato arrodillada, recuperándose. Despacio, se puso en pie y paseó la mirada por la habitación. Su rostro era distinto, tenía los ojos fríos y duros como piedras. Su voz, cuando habló, salió como un gruñido grave y rasposo.

—Recuperaré lo que es mío.

Regresó a su cuarto y se dirigió a un cajón de la cómoda. Apartó las prendas interiores de encaje y tomó la funda de cuero que había debajo. Sacó un cuchillo de la funda, y la hoja centelleó. Una sonrisa tan fría como la muerte afloró en sus labios.

—Recuperaré lo que es mío —repitió y, después de envainar el arma, se la guardó bajo la manga del vestido. Acto seguido, dio media vuelta y salió por la puerta.

Capítulo 15

Olivia entró en el despacho de Stephen, y este alzó la mirada y le sonrió. Después, se puso en pie, rodeó el escritorio y la atrajo a sus brazos para plantarle un suave beso en lo alto de la cabeza.

—Eres un ángel por cuidar de mi madre y de Belinda.

—No es ninguna molestia; disfruto de su compañía —respondió Olivia, y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué tal están?

—Las he dejado en la habitación de lady Saint Leger. Tu madre está echada, con un paño humedecido en agua de lavanda sobre la cabeza, y Belinda le está leyendo. No sé si están prestando mucha atención a la lectura pero, al menos, así no piensan en lo ocurrido —Olivia lo miró, preocupada—. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? —inspiró hondo para reunir fuerzas. No era un tema que deseara abordar pero, por el bien de Stephen, debía hacerlo—. Debes de estar muy apesadumbrado. A fin de cuentas, estuviste enamorado de Pamela.

Stephen se la quedó mirando, sobresaltado.

—¿Sabías que...?

—Pamela misma me contó que habías estado enamorado de ella, aunque su versión se alejaba bastante de la realidad. Después, Belinda me contó lo que realmente había ocurrido entre vosotros: lo mucho que la habías amado, y que ella te rompió el corazón.

—Creía estar locamente enamorado de ella —corroboró Stephen—. Era hermosa.

—Cierto.

—Aún más a los dieciocho, fresca y floreciente. Yo fui un perfecto idiota; no imaginaba la clase de persona que se escondía tras aquella belleza. Cuando lo pienso, debo dar gracias por que me hubiera rechazado; de lo contrario, me habría casado con ella y habría sido muy desgraciado. Lo que más lamento es que mi hermano tuviera que soportarla como esposa.

Olivia lo miró perpleja. Stephen le sonrió.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Pensabas que había estado suspirando por ella todos estos años?

—Bueno, yo... Tú... tú la querías, y es ... “era” tan hermosa. ¿Es

que no... no la amabas?

—Cielos, no. Me enamoré de su figura. En realidad, apenas la conocía. Como ocurre con las debutantes, nunca estábamos solos. Bailé con ella, conversamos educadamente, y logramos escabullirnos un par de veces para compartir unos cuantos besos robados, pero nada más. Me gustaría creer que, si hubiera hablado con ella de verdad, si hubiera pasado tiempo con ella, habría visto cómo era en realidad. Me enamoré de una imagen, simplemente, y esa imagen se desvaneció enseguida, en cuanto me alejé de ella. Cuando regresé a Inglaterra, no quería saber nada de Pamela. La miraba y no sentía nada.

—Entiendo.

—Lamento su muerte —prosiguió Stephen—. Como la de cualquier otra persona. Pero no lloro un amor perdido —tomó la mano de Olivia y se la llevó a los labios—. Tú eres...

—Ah, por fin os encuentro —dijo una voz detrás de ellos, y Stephen le soltó la mano y se dio la vuelta.

—Lord Moreland. Adelante.

Por primera vez, Olivia se sintió menos que feliz de ver a su menudo tío abuelo. ¿Qué había estado a punto de decir Stephen?

—Espero no estar interrumpiendo nada.

—Por supuesto que no, tío —mintió Olivia—. Ven, siéntate conmigo.

Sus luminosos ojos de pájaro contemplaron alternativamente los rostros de Stephen y de su sobrina mientras se dirigía a la silla que Olivia le había señalado. Tío y sobrina se sentaron delante del escritorio de Stephen, y este ocupó su sillón acostumbrado.

Quería saber qué noticias tenía —dijo el tío abuelo Bellard—. ¿Ha venido el guardia? ¿Han encontrado a madame Valenskaya?

—Sí, tanto el guardia como el médico han estado aquí. Han retirado el cuerpo de Pamela. En cuanto a madame Valenskaya... —Stephen se encogió de hombros—. Rafe, Tom y los criados la están buscando, pero todavía no han encontrado ni rastro de ella. Me inclino a pensar que se marchó mucho antes de que reparáramos en su ausencia. Quizá tuviera un vehículo esperándola. Me parece un plan demasiado organizado y eficiente para esa mujer, pero puede que me equivoque y que sea tan lista que haga el papel de tonta a la perfección.

—¿Cree que ha matado a lady Pamela? —inquirió Bellard.

—Lo ignoro. Ni siquiera estoy seguro de que lady Pamela fuera asesinada. Por lo que ha visto el médico, no fue ni disparada, ni apuñalada ni golpeada ni estrangulada. Se inclina a pensar que murió por causas naturales, seguramente, un ataque al corazón. No le dije, por supuesto, que estaba robando el tesoro de los mártires. Pero, aun en ese caso, quizá el miedo de ser descubierta o la tensión de la acción misma provocara el infarto, aunque Pamela nunca ha dado muestras de tener un corazón débil.

—Y uno debe preguntarse si madame Valenskaya habría podido asesinarla —añadió Bellard—. A fin de cuentas, lady Pamela era joven y esbelta, y madame Valenskaya, no.

—Además, madame Valenskaya había estado bebiendo —señaló Olivia—. Percibí el alcohol en su aliento durante estas dos últimas noches.

—Y, ¿por qué si se pelearon por el cofre, no había indicios de lucha, ni en la habitación ni en Pamela? —reflexionó Stephen—. ¿Por qué, habiéndola vencido, no se habría llevado el cofre con ella?

Se oyó un fragor de voces y de pasos en el pasillo, y los tres se volvieron hacia el umbral. Un momento después, vieron a un extraño trío aparecer por la puerta: Tom Quick, y Rafe McIntyre sujetando a madame Valenskaya, quien se erguía desalentada, entre ambos. Estaba manchada de polvo y desarreglada, con el moño medio deshecho.

—La hemos encontrado escondiéndose en el ala cerrada de la casa —dijo Rafe, al tiempo que entraba con ella en el despacho.

—No me estaba escondiendo —protestó la médium. Se enderezó un poco para recuperar un rastro de dignidad y se desasió de los dos hombres—. Me había perdido.

—¿Es eso cierto? —preguntó Tom, sonriendo—. Entonces, ¿por qué la hemos encontrado dentro de un armario?

—Me asusté cuando los oí acercarse —lanzaba miradas a todos los rincones del estudio—. ¿Dónde está mi “querrida” amiga, lady Saint Leger?

—No le servirá de nada pedir su ayuda, madame. Por fin ha comprendido que usted la estaba engañando —dijo Stephen.

—¿Qué? ¡Miente! Yo nunca he...

—¡Silencio! —le espetó Stephen y, sobresaltada, madame Valenskaya calló y lo miró con recelo—. Ahora tiene peores problemas que el que lady Saint Leger haya descubierto que usted y

su grupo son unos farsantes. Lady Pamela ha muerto.

Madame Valenskaya se quedó boquiabierta y palideció.

—¡Muerta! ¡No! ¡Oh, no! ¡La han matado! —el acento ruso había desaparecido por completo. Miraba con frenesí por la habitación, como si fuera a esconderse de nuevo. Se aferró al brazo de Stephen—. Debe ayudarme; debe protegerme.

Stephen la sujetó y, con no mucha suavidad, la depositó en una silla.

—¿Qué quiere decir con "la han matado"? ¿De qué habla? ¿Quién la ha matado?

—Me matarán a mí también. Debe ayudarme —repitió madame Valenskaya, y puso los ojos en blanco con dramatismo.

Sinceramente, madame, me cuesta un poco creer su teatro —replicó Stephen con severidad.

—¡No! ¡Le digo la verdad! ¡Debe creerme! —madame Vaenskaya estaba dominada por el pánico y, a pesar del melodrama, a Olivia no le costaba trabajo creer que estaba aterrada.

—Entonces, dígame, ¿de quién tiene tanto miedo?

—¡De Irene! —dijo madame Valenskaya por fin, mirando a su alrededor con nerviosismo, como si su hija pudiera aparecer de repente por la puerta.

—¿Me está diciendo que su hija ha matado a lady Pamela? —inquirió Stephen con escepticismo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ha tenido que ser ella! Es... ES... Usted no la conoce. Parece tímida y reservada, pero es una farsa. Es lo que quiere hacer pensar a la gente, para que no vean lo que hay dentro de ella. Pero ¡es poderosa! Todo esto fue idea suya... siempre lo es. Yo solo soy una actriz, ¿entiende? Es lo que he hecho toda mi vida, y me he ganado la vida así. Después, a Irene se le ocurrió esta idea... una forma de ganar dinero. Fingía tener acento. En Norteamérica, era francesa y, en Francia, rusa. Y aquí también era rusa, y funcionaba bien. Irene convenció al señor Babington para que nos ayudara. Lo convenció para que se uniera a nosotros y nos dejara usar su casa.

—Entonces ¿está diciendo que fue Irina, Irene, quien organizaba todos los trucos? —preguntó Olivia—. ¿El guante pintado con pigmentos fosforescentes? ¿La caja de música que usted llevaba encima y ponía en marcha?

Madame Valenskaya se quedó boquiabierta.

—¿Cómo lo sabe? Sí, aprendió a hacer todo eso y me enseñó. Era

lista, pero siempre quería más. Usaba runas y cartas —se estremeció—. Me daba pavor oír las cosas que hacía en su habitación algunas veces.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué oía? —preguntó Rafe.

—Voces... Cánticos...Y en una ocasión, en una de las habitaciones de la casa de Babington, vi una especie de estrella pintada con tiza en el suelo. Me puso los nervios de punta, en serio.

—¿Hacía magia negra? —preguntó Stephen. Madame Valenskaya asintió con énfasis.

—Fue entonces cuando se le ocurrió venir a Blackhope.

—¿A mi casa en particular? —Stephen parecía sorprendido.

—Sí, no hablaba de otra cosa. Averiguó todo lo que pudo sobre la finca y las personas que vivían aquí. Se puso contentísima cuando Pamela apareció en Londres. Lo preparó todo para que pudiésemos conocerla, pero lady Pamela no estaba demasiado interesada en el espiritismo. Decía que no creía en esas tonterías, ¿entiende? Irene se puso furiosa, pero, después, apareció lady Saint Leger, e Irene averiguó que añoraba a su hijo difunto más que lady Pamela lo había extrañado nunca. Así que tramó este plan para engañar a lady Saint Leger. Implicó a lady Pamela prometiendo darle parte del dinero. A cambio, lady Pamela nos contaba curiosidades de la casa y de su difunto marido, para poder hacer creer a lady Saint Leger que hablaba con su hijo.

—Muy ingenioso —dijo Stephen con sarcasmo.

—Pero ¿por qué Blackhope? —preguntó Olivia.

—Por el tesoro que Irene quería encontrar —respondió madame Valenskaya—. Ella y lady Pamela. Irene ideaba trucos para hacerlos creer que había fantasmas: el monje del jardín y cosas así. Lady Pamela le habló de la chimenea del aula. Su marido le había contado que usted y él jugaban a escuchar las conversaciones de su madre con sus amigas.

—Sí, claro. Debí imaginar que Pamela estaba mintiendo.

—Pero ¿por qué deseaba tanto su hija el tesoro? —preguntó Olivia—. Que yo sepa, hay objetos más valiosas en esta casa. ¿Por qué ese cofre en particular?

—Por ... Por lo que estaba haciendo. Lo que les he contado... —volvió a mirar a su alrededor con nerviosismo.

—Madame Valenskaya, no se preocupe —dijo Stephen—. No dejaremos que su hija le haga daño.

—¡Quizá no puedan impedirlo! —dijo madame Valenskaya—. Ustedes mismos vieron lo que le pasó al señor Babington, y no pudieron evitarlo, ¿no?

—¿Está diciendo que... que Irene indujo el coma del señor Babington? —inquirió Stephen.

—Por supuesto. O, más que ella, lo que ella invocó. Verán, Irene... Nunca ha sido una niña dulce; quiero decir, que siempre pensaba en ella primero y, al cuerno con los demás, pero no estaba... obsesionada, como ahora. Durante los últimos meses, no ha dejado de hablar de Blackhope y de cómo conseguir el tesoro. Y andaba con mucho sigilo, se encerraba durante horas en su habitación, ¿saben?, en esa de la estrella pintada con tiza.

—Está practicando la hechicería.

—Más que eso. Ha invocado a algo horrible y perverso.

—¿Qué quiere decir con "algo"?

—No lo sé —madame Valenskaya bajó la voz—. Espíritus, creo. Espíritus malignos. Puede que al diablo, incluso. Eso es lo que ha estado viniendo a las sesiones de espiritismo últimamente. Nunca había ocurrido nada igual; lo juro. Algo poseyó a Babington la otra noche, algo poderoso y maligno. ¿No lo notaron?

—Sí —corroboró Olivia—. ¿Qué cree que era?

—¡No lo sé! No quiero saberlo. Le dije que no quería seguir haciéndolo, y ella me dijo que debía. Me coaccionó ¡pero no podía! Me aterraba. Temía lo que podría pasar a continuación. Por eso huí anoche. No estaba pensando con claridad —miró a Olivia con cierto pesar—. Lo cierto es, milady, que anoche había bebido demasiado. No tenía un plan; sólo quería alejarme de ella, esconderme. Así que, en mitad de la noche, me levanté y... —se interrumpió y palideció visiblemente.

—¿Sí? —la apremió Stephen, inclinándose hacia delante, con los ojos clavados en el rostro de la mujer—. ¿Qué pasó?

Madame Valenskaya tragó saliva y dijo:

—Vi a lady Pamela avanzando por el pasillo sin hacer ruido. Iba delante de mí, caminando en la misma dirección. Me extrañó tanto su sigilo que la seguí y entreabrí la puerta para echar un vistazo. Había una puerta en la pared, estaba abierta y daba a otro cuarto, y vi el resplandor de una vela en el interior. Deduje que lady Pamela estaba dentro, porque no la veía por ninguna parte. De... de pronto, el pequeño cuarto se llenó de un horrible humo negro y grasiento.

Me ... Me asusté tanto que estuvo a punto de caérseme la palmatoria que llevaba. Cerré la puerta y salí huyendo. Fue... Fue entonces cuando me perdí en la otra parte de la casa. Me escondí cuando los oí acercarse porque... porque no sabía qué pensar. Tenía miedo —hizo una pausa—. Ojalá no hubiera venido nunca a esta casa —añadió en tono lúgubre.

Todos compartían ese sentimiento, aunque ninguno lo expresó en voz alta. Stephen suspiró; después, dijo:

—Será mejor que la lleves a su habitación, Tom.

—¡No! —chilló madame Valenskaya—. ¡No puede llevarme otra vez allí! Irene se pondrá furiosa conmigo, y no sé qué me hará.

—Yo vigilaré su puerta —se ofreció Tom. Madame Valenskaya lo miró despectivamente.

—¡Cómo si usted pudiera detenerla!

—Mientas tanto, yo hablaré con "Irina", madame Valenskaya —dijo Stephen con severidad—. Llegaré al fondo de este asunto y me desharé de ustedes dos. Ahora, le sugiero que suba a su cuarto o tendré que llamar al guardia par que investigue el fraude que usted y su hija han perpetrado contra mi madre.

Madame Valenskaya cedió ante aquella amenaza. Al parecer, temía la cárcel más que a su hija. Salió, sumisa, por la puerta, delante de Tom. Rafe se ofreció a ir en busca de Irene y salió detrás de ellos.

Stephen y Olivia se miraron a los ojos.

—¿Ahora estamos hablando de posesión demoníaca? —preguntó Stephen con incredulidad. Olivia se encogió de hombros.

—No sé si me extraña más que cualquier otro suceso de estos días.

Bellard intervino.

—Si creemos que los muertos pueden permanecer en una casa bajo alguna forma, como vuestros lady Alys y sir John, no resultaría difícil creer que un espíritu puede, de algún modo, entrar en el cuerpo de un ser humano. Habéis aceptado que Olivia percibió un mal amenazador. ¿Y si esa presencia intentó poseer al señor Babington? Dijisteis que no parecía el mismo.

—Es cierto —asintió Olivia—. Era... espeluznante. Era Babington y, al mismo tiempo, no era él. Aún así...

—Lo sé —dijo Stephen—. Yo tampoco puedo aceptarlo.

—Sin embargo, no podemos negar lo que nos han dicho nuestros sentidos —protestó Olivia—. Cuesta trabajo no creer que nos hemos

visto implicados en la lucha entre una pareja enamorada y su marido, una lucha de hace varios siglos.

—No tiene sentido. Y aunque fuera cierto, ¿cómo vamos a ponerle fin?

—Tengo una idea —empezó a decir Olivia con vacilación—. La otra vez, cuando toqué el cofre, vi a lady Alys y a su marido. ¿Y si vuelvo a tocarlo? Quizá pueda ver algo más y averiguar lo que pasó.

—No —se apresuró a decir Stephen—. No lo permitiré. La última vez que tocaste el cofre te desmayaste.

—Fue el susto —protestó Olivia—. No estaba preparada; pero esta vez, lo estaré. Estoy segura de que no me afectará tanto. Por favor, debemos intentarlo.

En aquel momento, Rafe apareció en el umbral. Se lo veía un poco nervioso.

—Ahora la hija ha desaparecido.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—No la encuentro por ninguna parte. He mirado en su cuarto y en el de Babington. Una doncella ha dicho que Irina había estado allí hace unas horas y que se había quedado a hacer compañía al paciente, pero ahora ha desaparecido.

—Maldita sea. Bueno, será mejor que organicemos una búsqueda en toda regla.

—Stephen... —Olivia se acercó a él—. Creo que es más importante que hagamos nuestro experimento.¿Y si madame Valenskaya dice la verdad? Aunque no queramos creer que su hija ha invocado a un diablo y lo ha liberado dentro de la casa, no podemos pasarlo por alto. Por favor, déjame intentarlo.

Stephen accedió a regañadientes.

Rafe y el tío abuelo Bellard se dispusieron a buscar a Irene, y Stephen y Olivia se dirigieron al dormitorio que daba a la habitación secreta, donde un lacayo seguía montando guardia.

Entraron, y Olivia lanzó una mirada intranquila a la pared de la puerta secreta, en aquellos momentos, irreconocible del resto de la pared. No quería volver a entrar en aquel cuarto en el que había fallecido Pamela. Stephen, viendo la dirección de su mirada, dijo:

—No te preocupes. No lo haremos ahí dentro. Sacaré el cofre.

Olivia se sentó junto a la cama, y Stephen se dirigió a la pared y abrió la puerta secreta. Salió un momento después, con el cofre en la

mano, y lo depositó sobre la cama, junto a Olivia.

Los dos lo miraron fijamente un momento; después, Olivia se puco en pie y apoyó las manos en el cofre. No ocurrió nada. Permaneció en aquella postura un momento, sintiéndose un poco tonta.

—Quizá, si tocaras una de las piezas que contiene... —sugirió Stephen.

—Está bien —Olivia abrió el cofre. Vaciló un momento; después, introdujo la mano y sacó el rosario.

Cuando sus dedos se cerraron en torno a él, sintió una sacudida. Stephen vio la mueca y reaccionó instintivamente, cerrando sus manos sobre las de ella. Él también sintió la sacudida de sensaciones, la tibieza que lo inundaba. Permanecieron en pie, con las manos unidas, repentinamente inmersos en un mundo largo tiempo perdido.

Capítulo 16

“Sir John y lady Alys se encontraban en una escalera curva. Él la protegía con su cuerpo, blandiendo su espada con ferocidad contra un pequeño grupo de soldados que intentaban apartarlo de su camino. A su espalda, Alys extrajo su daga de la funda del cinturón. Las joyas destellaron en la empuñadura, pero la hoja no era decorativa. La sostenía con fuerza, dispuesta a apuñalar a cualquier hombre que intentara atacarlos por un costado, donde los peldaños estaban próximos al suelo.

El único lugar donde podían ponerse a salvo era la habitación de la torre. Era el último bastión defensivo; se elevaba sobre el resto del vestíbulo principal y solo podía accederse a él por unos peldaños estrechos y curvos. En lo alto, una puerta voluminosa de madera se abría al recinto circular, y podía cerrarse y atrancarse con una pesada estaca.

Podrían ganar un poco de tiempo dentro de la habitación, resguardados por los muros de piedra y la madera gruesa pero, al final, la puerta cedería y la muerte entraría a raudales o, si no, morirían más lentamente, de hambre y de sed.

—¡Sigue! —rugió John—. Sube a la habitación.

—¡No puedo dejarte! —¿Cómo iba a buscar cobijo sabiendo que él se quedaría en la escalera hasta que pereciera bajo las espadas enemigas? —. Debes venir conmigo.

Un soldado intentó atacarlos por el costado de la escalera. No había barandilla en aquel tramo, de modo que el soldado había apoyado las manos en los peldaños y estaba intentando encaramarse. Alys se inclinó hacia delante y le clavó la daga en la mano. El soldado cayó hacia atrás con un aullido de dolor.

—¡Milady! ¡Socorro!

Alys lanzó una mirada al otro lado del vestíbulo. Una mujer corría hacia la escalera, perseguida por un soldado. Estaba vestida más ricamente que una criada, y era hermosa, de pelo azabache. Era la amante de su marido, Elwena, y llevaba a su hijo de la mano.

—¡Ayúdeme, milady! ¡Se lo ruego!

Sin pensar, Alys se arrodilló en l borde dela escalera. Elwena llegó

al costado y levantó al niño. Alys lo sujetó por debajo de los brazos y lo depositó sobre la escalera, contra la pared. Después, se dio la vuelta.

Elwena se aferró a los peldaños e intentó encaramarse, peligrosamente cerca de las estocadas de John. Alys se inclinó, la agarró del brazo y tiró con todas sus fuerzas. El soldado enemigo alcanzó a Elwena y, cerrando los dedos en torno al cinturón del vestido, tiró de ella hacia atrás. Junto a la pared, el niño chillaba de pánico.

—¡No! ¡Mamá! ¡Mamá!

Elwena se dio la vuelta con una daga en la mano y le hincó en la rendija de la manga de la cota de malla del soldado. La punta llegó al hueso, y el soldado cayó hacia atrás con un rugido e rabia y de dolor. Elwena giró en redondo y volvió a encaramarse a la escalera. Alys estaba tumbada sobre los peldaños, inmediatamente detrás de John, y cerró los dedos en torno al cinturón de la mujer, como había hecho el soldado, para poder levantarla.

En el suelo, a viarios pasos de distancia, el soldado herido se puso en pie, balanceándose, sujetándose el hombro herido. Se inclinó para recoger su espada y, con un grito de furia, embistió a Elwena. Le hundió la hoja en el costado; después, la espada cayó con estrépito al suelo. Elwena chilló de dolor, y se habría caído de no ser porque Alys luchó por retenerla, y profirió un gemido de desolación cuando Elwena empezó a resbalar hacia atrás.

Con una amarga blasfemia, sir John seguía combatiendo. Hincó la espada en el cuello del soldado que tenía delante, y la sangre salió a borbotones. Con el pie, empujó al moribundo, quien se tambaleó hacia atrás y aplastó a los hombres que se encontraban detrás. Todos cayeron, tambaleándose, escaleras abajo. El soldado del borde exterior resbaló sobre la sangre, y John lo ayudó a caer por el costado con una rápida patada en la mandíbula. En el instante de paz que ganó, cambió de mano la espada y se inclinó para tirar del cinturón de Elwena y encaramarla a los peldaños. Se dio la vuelta a tiempo de esquivar una estocada enemiga; volvió a empuñar su arma con la mano derecha y siguió luchando con renovada furia.

—¡Mamá! ¡Mamá! —el niño seguía llorando, y se arrojó sobre la mujer.

—No pasa nada, mi vida. Calla —Elwena se recostó en la pared, con el rostro ceniciento.

—Hay que subir la escalera —dijo Alys, y rodeó a la mujer con el brazo—. Estamos estorbando a sir John; necesita más espacio para luchar.

Elwena asintió y se incorporó. Lograron subir unos cuantos peldaños antes de que Elwena volviera a caer al suelo. Alys se arrodilló junto a ella y le examinó el costado. Sangraba mucho. Recogió la bolsa que había dejado antes en el suelo, sacó una prenda de hilo y la apretó con fuerza contra el costado de Elwena.

—Es lo más que puedo hacer por ahora —le dijo a la mujer—. Quizá tapone la herida.

Elwena asintió, pero no gastó saliva hablando. Se recostó en la pared y pasó un brazo alrededor de su pequeño. Alys lo miró con lástima; no debía de tener más de cuatro o cinco años. Aunque sobreviviera a aquella batalla, quedaría huérfano, porque si a Elwena no la mataba la herida del costado, lo harían los soldaos cuando entraran en la habitación de la torre.

Alys se volvió para mirar a sir John. Seguía repeliendo a los soldados, aunque retrocedía lentamente por la escalera. Dirigió un ruego a los cielos; después se volvió hacia la querida de sir Raymond.

—Tenemos que subir la escalera.

Elwena asintió.

—Ayúdame a levantarme.

Una vez más, Elwena logró incorporarse con la ayuda de Alys. Esta envainó su daga, recogió su bolsa y pasó un brazo en torno a la cintura de Elwena. Despacio, subieron la escalera, Elwena apoyándose en Alys y el niño siguiéndolas, aferrándose con todas sus fuerzas a las faldas de su madre. Cada pocos pasos, se detenían, y Elwena se recostaba un momento en la pared de piedra. Después, volvían a empezar.

Los peldaños parecían interminables, y el fragor de la batalla seguía siendo ensordecedor. La escalera giraba hacia un lado, y no tardarían en dejar de ver a sir John. A Alys se le encogía el corazón al pensar en separarse de él, pero debía ayudar a la mujer herida a alcanzar la habitación de la torre.

Por fin, llegaron a la puerta y entraron tambaleándose. La única luz de que disponían entraba por una saetera con forma de cruz. Aquella habitación no se usaba apenas y no disponía de muchas comodidades; un lecho de juncos secos en el suelo, un catre a modo

de cama, una pequeña banqueta junto al catre y, sobre la banqueta, una vela barata hecha de sebo y con una gruesa mecha.

Alys ayudó a Elwena a sentarse en el catre. Dejó su bolsa y se arrodilló junto a la joven. Con suavidad, retiró la prenda con la que le había presionado la herida. La sangre seguía manando en abundancia. Debía limpiar la herida, pero no tenía agua, así que la dejó como estaba, con la venda improvisada. Sacó un camisón y usó la daba para rasgar una tira; con ella, ató la venda en torno a la cintura de Elwena.

Elwena estaba medio recostada en la pared, jadeando por el esfuerzo.

—Me has ayudado —dijo pasado un momento, con asombro.

—Sí, claro. Estabas en un aprieto.

—Eres su esposa, y yo...

—Lo sé —Alys se encogió de hombros—. Pero no iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te violaban y te mataban.

—Algunos lo harían —dijo Elwena.

—Tal vez. Yo no soy así.

Elwena la miraba con extrañeza.

—No he sido amable contigo. Me pavoneaba delante de ti con mis galas.

—Lo sé —Alys calló un momento; después, fue sincera—. No te guardo rencor, Elwena; no estoy celosa. Me alegraba de no tener que soportar la lujuria de sir Raymond las noches que iba a verte. Me daba lástima que tú tuvieras que aguantarlo.

Elwena elevó la barbilla con orgullo.

—No es lástima lo que buscaba. Soportaba todo lo que él hacía para darle a Guy una buena vida.

—Estoy segura de que has hecho lo que has podido por tu pequeño. —corroboró Alys con sinceridad.

Se levantó y se dirigió a la puerta, levantó la tranca y la abrió para mirar. La lucha se oía más cerca; eso solo podía significar que sir John seguía vivo, y Alys dio las gracias al cielo. Volvió a atrancar la puerta, y regresó junto a Elwena. Su hijo estaba sentado, en silencio, junto a la cabeza de la madre, con una mano en sus cabellos, acariciándolos. El pulgar de la otra mano se lo había metido en la boca, y tenía la mirada atormentada. Lo sabía, pensó Alys. Con su instinto de niño, sabía que su madre corría un grave peligro. Estaba mortalmente herida. La única duda era cuánto tiempo aguantaría

antes de morir.

Elwena abrió los ojos y la miró, y Alys se sobresaltó, como si Elwena pudiera haberle leído el pensamiento.

—¿Lo amas? —preguntó, sorprendiendo a Alys.

—¿A quién? —le preguntó, aunque estaba convencida de que Elwena no se refería a sir Raymond.

—A sir John, el capitán. Hay quien dice que lo amas.

—¿Quién lo dice?

—Él lo dijo una vez, estando borracho.

—¿Sir Raymond? —inquirió Alys, atónita—. Pero él nunca...

—No lo confesaría ante nadie; sería una terrible humillación. Estoy segura de que no fue su intención decírmelo; seguramente, ni siquiera recuerda que lo hizo. Hallará la manera de hacerte sufrir sin que nadie sepa la causa.

—Será demasiado tarde —comentó Alys.

—No losé. Quizá no lo haya sido.

Alys miró a Elwena con intensidad.

—¿Qué quieres decir?

—Han invadido el castillo; moriremos todos. Y da la casualidad de que sir Raymond no está aquí.

—¡No! —exclamó Alys automáticamente—. Es su castillo, su hogar. Y el resto de la gente... No podría... —se interrumpió para reflexionar—. ¿Mataría a todas estas personas, los soldados, los criados, solo para vengarse de mí? Ni siquiera él podría ser tan malvado.

—Dicen que baila con el diablo en el bosque.

Alys cerró la mano instintivamente en torno a la cruz que llevaba colgada de una cadena en torno al cuello.

—¿Crees que te mataría incluso a ti?

—¿Crees que le importo? —la sonrisa de Elwena era amarga—. ¿Por qué le procuro placer? Me hace regalos, pero para él soy como el pan que come o el zapato que calza.

—Espera —Alys levantó la mano para silenciarla y ladeó la cabeza para aguzar el oído.—. La lucha se acerca —se puso en pie y corrió hacia la puerta; apoyó la cabeza en ella. De nuevo la desatrancó y la abrió.

Estaban tan cerca que podía verlos, se encontraban a solo unos pasos. John tenía un lado de la cara manchado de sangre, y movía el brazo más despacio. Se estaba cansando. No tardaría en

tambalearse y caerse, y las espadas lo atravesarían.

—¡John! —le gritó.

—¡Alys! ¿Qué haces? Entra. ¡Atranca la puerta!

—Sin ti, no.

—¿Te has vuelto loca?

—No pienso dejarte, ya te lo he dicho.

Sin dejar de blandir la espada, John maldijo. Sentía el aire que salía de la puerta abierta de la torre. Retrocedió, y el soldado que estaba en cabeza intensificó su ataque. John continuó subiendo la escalera, moviéndose más deprisa. Su oponente lo seguía dejando atrás a los soldados. John no necesitaba mirar atrás; tenía los pies sobre el rellano. Retrocedió de un salto y aterrizó dentro de la habitación. Alys cerró la puerta, pero el oponente de John también saltó, arremetió contra la puerta e hizo que Alys se tambaleara hacia atrás.

Logró entrar, y Alys cerró la puerta tras él y la atrancó. Con dos rápidas estocadas, John lo hizo retroceder, después, le puso la zancadilla y hundió la espada en la garganta del soldado.

La sacó y se volvió hacia Alys. Sudor y sangre chorreaban por su rostro.

—¡Sangre de Dios, mujer! Te dije que te encerraras aquí. ¿Sabes lo que has arriesgado?

—Solo lo que tú has arriesgado por mí —contestó Alys. John soltó la espada y la estrechó entre sus brazos.

En el exterior, los soldados se estrellaban inútilmente contra la puerta. John torció los labios despectivamente.

—Después, probarán con el ariete, pero la escalera es demasiado estrecha. Necesitarán hachas —se dejó caer en el suelo y se recostó contra la pared; lanzó una mirada a Elwena—. ¿Por qué la has salvado?

—No podía permitir que la mataran.

John la miró y sonrió.

—No, supongo que no. Ella no habría hecho lo mismo por ti.

Se oían las idas y venidas de los soldados, los gritos que daban. De pronto, percibieron un leve olor a humo. Alys se volvió hacia John alarmada.

—¿Qué es eso? ¿Qué están haciendo?

—Han debido de encender una hoguera junto a la puerta. Querrán prender fuego a la madera para derribarla más fácilmente... o

matarnos de asfixia.

—Entonces, será más rápido de lo que pensaba —Alys miró a su alrededor—. Las llamas prenderán los juncos.

John asintió y empezó a apartar los juncos de la puerta hacia el centro de la habitación.

—Esperad —Elwena les hizo una seña para que se acercaran .

—¿Qué ocurre? —Alys se acercó y se arrodilló junto a ella.

—Puedo sacaros de aquí —dijo Elwena.

—¿Qué? —debía de estar delirando, pensó Alys, por la pérdida de sangre.

—No, es verdad. Conozco una salida. Pero debéis prometerme... debéis prometerme que os llevaréis a mi hijo. Que cuidaréis de él. Prometedme que lo criaréis como si fuera vuestro.

—Por supuesto que cuidaré de él —Alys contempló al muchacho de ojos grandes que estaba sentado junto a su madre—. Pero no podemos irnos. Hay soldados...

—Hay una puerta secreta.

Alys se la quedó mirando. John se acercó y se puso en cuclillas.

—¿Qué dices? ¿Hay un pasadizo que parte de aquí?

—Sí, una escalera secreta que desciende por la pared. Los muros están huecos. Yo la he subido y bajado para reunirme aquí con sir Raymond. Le encantan los secretos. La encargó construir hace tiempo, antes de que vosotros vinierais.

La esperanza brotó en el corazón de Alys.

—¿En serio? Entonces, nos iremos. Pero tú también vendrás.

—No —Elwena miró a Alys a los ojos—. Solo conseguiría demoraros.

—No podemos dejarte a merced del enemigo.

—Debes —replicó con firmeza, y se volvió hacia John—. Sabes que lo que digo es cierto. Debéis dejarme aquí. No sobreviviré, y entorpeceré a vuestra huida. Nos atraparían antes de que pudiéramos abandonar el patio de armas.

John asintió y miró a Alys. Los dos sabían que Elwena decía la verdad. Ésta prosiguió.

—Nos cambiaremos de ropa, milady. Y... y deja aquí algo tuyo. Pensarán que yo soy tú, y no os buscarán. Dirán que la señora del castillo ha muerto. Y, así, él lo creerá.

Elwena miró a Alys con intensidad, y esta comprendió lo que quería decir. Si sir Raymond la daba por muerta, no la buscaría, y

Jon y ella no tendrían que pasar el resto de su vida temiendo que los encontrara. Habían querido fugarse porque era su única esperanza de felicidad; pero conocían los riesgos: sir Raymond habría organizado una búsqueda exhaustiva y, a pesar de los días de delantera, era probable que hubiera seguido su pista y los hubiera matado. Aunque hubieran logrado escapar, habrían tenido que vivir siempre volviendo la cabeza, temerosos de que sir Raymond los encontrara.

Elwena les estaba ofreciendo la libertad. A Alys se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias.

—Sólo os pido que os llevéis a mi hijo con vosotros. Llevaos a Guy y cuidad de él.

—Lo haré —las lágrimas resbalaban por las mejillas de Alys—. Te lo prometo, cuidaremos de Guy como si fuera nuestro hijo.

Elwena desplegó una pequeña sonrisa.

—Gracias, milady.

Al final, la moribunda no tenía fuerzas para cambiar su ropa por la de lady Alys. Esta se limitó a quitarse la sobre túnica, a ponerla sobre la ropa ensangrentada de Elwena, y a abrocharle uno de sus cinturones en torno a las caderas. Después, se puso su otra sobretúnica y se la abrochó con el cinturón de cuero corriente que tenía. Se quitó el velo y se lo ajustó de manera que ocultase sus cabellos por completo.

Decidió dejar allí el cofre de oro, con gran parte del tesoro de la familia. Sacó su mejor cinturón y se lo guardó en el saco, junto con un puñado de brazaletes y anillos, y la pequeña bolsa de cuero que contenía unas cuantas monedas de oro y de plata. Necesitarían algo para salir adelante y empezar una nueva vida, quizá par comprar un trozo de tierra en algún lugar, lejos de allí. Dejaría la ostentosa cruz de oro que sir Raymond le había hecho como regalo de bodas y los demás collares, brazaletes y anillos. Debía ser un tesoro lo bastante completo para que los soldados creyeran que habían encontrado el cuerpo de la dama del castillo.

Alys se quitó la pequeña cruz de oro que llevaba al cuello y se la puso a Elwena. Hizo lo mismo con la alianza y con otros dos anillos. Después, entregó a la mujer el rosario hábilmente tallado. Le costaba renunciar a él, porque era hermoso y había pertenecido a su padre. Había rezado muchas veces con él y era su posesión más

valiosa, pero ningún otro objeto convencería a sir Raymond de su muerte. Además, Elwena lo necesitaría más que ella en los últimos momentos de su vida.

Lo dejó en la mano de Elwena, y esta cerró los dedos en torno a él para frotar las sagradas cuentas de oro. Alys se soltó la correa de cuero que llevaba alrededor de la cintura, por debajo de la túnica, y la sacó. De la correa pendía un pequeño anillo de oro grabado, un regalo de sir John, que había llevado día tras día junto a su piel, un recordatorio secreto de su amor. Sonriendo un poco, acarició la baratija y se la puso en el dedo, en lugar de su alianza.

Elwena sacó una pequeña bolsa de cuero y se la entregó a Alys.

—Toma esto; es para el niño. Son todos mi ahorros.

Alys asintió. Pesaba bastante para el tamaño que tenía, y se podía oír el tintineo de las monedas. Lo guardó en el saco, junto al resto de sus pertenencias.

—Deja el cofre en aquella pared, milady, lejos de mí.

A Alys la sorprendió la petición, pero obedeció. Mientras, John había despojado de su túnica al soldado al que había matado. Aunque estaba manchada de sangre, llevaba el emblema de Surton y podrían pasar desapercibidos en el patio.

—Ponle tu túnica —dijo Elwena, con voz cada vez más débil—. Y cambia tu espada por la suya.

—Es uno de sus hombres —señaló sir John, al tiempo que obedecía—. Lo reconocerán.

—Yo me ocuparé de su cara —repuso Elwena con los dientes apretados.

—No habrá suficientes cuerpos. Se preguntarán qué ha sido de los otros dos —dijo Alys. Elwena movió la cabeza.

—No importa. Muchos les dirán que soy una bruja, pues hay quienes lo creen —desplegó una sonrisa que recordaba su mueca osada—. No lo he desmentido nunca. Seguramente, creerán que he salido volando por la ventana. Lo importante es que digan que han derrotado a sir John y que han matado a la esposa de sir Raymond. Será un motivo de orgullo para ellos.

—Tiene razón. Querrán creer que tú y yo estamos muertos, y así sus dudas se disiparán. Ven, amor mío, debemos irnos. El fuego se está extendiendo.

John tenía razón. El aire se estaba llenando de humo, y se notaba el calor cerca de la puerta. John dejó su espada junto al cuerpo del

soldado y tomó el arma de este. Alys recogió su bolsa.

Elwena abrazó a su hijo durante un largo momento; después, le habló en voz baja. El niño asintió con solemnidad, con lágrimas resbalando por su rostro, y Elwena volvió a abrazarlo y lo besó. Alys se acercó y le dio la mano, y el pequeño se apartó de su madre.

Alys se inclinó sobre Elwena y le entregó su daga. No podía dejarla sin protección, y Elwena había perdido su puñal. La mujer cerró los dedos en torno a la empuñadura, y le ofreció a Alys una pequeña sonrisa.

—Llevaos la vela —dijo Elwena, y señaló la banqueta con la cabeza—. El pasadizo está oscuro. Encender la vela fue difícil, porque no había ninguna llama en la habitación, John tomó uno de los juncos más largos y lo deslizó con cuidado por debajo de la puerta, para que prendiera en el fuego que ardía al otro lado. Después, lo recuperó con cuidado y lo acercó al cuenco de sebo para encenderlo. Se volvió hacia Elwena.

—Estamos preparados.

—¿Ves esa piedra?—Elwena señaló la pared de enfrente—. ¿La quinta desde el suelo? Es más pequeña que el resto. Sácala.

John obedeció y deslizó los dedos por las junturas. Para sorpresa suya, salió con facilidad, y dentro del agujero vio una palanca. Metió el brazo y la giró, y se oyó un clic.

—Ahora, empuja la pared de la izquierda, por la parte de abajo, y cederá. Vuelve a colocar la piedra en su sitio y, cuando estéis en la escalera, cerrad la puerta con suavidad. Nadie sabrá que está ahí.

John obedeció, y el pesado muro de piedra se deslizó hacia atrás y hacia un costado, dejando una pequeña abertura. Volvió a colocar la pequeña piedra en su agujero, cubriendo la palanca. Después, entró a gatas en la abertura, y se encontró en una escalera curva descendente, tan estrecha que sus hombros rozaban las paredes. Alys se dio la vuelta y dijo:

—Adiós, Elwena.

Elwena asintió.

—Que Dios te proteja, milady.

Alys guió al muchacho por la puerta y entró detrás de él. La cerraron y empezaron a bajar la escalera. La luz de la vela era escasa, y descendieron despacio, hasta que, por fin, llegaron al final y tropezaron con una pared lisa de piedra. También había una palanca en aquella pared y, conteniendo el aliento, John la levantó.

Se oyó un clic, y John deslizó los dedos por la rendija que se había abierto y tiró. La puerta se abrió con facilidad.

Con cautela, John sacó la cabeza; después, el resto del cuerpo. Les hizo una seña a Alys y al muchacho para que lo siguieran. Ella lo siguió con el niño de la mano.

Estaba atardeciendo, y el sol arrojaba sombras alargadas sobre el patio. A su alrededor, reinaba el caos: cobertizos en llamas toneles de vino sacados del almacén. Los soldados, que habían bebido, gritaban, reían ruidosamente y se tambaleaban. Ya no se oían gritos en torno al castillo; la batalla había terminado salvo por el asalto a la torre.

Alys posó la mirada en la torre. Salía humo de la saetera; demasiado para que solo estuviera ardiendo la puerta. En aquel instante, adivinó lo que Elwena había hecho. Había dicho que se ocuparía de la cara del soldado, y su idea había sido quemarla. Debía de haber acercado los juncos a la puerta para que prendieran, y al poco el catre, el soldado enemigo, la habitación entera, habían salido ardiendo.

Alys comprendió entonces que el pelo negro de Elwena habría permitido reconocerla como la mujer que había atravesado el vestíbulo corriendo, y no la dama del castillo que había luchado por la escalera. Sin duda, Elwena había decidido prender fuego a la habitación para ocultar su identidad y la del soldado. Alys se estremeció al pensarlo y confió en que hubiera muerto de asfixia, o en que se hubiera clavado la daga en el corazón antes de que el fuego la alcanzara.

Varias personas vagaban por el patio, pero no les prestaban atención. John cerró la mano en torno al brazo de Alys y avanzó con paso firme, arrastrando a Alys como si fuera una cautiva. Como llevaba la insignia de Surton, nadie cuestionaba su presencia. El niño, sujeto a las faldas de Alys, no se despegaba de ellos. No miraron ni a izquierda ni a derecha, y Alys mantuvo la cabeza baja. Alcanzaron las puertas de la muralla, que estaban abiertas de par en par, sin soldados que la resguardaran. Las franquearon y salieron a la pradera que se extendía delante del castillo. John levantó al niño en brazos y él y Alys rompieron a correr. Atravesaron la pradera y se adentraron en el bosque, huyendo a una vida nueva".

Capítulo 17

Muy despacio, la escena se desintegró, como si se transformara en humo, y una vez más, Stephen y Olivia se encontraron junto a una cama, con el rosario dorado entre sus manos entrelazadas.

Aturdida, Olivia levantó los ojos de sus manos unidas y miró a Stephen. Este la observaba con la misma especie de incredulidad que, sin duda, ella reflejaba en su rostro.

—¿Has...?

—¿Era...?

Hablaron al unísono y se interrumpieron a la vez. Olivia profirió una pequeña carcajada trémula. Se sentó en la silla que tenía detrás, sintiéndose bastante débil.

—¿Te encuentras bien? —Stephen se inclinó sobre ella, solícito.

—No... No estoy segura. ¿Acabamos de ver lo que hemos visto?

—No podemos negarlo. La batalla, la huida... Dios mío —se enderezó, y se pasó las manos por el pelo con un gesto familiar—. No murieron.

—No, supongo que no. Y qué extraña alianza: lady Alys y la amante de sir Raymond.

—Sacrificó su vida para salvar la de su hijo —las lágrimas inundaron sus ojos—. Debió de ser una muerte terrible. No sé de dónde sacó valor para prender fuego a los juncos, sabiendo el dolor que le produciría.

—Por eso quería que Alys dejara el cofre al otro lado de la habitación, para que el fuego no lo dañara. Debió de amontonar todos los juncos en torno a ella y al soldado.

—Pero el rosario... Elwena lo tenía en la mano, y está intacto — Olivia bajó la mirada a la joya, admirada.

Tendría que haber sido...

—¿Un milagro? —preguntó Olivia, y lo miró.

Estaban tan abstraídos que ninguno de los dos oyó que la puerta se abría despacio. De hecho, no oyeron nada hasta que una voz de ultratumba rugió:

—¡Zorra! ¡Putañero!

Ates de que Stephen pudiera darse la vuelta, algo le traspasó la

espalda, y cayó de rodillas. Olivia se puso en pie, y contempló con horror el rostro contorsionado de Irina Valenskaya. Sólo que ya no era Irina Valenskaya, sino una extraña distorsión de ella. Tenía su misma estatura, ropa, pelo, cara... pero la mirada gélida de un desconocido.

Y Stephen, de rodillas tenía un puñal clavado en la espalda.

Olivia chilló. Al instante siguiente, Irina se abalanzó sobre ella. Agarró a Olivia por los hombros y la empujó con fuerza hacia el umbral de la habitación secreta. Olivia se tambaleó y cayó al suelo, e Irina le echó las manos al cuello para estrangularla. Olivia respondió golpeándola con el puño cerrado con el rosario todavía en torno a la mano. Irina la soltó, y Olivia retrocedió, tratando de alejarse de ella. Logró ponerse de rodillas, pero Irina volvió a derribarla. Rodaron por el suelo, dándose patadas, golpes y arañazos.

Stephen, con el cuchillo todavía en la espalda, logró ponerse en pie y acerarse a ellas, tambaleante. Sujetó a Irina por la cintura y la apartó de Olivia. Esta se puso en pie a duras penas mientras Irina, con una fuerza demencial, se daba la vuelta y golpeaba a Stephen con todas sus fuerzas en el estómago. Stephen se tambaleó hacia atrás e Irina, tomando el cofre de oro de la cama, le asestó un fuerte golpe en la cabeza. Stephen cayó desplomada. Irina, todavía con el cofre en la mano, arremetió contra Olivia, y las dos cayeron hacia atrás, al interior del cuarto secreto. A Irina se le escapó el cofre, y el contenido se derramó por el suelo.

—¡Mía! —rugió Irina con voz áspera y grave, la misma voz que había brotado de Howard Babington días antes—. ¡Zorra! ¡Recuperaré lo que es mío!

Se sentó a horcajadas sobre Olivia y le hundió los dedos en la garganta. Olivia forcejeó y cerró las manos en torno a las muñecas de Irina, tratando en vano de quitárselas. No podía respirar. La oscuridad parecía girar en torno a ella, un zumbido áspero llenaba el aire. Se aferró al rosario, sintiendo cómo las cuentas se le clavaban en las manos.

De pronto, notó que en su interior crecía una fuerza poderosa. Golpeó a Irina en la garganta una, dos veces. Esta la soltó, y Olivia rodó hacia un lado.

—¡No soy tuya! —le gritó, y se puso en pie. Su mano tocó metal y se cerró en torno a él. Era la empuñadura de una daga, y le resultaba

familiar—.¡Jamás te perteneceré!

Olivia se incorporó y levantó el brazo justo cuando Irina saltaba sobre ella. La daga se hundió en el pecho de Irina. La sorpresa se relejó en su rostro, y un chillido fiero y primitivo brotó de sus labios. El mal de siglos pasados refulgió en sus ojos para, después, apagarse. Irina cayó desplomada al suelo.

Olivia permaneció de pie un momento, contemplando a su víctima, atónita.

—Stephen... —corriendo, salió de la habitación secreta.

La puerta del dormitorio se abrió de par en par, y oyó gritar a Rafe:

—¿Stephen? ¿Olivia? ¿Quién ha chillado? ¿Qué diablos ha pasado con el lacayo que estaba aquí? Está en el suelo —se adentró en el dormitorio—. ¡Dios mío! ¡Stephen!

Corrió hacia su amigo, que permanecía inconsciente en el suelo. Después, alzó la mirada y vio a Olivia caminando hacia él con una daga ensangrentada en la mano. Detrás de ella, en el suelo, yacía Irina. Se quedó boquiabierto.

—Stephen, ... Ayúdalo —acertó a decir Olivia; después, se desmayó a los pies de Rafe.

Cuando Olivia volvió en sí, abrió los ojos y vio a Belinda inclinándose sobre ella.

—¿Belinda?

—¡Gracias a Dios!

Olivia se incorporó despacio, sintiéndose un poco mareada. Estaba tumbada en su cama.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Te ha traído Rafe —contestó Belinda—. Me mandó llamar para que cuidara de ti mientras él atendía a Stephen.

—¡Stephen! —exclamó Olivia, y puso los pies en el suelo, dispuesta a levantarse—. ¿Dónde está? ¿Está...?

—Vivo —la tranquilizó Belinda al instante—. Hemos llamado al médico. Rafe ordenó que lo trasladaran a la cama. Todavía... Todavía está inconsciente.

—Debo ir con él.

—NO, espera. Estás muy débil —protestó Belinda. Olivia no le hizo caso y se levantó de la cama.

—Me he desmayado, nada más.

—Pero deberías descansar...

Olivia recorrió el pasillo, seguida de Belinda, y entró en la habitación de Stephen. Se detuvo hada más verlo, con el corazón agitado. Tenía los ojos cerrados, y la cara tan pálida como las sábanas. Se acercó a la cama y miró a Rafe. Este movió la cabeza y dijo:

—Todavía no se ha despertado. Creo que recibió un buen golpe en la cabeza —señaló un lado de la cara, donde empezaban a formarse moretones—. Lo he vendado y, al menos, la sangre ha dejado de brotar.

Lady Saint Leger estaba sentada al otro lado de la cama, pálida y preocupada. Rafe le acercó una silla a Olivia, y ésta se sentó, con los ojos clavados en Stephen.

Los minutos pasaban con exasperante lentitud. Por fin, llegó el médico y echó a todos, menos a Rafe, de la habitación. Se presentó el guardia, y condujo a Olivia a otra habitación para hacerle interminables preguntas. Olivia contestó de forma distraída, pensando en Stephen y en lo que estaría sucediendo en el dormitorio del enfermo.

Cuando por fin pudo regresar a su lado, descubrió que el médico ya se había ido y que Stephen seguía durmiendo. Lady Saint Leger, nuevamente sentada junto a la cama, dijo:

—El doctor Hartfield le ha hecho una cura. Dice que ese pondrá bien. Milagrosamente, la hoja no le hirió ni el corazón ni los pulmones.

—Gracias a Dios.

—Le ha dado láudano para el dolor.

Stephen siguió durmiendo toda la noche, y Olivia no se apartó de su lado. Ya estaba amaneciendo cuando por fin lo vio mover la cabeza, y se inclinó hacia delante, esperanzada. Le tocó la mano y susurró:

—Stephen, amor mío...

Recordó en aquel momento que la madre de Stephen seguía allí, y lanzó una mirada a la dama. Lady Saint Leger estaba dormida, con la cabeza apoyada en la oreja del sillón.

Stephen cerró los dedos en torno a la palma de Olivia. Pestañeó y abrió los ojos.

—¡Stephen! —Olivia tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo

que sentía en la garganta—. ¡Milady, se ha despertado!

Stephen no veía a Olivia con mucha nitidez, pero una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—Hola —empezó a incorporarse; enseguida, hizo una mueca de dolor—. ¡Ay! ¡Qué diablos! —abrió los ojos de par en par, y se quedó mirando a Olivia—. ¡Dios mío, Olivia! ¿Te encuentras bien? ¿Dónde está Irina? —miró alrededor, como si temiera verla acechando en algún rincón.

—Está muerta. Yo la maté.

Trató de incorporarse otra vez y cayó sobre las almohadas conteniendo una blasfemia.

—¿Qué me ha hecho?

—Te apuñaló en la espalda —dijo Olivia.

—¡Cariño! —al otro lado de la cama, lady Saint Leger se secaba las lágrimas con un pañuelo—. ¡Gracias a Dios! El doctor Hartfield dijo que te pondrías bien, pero temía que no te despertaras.

—Lo último que recuerdo es a Irina levantando ese cofre sobre mi cabeza.

—Y te golpeó con él —le dijo Olivia—. Después, se abalanzó sobre mí y trató de estrangularme otra vez.

—¡Era tan fuerte! —se maravilló Stephen.

—Estaba loca —intervino lady Saint Leger con aspereza—. El juez de paz vino ayer por la noche. Tras escuchar el informe del guardia, concluyó que lady Olivia había matado a la mujer en defensa propia, como así fue. Es un milagro que pudiera vencerla. El guardia cree que Irina intentaba robaros el tesoro de los mártires, y que por eso te atacó.

—Entiendo — Stephen se volvió hacia Olivia—. ¿Y los demás? ¿Madame Valenskaya y el señor Babington?

—Mañana regresan a Londres. Rafe y Olivia estaban convencidos de que no querrías demandarlos, por el escándalo que ello conllevaría —lady Saint Leger se interrumpió, llorosa—. Lo siento mucho, Stephen. Sé que lo haces por mi bien. No querrías que el mundo supiera lo estúpida que he sido.

—No te preocupes, madre —Stephen le dio una palmadita en la mano—. No has sido tan estúpida, sólo una madre aquejada por el dolor y engañada por un puñado de charlatanes.

—¡Pero pensar que casi te matan por mi estupidez! —gimió lady Saint Leger—. Nunca me lo perdonaré.

—Pero no he muerto —Stephen le sonrió. Su madre se puso en pie.

—Iré a decirles a Rafe y a Belinda que te has despertado.

Lady Saint Leger se puso en pie y salió del dormitorio. Stephen le apretó la mano a Olivia.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. No me hizo mucho daño —se llevó la mano automáticamente a la garganta—. Ah, Babington ha vuelto en sí.

—¿En serio?

—Sí. Se despertó ayer por la noche, y parece encontrarse bien, aunque está un poco aturdido. Yo ceo que había sido poseído por...

—¿El espíritu de sir Raymond? —sugirió Stephen. Olivia asintió.

—Igual que poseyó a Irina. Ayer, lo veía mirándome a través de los ojos de Irina.

Se estremeció, y Stephen le apretó la mano y se la llevó a los labios.

—Siento que tuvieras que enfrentarte con ella.

—Tuve miedo pero... Te parecerá una locura, pero cuando estaba peleando con ella, todavía tenía el rosario en la mano y, de pronto, me sentí poderosa. Era como si Alys estuviera conmigo, dentro de mí, ayudándome. ¿Lo crees posible?

Stephen asintió.

—Lo creo —hizo una pausa—. ¿Crees que el mal ha desaparecido?

—Sí. Quizá solo sean vanas ilusiones, pero cuando apuñalé a Irina, vi el mal extinguirse de su mirada. Creo que cuando la maté a ella, lo maté también a él. Y sentí la ayuda de Alys, como si por fin ella lo hubiera vencido. ¿Tiene sentido?

—No tiene lógica, pero sí sentido, teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido.

En aquel momento, entró lady Saint Leger, seguida de Belinda, Rafe y el tío abuelo Bellard, y dejaron el tema. Ya habían transcurrido varios días cuando Olivia volvió a mencionarlo.

Stephen se había recuperado bastante de su herida; paseaba e incluso subía escaleras. Estaban sentados en el invernadero, rodeados de agradables plantas verdes, contemplando el jardín. Olivia había estado leyéndole, como se había acostumbrado a hacer durante la convalecencia de Stephen, pero hacía unos minutos que había terminado y se habían quedado en silencio contemplando el sol de última hora de la tarde.

Olivia dijo en voz baja:

—Ese día, cuando sostuve el rosario y tuve... y tuvimos esa visión... —se interrumpió, y Stephen se volvió para mirarla.

—¿Sí?

—Me fijé en una cosa.

Él la miró con expresión inquisitiva.

—Lady Alys se sacó un anillo de debajo del vestido y se lo puso.

—Sí, me acuerdo.

—Era un anillo que sir John le había regalado.

—Ah, no me di cuenta.

—Lo supe nada más verlo. Sentía lo que Alys sentía mientras la veía.

—Sí. Lo mismo me pasaba a mí con él. ¿Y qué tenía de particular ese anillo?

—Lo conozco.

—¿Qué? —Stephen entornó los ojos, y la miró sin comprender.

—El diseño... el grabado; lo he visto antes. Muchas veces.

—¿Qué quieres decir?

—Es una reliquia familiar. De mi familia, de los Moreland. No sé cómo ha llegado a nosotros; quizá el tío abuelo Bellard lo sepa, pero lleva años en la familia —lo miró—. Creo que lady Alys era mi antepasada. Creo que ella y su caballero consiguieron huir y crear un hogar, y una familia, y que yo desciendo de ella. Creo que es por eso por lo que conectamos con ellos, porque yo llevaba su sangre y porque tú eres el dueño de Blackhope.

Stephen guardó silencio un momento mientras absorbía la noticia. Después, puso su mano sobre la de Olivia y dijo:

—Hay más que eso entre nosotros, amor mío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia, nerviosa, y clavó la mirada en los cristales.

—Fue el amor lo que nos unió: el de John, el de Alys, el tuyo y el mío.

Olivia lo miró, sobresaltada.

—Yo...Eh...

—Te quiero —dijo Stephen—. Quiero que estemos siempre juntos, como ellos estaban.

—¿Qué? —dijo, enmudecida—. ¿Qué estás diciendo?

—Quiero casarme contigo, Olivia —sonrió—. Te estoy pidiendo que seas mi esposa.

La alegría estalló en su interior, y creyó volatilizarse de felicidad. Apenas se atrevía a dar crédito a las palabras de Stephen.

Al ver su prolongado silencio, Stephen dijo:

—Si te preocupan las formalidades, ya he pedido permiso para cortejarte a tu pariente masculino más cercano.

—¿Al tío Bellard? ¿Has hablado con el tío Bellard de esto? ¿Antes de decirme nada a mi?

Stephen se quedó un poco perplejo.

—Pensaba que lo sabías, que lo comprendías. La otra noche en tu habitación... Nunca habría ido a verte si no hubiera sabido que nos casaríamos.

—¿Estás seguro? —preguntó Olivia con nerviosismo—. Mi familia es... Bueno, sé que conoces al tío Bellard pero, en conjunto, mi familia impone bastante.

—¿Los locos Moreland?

—Sí.

—Después de lo ocurrido estos días, creo que cualquier extravagancia de tu familia me parecerá insignificante.

Una carcajada brotó de los labios de Olivia.

—Sí, puede que sí.

—¿Vas a hacerme esperar eternamente a oír la respuesta? —bromeó Stephen—. Te lo ruego, Olivia, pon fin a mi agonía.

—Pero, Stephen, piensa. Yo... Debes estar seguro. ¿Y si lo que sientes es un efecto de nuestras visiones de lady Alys y sir John? Sentíamos lo que ellos sentían. ¿Y si crees estar enamorado porque percibías el amor que él albergaba hacia ella?¿Y si, como le pasó a Irina, nos poseían sus espíritus?

Una sonrisa tembló en los labios de Stephen.

—Ah, pero lo olvidas. No creo en los fantasmas.

Olivia sonrió débilmente. Stephen alargó el brazo y tomó una de las manos de Olivia entre las suyas. Se inclinó hacia delante para mirarla con intensidad.

—¿Crees que es eso lo que tú sientes por mí? ¿Una continuidad del sentimiento de Alys?

—No —reconoció Olivia—. No es sólo eso.

—Entonces, ¿por qué iba a ser diferente en mi caso? —replicó—. Olivia, mírame. Lo que siento por ti no es un amor residual de otro tiempo y de otro lugar. Sí, tenemos un vínculo con esa pareja, pero eso no reduce nuestro amor sino que lo intensifica. Estamos

destinados a vivir juntos —se llevó la mano de Olivia a los labios y la besó con suavidad—. Tengo muy claro que es a ti a quien amo, no a una mujer medieval. Y —añadió con una sonrisa pícara— el deseo que despiertas en mí es muy inmediato.

La besó en la boca; fue un beso fuerte y posesivo, y cuando se apartó, Olivia respiraba con dificultad y tenía las mejillas sonrojadas.

—La única pregunta, Olivia, es: ¿Me quieres? ¿Te casarás conmigo?

—¡Sí y sí! —exclamó Olivia, que no cabía en sí de gozo—. Te quiero y me casaré contigo.

Stephen profirió una carcajada y sentó a Olivia en sus rodilla para acariciarle el cuello. Ella profirió un gritito de falsa indignación.

—¡Stephen! ¡Todavía estás convaleciente! ¡Piensa en tu herida!

—¡Al cuerno con mi herida! —replicó y, con la caricia de sus labios, hizo que Olivia se estremeciera de placer—. Estoy harto de tanto reposo —levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Aún así, creo que deberíamos subir a la habitación.

Acto seguido, la besó. Olivia lo rodeó con los brazos y le devolvió el beso, desistiendo de la discusión.